

CONCHITA

Diario Espiritual de una Madre de Familia

Marie-Michel Philipon, O.P.

A la Madre del Verbo Encarnado cuya vida fue la más sencilla y la más divina



Indice

[Carta de su Eminencia el Cardenal Miranda, Arzobispo Primado de México](#)

[Presentación](#)

[Prólogo](#)

PRIMERA PARTE

El Film de su Vida

*"Ante mis ojos se desarrolla mi vida como un film:
alegrías y sufrimientos, mi matrimonio y mis hijos, y las obras de la Cruz"*

Capítulo I

Hija de México

"Crecí como la hierba de los campos"

1. [La tierra de volcanes: el ambiente familiar](#)
 2. [Inclinaciones](#)
 4. [Elegante Amazona](#)
 5. [Novia a los trece años](#)
 6. [Nostalgia de Dios](#)
 7. [Trágica muerte de su hermano Manuel](#)
-

Capítulo II

Esposa y Madre

"Ser esposa y madre no me impidió jamás la vida espiritual"

1. [Mi Matrimonio](#)
 2. [Con mi marido y mis hijos](#)
 3. [Relaciones de familia y amistad](#)
 4. [Ascensión Espiritual](#)
 5. ["Tu misión es salvar almas"](#)
 6. [El monograma de Jesús](#)
 7. [Desposorios Espirituales con Cristo](#)
 8. [Una nueva etapa: el gozo en el dolor](#)
 9. [Apóstol de la Cruz](#)
 10. [Vida cotidiana transfigurada](#)
 11. [El claustro interior](#)
 12. [Iluminaciones divinas](#)
 13. ["Me aseguran que mi espíritu es de Dios"](#)
-

Capítulo III

Viuda

"Oh noche de soledad, de dolor, de sufrimiento...!"

1. [La muerte de mi esposo](#)
 2. [Visita al cementerio](#)
 3. ["Ese fue mi esposo"](#)
 4. [Sola con mis ocho hijos huérfanos](#)
 5. [Encuentro providencial con el padre Félix Rougier](#)
 6. [Sentí en mi alma el bistrú divino](#)
 7. [Favores Divinos](#)
 8. [La "gracia central" de su vida espiritual](#)
 9. [Viaje a Tierra Santa y Roma](#)
 10. [Educadora de sus hijos](#)
 11. [Manuel, su hijo Jesuita](#)
 12. [Su hija Conchita, religiosa](#)
 13. [Los cuatro hijos que sobreviven](#)
 14. [Semblanza de una madre por sus hijos](#)
 15. [Testamento de una madre](#)
 16. [México: una terrible persecución](#)
 17. [La soledad del ocaso](#)
 18. [El rostro del Crucificado](#)
-

SEGUNDA PARTE

Los Grandes Temas Espirituales

"Todos los Misterios se encuentran en la Cruz"

Capítulo I

La Escritora Mística

"Voy a escribir por obediencia"

[La Escritora Mística](#)

Capítulo II

La Doctrina de la Cruz

"La Doctrina de la Cruz es mi Evangelio"

1. [El Evangelio de la Cruz](#)
 2. [Óptica Fundamental: Jesús y Jesús Crucificado en sus dolores internos como Sacerdote y Víctima](#)
 3. [Primacía del Espíritu Santo](#)
 4. [La intuición clave](#)
 5. [El destino del hombre](#)
 6. [Ascesis y Penitencia](#)
 7. [Virtudes Cristianas y dones del Espíritu Santo](#)
 8. [La Encarnación Mística](#)
-

Capítulo III

La Virgen de la Cruz

"María fue la primera en continuar mi pasión"

1. [Su horizonte Mariano](#)
 2. [La Virgen de la Cruz](#)
 4. [Su misterio preferido: La Presentación de Jesús al Templo](#)
 5. [Soledad de la Madre de Dios](#)
 6. [Riqueza Pastoral de esta nueva devoción](#)
-

Capítulo IV

El Misterio de la Iglesia

"Yo fundé mi Iglesia sobre el Amor..."

1. [Perspectiva sintética inicial](#)
 3. [La Iglesia del Verbo Encarnado](#)
 4. [La Iglesia del Espíritu Santo](#)
 5. [Un nuevo Pentecostés](#)
-

Capítulo V

Los Abismos de la Trinidad

"Con esas luces contemplo los abismos de la Trinidad"

1. ["Tengo una gran devoción a la Santísima Trinidad"](#)
 2. [Las primeras experiencias](#)
 4. [Hacia la unión](#)
 5. [Trinidad y encarnación mística](#)
 6. [De la unión a la unidad](#)
 7. [Trinidad y misterio cristiano](#)
 8. [Como cuando salen las estrellas en el cielo...](#)
-

Epílogo

Su Misión en la Iglesia

"Un nuevo Pentecostés por la Cruz"

1. [La más alta santidad accesible a todos](#)
 3. [Eres de mi Iglesia](#)
 4. [El Evangelio de la Cruz](#)
 5. [Un nuevo Pentecostés](#)
-

Anexos

1. [Fechas principales de Concepción Cabrera de Armida](#)
2. [Sus directores espirituales](#)

Carta de su Eminencia el Cardenal Miranda, Arzobispo Primado de México

Conocimos a la Sierva de Dios. La vimos en Roma y en Coyoacán. Leímos algunas de sus obras. Mucho oímos hablar de sus virtudes. Era un alma hermosa, muy sencilla, encantadora a los ojos de Dios y de los hombres.

La Sierva de Dios por muchos años aquí vivió, oró, amó, sufrió y lo que es más, en fuerza de su unión con Jesús, aquí triunfó y las Obras por ella fundadas aquí nacieron y se desenvuelven ahora con admirable fecundidad.

Por nuestras manos pasaron los numerosos documentos cuyo conjunto señala la terminación del proceso diocesano informativo para la causa de beatificación y canonización de la Sierva de Dios.

Tan preciosos documentos contienen además de sus innumerables escritos, los testimonios de numerosas personas que la trataron de cerca y que conocieron su vida ejemplar santificada por las virtudes propias de su estado y su docilidad y correspondencia a las maravillas que el Espíritu Santo obró en su alma pura y generosa.

Tan valiosos documentos están ya en poder de la Santa Sede y al Vicario de Jesucristo corresponde el juicio supremo acerca del heroísmo de sus virtudes y llevar a su término feliz, si es para gloria de Dios, el proceso de beatificación y canonización.

A nosotros toca tan solo orar, por ahora, para que, si Dios lo quiere, podamos verla un día sobre los altares, convertida en intercesora nuestra.

Quien contempla por la noche el cielo estrellado se recrea al ver aparecer en el horizonte una tras otra todas estrellas y los astros más remotos. Nuestro deber pastoral nos induce a invitar a todos nuestros amados diocesanos fijar la vista en el horizonte y a contemplar un astro nuevo que comienza a levantarse y cuya órbita ha sido marcada videncialmente por Quien regaló nuestro cielo con tantas y tan preciosas estrellas. Ese astro nuevo es la Sierva de Dios que comienza a brillar sobre nuestro cielo con los encantos maravillosos y sobrenaturales de la gracia. Sigámosla atentamente en su ascensión y mirémosla con ojos bien abiertos para que nuestras almas se inunden de la luz de sus ejemplos, pues ella está llamada a iluminar los senderos de la vida cristiana.

Pensamiento felicísimo ha sido el de encerrar la visión de esta alma privilegiada dentro del fiero marco de la familia donde la hemos admirado al vivir su vida hogareña con sencillez y fidelidad, y santificarse en el cumplimiento de su misión como esposa y como madre. Al seguirla paso a paso en su vida familiar bendicimos a Dios porque en su Providencia ha reservado a nuestra Patria y especialmente en nuestros tiempos, a través de esta alma privilegiada alumbrar las inteligencias para descubrir y apreciar los tesoros incomparables de sabiduría, de fuerza y de amor que contiene la vida cristiana de la familia.

Al proyectar su vida ejemplar sobre el vasto territorio de nuestra patria nos llena de alegría y de consuelo el pensamiento del bien inmenso que producirá en todas las familias de México.

Oremos todos para que Dios se digne glorificar a esta Sierva suya.

Miguel Darío, Cardenal Miranda, Arzobispo primado de México.

Presentación

Por medio de estas líneas quiero presentar a nuestros lectores la obra póstuma del gran teólogo espiritual M.M. Philipon, O.P., a la que tituló sencillamente: CONCHITA, Diario Espiritual de una Madre de Familia. Se trata de la visión de un teólogo acerca del alma y la doctrina de la Sierva de Dios Concepción Cabrera de Armida.

La mayor parte del tiempo, durante sus últimos años, la ocupó en estudiar a esta extraordinaria Sierva de Dios, pues descubrió que era portadora de un mensaje espiritual importantísimo, regalo de la Providencia para la Iglesia de hoy.

El primer contacto del P. Philipon con la vida y la doctrina de Conchita tuvo lugar en ocasión de su visita a México en 1954, con el fin de sustentar un ciclo de conferencias sobre espiritualidad, en nuestro Escolasticado de Misioneros del Espíritu Santo.

Su genio intuitivo descubrió, según sus palabras, ese gran tesoro para la Iglesia y en él nació el deseo de darla a conocer, especialmente a sus lectores europeos.

Muchas causas retardaron no sólo la aparición del libro, sino aún su redacción. No fue la menor la falta de dominio de una lengua extranjera, sobre todo si se tiene en cuenta el estilo característico, tan personal, de Conchita, así como la documentación extraordinariamente extensa y abundante.

Pero Dios en su Providencia fue abriendo caminos y el espíritu de obediencia del P. Philipon fue un factor decisivo. Grandes personalidades eclesiásticas y los superiores de su Orden de Predicadores le manifestaron que al dar a conocer la doctrina espiritual de Conchita haría un servicio a la Iglesia, particularmente en el momento actual en que se percibe cierto olvido y pérdida de sentido de valores cristianos esenciales.

En varias ocasiones el P. Philipon regresó a México para conocer mejor el ambiente y recoger, según su método, los testimonios vivos y auténticos; y cuando tuvo ya una visión de conjunto se dedicó a redactar esta obra. Sin embargo en el momento en que estaba a punto de concluirla Dios quiso llamarle a su seno, pero la obra estaba casi terminada.

La primera parte: *el Film de su vida* fue totalmente redactada por él.

En cuanto a la segunda parte: *los grandes temas espirituales*, los dos primeros capítulos: *La escritora mística* que él hubiera deseado desarrollar con mayor amplitud, pero que presentamos respetando el texto que dejó, y *La doctrina de la Cruz*, considerada por él como capítulo central, son originales de su pluma.

Sólo queda señalar, o más bien destacar, algunas perspectivas en los tres últimos temas: *La Virgen de la Cruz*, *El Misterio de la Iglesia* y *Los abismos de la Trinidad*. Cuando estaba escribiendo sobre María, Dios lo llevó a su lado. Pero dejó notas, esquemas, selección de textos; yo tomé sobre mí la responsabilidad de darles forma para facilitar su lectura de manera que pueda ser captada con claridad la riqueza espiritual de su contenido.

Esto lo hago público por elemental honradez literaria.

Quiero además manifestar con sinceridad la razón por la cual me resolví a dar término a esta tarea.

Desde que conocí al P. Philipon el año de 1954, siendo yo prefecto de estudios en nuestro Escolasticado, surgió entre nosotros una profunda afinidad de pensamiento y a partir de ese momento me escogió como su principal colaborador y asesor, debido al conocimiento que yo tenía sobre los escritos de Conchita.

Después de largas conversaciones me dijo varias veces con aquel buen humor y sinceridad que lo caracterizaban "Yo conservo mi completa libertad y mi manera de pensar". Y en sus notas comenta: "He conversado con el P. de la Rosa centenares de veces". Creo pues conocer su pensamiento con objetividad y ése fue el motivo de echarme a cuestras la tarea de concluir su labor, ajustándome con máxima fidelidad a sus ideas que espero haber comprendido a fondo.

El P. Philipon pensaba redactar unas páginas introductorias para explicar algunos principios del método utilizado, e ilustrar el sentido, la intención y los límites de su obra. Como es bien sabido, esas páginas, por regla general, son lo último que redacta el autor cuando ya puede emitir un juicio global de su propia obra. Por fortuna ya había escrito las ideas principales para darles más tarde una redacción cuidadosa y más elaborada de acuerdo con su estilo literario tan personal. Presentamos a continuación estas notas tuyas que juzgo indispensables para la mejor inteligencia de la obra póstuma del P. Philipon.

"Yo no quería escribir sobre Conchita.

Me vi obligado a ello y a pesar mío, por los acontecimientos, es decir: por la Providencia.

Grandes personalidades eclesiásticas que conocieron a Conchita o que conocen su doctrina, me convencieron de que escribiera.

Sin la menor pretensión de querer decirlo todo, sino por el contrario reconociendo el carácter parcial e imperfecto de este libro, quise sencillamente responder al llamado manifiesto de Dios y ser la pluma que intentase presentar el mensaje espiritual de una admirable hija de la Iglesia de Dios.

El documento fundamental: La cuenta de conciencia, no es una biografía, sino un Diario; y no un diario completo que va anotando día a día los acontecimientos de una existencia humana, sino un Diario espiritual que relata principalmente las relaciones íntimas de un alma con Dios, consignadas con fidelidad durante más de cuarenta años, para obedecer a un mandato expreso de sus directores espirituales.

Hecho único, providencial, que nos permite seguir paso a paso, desde la edad de treinta y un años hasta los setenta y cuatro, la ascensión progresiva hacia Dios de un alma privilegiada, de heroísmo excepcional, dotada de un mensaje espiritual para la Iglesia entera y para todos los hombres de hoy. Alma que recibió de Dios la misión de recordar al mundo que no hay salvación sino por la Cruz.

No hay ninguna preocupación literaria en este relato verídico donde se entremezclan sin orden alguno, tal como se van presentando, las más sublimes elevaciones místicas al lado de los pendientes cotidianos de una madre y las recetas de cocina de una perfecta ama de casa. Mientras escribe sobre la Generación del Verbo y la eternidad de Dios, vienen a llamarla para el desayuno. Ella se apresura a participar gozosa en la mesa junto con sus hijos; y en seguida vuelve a tomar la pluma y continúa escribiendo la explicación que le dicta el Señor sobre los abismos de la Trinidad y otros misterios de Dios.

Su diario no dice todo, pero lo explica todo. Era necesario comenzar por datos psicológicos y concretos de los que han brotado las intuiciones místicas y la doctrina espiritual. Ambos son inseparables. Este es el por qué de las dos partes complementarias de nuestro libro:

- El Film de su vida y,
- la Doctrina, los grandes temas espirituales.

Era imposible decirlo todo y hacer figurar en un solo volumen los millares de páginas de esta escritora mística posiblemente la más fecunda en la literatura contemporánea.

¿Hemos logrado expresar lo esencial de un Diario espiritual que cuenta con no menos de sesenta y seis gruesos cuadernos manuscritos?

No nos ha guiado otra ambición o, mejor dicho, otro deseo, que el de revelar al mundo las inagotables riquezas de la Cruz y de los misterios de Dios, contenidos en estos escritos que constituyen, a nuestro parecer, uno de los tesoros actuales de la Iglesia de Cristo.

Sólo a la Iglesia corresponde el juicio y el fallo, ya que el Señor la ha encargado de conducir a los hombres hacia Dios y que El le ha otorgado con la asistencia de su Espíritu, el don de discernimiento de espíritus.

Sometemos a la Iglesia, sin reservas, este esfuerzo de recordar al mundo el misterio de la Cruz, que se sitúa en lo más íntimo del Evangelio: en el corazón mismo del misterio.

Ciertamente sobre algunos aspectos de la existencia y la doctrina de una mexicana que pasó su vida lejos de Europa, se experimenta una sensación de asombro y desconcierto al confrontarla con nuestra mentalidad moderna.

El peligro hubiera estado en tratar de proyectarla conforme a nuestras categorías actuales que, por otra parte, serán pronto superadas. Nos desasosiega leer la interpretación del pensamiento chino o de la mística hindú hecha por un autor occidental y desconfiamos de ella. Siempre existe el riesgo de la europeización y, por consiguiente, de la adulteración. No se puede europeizar un pensamiento chino, sin deformarlo.

Creemos preferible y más legítimo, guiar al lector para que pueda lograr un contacto personal con el texto a través de una traducción lo más fiel posible y que exprese al mismo tiempo las reacciones psicológicas y la mentalidad tan peculiar de Conchita, cuyo original español se encuentra lleno de mexicanismos.

El folklore mexicano está hoy de moda en el turismo. La radio, la televisión, magníficas revistas y colecciones de arte evocan las civilizaciones azteca o maya, o exhiben el México moderno. Esto ha facilitado mucho el acercamiento internacional a este país.

La cultura actual reviste, cada vez más, un sentido universal que nos hace comprender mejor y sentir las afinidades y las diferencias que unen o separan a los hombres, sus civilizaciones o culturas, y las diversas expresiones de sus sentimientos religiosos.

El Concilio Vaticano II nos ha hecho comprender que la catolicidad de la Iglesia no radica en la uniformidad, sino que es la unidad dentro de la diversidad. Jamás los hombres habían aquilatado con tanta comprensión y objetividad su profunda unidad y sus legítimas diferencias. Cristo era un oriental y sin embargo, todos los hombres se reconocen en este hombre.

Sucede lo mismo con los santos de la catolicidad. Cualquiera que sea su origen, su raza, y el color de piel, cualquiera que sea su clase social o su cultura, o aún su ignorancia, nos sentimos uno con ellos en Cristo.

Conchita, una mexicana, es una santa nuestra. Es nuestra hermana en Cristo. Por su ardor apostólico y su inmolación heroica se ha convertido en madre espiritual de una multitud de almas que, en pos de ella, quieren seguir las huellas de Cristo y con El ser crucificadas, y con El salvar a los hombres.

Conchita está cerca de nosotros. Esta hija de México se encuentra ligada, por la comunión de los santos, a todos sus hermanos y hermanas en Cristo. Es un modelo para todos; no en carismas personales e inimitables, sino en su amor Cristo, en su vida ofrecida en favor de la Iglesia.

Con este espíritu de catolicidad es como hay que acercarse a sus ejemplos y sus escritos. Y queda uno maravillado ante las riquezas multiformes de la gracia inconmensurable de Cristo.

Desconfiemos de nuestras mentalidades cartesianas, hegelianas, existencialistas y occidentales. El núcleo central de la Iglesia permanece en Roma, pero su irradiación se extiende no solamente a Europa, sino a todos los países del mundo.

Conchita es un testigo de esta catolicidad. Su mensaje se dirige a los sacerdotes y a las almas consagradas, pero también a los laicos. Es un modelo para todos.

Así se nos manifiestan los designios de la Providencia".

Hasta aquí las notas y observaciones del P. Philipon.

Pido al Espíritu Santo que este libro póstumo del Padre M.M. Philipon sea, para muchos, fecundo en bien espiritual.

Que el Espíritu Santo que realizó en María, Madre de la Iglesia, el misterio de la Encarnación Redentora, siga realizando en la Iglesia Madre el prodigio de formar a Cristo en los corazones para que perpetúe en nosotros su inmolación amorosa y obediente para la gloria del Padre en la salvación del mundo.

Roberto de la Rosa, Misionero del Espíritu Santo.

Prólogo

La Iglesia es de una asombrosa riqueza en la innumerable variedad de sus apóstoles, de sus doctores, de sus maestros espirituales, de sus tipos de santidad de hombre o de mujer, no tan sólo en el pasado sino en nuestra época y en todos los tiempos.

Después de los Apóstoles y de los santos de oriente, después de un san Agustín, de una santa Catalina de Siena, de un san Juan de la Cruz y de una Teresa de Avila, nos presenta un Don Bosco o a un Padre de Foucauld y más cercana a nosotros, al lado de las figuras virginales de una Teresa de Lisieux y de una María Goretti, nos descubre ahora a una delicada joven mexicana, de mirada pura y trasparente, más tarde madre de nueve hijos y abuela de numerosa posteridad; que pasó por la tierra con sencillez y rodeada de su familia y de sus amistades, incorporada a la vida cotidiana de su esfera social, una mujer como las demás, pero que oculta en las profundidades de su alma una extraordinaria llama apostólica, un ardor heroico para imitar a Cristo e identificarse con el Crucificado y salvar a los hombres con El. Ama a la Iglesia con pasión, se ofrece como víctima por ella. Modelo incomparable de la mujer en el hogar y gloria del laicado, cuya misión en la Iglesia y vocación a la más alta santidad ha venido a recordar. Sin haber vivido nunca en un claustro es, sin embargo, la inspiradora de dos Congregaciones religiosas: las Religiosas de la Cruz y los Misioneros del Espíritu Santo, y deja en pos de sí un mensaje de renovación del mundo por la Cruz.

Durante demasiado tiempo la santidad ha sido considerada como el monopolio de la vida religiosa y del sacerdocio. Numerosos Padres conciliares del Vaticano II reaccionaron contra este concepto exclusivo. Toda la Iglesia, todos los miembros del Cuerpo místico de Cristo deberán ser santos. El Pueblo de Dios es "una nación santa, un pueblo de sacerdotes y reyes" (Ex. 19,6). El Sermón de la Montaña es un código de perfección para todos, sin excepción. La Iglesia de hoy tiene necesidad de santos en todas partes, no solamente en el claustro y al pie de los altares, sino en la familia, en los medios de trabajo, en todos los sectores de la actividad humana. La santidad es un don de Dios ofrecido a todos los hombres.

El laicado en particular está llamado hoy a dar ante el mundo entero el testimonio de una espléndida santidad. ¿No nos ofrece Dios un ejemplo en esta madre de nueve hijos, ya en camino hacia los altares?

Conchita pasó por el mundo con sencillez y alegría entre los suyos, entregada totalmente a Dios, en el secreto de su alma habitada por el Espíritu Santo vivió una intensa irradiación apostólica con amplios horizontes de Iglesia, es creadora de un nuevo tipo de santidad accesible a todos.

Lo que más llama la atención en Conchita es su polivalencia. Conchita realizó todas las vocaciones de la mujer: novia, esposa, madre, viuda, abuela, bisabuela y aún por indulto especial de Pío X, sin abandonar nunca su ámbito familiar, murió canónicamente religiosa, entre los brazos de sus hijos.

Se dirige a todas las categorías del Pueblo de Dios: a los laicos, a los sacerdotes y a los obispos, a los religiosos y a todos los que llevan una vida consagrada.

No trata solamente de las relaciones del alma con Dios, sino que aborda los grandes temas del cristianismo: Dios, Cristo, la Madre de Dios, el misterio de la Iglesia, el sentido

eterno de toda vida humana. Su "Diario espiritual", con sus sesenta y seis volúmenes manuscritos, alcanza la amplitud de la Suma teológica de Santo Tomás de Aquino, elevándose sin esfuerzo y a menudo sin transición desde las más modestas ocupaciones del hogar hasta la Generación del Verbo en los esplendores de la Trinidad. Por la profundidad y sublimidad de sus escritos, Conchita es émula de una Catalina de Siena o de una Teresa de Avila. "En lo extraordinario, extraordinaria", declaraba uno de los miembros de la Comisión encargada de examinarla en 1913, en Roma.

Presentaremos la fisonomía integral de Conchita en un díptico inseparable:

- I El Film de su vida y,
- II Los grandes temas espirituales.

México, 3 de marzo de 1972, 35 aniversario de la muerte de Conchita.

La "Tierra de Volcanes": El Ambiente Familiar

Conchita es hija de México. Hay que verla cabellera al viento por los campos mexicanos, esa tierra de violencia y de contrastes: "tierra de volcanes" y también tierra de la "vera cruz"; la nación de la Cruz y de nuestra Señora de Guadalupe. A lo largo de su existencia aparecerá el contraste de una vida cada vez más divina bajo las apariencias más ordinarias. Una palabra afloraba constantemente a los labios de aquellos que la conocieron y a los que interrogué durante mi primera estancia en México: "sencillez", Conchita era de una sencillez evangélica.

Al evocar su infancia y su adolescencia en las haciendas y ranchos, la vemos surcar en barca remansos y riachuelos, arrojarse al agua o lanzar a ella a sus compañeros o a las empleadas de su padre; reír de buena gana, convivir indistintamente con todos. Apasionada por la música y el canto, dotada de una voz muy hermosa, más tarde compondrá los primeros cantos a la Cruz y los cantará acompañándose ella misma al piano.

Es joven, es bonita, tiene una mirada que atrae y que conservó una fascinación extraordinaria sobre todos los que la conocieron, hasta los últimos años de su vida.

Ella misma nos cuenta en su Diario, con su estilo espontáneo de incomparable frescura, sus primeros años vividos en el medio familiar:

"Mis padres se llamaron Octaviano de Cabrera y Clara Arias, los dos de San Luis Potosí; ahí se casaron y nació yo.

"Mi madre, muy enferma, no pudo criarme y batalló en mi lactancia. Por fin un día que me estaba muriendo, mandó el médico que violentamente me sacaran fuera de la ciudad, a una hacienda. Entonces de lástima se ofreció la esposa del portero a seguirme criando, dejando su hijito con otra nodriza. Esta mujer me salvó la vida; se llamaba Mauricia, yo la quise mucho, y cuando tuve uso de razón y comprendí lo que le debía, mucho más... Iba yo tan grave en aquel camino, me decía mi madre, que no se atrevía a descubrirme la cara, creyéndome muerta entre sus brazos". (Aut. T. I. p. 6-8).

"Mi patria es San Luis Potosí, en donde nació en una casa propia de mis padres frente a la Iglesia de San Juan de Dios... donde me bautizaron... En esa casa viví siempre, salvo un poco de tiempo que nos cambiamos mientras la componían. De ahí salí para casarme, y ahí, por cuestión de salud, nació Ignacio mi hijo. Ahí murió mi padre y mis hermanos Carlota y Constantino" (Autob. 367).

"Mis padres fueron excelentes cristianos. En las haciendas siempre rezaba mi padre el rosario con la familia y los peones y la gente del campo, en la Capilla. Cuando por alguna ocupación urgente no lo hacía, quería que yo lo supliera. A veces llegaba antes de concluir y a la salida me regañaba por mi poca devoción. Decía que mis padrenuestros y avemarías andarían paseándose en el purgatorio y nadie los querría de lo mal rezados.

"Era mi padre muy caritativo con los pobres; no podía ver una necesidad sin aliviarla. Era de carácter alegre y franco. Le ayudé a bien morir y nos dio ejemplo de entereza. Él arregló el altar para su Viático, nos pidió perdón a cada uno de sus hijos de todo en lo que nos

hubiera dado mal ejemplo o desedificado, agregando un abrazo, un beso y un consejo. Encargó por obediencia en su testamento que lo enterraran sin ponerle nunca lápida, ni piedra, ni su nombre, sólo una cruz. Así se ejecutó con la pena de todos". (Autob. p. 365).

"Mi madre era una santa: quedó huérfana de dos años y sufrió mucho. De diecisiete años se casó y fuimos doce hermanos, ocho varones y cuatro mujeres; yo fui el número siete, entre los hombres, Juan y Primitivo el jesuita".

"Infundió en mi alma mi madre el amor a la Sma. Virgen y a la Eucaristía. Me quería con predilección y sufrió mucho cuando me casó. Sin embargo me decía que mi marido era excepcional, que no eran así todos. Siempre lloró en mis penas y se gozó en mis alegrías. Tuvo muchas penas y era muy amante de la pobreza. Tenía muchas virtudes ocultas y martirios ignorados. Le dio un ataque y perdió doce horas el conocimiento. A fuerza de oraciones Dios se lo volvió el tiempo preciso para confesarse; repitiéndole el ataque de que murió. Le ayudé y puse en la caja". (Autob. p. 366).

"Sólo en tres colegios estuve: primero de pequeña con unas viejitas: las Sritas. Santillana. Más tarde, serían dos meses, con una Sra. Negrete, y luego con las Hermanas de la Caridad; mas como las expulsaron estando yo muy chica aún, --tendría ocho o nueve años--, mi madre, enemiga de mandarnos a ninguna parte, nos puso maestras en la casa de instrucción, de bordado y de música". (Autob. I, p. 23).

"En cuanto a instrucción la tengo muy escasa, no por culpa de mis padres y maestros, sino por mi tontera, pereza y tantos cambios y viajes en la edad de aprender. Yo me dediqué más a la música, porque me encantaba, al piano y al canto; muchas horas de mi vida perdí en eso. Dios me las perdone".

"De cosas de casa sí nos enseñó mi madre desde fregar suelos hasta bordar. A los doce años llevaba yo el gasto de la casa. En la hacienda: desde ordeñar, hacer pan, cosas de cocina. Nunca nos dejaba mi madre en la ociosidad teniendo sobre esto un cuidado especial. Remendar, y coser cuanto hay, dulces y adornos de repostería lo mismo, cuidando además de humillarnos mucho y de no dejarnos levantar la vanidad. En modales y eso, no se diga: mucho trabajó la pobrecita sobre el particular".

"Cuánto nos enseñó a contrariar la voluntad. Muchos domingos nos llevaba como paseo al hospital, a ver muertos y heridos. Apenas había un enfermo grave en la familia, desde muy niña me llevaba a velar y a servirles en cuanto podía. Me hizo ver morir a hombres, mujeres y niños; ricos y pobres, enseñándome a no tener miedos, ayudarles con oraciones, vestirlos, tenderlos".

"Ni a mi padre ni a mi madre les gustaban los melindres. De seis años me subieron a caballo sola, y la primera vez se espantó sobre parado, y me caí. Acto continuo, sin dar importancia a mis lágrimas, mandó mi padre que tomara un vaso de agua y otra vez arriba. Así les perdí yo el miedo a los caballos, llegando a tener hasta vanidad de montar los muy briosos y que a otros tiraban. Los caballos me han gustado siempre mucho y varias veces aquí en México, que me llevaba mi marido al paseo, lo único en que me fijaba era en los caballos: las gentes me parecían todas iguales". (Aut. I, p. 5-6).

Inclinaciones

"Gracias a Dios me las dio buenas el Señor, por lo cual soy más culpable no habiendo sabido aprovecharlas como debiera. Sentía ya muy niña en mi alma una grande inclinación a la oración, a la penitencia y a la pureza sobre todo. La penitencia era mi felicidad desde que alcanzo a recordar. Cuando aprendí a leer me encerraba en una biblioteca que había casa y cogía los "Años Cristianos" y de ellos el lugar en donde hablaba de la penitencia de los santos. Así gozaba y se me pasaban las horas recreándome en ver sus padecimientos, envidiándolos y viendo cómo los imitaba". (Aut. I, p. 11-12).

"Cuántas veces en mis largas excursiones por el campo, con mi padre y Clara mi hermana, me pasaba las horas a caballo pensando cómo podría yo vivir en una cueva, entre aquellos montes, muy lejos de toda mirada humana, haciendo penitencia y oración sin estorbos, sin testigos y a todo mi sabor. Esta idea me encantaba, acariciándola con toda el alma. A veces por los caminos, (pues vivíamos con frecuencia en las haciendas de mi padre), iba saboreando con decir palabra por palabra, muy despacio, las oraciones o plegarias al Smo. Sacramento o a la Sma. Virgen, que me aprendía de memoria. Era un inefable consuelo el que llenaba a mi corazón de niña con estas cosas. Creía yo, hasta después de casada, que toda la gente hacía penitencia y oración y que unos a otros nos ocultábamos las cosas; que terrible la decepción que sufrí cuando supe que no había tal cosa: que muchas gentes hasta aborrecían mortificarse: ¡Oh, Dios mío!, ¿por qué será así?" (Aut. I, p. 16-18).

"La primera confesión la hice entre los siete y los ocho años. Me habían aconsejado que dijera unos pecados muy grandes y los dije; ahora calculo que sin haberlos cometido. El Padre hasta se asomó a verme y yo apenas parada alcanzaba a la reja; me regañó muy fuerte y me dio cuatro rosarios de penitencia, que era mucho para una chica" (Aut. I, p. 24).

"La primera comunión la hice el día de la Inmaculada que cumplía diez años, o sea el 8 de diciembre de 1872. No recuerdo por mi tibieza y tontera nada de particular ese día sino un inmenso placer interior y gusto del vestido blanco. Mi amor desde entonces a la Sagrada Eucaristía iba siempre en creciente y desde entonces tenía particular gusto en frecuentar los sacramentos hasta que llegando a los quince o dieciséis años me dejaron comulgar cuatro o cinco veces por semana y poco después diariamente. Yo era feliz, felicísima, recibiendo al Smo. Sacramento; sentía el ser una necesidad indispensable para mi vida y cuántas veces después de bailes y teatros fui a comulgar al día siguiente por no encontrarme manchada. Por las noches pensaba en la eucaristía, y en mi novio después. Cuántas veces en mis comuniones y visitas al Santísimo le decía a mi Jesús: "Señor, yo no sirvo para amarte; quiero casarme y que me des muchos hijos para que ellos te amen mejor que yo". Esto no me parecía feo sino una justa petición para saciar mi sed de amarlo, de verlo amado de mejor manera y sin embargo con algo mío, mío, con mi misma sangre y mi vida". (Aut. I, p. 27-29).

Elegante Amazona

Crecí yo tan pronto, que tuve un desarrollo tan violento que me enfermé y los médicos me recetaron un método higiénico en la ciudad y ejercicio a caballo. Trajeron todo lo necesario, me hicieron un traje a propósito y salía todas las mañanas y a veces por la tarde con mi padre o hermanos. Era yo tan encerrada que en San Luis, población chica, en donde lo más del tiempo había vivido, no me conocían y decían que si era esposa del hermano que generalmente me sacaba a paseo. Tenía trece años y apenas conocía a unos cuantos señores: el primer día que uno me llamó señorita me puse de mil colores y lloré... yo me sentía feliz siendo chica y le tenía horror a ser grande; en casa me ponía de corto y en la calle de largo. Se nos juntaban en los paseos a caballo el Gobernador de ahí; le gustaba mucho que le platicara, me hacía la corte y yo le contaba algún cuento pues no encontraba otra cosa de qué hablarle: ¡que simple era!... En esta época, y a caballo, me conoció mi marido según me contaba". (Aut. I, p. 67-69).

Novia a los trece años

"Me repugnaban los bailes pero ya con vestido largo era costumbre concurrir a ellos. Recuerdo que para el primero, que fue un día 12 de diciembre, en la familia, ya era hora y yo no me quería vestir, mejor acostar; pero tenían en mi casa compromiso y fui. Ahí me presentó uno de mis hermanos al que fue mi marido. El 24 de diciembre fui a otro baile, ahí me volvió a hablar, y yo mortal de oír flores y tonterías. No me sentía en mi centro, pero me agradaba gustar y tener muchos señores que me iban a sacar a bailar, ¡qué vergüenza! No sé por qué les caía yo en gracia, sería por boba; pero, ya en relaciones con Pancho, me hacían mucho caso, yo no me encontraba el chiste, y un día, por no dejar conté veintidós pretendientes, muchos ricos, pero yo no quise más que a Pancho y nunca le hice caso a ningún otro". (Aut. I, p. 69-70).

"Diré aquí cómo comenzaron mis relaciones con el que más tarde me casé. El día 16 de enero de 1876 me llevaron a un baile de familia (en San Luis se usa mucho bailar) y ahí se me declaró Pancho en toda forma y acto continuo le correspondí. Yo nunca había oído hablar de amores y voy oyendo que sufría si yo no lo quería, que sería muy desgraciado si yo no le correspondía y cosas por el estilo, que me dejaron fría. Yo no me creía capaz de inspirar cariño; se me conmovió el corazón y se me hizo tan raro que sufriera aquella persona porque yo no lo quisiera que le dije que sí lo querría, pero que no sufriera por tan poco. Volví a mi casa intranquila y con peso, ¡qué raro!..., tenía yo zozobra, pendiente, susto; por fin, habiéndole prohibido que me escribiera, lo hizo hasta mayo, y con las relaciones más o menos cortadas en temporadas exteriormente, porque a mi familia le parecía yo muy joven, y con razón, duramos nueve años de novios hasta que nos casamos. Tengo que agradecerle a Pancho que jamás abusó de mi sencillez; fue un novio muy correcto y respetuoso y yo, siempre, desde mi primera carta lo llevé a Dios. Me cabe la satisfacción de haberlo inclinado a la piedad siempre; le hablaba de sus deberes religiosos, del amor a la Sma. Virgen, etc. Él me regalaba oraciones y versos piadosos: el Kepis en un estuchito hermoso. Lo hacía frecuentar los sacramentos en lo posible, y desde aquel instante yo no dejé su alma". (Aut. I, p. 70172).

"A mí nunca me inquietó el noviazgo en el sentido de que me impidiera ser menos de Dios: ¡se me hacía tan fácil juntar las dos cosas! Al acostarme, ya cuando estaba sola, pensaba en Pancho y después en la Eucaristía, que era mi delicia. Todos los días iba a comulgar y después a verlo pasar: el recuerdo de Pancho no me impedía mis oraciones. Me adornaba y componía sólo para gustarle a él; iba a los teatros y a los bailes con el único fin de verlo; todo lo demás no me importaba. Y en medio de todo esto no me olvidaba de mi Dios, las más de las veces lo recordaba y me atraía de una manera indecible. Cuántas veces, debajo de la seda de mis vestidos, que me importaban igual que si fuera jerga, llevaba a los bailes y teatros un fuerte cilicio en la cintura, gozándome en su dolor por mi Jesús". (Aut. 1, p. 73-74).

Nostalgia de Dios

"En medio de todo este mar de vanidades y fiestas sentía mi alma un deseo vehemente de saber hacer oración. Preguntaba, leía y como podía me ponía en la presencia de Dios, y esto bastaba para que comenzaran a aclarárseme muchas luces de la nada de las cosas de la tierra, de lo vano de la vida, de la hermosura de Dios y mucho amor hacia el Espíritu Santo. Cogía mi crucifijo al irme a acostar y no sé qué me pasaba al contemplarlo: una conmoción interior profunda, un elevamiento del corazón en Él, imposible de explicar. Me atraía, me absorbía, me anonadaba y luego acababa llorando. Pero me pasaba la impresión y volvía a mi vida ordinaria de tibieza, vanidad y tonteras. Sin embargo yo sufría, y aún en medio de tantas adulaciones, diversiones y cosas, sentía mi alma un vacío: una voz interior que le decía: ¡Tú no naciste para esto!; ¡en otra cosa está tu felicidad! Cuando recuerdo ésto me parece que debí haber tenido vocación, pero yo casi no había oído esa palabra, ni siquiera fijado la atención. Me encantaban en el Año Cristiano las religiosas, pero ni las conocía y aún me figuraba que ya no existían, lamentándolo. Con mis primas seguido me gustaba jugar a las monjas, y me estaba grandes ratos postrada sintiendo en mi alma la atracción de Dios, pero a las compañeras les fastidiaba este juego y pasábamos al de los novios".

"¡Vocación, virginidad!, yo no me daba cuenta lo que querían decir estas cosas y sí de que yo había nacido para casarme y no se me ocurría otra cosa que llegar a realizarlo aunque no entendía la trascendencia y obligaciones de esto. Los sacerdotes con quienes me confesaba tampoco me hablaban de otro camino para mí. Sólo mi tío el Padre me leía a veces cosas muy hermosas de vírgenes y mártires, pero a mí no se me pasaba que fuera eso para mí... Pensaba que casada tendría más libertad para mis penitencias y esto me encantaba y tranquilizaba... Me confesé en Santa María del Río con un sacerdote muy bueno que me dijo un consejo el cual me llamó la atención. "El alma de usted es tan dócil, me dijo, que necesitaba tener mucho cuidado para escoger el confesor. Hasta entonces supe que tenía yo docilidad. Con este Padre me parece que adelantó algo mi espíritu".

"Así, entre miserias y vanidades a la vez que llamamientos divinos pasé muchos años de mi vida. Me hacían mucho caso en los bailes, sería por tonta; siempre tenía las etiquetas o programas llenos desde que llegaba, y después, ¡qué flojera tener que bailar tanto! Dicen que hay peligro en los bailes y ahora lo comprendo... Las modistas me adulaban de buen cuerpo. Tenía vanidad pero no inclinación a ella; seguía la corriente, me gustaba agradar a mi novio con suma sencillez y no más. Me adornaba sólo en los minutos que pasaba o iba a visita Pancho, y en seguida, apenas iría en la esquina, luego me despojaba de todo. Me estorbaban los aretes, los anillos; así era mamá. Recuerdo que el día que me tomé el dicho, día de san Rafael (24 de octubre de 1884), me regaló Pancho una pulsera con llave, me la cerró y yo sentía angustia de aquello; en muchos años no me la quité".

"Me fastidiaba todo lo caduco, lo que brillaba, lo que no era sólido, lo vano y ficticio. Nunca los trapos me llenaron el corazón; yo sentía otra cosa muy grande dentro del alma, un vacío inmenso que pensé llenarlo casándome con un hombre tan bueno y que me quería como Pancho, y ese era mi anhelo y mis peticiones a Dios, a san José y a la Sma. Virgen". (Aut. I, 75-81).

Trágica Muerte de su Hermano Manuel: Punto de Partida para una Nueva Vida

"Un terrible golpe vino a sacarme del mundo y sus vanidades para acercarme a Dios.

"Mi hermano Manuel, el mayor de todos y que mucho me quería, fue muerto violentamente de un balazo que le llevó los sesos al techo del comedor en donde acompañaba a una visita, a don Pancho Cayo, a quien se empeñó en detener a comer. Fue una desgracia terrible pero inculpable: al pararse y volverse a sentar tomando el café se atoró el gatillo de la pistola que llevaba al cinto ese señor; disparó y entrando la bala por un carrillo y saliendo por la cabeza de mi hermano lo dejó al instante muerto. Dejó a su esposa con tres niños.

"De golpe supimos la noticia y emprendimos el camino a Jesús María. Mi madre, luego que se enteró de lo que pasaba, se arrodilló a rezar primero que dar rienda suelta a su dolor. Esto aconteció a las dos de la tarde y a las diez de la noche estaba yo a la cabecera del cadáver... Mis padres estaban locos, sin culpar a nadie. Yo sufría atrocemente; el Sr. Cayo desesperado; mi hermano Primitivo que había estado presente al suceso, entre relámpagos y truenos daba vueltas por la azotea, desolado. Ahí le nació la vocación, ¡Qué cosas, Dios mío! Fue muy cruel este golpe pero muy saludable para mi pobre alma, tan divagada y distraída; y aún para toda mi familia. Volví con el luto a darme más a Dios, a pensar más de cerca en Él, desprendiéndome de la corriente que me llevaba a las vanidades de la tierra".

"Yo siempre he sufrido mucho por querendona: he tenido muy pegajoso el corazón. No tan sólo en casos de muerte sino aún en ausencias, desde muy niña, que iban y venían mi padre y mis hermanos, ¡Cuántas lágrimas me costaban! Mucho ha sufrido mi alma por su sensibilidad. Yo creo que nunca he sido comprendida sobre el particular; ha sido uno de mis mayores martirios el corazón, por más que en apariencia parezca fría e indiferente". (Aut. I, p. 82-85)

"Crecí como la hierba de los campos"

"Crecí como la hierba de los campos, al natural, y qué poco entendí, ¡Dios mío! tus gracias y tus favores, la predilección tan singular con que siempre has cubierto a mi pobre alma... Siempre he tenido inclinación a escribir. De dieciséis años escribí una historia de la vida que llevábamos en "Peregrina", muy llena de Dios; le rompí la mayor parte. En esa hacienda todas las noches a la oración, al oscurecer, sentía que mi alma se remontaba de la tierra buscando con anhelo a Dios; era una hora favorita en la que embargaba a mi alma algo, siempre aquel algo que yo no entendía pero que me elevaba de la tierra haciéndome buscar el cielo!...

"Tranquila y hermosa era esta vida, pero a mi no me gustaba del todo por el pendiente de Pancho que estaba en San Luis". (Aut. I, p. 101).

Al escucharla se piensa en la exclamación del poeta: "Un único ser nos falta y todo está desolado" (Lamartine).

Mi Matrimonio

Su vida de jovencita transcurría sin historia, en la espera de un porvenir de felicidad.

"Llegó el día en que fueron a pedirme; mi madre lloraba, mi padre me preguntó que qué contestaba, que si quería casarme, y yo le contesté que sí, porque yo quería a Pancho y aunque no fuera rico lo prefería a todos los otros porque era muy bueno. *A mí, repito, no me estorbaba el cariño de Pancho para amar a Dios*; yo lo quería con una sencillez muy grande y como envuelta con el amor de mi Jesús. No veía para mi otro camino".

"Llegó la víspera de mi matrimonio el vestido blanco, y yo no sé qué sentí de miedo al verlo; estaba precioso, muy elegante con toda la demás ropa; unos magníficos broqueles de brillantes y una cruz de los mismos (de la que después hicieron la Palomita de la custodia del Oasis) un collar, anillos, etc., que a mí ni me llamaron la atención pues las alhajas siempre me han sido indiferentes. Muchísimos regalos, vestidos; ¿yo qué sentía?: una tristeza interior, un no sé qué de miedo y sufrimiento indecible".

"El día 8 de noviembre, como digo, se efectuó mi matrimonio con el Sr. Don Francisco Armida; y de las doce de la noche del 7 a la una del 8 recé con todo mi corazón la hora de quince a la Sma. Virgen al entrar el día en que iba a contraer tantos deberes que casi no sabía. A las seis de la mañana comulgamos Pancho y yo en San Juan de Dios) luego a arreglarnos cada uno a su casa. Yo mucho le pedí a mi Jesús que me ayudara a ser una buena esposa que hiciera feliz al hombre que iba a darme por compañero. Me puse aquel vestido blanco lleno de azahares, (que después lo regalé a una Purísima y lo que sobró para adornar los reclinatorios de mis hijos en su primera comunión y las almohaditas de los pobres en Nochebuena). Me prendieron el velo, corona, etc. y ya vestida me arrodillé a pedir la bendición a mis padres, que me la dieron con toda voluntad, pero llorando y partimos en los coches a la iglesia del Carmen que estaba preciosa toda adornada con flores blancas. A las ocho de la mañana fue la ceremonia, efectuándola mi tío el Sr. Canónigo D. Luis G. Arias, hermano de mi madre. Oí la misa con mucha devoción y después volví a casa de mis padres a las felicitaciones y ceremonia civil. Más tarde fuimos a la fotografía; después a la "Quinta de san José" en donde fue la comida y baile hasta el obscurecer". (Aut. 1, p. 104-108).

"Recuerdo que a la hora de la comida, mientras estaban en los brindis se me ocurrió pedirle al que ya era mi marido dos cosas que me prometió cumplirlas: que me dejara ir a comulgar todos los días y que no fuera celoso. ¡Pobrecito! fue tan bueno que años adelante se quedaba con los niños mientras yo volvía de la iglesia, y aún en su última enfermedad, mientras no perdía el conocimiento, me preguntaba si ya había ido a recibir a Nuestro Señor. Dios le ha de haber pagado este favor que era mi vida".

"Conque, el caer la tarde, mi hermano Octaviano me llamó y quiso que me fuera en coche con Pancho violentamente para que mi madre no se apercibiera, y sentí tan feo que no lo puedo explicar. Callada y llorando y con una vergüenza terrible me fui. Pancho me consolaba pero yo sufría mucho de ir sola con él. Llegamos por fin a la casa toda iluminada y llena de flores blancas" (Aut. I, p. 110).

"Mi marido fue siempre un modelo ejemplar de respeto y cariño; me han dicho varios sacerdotes que Dios me lo escogió excepcionalmente, pues fue un ejemplar de esposos y de virtudes" (Aut. I, p. 111).

"El día 8 de diciembre, al mes de casada, cumplí los veintidós años de edad y estaba en cama por no sé cuanto tiempo, sin poder comulgar. ¡Qué cosas pasan en la vida! Entré en aquella casita llena de flores y de luces, de dichas e ilusiones y a los nueve meses salí a la media noche con el susto de un incendio, y no volví a ella más" (Aut. I, p. 112).

Con mi Marido y mis Hijos

"El día 28 de septiembre de 1885, a las nueve de la noche y lunes nació mi primer hijo ofreciéndoselo al Señor con todo mi corazón antes y también luego que vino al mundo. Su papá, luego que nació, se puso de rodillas sollozando y dándole gracias a Dios. Me concedió el Señor poderlo criar ocho meses y entonces tuve que quitarle el pecho por necesidad. Después pasé muchos trabajos con él; no quiso nodriza, con leche de burra que era la más parecida a la mía, concluyó su lactancia.

"Una bobera que me da risa recordarla: quería yo que dijera a todo trance "mamá" y dijo primero "gato", lo cual me dio pesar. Tan simple como siempre. Este niño jamás dio qué decir: estudioso, inteligente y muy recto, pundonoroso y formal ha sido siempre. Tiene carácter violento pero muy buen corazón. Parece que el Señor lo llama al matrimonio" (Aut. 1, 114-115).

"Mi marido tenía horas fijas de irse a su trabajo y de volver, las cuales yo aprovechaba en hablar con mi Jesús, en leer cosas espirituales (después de cumplir con mis obligaciones) y en hacer mis penitencias, quitándome los cilicios cuando él iba a llegar, porque una vez me tocó uno y mucho se enojó. Me decía que bastantes penas tenía con los niños, sus enfermedades, crianza; pero yo sentía que no era suficiente aquello, sino que yo debía procurarme dolor. Después diré como me cuidaba el Señor de ser vista. Mi confesor me quitó me parece que por tres años las penitencias; yo lo obedecí" (Aut. I, p. 129-130).

"En el año de 1887, el día 28 de marzo, lunes, a las doce de la noche nació mi hijo Carlos. Yo lo crié en toda su lactancia; era un niño muy vivo, inteligente y precoz; vivió sólo seis años y murió el día 10 de marzo de 1893 de una tifoidea terrible. En sus dolores decía: 'hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo'; sufrió mucho y murió sin confirmación; esa pena me quedó. Fue su muerte para mi corazón un golpe terrible, desgarrador, un dolor jamás sentido hasta entonces. No quería arrancarme de su lado, pero habló la voz de la obediencia y en el acto hice el sacrificio de abandonarlo.

"En esos días hubo un alza de la plata y mi marido se puso mal en sus negocios, al grado que para el entierro de este niño tuvo que pedir prestado el dinero que se necesitó. En esta época me regaló el Señor con vergüenzas y penas pecuniarias. ¡Bendito sea Dios por todo!

"Cuando murió Carlos sentía mi alma vivos impulsos de perfección y algo de escrúpulos me molestaban. Me remordía mucho la conciencia hasta decirle al niño que estaban buenas de sabor las medicinas para que las tomara. No sabía yo cómo arreglarme. Como último recuerdo suyo guardé un vestidito, y ahí sentía pegado el corazón; pero un día escuché la inspiración del Señor que me pidió el sacrificio de desprenderme de él y me dio valor en aquel desgarramiento del alma (quien no sea madre no podrá comprender esto): llamé un pobrecito, le puse el vestido, se fue, y yo sentí como si me arrancaran a mi hijo". (Aut. I, p. 131-133).

"El día 28 de enero de 1889, lunes, nació mi hijo Manuel en la calle del Rosario (San Luis Potosi), a donde me había cambiado. Al dar las avemarías, al rezar el 'Angelus' vino al mundo este niño que mucho me costó. A esa misma hora moría un sacerdote (el Padre José Camacho) y tan luego como lo supe ofrecí a mi niño al Señor para reemplazarlo en los altares. Se lo dí de veras, con todo mi corazón. Mucho tiempo después estuve enferma, pero gracias a Dios pude criarlo hasta que anduvo. Quise que le pusieran en el bautismo el

nombre de Manuel, por mi amor tan grande a la Sagrada Eucaristía; es su santo el día de Corpus. Tuvo siempre Manuel un carácter muy bondadoso y sencillo; era alegre, humilde y dócil y desde muy niño tuvo grande inclinación a la virtud y a todo lo de la Iglesia. Tenía luces de desprendimiento del mundo y de sus vanidades superiores a su edad. Recuerdo que tendría siete años cuando un día, a la hora de la mesa que tenía su papá a todos los niños alrededor les dijo que a ver cuando crecían para que le ayudaran con los gastos de la casa, y Manuel luego respondió: 'Yo les ayudaré, sí, pero en la parte espiritual, en lo que toca al alma, porque no nací para ganar dinero que es tierra y vanidad'. Nos vimos Pancho y yo y nos quedamos sorprendidos de esta respuesta".

"Tuvo épocas de terribles escrúpulos; siempre fue muy piadoso, sin respeto humano, muy candoroso y sencillo. Fue él más cariñoso de todos mis hijos conmigo, hasta la exageración. Dios lo llamó; escuchó mis ruegos y los suyos y desde que comenzó a hablar le pedíamos la gracia inmensa de la vocación religiosa. En su primera comunión y en las grandes fiestas con fervor renovaba esta súplica; y el Señor lo escuchó, digo, yéndose a la Compañía el día 12 de noviembre del año de 1906, en donde acaba de hacer sus votos el día 8 de diciembre de 1908 a los diecinueve años once meses de edad". (Aut. I, p. 135-138).

(Murió santamente, en 1955, en Gijón, España, en el Colegio de la Inmaculada).

"Mi alma continuaba con ansias vivas de perfección, de un más allá que siempre se le retiraba. Tenía días muy fervorosos, con toques fuertes e internos del divino amor, y siempre envueltos en sufrimientos, porque estos nunca me han dejado, ya de una manera, ya de otra. ¿Qué será virtud? me preguntaba desde muy chica yo misma a menudo, pues que a gritos me pedía el alma conocerlas y practicarlas. Con este pensamiento me pasaba largos ratos, lamentando no entender lo que quería seguir.

"Un día de Corpus fui a la Catedral a visitar al Santísimo..., de repente me envolvió el Señor en oración de quietud (ahora conozco que eso fue, pues entonces sólo pude darme cuenta de que aquel efecto era divino) y me dijo, incendiándome el corazón: 'Yo te ofrezco que algún día tú conocerás lo que son las virtudes, porque Yo pondré muchas a tu alcance, y no conocidas para muchos'. Yo me quedé atontada sin saber qué sería aquello y ¡quién me había de decir que diez o más años más tarde me había de dictar más de doscientas virtudes y vicios el Señor!... (Aut. I, p. 139-140).

"A mí me cansaba mucho el mundo y aún cuando acostumbré a mi marido, que era excelente, a recogerse temprano y a tenerlo todo en su hogar, sin buscar diversiones, siempre a algunas tenía que acompañarlo, aunque por dentro contra mi voluntad".

"Yo lo obsequiaba mucho; llegaba el día de su santo y le hacía hasta dieciocho o veinte cuelgas: era muy bueno y respetuoso conmigo y todo eso, lo que le hacía yo, era poco para lo que merecía. Fue tan buen padre que viniendo de su trabajo me ayudaba personalmente a arrullar a los niños y a dormirlos. Su casa y sus niños era todo su encanto". (Aut. I, p. 142-143).

"Quería yo que Dios me diera una niña y no tanto hombre, ya que iban tres seguidos: y después de Manuel, me la dio para Él... Era lunes. María de la Concepción se llamó esta niña, que mucho me hizo padecer sin saberlo. La quisimos su padre y yo con una ternura especial. Se la ofrecí inmediatamente al Señor para que fuera suya, con todo mi corazón, y procuré conservar la azucena de su alma hasta entregarla al Señor como después diré. Pude criar a esta niña todo el tiempo que fue necesario, gracias a Dios. Era el encanto de su papá, y los dos la llenábamos de bendiciones. De seis meses creía que se moría;

estuvo muy grave.

"Después de algunos años tuvo una tifoidea de cuarenta y tantos días entre la vida y la muerte. Entonces recibió como viático su primera comunión; yo se la ofrecí al Señor en botón para que fuera a abrirse en el cielo si esta era su divina voluntad; pero no la aceptó; la tenía destinada para esposa suya en la tierra... Por aquellos meses de la enfermedad tan larga de Concha dictó el Señor las virtudes aquellas que años atrás me había ofrecido..."

"Concha tuvo siempre una índole de ángel, una pureza suma y unas cualidades y virtudes ocultas muy especiales. La modestia era su fisonomía, ¡Cuántas virtudes en el seno de la familia y en la intimidad del hogar la vi practicar!... Era una presea, una perla y no concha, una azucena. Al cumplir los quince años hizo voto de virginidad y a los diecisiete y medio entró a la religión. Joya tan linda no era para el mundo: el Señor la escogió para sí" (Aut. I, p. 144-149).

"Cuando nos casamos mi marido tenía un carácter muy violento, pero era como la pólvora, luego pasaba el fuego y se contentaba apenado; pero al cabo de algunos años cambió tanto que su mamá y hermanas se admiraban. Yo creo que era la gracia y el continuo limarse el pobre con esta lija y duro pedernal". (Aut. I, p. 151-152).

Relaciones de Familia y Amistad

"El Señor me apretaba fuerte a las humillaciones con mis cuñadas, a querer aparecer ante ellas como inútil y que cuanto hiciera no les agradara. Así lo hice años y años, vencíndome con la gracia de Dios. Mucho me sirvió este crisol en el que mi marido muchas veces les daba la razón, para desprenderme de mi misma y no crearme capaz de nada bueno, ni exterior ni interiormente. Cuando hablaba, aunque le costó mucho a mi soberbia al principio, siempre alababa a mis cuñadas aún con mi marido y a sus buenos papás. Así, con la gracia de Dios curé mi orgullo. Jamás le decía a mi esposo lo poco que tuviera que sentir de su familia, no por virtud seguro, sino por conservar la paz, aunque todo esto se lo ofrecía al Señor. Con el tiempo este modo de ser me conquistó gran estimación inmerecida de él.

"Mi suegro siempre me quiso; hacía mucho que no frecuentaba los sacramentos y le rogué que lo hiciera, le arreglé que se confesara y Dios me concedió que lo hiciera, muriendo algún tiempo después repentinamente.

"Mi suegra me decía después que cuando me casé no me quería nada, pero que después mucho. Y así era; ella me defendía hasta con mi marido; me buscaba y yo le hablaba de Dios, y le explicaba algunas meditaciones como yo podía, y como era un alma tan pura y tan buena, sólo sin cultivo, todo le caía muy bien. Yo la sentí mucho cuando murió, pero, de no frecuentar antes los sacramentos, después comenzó a hacerlo y fue muy fervorosa y sufrida" (Aut. I, p. 152-154).

"Por las tardes, al obscurecer, me iba a la iglesia de san Juan de Dios y allí cerquita del sagrario desahogaba mi pecho cerca de Jesús; le ofrecía a mis niños, a mi marido y a mis criados, pidiéndole luz y tino para saber cumplir mis deberes". (Aut. I, p. 157).

Su existencia se desarrollaba normalmente entre las obligaciones de su hogar y sus relaciones sociales, sin poder sustraerse a todas las circunstancias imprevistas.

"Tuve que ir a visitar a un sacerdote: se oscureció y ni coches ni tranvías parecían. Era muy grande mi angustia; el tiempo pasaba y resolví volverme a pie, pero como había muchas vías y yo no sabía el camino me acerqué a una tiendita a preguntar. Sin poderlo impedir salió de ahí un hombre que me hacía temblar y que me dijo que me conduciría. Se me arrimaba mucho, olía a vino, y andábamos y más andábamos, conociendo yo el peligro y encomendándome a la Sma. Virgen. Era de noche, había invitado mi marido un señor a cenar, y yo tan lejos, ¡Dios mío! y sin saber a donde iba a parar. Nunca he sufrido en esa materia lo que entonces. Por fin la Sma. Virgen me oyó y al voltear una esquina pasaba un tranvía, ni supe de donde era y escapándome de aquel hombre que me detenía, me subí y me salvé" (Aut. I. p. 53-53).

Ascensión Espiritual

Para comprender a Conchita no hay que buscar fenómenos extraordinarios: la suya es santidad en las diarias ocupaciones. Una breve frase de su Diario nos revela el estado de su alma de recién casada: "Al ver, a pesar de todo lo bueno de mi marido, que el matrimonio no era aquel lleno que yo me había figurado, instintivamente mi corazón se fue más y más a Dios buscando en Él lo que le faltaba; pues el vacío interior había crecido a pesar de todas las felicidades de la tierra". (Aut. I, p. 112). En medio de las más grandes alegrías del amor, siente las limitaciones y el carácter efímero de todo amor humano.

La verdadera vida de los santos está toda "escondida con Cristo en Dios" (Col. 3,3). Se perciben sus efectos en su comportamiento exterior y con frecuencia ellos mismos nos descubren su principal secreto. En el caso de Conchita, tenemos en su Diario la clave de todo. Nos permitirá seguirla de los treinta y uno a los setenta y cuatro años. Lo utilizaremos como guía principal, sin descuidar las fuentes complementarias. Ella misma nos da a conocer su medio familiar, las gracias y los favores excepcionales recibidos desde su más tierna infancia, la trágica muerte de su hermano Manuel, verdadero punto de partida para una vida nueva que la orienta decididamente hacia Dios; la profunda posesión de todo su ser por Cristo desde los primeros días de su matrimonio y su constante ascensión hacia la perfección, a través de los menores acontecimientos de su hogar. En la trama cotidiana de su existencia de mujer, semejante en apariencia a la de todas las demás, Dios prepara a su Iglesia y al mundo una gran santa.

"Tu Misión es la de Salvar Almas"

Un acontecimiento inesperado le proporcionó la ocasión de tener un tiempo de intenso silencio, oración y contacto con Dios. Por primera vez asistirá a unos "ejercicios espirituales", predicados y dirigidos aquel año de 1889 por el Padre Antonio Plancarte y Labastida, que fue más tarde Abad de Guadalupe. Conchita tenía veintisiete años. Casada y madre de familia, ama de casa, con un marido muy puntual y algo celoso, no podía aislarse en unos ejercicios de encierro. "Y concurría de entrar y salir porque no podía dejar mis niños". (Aut. I, p. 159). Corre a las pláticas, encuentra como puede momentos de silencio y de recogimiento y regresa apresuradamente a casa. Pero el Espíritu Santo obra donde quiere. En el corazón de Conchita va a surgir, bajo el impulso irresistible del Espíritu, una llama apostólica que pronto se extenderá a las dimensiones de la Iglesia entera. En su sencillez y humildad no sospecha desde luego la amplitud de los designios de Dios. Su mirada no va más allá del marco habitual de una mujer en su hogar. Dios mismo va a abrirle los horizontes de la Redención.

"Un día en el que me preparaba con toda mi alma a lo que el Señor quisiera de mí, en un momento escuché muy claro en el fondo de mi alma, sin poder dudarle, estas palabras, que me asombraron: "Tu misión es la de salvar almas". Yo no entendía cómo podía ser esto; ¡me pareció tan raro y tan imposible!; pensé que esto sería que me sacrificara en favor de mi marido, hijos y criados. Hice mis propósitos muy prácticos y llenos de fervor, redoblando mis deseos de amar sin medida al que es Amor. Mi corazón halló su nido, encontró la paz en el retiro y la oración, pero tenía que salir al mundo y a mis obligaciones, con necesidad de andar entre el fuego sin quemarme. Con este crecido incendio en el corazón el celo me devoraba y ansiaba compartir mi dicha, con las enseñanzas sublimes que había aprendido".

"En esos días tuve que ir con los niños una temporada al campo, a "Jesús María", una hacienda de mi hermano Octaviano, cerca de San Luis; y al llegar lo conchavé para que juntando las mujeres de por ahí les diera yo unos ejercicios explicándoles lo que había oído. Este hermano que siempre ha sido excelente conmigo y me ha tenido especial predilección condescendió luego y se reunieron sesenta mujeres. A mi no me ocurrió tener vergüenza ni si estaría mal hecho esto, ni si erraría al hablar, ni siquiera pensé que pudiera ser pretensión o soberbia de mi parte; yo sentía quemarme y ansiaba comunicar aquel fuego a otros corazones y no más.

"Comenzamos pues en la Capilla de la hacienda; yo me sentaba en una silla abajo frente a ellas; y, como en la tierra de los ciegos el tuerto es rey, a las pobres les gustaba mucho lo que les decía, y lloraban y se movían a contrición y hasta me querían decir sus pecados, cosa que yo por supuesto no les permití. Cuando concluimos vinieron sacerdotes, las confesaron e hicieron una comunión muy fervorosa. Yo me sentía feliz hablando de Jesús y cortos se me hicieron los días, volando las horas en tan dulce ocupación. A veces iba Octaviano a oír y Dios me ayudaba para no cortarme; todo por supuesto a puerta cerrada" (Aut. I, p. 159-162).

Conchita buscaba un director de conciencia para avanzar con mayor seguridad hacia Dios: "... quemándome los deseos de perfección, de encontrar la puerta, la vía, el camino por donde llegar a mi Jesús. Haciendo propósitos varios humillándome pasaba los días en aquella desolación y angustia y oscuridad. Notaba hambre de lo divino, sed ardiente de Jesús, pero como que me estrellaba, como que me perdía entre un camino de oscura fe y sin esperanza. Hablando yo a un sacerdote de lo que bullía dentro de mi alma, de los

ideales de perfección que perseguía y no quería el Señor sin duda que me comprendiera, porque me hablaba él de poesía, de la naturaleza, de cosas de Él, pero no de Él mismo, de mi Dios! Y el mundo luchaba por arrastrarme y las criaturas me atraían. Recuerdo que me entretenía a ratos en ver periódicos de modas y me entraba tal remordimiento, hasta que me dijo el Señor que no las viera" (Aut. I, p. 198-199).

Decepcionada y apenada por haberse acercado a un sacerdote que sólo habló de cosas superficiales, cuando ella había acudido a él con ansias de encontrar a Dios, intensificó su oración. El Señor le envió entonces al Padre Alberto Mir, S.J., quien mucho le ayudó en los primeros diez años de su ascensión hacia Dios.

El Monograma de Jesús

El amor de Cristo latía cada día más en el corazón de Conchita y animaba aún los más pequeños actos. Amaba apasionadamente a su marido y a sus hijos pero como "envueltos en ese mismo amor" (Aut. I, p. 105). Cristo no mutila el amor humano: lo transfigura y lo diviniza...

Durante su infancia en las haciendas de su familia, y a últimas fechas en la de su hermano Octaviano, Conchita había observado cómo se imprimía en el ganado con fierro candente la marca de su dueño. Ella también soñaba con llevar hasta en su carne el sello de Cristo. Se encuentran casos análogos en la vida de otros santos, como en el beato Enrique Suzó, dominico. El caso más semejante al de Conchita es el de santa Juana de Chantal, joven viuda, impulsada por su familia a volver a casarse y que, para poner fin a aquellas instancias, un día se retiró a su recámara y grabó sobre su corazón el Nombre de 'Jesús', cuyas cicatrices se encontraron aún cuando murió; únicamente la huella de la última letra 'S' se había borrado casi. San Francisco de Sales manifestó claramente que si él hubiera estado allí no lo hubiera permitido. Los santos son a veces más admirables que imitables. Se podría hacer la misma observación acerca de Conchita.

"Por fin de ruegos conseguí el permiso de mi director para marcar el monograma en mi pecho el día del Dulce Nombre de Jesús, 14 de enero de 1894. Corté el pecho formando letras grandes con la navaja, J H S en esta forma; luego que lo hice sentí como si una fuerza sobrenatural me arrojara al suelo y con la frente en la tierra, en los ojos las lágrimas y el fuego en el corazón le pedía al Señor con vehemencia, con un celo devorador la salvación de las almas: **¡JESUS, SALVADOR DE LOS HOMBRES, SALVALOS, SALVALOS!**

"Yo no me acordaba de más: almas, almas para Jesús era lo que deseaba. Más eran los ardores del alma que los del cuerpo, y la dicha indecible que yo experimentaba siendo, como los animales de su dueño, yo de Jesús, de Jesús, de mi Jesús que salvaría a tantas pobrecitas almas que le darían gloria. Arrebatada de dicha pasé el día, con ansias vivas de soledad y oración, y con una visita a quien estar atendiendo" (Aut. I, p. 205-207).

Es un hecho que tiene su fuente en los carismas de Dios y en la locura del amor, en seguimiento de un Dios crucificado. Se explica por la misión excepcional de la fundadora de las Obras de la Cruz, llamadas a extenderse por el mundo entero. Una Teresa de Lisieux, que era sin embargo la santa preferida de Conchita, tenía otra manera de probar a Jesús que lo amaba con locura, soñando en ser en la Iglesia el amor que nada rehúsa. Hay que tener en cuenta la idiosincrasia de los pueblos, la gracia personal y de la misión de cada uno. Es el mismo Espíritu el que se expresa, con letras de fuego y de sangre, como también, y con fuerza no menor, en la fidelidad absoluta al más pequeño sacrificio. En el cristianismo, el heroísmo en lo pequeño está unido al heroísmo en lo grande bajo el impulso de un mismo Espíritu de amor.

El monograma inaugura una nueva fase cuyas repercusiones se dejaron sentir:

- en su vida personal,
- en su irradiación apostólica
- y, de un modo carismático, por medio de las iluminaciones divinas para bien de la Iglesia entera.

Así en la economía de la salvación: algunos actos privilegiados extienden a veces su

influencia salvadora a todo el Cuerpo místico de Cristo. Así sucedió en forma sin igual con el "Fiat" de María que salvó al mundo. Guardada la debida proporción, el más pequeño acto humano repercute en la historia del mundo y sólo en el último juicio podrá ser debidamente aquilatado.

Desposorios Espirituales con Cristo

Los primeros frutos de su acto heroico de pertenencia total y de consagración a Cristo por medio de una entrega firmada con su sangre, fueron para la misma Conchita.

"Parece que el Señor con el monograma abrió la puerta para derramarse en gracias. Desde ese día: ¡qué persecución, diré, qué ternuras, qué gracias, qué estupendas bondades con este barro vil! No me dejaba ni de día ni de noche, ni en la oración ni fuera de ella. Te quiero mía, lo eres ya, pero aún más quiero que lo seas, me repetía; acércate, quiero hacer contigo unos desposorios, quiero darte mi nombre y prepararte a grandes gracias" (Aut. I, p. 208).

Monseñor Luis M. Martínez sitúa en esta época la gracia insigne de los desposorios espirituales de Conchita con Cristo. Los teólogos no cesan de comentar el caso inédito de una mujer, comprometida a fondo en la vida conyugal y madre de numerosa familia, auténticamente elevada por el Señor a los estados místicos superiores. Dios es dueño de sus dones.

Una Nueva Etapa: El Gozo en el Dolor

Un segundo resultado en su vida espiritual más maravilloso aún fue el de experimentar el gozo en el dolor. De igual manera Cristo Crucificado gozaba en su alma de la visión beatífica de la Trinidad, al mismo tiempo que por sus dolores físicos y morales era el "Varón de dolores" (Is. 43,3).

A partir del monograma, Conchita es inundada de gracias y de favores divinos. Quiere asemejarse a Cristo en la Cruz. No tiene sino un deseo: "Todo lo sacrificaría con el mayor gusto por El, sólo por El, y por puro amor..., quisiera ser apóstol y publicar y hacer ver y dar a conocer quien es Jesús" (Diario T. 2, p. 7, abril-mayo 1894). Daría su vida por procurarle "un átomo de gloria". Vive en Dios, "toda en Dios y siempre en Dios" (Diario T. 2, 84, 2 abril, 1894). Da cuenta a su director de este nuevo estado de su alma: "Me siento como si hubiera traspasado una atmósfera... No puedo pensar ni moverme sino en Dios y dentro de Dios, y Dios en toda yo, y yo en todo El, pero en una esfera de campo de luz y de cosas divinas" (Diario T. 3, p. 25, abril-junio, 1894).

Ahora Conchita lo sabe ya por experiencia: la unión divina es inseparable del dolor. A medida que se acerca a Cristo la cruz se levanta más y más cercana en el horizonte. Hay en su interior un cambio profundo: "Hay momentos preciosos en que me siento, ¡qué raro!, gozar en el dolor y entonces se me va el alma con una delicia enteramente desconocida, se suaviza la pena sin disminuirse, pero este efecto lo produce el acto de abandono a la voluntad de Dios y el gusto de complacerlo... jamás experimentado por mí. He experimentado hoy en mi alma una cosa extraordinaria: la unión de dolor" (Diario T. 3, p. 75, 30 de abril, 1894).

"Rarísimo encuentro en mí estos efectos sobre el dolor. ¡Gozar en el sufrimiento!, si me parece increíble, yo que siempre le he sacado mil vueltas a pesar de haber puesto en mí Dios cierta inclinación al sufrimiento y oculto. ¡Cómo no extrañar que de la noche a la mañana, casi de repente, cuando mi alma siente ahogarse en el dolor, en esos mismos instantes casi desesperados, viene una brisa nueva como a transformar el dolor seco y árido en fresco y agradable, con solo la consideración de agradar al Amado, sin más dichas ni esperanzas futuras: esto se hace o parece, digo, como secundario ante la felicidad de complacerlo, ¡Oh maravillas de la gracia! Mi alma se abisma en unos espacios tan desconocidos a mi miseria, que jamás imaginaba siquiera poder tocar con mis manos. Estos favores de veras son gratuitos y no merecidos. ¡Qué bondad de Dios, tampoco tiene límites, infinita e inmensa como todo El!... La unión en la Cruz tiene que hacer brotar del alma el amor más sublime y desinteresado. Este amor purísimo sin mezcla de egoísmo o amor propio. El amor al dolor es el amor a Jesús, sólido y verdadero. Que nadie me quite este mi tesoro escondidísimo, quiero ocultar mi dolor, este es ahora mi tesoro que me une a mi otro tesoro: Jesús... Estoy dispuesta hasta la última gota del cáliz apurar, sí, sí, sólo para darte gloria aunque miserable" (Diario T. 3, p. 79-81, 2 de mayo, 1894).

Apóstol de la Cruz

El monograma que vino a transformar su vida personal preparó a Conchita para su vocación de apóstol de la cruz. En la inscripción del santo Nombre de Jesús sobre su pecho realizada por santa Juana de Cantal y por Conchita es notable el sentido diferente de este gesto de amor. Para una era la afirmación suprema de su amor único a Cristo Jesús; para la otra, la explosión inesperada y por decirlo así, la irrupción al exterior de su fuego interior, de su indivisible amor a Dios y a los hombres. Con razón su familia religiosa tiene como fecha del nacimiento de las Obras de la Cruz la del monograma.

Algún tiempo después del monograma, estando Conchita en oración en la Iglesia de la Compañía de Jesús, en San Luis Potosí, su ciudad natal, de repente se le apareció el Espíritu Santo, el que es el Amor, iluminado y abarcando desde la cumbre todas las Obras de la Cruz.

"Estaba recogida, cuando de repente veo un inmenso cuadro de luz vivísima y más clara en su centro. Luz blanca, qué raro, y encima de este mar o abismo de luz miles de rayos como de oro y fuego, vi una paloma blanca, extendidas sus alas, abarcando no sé cómo todo aquel torrente de luz".

"Lo vi todo muy claro, puesto que era luz, pero entendí ser visión muy alta y oscura, profunda y divina. Me quedó una impresión de suavidad, de paz, de amor, de pureza y humildad: ¡qué voy a saber explicar la inexplicable!"

"A los dos o tres días de esta visión o cosa que no supe explicar voy viendo una tarde en la misma iglesia de la Compañía -- ¡feliz tarde! -- otra vez una paloma blanca en medio de un gran fuego como de rayos de luz claros y brillantísimos. En el centro estaba la palomita otra vez con las alas extendidas y bajo de ella en el fondo de aquella inmensidad de luz una cruz grande, muy grande, con un corazón en el centro" (Aut. I, 221-213).

"Parecía que flotaba en un crepúsculo de nubes como con fuego dentro. Debajo de la cruz salían miles de rayos de luz los cuales no se confundían ni con la luz blanca de la palomita, ni con el fuego de las nubes. Eran como tres tonos de luz -- ¡qué encanto! -- El corazón era vivo, palpitante, humano pero glorificado; estaba rodeado de fuego como material, parecía movable, como dentro de una hoguera; y por encima brotaba de él otra clase de llamas como lenguas de fuego de más calidad o grados, diré. Además estaba el corazón rodeado de rayos luminosos como anchos al principio y delgados al fin, sin confundirse con las llamas que quedan debajo, con la sombra de luz o disco brillantísimo que lo rodea.

"Las llamas que brotaban para arriba del corazón subían con violencia como despedidas con mucha fuerza, cubriendo y descubriendo la cruz chiquita plantada en el corazón. Las espinas que rodeaban el corazón dolían al ver como lastimaban aquello tan delicado y tierno.

"Puedo así descifrar todo esto porque en incontables ocasiones de día y de noche se me presentaba esta hermosa cruz, aunque sin la Palomita. ¿Qué será esto?, me preguntaba, ¿qué querrá el Señor? Le di cuenta a mi director y primero me dijo que no hiciera caso y después, yo creo inspirado de Dios, me escribió un papel para mi alma y me decía: 'Tú salvarás muchas almas por medio del apostolado de la Cruz'. El se refería a que por mis sacrificios unidos a los del Señor, pues nunca le ocurrió que éste fuera el nombre de la Obra. Pero yo al leer esto no sé qué sentí, comprendiendo después que este nombre debía

llevar la grande Obra que iniciaba el Señor y de la que hablaba ya" (Aut. I, p. 213-214).

Dios acababa de escoger a esta joven casada y madre de familia, simple seglar, para recordarnos el misterio de la salvación del mundo por la Cruz. El Señor le dijo: El mundo se hunde por el sensualismo; y el sacrificio ya no se ama casi ni se conocen sus dulzuras". "Quiero que reine la Cruz y hoy se presenta al mundo con mi corazón para que éste, sirviendo de anzuelo, las atraiga al sacrificio" (Aut. I, p. 216). "No hay amor sólido sin cruz, me decía, y sólo en el Corazón de la Cruz se puede gustar de las inefables dulzuras de mi Corazón. Por de fuera la Cruz es áspera y escabrosa pero comiéndola, penetrándola y empapándose de ella no existe mayor dulzura, porque ahí está el descanso del alma enamorada, su delicia, su vida" (Aut. I, p. 217-218).

Y en seguida el anuncio profético de las Religiosas de la Cruz, consagradas totalmente a una vida de inmolación por amor: "Una mañana que estaba haciendo mi oración repentinamente se presentó a mi vista interior una inmensa procesión de religiosas con una gran cruz roja en la espalda. Iban en fila de dos en dos y tardaron en acabar de pasar" (Aut. I, p. 221).

A toda la Iglesia debe ser anunciado el mensaje de la Cruz: "Sí, este Apostolado de la Cruz se extenderá por todo el mundo y me dará mucha gloria" (Diario T. 2, p. 2). En fin el Señor revela a Conchita que tendrá que continuar en la Iglesia la obra de santa Margarita María; e inmediatamente lo comunica a su director: "Me da vergüenza mentarle esto, padre mío, porque volvió Jesús a recordar a Margarita Alacoque. Dijo que a aquellas personas las había escogido para una cosa y a otras para otra, a unas para dar a conocer al mundo el Amor, y a otras para el Dolor. Usted me entiende" (Diario T. 3, 89, mayo 4, 1894).

En una carta al Padre José Alzola, Provincial de los jesuitas, Conchita precisará un poco después: "El Apostolado de la Cruz, que es la obra que continúa y completa la de mi Corazón que fue revelada a la beata Margarita. Dile que no se trata solamente de mi Cruz externa como el divino instrumento de la redención; que esta Cruz que se presenta al mundo es para atraer a las almas a mi Corazón clavado en ella; que lo esencial en esta Obra es dar a conocer los dolores internos de mi Corazón, los cuales no son atendidos y fueron para Mí de mayor pasión que la que mi Cuerpo padeció en el Calvario por su intensidad y por su duración y que aún continúan místicamente en la Eucaristía. Dile que hasta este día el mundo conoce el amor de mi Corazón demostrado a la beata Margarita, pero que reservaba para estos tiempos el dar a conocer su dolor, el cual mostré entonces sólo con las insignias y superficialmente. Dile que se debe ahondar en este mar sin fondo de amargura y darlo a conocer al mundo, haciendo que se una el dolor de los fieles al inmenso de mi Corazón, pues que se desperdicia esa riqueza en su mayor parte y quiero que se aproveche por medio del Apostolado de la Cruz en favor de las almas y consuelo de mi Corazón".

"Hará un mes, entre el día, de repente me dijo: "La Obra de la Cruz es la continuación de las revelaciones hechas a la beata Margarita" (Carta al Padre José Azola, S.J. 14 de noviembre, 1899).

Vida Cotidiana Transfigurada

No hay que imaginarse a Conchita como una mística con los ojos extáticos y actitudes fingidas. Sus hijos me lo repitieron con frecuencia: 'No había nada más natural que su porte exterior'. Tal era el punto sobre el que insistían más: 'Hasta en la iglesia sentíamos que estaba con nosotros'.

Se leen en el Diario páginas reveladoras de su manera de concebir la perfección cristiana según el verdadero espíritu del Evangelio. Es interesante analizar sus propósitos de ejercicios hechos al terminar los del 20 al 30 de septiembre de 1894. Conchita tiene treinta y dos años. No son los propósitos de una religiosa, sino los de una mujer casada, madre de familia y ama de casa. De acuerdo con su Director los divide con método: diecisiete puntos para sus relaciones con su marido, veintitrés para su comportamiento cotidiano con sus hijos y en una página final, siete puntos para orientar su actitud de justicia, de bondad y de caridad con los sirvientes de la casa.

Ponemos aquí algunos extractos:

"*Con mi marido*: tendré cuidado de no perder su confianza antes ganármela más y más; informándome de sus negocios, pediré luz a Dios para aconsejarlo rectamente.

"- Procuraré que siempre encuentre en mí consuelos santos, dulzura y abnegación completa. Igual de carácter en todas las circunstancias, y él sí que vea traslucirse a Dios en todas mis obras para su provecho espiritual.

"- Jamás hablaré mal, en lo más mínimo, de su familia; siempre la disculparé, teniendo cuidado de que respete la mía.

"- Velaré por las economías sin descender a extremos, teniendo cuidado de que nada falte a los demás y haciendo personalmente muchas cosas que implicarían gastos. Estaré siempre despierta a todas las circunstancias. Daré del gasto las limosnas que pueda.

"- En cuanto a la educación de mis hijos haré porque siempre caminemos de acuerdo, habiendo energía y rectitud de ambas partes, con especialísimo cuidado.

"*Con mis hijos*: tendré especial cuidado y vigilancia.

"- Les fomentaré la caridad para con los pobres, haciendo que, quitando un poco de lo que tienen, les participen personalmente.

"- No les fastidiaré cargándoles de rezos y haciéndoles pesada la piedad; todo lo contrario, procuraré hacerla agradable a sus ojos y que naturalmente la busquen comenzando a dar vuelo al alma con pequeñas jaculatorias.

"- Estudiaré sus caracteres, y apretaré donde convenga, sin dejarme arrastrar por el cariño natural. No los consentiré en general, y recto, sin cambiar un ápice mis resoluciones o mandatos. Sabré imponérmeles a la vez que atraerlos a la confianza.

"- Haré que vean en su padre ciertos actos de piedad y que su ejemplo les sea útil en todos sentidos. Con la niña especialísimo cuidado.

Con los sirvientes de la casa: seré dulce y recta. "Vigilaré su moralidad en cuanto pueda.

"- Les asistiré pecuniaria y personalmente, si puedo, en sus enfermedades.

"- Tendré especial cuidado de sus almas, procurando que escuchen algunos sermones, dándoles algunas instrucciones religiosas y cerciorándome que cumplan con el precepto de oír Misa". (Diario T. 4, p. 227 ss. 6 octubre. 1894).

Así se nos muestra Conchita: un modelo de esposa, de madre de familia y de ama de casa. Ella misma hace un 'Reglamento de vida' que orienta su conducta, pero sin rigidez, con una preocupación de fidelidad a Dios y de servicio a los demás por amor.

He aquí algunas anotaciones más que evocan el espíritu que las anima:

"- Propongo hacer siempre lo más perfecto.

"- Propongo buscar en todas las cosas a Jesús y su cruz, conforme a su voluntad santísima.

"- Propongo buscar prácticamente los intereses de Cristo y no obrar según mis intereses o amor propio".

Pero añade con realismo y gran espíritu de adaptación: "No me inquietaré si las circunstancias impiden mi reglamento de vida, sino que tranquilamente continuaré. Seré flexible ante las dificultades, siempre humillándome y siempre ¡adelante, adelante!" (Diario T. 4. p. 80 agosto de 1894).

Sus relaciones sociales, la llevan a reuniones y a varias diversiones como mujer de mundo y madre de familia. No se sustrae a ellas, va a todas partes sonriendo, pero su corazón está todo en Cristo: "Anoche tuve que ir al circo" (Diario T. 4, p. 64, agosto 12 de 1894). "Y voy al teatro dentro de breves momentos, yo que huiría del mundo con todo mi corazón tengo que presentarme a él, y reír y estar alegre y lejos de mí manifestar desagrado, lo que bastaría para causar a mi marido un gran disgusto. Me encuentro por todas las partes sobre la cruz. ¡Oh, Jesús mí, ayúdame! Concédeme saber conformar mi exterior y guardar mi corazón inviolablemente fiel, sabiendo dominarlo para que nada me traicione en presencia de aquellos que no pueden comprenderme" (Diario T. 3. p. 161, mayo 17, 1894).

En medio del bullicio de las fiestas del carnaval escribe: "Ayer no pude escribir; por la tarde tuve que condescender con mi marido a ir al paseo cuatro horas en coche abierto, entre una barahunda de mundo atroz. Hice actos, cuantos pude, de amor y reparación y mortificación" (Diario T. 12, p. 121, febrero 28, 1900). Pero no es una mujer mundana sumergida por el torbellino del carnaval; por encima de los hombres y mujeres que se divierten locamente ella lleva en su alma la mirada del Crucificado.

Se encuentra a gusto en su hogar y en el círculo de su familia y amistades. En ese ambiente es la animadora de las reuniones y de las fiestas. Todos la solicitan. Tiene plena conciencia de que su lugar de madre y educadora está, ante todo, en medio de sus hijos: "Tengo que formar ocho corazones, que luchar con ocho caracteres, quitando lo malo y plantando y fomentando lo bueno; grande paciencia y grande prudencia y virtud necesito para cumplir santamente esta misión de madre. En todas mis oraciones el primer grito del corazón es para pedir gracias para mi esposo e hijos, claro está que espero todo de lo alto, todo de ese Dios infinitamente bueno y de esa María, Madre de todos, a quien se los tengo especialmente encomendados. Ella será su escudo, su luz, su guía, su protectora

amadísima. La santa devoción que sus corazones le profesan los salvará de todos los peligros de este miserable mundo tan lleno de escollos. ¡Madre, Madre, ayúdanos, cobíjame bajo el manto de tu pureza y no nos dejes jamás hasta asegurarnos en esa eternidad feliz! ¡María, tu pureza para mis hijos!, ¡que nunca manchen su alma tan querida!, que sean todos para Dios, que El solo sea su aliento y su vida. ¡Míralos, Virgen, son tuyos antes que míos!" (Diario T. 11, p. 193, agosto 16, 1899).

Así se deslizaba la vida cotidiana de Conchita, como la de todas las madres, con alternativas de penas y alegrías "Ayer cumplí treinta y siete años, tuve un día lleno de las satisfacciones exteriores que pudiera yo desear respecto a mi marido, hijos y demás familia, y sin embargo la tristeza y el vacío llenaba mi corazón haciéndolo sufrir, luchando por dominarme. Tuve el gusto de ver a mis hijos con muchos premios de la repartición del colegio y muy aplaudidos, y algunos saltos de vanidad me dio el corazón, aunque procuraba rechazarlos. Las cuelgas que recibí, todas se las entregué al Señor, quedándome en mi querida pobreza. Tiemblo ante mi debilidad sobre el particular pues en el mundo hay muchas ocasiones de fallar y soy capaz de todo. Ayer renové mi ofrecimiento total a la voluntad de Dios, entregándome sin reserva a sus divinas manos" (Diario T. 12, p. 35, diciembre 9, 1899).

Las preocupaciones no faltaban en la casa y las pruebas de salud pesaban a veces dolorosamente. Ella misma o sus hijos se encontraban gravemente enfermos y la muerte se cernía sobre la existencia familiar. "De las puertas de la eternidad, del borde del sepulcro me ha vuelto el Señor por sus altos fines y pudiendo apenas escribir, tomo hoy la pluma para continuar mi Diario. Una pulmonía terrible iba a concluir con mi vida y estoy ahora en una convalecencia muy delicada y penosa, llena además de mil penas. Se iba a morir la última niña; otro niño grave de enfermedad contagiosa lo cual me priva de ver a la primera, sufrimiento que despedaza el corazón de madre. ¡Vágame el Señor! (Diario T. 10, p. 132-133, abril 21, 1898).

"Muchas otras cruces me ha puesto Jesús sobre los hombros que sólo con la ayuda divina puedo soportarlas con paciencia... Vi muy de cerca la muerte y tuve que practicar de veras y de lo más íntimo del alma el abandono total en los brazos de Dios y el desprendimiento de mis hijos, madre, esposo, que siempre a la naturaleza le cuesta bastante. Tuve mucha paz esperando a cada instante verme en la presencia de Dios: a veces venía a turbarme el miedo a su juicio y una noche arrojándome en sus brazos le dije: "Señor, tengo miedo". 'No temas, me contestó, 'tranquilízate', y, como estas palabras obran, desde ese momento sentí un sosiego de alma como de ilimitada confianza y la seguridad de que no me iba a morir" (Diario T. 10, p. 134, abril 21, 1898).

Así, transcurría su vida, las enfermedades y los achaques aumentaban. Llevaba sola su dolor en el corazón y en los labios su inalterable sonrisa: "Me dijo el Señor: 'No te quejes de tus padecimientos delante de los extraños, ni les dejes ver tus penas porque aminoras su mérito; sufre en silencio, déjame obrar en ti y pasa por la tierra ocultamente crucificada" (Diario T. 10, p. 138, abril 30, 1898).

Su hogar era alegre y bullicioso: "Mamá sonreía siempre", me decían sus hijos; y cuando al terminar mi primera estancia en México, en 1954, después de una encuesta minuciosa declaraba yo a sus hijos: "Su mamá era una gran santa y una gran mística", me respondieron ellos inmediatamente: "santa o mística, no lo sabemos; pero mamás como ella ya no las hay".

"El Claustro Interior"

¿Dónde encontrar el secreto de su vida interior? Indudablemente en el amor de Dios y su increíble amor a Cristo. Su vida cotidiana está transfigurada por la fe. Exteriormente no hay en ella nada que suscite admiración. Es una mujer cuya existencia se asemeja a las demás. Dios está forjándola como un modelo para las mujeres de hoy que viven en su hogar, en su ambiente de trabajo y en sus ocupaciones cotidianas, con sencillez evangélica, fieles a todos sus deberes, generosas, a menudo heroicas, sin sospecharlo siquiera. Es un tipo nuevo de santidad femenina, que necesita el mundo actual. El Señor lo decía a Conchita: "Quiero hacerte santa y que sólo Yo lo sepa; por esto te cuido, te aviso, te dirijo y por ti velo. Te quiero espejo de virtudes ocultas, nada exterior, que estoy cansado de este escollo en que perecen o detienen muchas almas que debieran ser mías. Tú sí serás mía si me oyes, si te pisas, si todo lo traspasas, si te detienes, en fin, si con tus ojos y tu corazón fijo en Mí haces siempre lo que Yo quiero de Ti" (Diario T. 6, p. 14, 19 abril. 1895).

El Maestro sabía que su humilde sierva, en respuesta a su llamado, caminaría siguiendo sus huellas por las sendas de una vida oculta.

"Quiero, sin embargo, ser santa: esta infinita aspiración no me deja a pesar de palpar mi miseria, pero llena mi alma el deseo, el grande anhelo de santidad de esta manera, y así se la pido al Señor con toda la vehemencia de mi corazón. Quiero una santidad oscura como entre las tinieblas de la noche, de modo que sólo Dios la vea. Quiero que la luz sólo haga ver en mi alma una cosa despreciable y fastidiosa; todavía más: arde mi corazón con el deseo de que el mundo me tenga por el 'desecho de la plebe, el oprobio de los hombres, 'gusano y no hombre' (Ps. 22,6). (Diario T. 10, p. 18, 19 septiembre, 1897).

Para poder permanecer unida con Dios en medio de las agitaciones exteriores y de sus deberes cotidianos Conchita se refugia en su "claustro interior", como santa Catalina de Siena en su "celda interior" en la que volvía siempre a encontrar a Cristo por la fe y el amor. Bajo formas diferentes se trata de las mismas consignas de unión, que Cristo da a todos sus discípulos, como en otro tiempo en su discurso de despedida a sus Apóstoles: "Permaneced en mi amor. Permaneced en Mí y Yo en vosotros... Sin Mí nada podéis hacer" (Jn. 15,4-5). No cesaba de repetir a Conchita: "No quiero que te derrames en el exterior de las criaturas, no, tu misión es otra, a la cual debes corresponder fidelísimamente. No más conversaciones ni pensamientos vanos, tu vida debe estar encerrada en el santuario de tu alma, todo interior, porque ahí reside el espíritu Santo... Dentro de ese santuario debes vivir y morir. Ahí tus delicias, tus consuelos, tu descanso, no lo busques en otra parte porque no lo encontrarías puesto que para él te crié muy especialmente. Entra pues hoy dentro de tu alma, dentro de esas regiones desconocidas para muchos y en donde está la felicidad que soy Yo; entra para no salir jamás. Allá te conducirá un camino: el de la modestia, recogimiento y silencio; no existe otro... Enciértrate en ese claustro interior del que tantas veces te he hablado y ofrecido que María será tu Maestra... Ahí encontrarás al que es todo pureza y sentirás el ensanchamiento de esta virtud en toda su plenitud. Ahí alcanzarás el reflejo divino con la pureza del alma. Ahí te esperan los dones y frutos del espíritu Santo para santificarte y dar por tu medio gloria a Dios. Ahí tomará tu alma alas y fuerzas para hundirte en aquella inmensidad de Dios que algo conoces. Un campo muy vasto de virtudes te espera ahí para que las practiques y entiendas, crucificándote. Ahí está tu claustro... tu perfección religiosa; no basta encerrar el cuerpo para ser religiosa... El encierro interior es el esencial para la santificación del alma que quiere ser mía... no debes salir nunca de ese santuario interior, aún en medio de

tus obligaciones exteriores. Este continuo recogimiento interno se te facilitará a medida que lo practiques y la presencia de Dios que esto produce te ayudará grandemente para tu santificación...

"¿Quieres la perfección para acercarte a Mí? Pues aquí tienes el camino práctico para alcanzarla. El alma limpia y recogida vive en Mí y Yo en ella; pero no en el ruido y la vanidad, sino en la soledad interior y en el sacrificio de su propio desprecio. Acá está, en este santuario que nadie ve, la verdadera virtud y por tanto la mirada de Dios y la morada del espíritu Santo" (Diario T. 9, p. 387-390, agosto 15, 1897).

Iluminaciones Divinas

Conchita vive en medio del mundo enclaustrada en Cristo.

Nuevos horizontes se le descubren entonces. Su corazón se ensancha a dimensiones de Iglesia: "El Señor me pone enfrente unos panoramas de la vida espiritual que me dejan abriendo la boca de admiración. De repente me encuentro metida en los más profundos secretos de la vida interior y contemplo sus hermosuras encantadoras, sus escollos terribles, sus delicias y sus peligros, y yo no sé con qué objeto, ni qué mano me conduce a esos parajes, tan desconocidos del mundo exterior. ¿Por qué esos relámpagos de luz interna que me salen al encuentro a cualquier hora? ¿Por qué lo sobrenatural y divino se me presenta con tal esplendor y claridad que no puedo dejar ni de verlo ni de entenderlo? A veces pienso que es todo ello puramente cosa natural que mi inteligencia alcanza; pero veo su rudeza y limitación y no puedo menos que confesarme a mí misma que tales claridades son extraordinarias y demás gracias del cielo, aunque no sé con qué fin (Diario T. 16, p. 149-150, marzo 21, 1901).

Dios había predestinado a una mujer seglar, sin alta cultura, para iluminar a la Iglesia. Este es el porqué indiscutible de estas enseñanzas divinas que nos asombran y que no pueden explicarse sino por una luz especial del Espíritu Santo: intuiciones sobrenaturales acerca de los misterios más fundamentales del cristianismo. No citaremos sino algunos ejemplos, para no hacer pesado este sencillo relato del film de su vida, reservando para la segunda parte la exposición de sus grandes temas espirituales. El Señor la ilustró acerca de los caminos de la santidad, sobre los misterios de la Iglesia, con respecto a los sacerdotes, más aún, progresivamente la fue introduciendo en el misterio de Dios y los abismos de la Trinidad, no de una manera especulativa y abstracta, sino siempre en relación con su vida personal concreta para ayudarla en su ascensión hacia Dios.

Luces sobre la Inmensidad Divina

He aquí algunas de esas elevaciones dogmáticas sobre la inmensidad de Dios, sobre la esencia de Aquel que es, sobre la Trinidad y la Encarnación y sobre la generación eterna del Verbo.

"Tuve sentimientos y luces muy claras sobre la inmensidad de Dios, ¡le veía tan grande, tan infinito en todos y cada uno de sus atributos! Me arrojaba en aquel mar como si fuera una gota de agua, en aquel inmenso horizonte como el más imperceptible átomo. Me sumergía en mi Dios, lo abrazaba llenando la infinita sed de mi corazón y sus inmensos senos y me gozaba al sentir cómo no se disminuía, igual, siempre igual..., ¡Qué hermoso es esto que no puedo yo explicar, sólo sentir!... Y experimento también una alegría espiritual inexplicable al ver mi nada y tamaña grandeza, mi impotencia y debilidad, junto a su grandeza y poder. Cómo me encantaba verme tan pequeña y tan débil y tan enferma y agotada, y a El, a este mi Dios tan grande, tan infinito y siempre y por todos los siglos".

"Yo experimentaba más que otras veces aquel destellito del mismo Dios dentro de mi ser; una sed infinita, un arrastramiento impetuoso y sostenido hacia ese ser único capaz de satisfacerme... Sentía dentro de mí como una especie de simpatía, un reflejo del mismo Dios. ¿Cómo hay, pues, me digo, quien dude de la existencia del alma o de su inmortalidad? ¿Qué estos pobrecitos no habrán sentido esto que voy explicando?"

"Otras veces sentía este lanzamiento del alma como un gran fuego que tendía siempre hacia arriba: como un tiro de chimenea o de un gran vapor que todo lo traspasaba; para él no había obstáculos e iba a perderse, a estrecharse con el objeto de sus ansias. Dios, Dios, me repetía yo. ¿Dios, mi Dios, este Ser tan grande, mío? ¡Mi Creador y después mi Redentor, y aquella vida toda divina, y presa de sufrimientos y a morir para darme la vida y en una Cruz, y por mí! ¿A quién no arrancan el corazón estas reflexiones? Nunca había sentido con tanta vehemencia esta inmensidad de nuestro Dios" (Diario T. 5, 48-50, marzo 10, 1895).

"Yo Soy El que Soy"

Con una seguridad doctrinal impecable el espíritu de Conchita se eleva hasta la cumbre suprema de la Revelación divina en la que, según el Exodo (3,14) Dios manifestó a Moisés sobre el Sinaí su naturaleza íntima como el Dios de la Alianza con su pueblo escogido.

El genio científico y arquitectural de un santo Tomás descubrirá en este texto privilegiado "la Verdad Sublime" (Contra Gentes) de la que hará la clave de bóveda de su Suma Teológica: "Yo soy la existencia misma". Toda la síntesis tomista se ordena en torno a esta verdad fundamental. Si Dios habla a una mujer, si le revela el secreto de su Ser, es para cimentarla en el conocimiento de su nada como punto de partida de su ascensión espiritual. ¿No había enunciado el Señor esta misma verdad fundamental a Santa Catalina de Siena...? al principio de sus visiones divinas, es decir cuando Nuestro Señor comenzaba a manifestarse a la santa, se le apareció un día estando ella en oración y le dijo: "Sabes hija mía, quién eres tú, quién soy Yo? Si tienes este doble conocimiento serás feliz. Tú eres la que no es: Yo soy El que soy. Si guardas en tu alma esta verdad, el enemigo jamás podrá engañarte, escaparás de todos sus lazos; no consentirás nunca en hacer un acto contrario a mis mandatos y adquirirás sin dificultad toda gracia, toda verdad, toda claridad" ("Vida" por el B. Raymundo de Capua, C. 10).

Dios se dirige de la misma manera a la gran mística mexicana, quien lo relata en su Diario, profundamente impresionada por la revelación de esta verdad suprema.

"Yo siempre SOY, esta palabra "soy" encierra las eternidades. Para Mí no existe el antes ni el después, el pasado ni el futuro. Yo no puedo decir "he sido" o "seré", sino siempre "soy".

"-¿Para qué me dices esto, Señor, si no lo entiendo?

"-Antes de la creación, en el fondo eterno sin principio, soy, después de la creación y en el fondo eterno sin fin, soy, y ahora y siempre soy, y soy por Mí mismo y nada se me ha dado, porque Yo soy el dador de todo y llevo en mi Ser todas las perfecciones y atributos que Yo mismo produzco de mi misma esencia, y soy feliz porque soy eterno, recreándome eternamente en Mí mismo: Verdad eterna, Padre, Hijo y Espíritu Santo, conjunto unidad. Verdad: las tres Personas en una sola substancia, eterna Verdad. Este es tu Dios tres veces ¡Santo, Santo, Santo!

"Yo la verdad estoy atarantada, se me pierde el pensamiento, se me marcha la razón y cuando siento estas alturas sólo me humillo hasta la sima sin fondo de mi nada, cierro los ojos, creo y adoro. Creo que no existen mayores lecciones de humildad que estas, ¿cómo creerse uno grande, miserable átomo, ante tamaña grandeza?, ¿cómo bueno ante aquella bondad sin límites? ¿cómo perfecto ante semejante luz de perfecciones infinitas?, ¿cómo puro ante aquella eterna Verdad? ¡Oh, qué locos somos los del mundo cuando nos tenemos en algo, o nos creemos capaces de la menor cosa! ¡Yo a la verdad que después de sentir a Dios y vislumbrar esa pequeñita parte de lo que es siquiera apretar mi frente y

mi corazón en el polvo y no levantarme de ahí jamás!" (Diario T. 7, p. 253-254, agosto 8, 1896).

Trinidad y Encarnación

La Santísima Trinidad también se le revela, pero por el camino de la Encarnación. Así es siempre en los místicos: por la humanidad de Cristo van hacia los esplendores de la Trinidad.

"Me llevó después el Señor el pensamiento al punto de la Encarnación del Verbo y me hizo entender unas cosas muy profundas relacionadas, claro está, con la Santísima Trinidad, cuya segunda Persona es".

"El Padre, me dijo, desde toda la eternidad El produjo de Sí mismo, de su misma substancia y de su misma esencia al Verbo, también desde toda la eternidad porque en el principio ya era el Verbo Dios, y el Padre Dios, siendo dos Personas en una misma substancia divina. Pero nunca, ni un instante estas Personas, Padre e Hijo, aunque producido por el Padre y el Hijo era también el Espíritu Santo, reflejo, substancia y esencia del Padre y del Hijo y también Persona. Es el Espíritu Santo el reflejo divino de la misma divinidad, es el reflejo del Amor en el Amor mismo, el reflejo de la luz en la Luz misma, el reflejo de la Vida en la Vida misma, y así de todas las infinitas perfecciones en la eterna perfección".

"Esta comunicación de la misma substancia, de la misma esencia, de la misma vida y perfección que forman y es una sola esencia, substancia y vida y perfección, constituye la felicidad eterna del mismo Dios y las complacencias sin término de la augusta Trinidad".

"¡Oh qué grande, qué grande es Dios y qué arcanos ininteligibles para el hombre y aún para el ángel encierra en Sí mismo! Me contemplo ante esa grandeza en la última expresión del átomo, pero al sentir mi alma infinita, recibiendo un pequeño reflejo de aquella misma grandeza, se ensancha gozosa al ver la felicidad, la eternidad, la incomprendibilidad de la inmensidad de su Dios".

"Y, ¿ahí está el Verbo?, me digo emocionada y desde aquel trono descenderá al vil átomo de la tierra. Oh mi eterno Dios, ¿cómo aceptar semejante dignación?"

"Prosiguió Jesús: El Verbo, que es la segunda Persona de la Santísima Trinidad descendió al seno purísimo de María y por obra del Espíritu Santo, que es el que fecundiza, como ya otras veces te he dicho, tomó carne y se hizo hombre, ¡profundísima humillación que sólo el amor divino podía realizar! El Verbo se envolvió de la naturaleza humana aunque ese Cuerpo recibió un alma también, santa y purísima, que lo animaba, pero el Verbo se hizo hombre y bajó a la tierra morando como Persona divina en la humanidad del Redentor".

"Entendía yo unas cosas tan hondas en este sublimismo misterio que sólo son para mi alma y no puedo explicar porque no encuentro palabras".

"-Dime, Jesús, qué entonces (pensando en la santísima Encarnación) me pregunto, ¿cómo se hizo? ¿Quieres explicármelo?"

"En Dios, se dignó responderme el Señor, aunque hay tres Personas distintas hay una sola voluntad, una misma substancia, un mismo poder. Con esa voluntad y omnipotencia se obró este misterio de la Encarnación del Verbo siendo el Espíritu Santo, es decir el Espíritu del Padre y del Hijo quien lo produjo, siendo la tercera Persona el lazo de luz y amor entre

el Padre y el Verbo y la fuente divina de toda fecundación. Por esto estando en el Jordán y apareciendo a la vista humana una Paloma, la cual representaba al Espíritu Santo, se escuchó la voz del Padre que dijo: "Este es mi Hijo amado en el cual me complace" (T. 9, p. 67-71, 25 febrero, 1897).

La Generación Eterna del Verbo

"Una noche me llamó el Señor a la oración, levantando mi alma esas alturas de la divinidad que me causan miedo por mi grande miseria. Resistí esa noche cuanto pude, quedándome en el alma como castigo una frialdad glacial. Al día siguiente, luego que comulgué volví a sentir el impulso divino y volví a resistir cuanto pude; pero no pudiendo entrar en ninguna meditación abrí por fin mi pecho y me dejé llevar a la voluntad de Dios. Apenas hice esto me vi sumergida en un abismo de luz, de claridad inexplicable y que arrebató todo sentido, quedando el alma suspensa en un punto fijo: ese punto era Dios, Dios, abismo de pureza y de infinitos resplandores"

"Ahí vi, digo vi para explicarme de algún modo, ahí vi, sentí lo que no se me había ocurrido: ¡La Generación eterna! Yo no sabía que Dios tuviera generación, es decir no lo había pensado. Generación eterna, Generación divina, ¡Oh, si pudiera explicar lo que yo siento con estas palabras, lo que traen a mi memoria y a mi corazón!

"Fue tan viva la impresión de lo que vi o entendí sobre esta Generación divina que aún tiemblo y me enfrió y como que enmudezco al recordarla.

"Vi un gran foco de vivísima y purísima luz, de aquella luz increada, como derramándose en ardientes rayos de claridad divina: todo aquello era divino, era la misma Divinidad allá en su eternidad sin principio. Así, como transportada mi alma a aquel lugar, vi que aquel torrente de luz, de fuego, de vida, se volvía a un punto, a un disco, al mismo foco de donde partían, como reflejándose, no sé cómo decir, pero en aquel reflejo de la luz, del fuego, de la vida, de la misma Divinidad, entendí cómo se produjo el Verbo, ¡el Verbo aquel que en el principio ya era!

"Yo sé muy bien que ninguna de estas tres Personas divinas es antes que otra pero yo no alcanzo a explicar esto que vi y de qué modo.

"Al producirse el Verbo con todas las perfecciones del Padre, quedando dos Personas divinas, pero con una sola substancia, con una misma voluntad, con un solo poder y hermosura y luz y vida, y en este mismo momento se trabó entre estas dos Personas divinas una complacencia, una felicidad y una unión de amor, una unión que produjo a la tercera Persona divina, el Espíritu Santo.

"Esta unión, esta comunicación, este lazo, sentí, como que produciendo al Espíritu Santo, El mismo lo continúa. Es como indispensable entre el Padre y el Hijo, como que sin El no podrían ser. Es esta una unidad tan hermosa, tan perfecta y tan pura que en la tierra no se puede entender, ni aún en el cielo enteramente, sino el mismo Dios. Esta unidad divina forma la felicidad de los santos, la pureza de los ángeles, el ardiente fuego de los abrasados querubines, ¡Y este Dios en tres Personas distintas, pero con un solo corazón, diré, con una sola ternura, con un eterno amor, infinito, este Dios inmenso es el que está encerrado en el más pequeño punto de una hostia consagrada!

"¡Oh Trinidad!, ¡Trinidad beatísima!, Luz de luz en donde no hay la más leve sombra, hazme pura como el cristal para que me traspasen esos rayos de la Divinidad. ¡Oh Generación eterna!, ¡Oh Padre, Hijo y Espíritu Santo!, yo me gozo en el secreto sublime de

tu felicidad incomprensible. Te amo tanto, tanto, que si me fuera dado aumentar un átomo tu dicha, aún a costa de mi vida, de mi condenación, (si en ella no te ofendiera), lo haría. Yo no sé, no sé lo que siento al vislumbrar ese foco de felicidad en que vive la misma Vida.

"Veo las tres Personas divinas con misión distinta pero con un mismo centro, un solo amor, una misma substancia y dicha y perfecciones infinitas" (Diario T. 9. pp. 366-371, 17 julio, 1897).

Ante tales elevaciones dogmáticas, un día en Roma me sentí impulsado a decir a su Eminencia el Cardenal de México, que conoció personalmente a la Sierva de Dios: "Esto no es de una mujer, sino de una inspirada por Dios". El estuvo plenamente de acuerdo.

"Me Aseguran que mi Espíritu es de Dios"

No obstante la discreción personal de la Sierva de Dios en la fundación de las Obras de la Cruz, este caso excepcional de Conchita, lleno de confidencias secretas, de acogida entusiasta o de oposiciones, no podía dejar de plantear algunos interrogantes. El Arzobispo de México, Mons. Alarcón fue consultado y ordenó un examen de su vida y de sus escritos. Conchita se manifestó siempre dócil a las enseñanzas y a las directrices de la Iglesia: "Creo en la Iglesia, en su divinidad, en su indisolubilidad; daría mi sangre por defender la pureza de su doctrina y de sus dogmas". (Diario T. 12, p. 209, marzo 31, 1900).

En octubre de 1900 Conchita fue examinada por teólogos y hombres de gran experiencia.

"Octubre 1: 1900. Hoy, después de un riguroso examen y previa oración el R.P. Melé, Visitador de la Congregación del Corazón de María, resolvió o me aseguró que mi espíritu era de Dios y que estaba dispuesto a afirmarlo".

Al día siguiente, 2 de octubre, añade sencillamente: "Hoy el Padre del Moral, Visitador y Provincial de los Paulinos me confirmó que mi espíritu era de Dios".

La Muerte de mi Esposo

"El día 17 a las siete menos cinco minutos de la noche se llevó el Señor a mi esposo que me había dado en la tierra durante dieciséis años diez meses y nueve días. El Señor me lo dio, el Señor me lo quitó ¡Bendito sea su santo Nombre! Aquella horrible puñalada de la noche del 11, en la cual entendía sin querer entender, que el Señor me pedía el sacrificio de la vida de mi marido, al cual el espíritu estaba pronto mas el corazón de carne luchaba y se resistía: aquel dolor dentro del cual, postrada, me ofrecí a la divina Voluntad, continuó, continuó creciendo a la vez que yo comprendía y veía las realidades del sacrificio.

"¡Cuántas luchas, cuántas penas, cuánto sufrimiento! Aquella daga me traspasaba el alma sin lenitivo, sin consuelo. Aquella noche me presentó el Señor el cáliz y trago a trago me hizo apurararlo hasta las heces.

"Todos aquellos días me lo iba a traer del Sagrario a que me ayudara y fortaleciera, ¡Oh! si no hubiera sido por Él mi grande debilidad hubiera sucumbido. Veía, palpaba por momentos, que perdía la vida mi marido, y cómo fue modelo de esposos, de padres y de caballeros, cómo tan fino y delicado había sido para conmigo, tan respetuoso en sus actos, tan cristiano en sus pensamientos, tan honrado y cumplido en todas sus obras, ¡Oh Dios mío!, mi corazón se despedazaba de pena y a fin de remordimientos por haberle guardado los secretos de mi espíritu. A la vez que veía más próxima su separación, crecía, se agigantaba el cariño de mi corazón. Sentía yo que no tenía cabeza, ni fe, ni razón, sino tan solo corazón. Sentía como horror a la vida espiritual... ¡Qué días, qué horas, qué noches!...

"¡Oh gracia del Señor de lo que eres capaz! Cierto que yo no hacía durante todos aquellos días, ni podía hacer más oración que ésta: "Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo", pero desde aquel momento sentí la fortaleza del Espíritu Santo para aceptar con serenidad el terrible golpe que venía directo a partirme el corazón, y a arrancar el padre a mis hijos". (Diario T. 17, pp. 213-218, 27 septiembre 1901).

"Ya con anticipación me había ocupado de que se confesara y de que recibiera el santo viático... Le recé muchas veces las oraciones de los agonizantes, la recomendación del alma; lo exhorté cuanto pude hasta el instante de su muerte, con jaculatorias, actos de contrición, actos de amor y de fe y de esperanza, infundiéndole valor y confianza, que mil veces repetí con toda mi alma. Así pasé horas hasta que expiró, sufriendo con él mi corazón en su terrible agonía, asfixia y dolor. Pero no, no era yo sola la que entonces sufría, sino Dios conmigo, el cual me sostenía.

"Cuatro de mis hijos, los mayorcitos, rodeaban su cama hasta verlo morir. Impuse silencio en momentos tan solemnes y dos sacerdotes lo absolvieron. En seguida recé la estación de los difuntos, ¡Oh Dios mío! lo que mi corazón sintió sólo Tú lo sabes. Luego inmediatamente ahí, de rodillas, ofrecí al Señor con todo mi corazón la perpetua castidad y pureza.

"Después le pedí perdón de cuanto lo hubiera ofendido, y ya que él veía todas las cosas, me pareció que comprendería el por qué de mis secretos espirituales para con él. Después de la extremaunción hice que aconsejara y bendijera a cada uno de sus ocho hijos y después se la pedí para mí, pidiéndonos ambos perdón. Y también, después que expiró, fueron uno a uno todos sus hijos e hice que me ofrecieran, ante el cadáver de su padre, ser buenos e imitar sus virtudes para tener una buena muerte. Después con mi hijo mayor bajamos a la caja al que fue mi compañero.

"¡Oh noche de soledad, de dolor, de sufrimiento!" (Diario T. 17, pp. 219-221, 27 septiembre 1901).

Visita al Cementerio

“Día penosísimo para mi corazón de esposa y madre. Era el santo de mi esposo. Hice el acto, venciendo a la naturaleza, de ir a su sepulcro con mis hijos y pasar ahí la mañana, junto a sus despojos, rezando y llorando. Me acordé de cuando el Señor lloró por Lázaro... ¡Qué realidades, Dios mío, qué puntos de meditación, qué terrible y seria es la muerte! Ahí se pesa el tiempo y la eternidad, el bien y el mal, lo fugitivo y transitorio con lo real y eterno. ¡Oh Dios mío, Dios mío! Cuánto pensé, cuánto sufrí, cuánto entendí. Todavía está la tierra que cubre al que me fue tan querido, húmeda y recientemente removida. Las lágrimas de mis hijos y las mías mojaron aquella tierra de donde fuimos formados y a donde hemos de volver. Pasaron por mi imaginación, volando, a los años de mil recuerdos, penas, felicidad, ilusiones. Todo en un instante desvanecido como el humo por el soplo de la muerte.

“¡Oh, qué efímera es la vida, qué corta nuestra existencia, qué cerca se encuentra el presente del pasado! ¿Qué hacemos cuando este tiempo no lo empleamos en solo Dios?” (Diario T. 17, pp. 241-242, 4 de octubre 1901).

"Ese fue mi Esposo"

"Muy bueno, cristiano, caballero, honrado, recto, inteligente y con un gran corazón. Sensible a cualquier desgracia, cariñoso conmigo, excelente padre que no tenía más distracción que sus hijos; eran su dicha y sufría mucho cuando se enfermaban. Era muy correcto en el vestir, muy fino en su trato, muy obsequioso conmigo, un hombre de hogar, muy sencillo y respetuoso y delicado. Tenía un carácter fuerte, enérgico, que con el tiempo se le endulzó. Me tenía grande confianza y con frecuencia me hablaba de sus negocios tomando mi opinión aunque nada valía. Era hombre de orden y metódico.

"Desde el día siguiente de casados hasta que murió me dejó ir a comulgar diariamente; cuando me casé le puse esta condición que cumplió. Me cuidaba los niños mientras yo volvía de la Iglesia y ya muy grave me decía: "Anda a comulgar". Como quedaba enfrente la casa del templo de la Encarnación iba a la hora de la consagración y me volvía luego a su lado. Nunca me leía lo que escribía, que a veces me encontraba haciendo mis "Cuentas de Conciencia". "Son cosas de espíritu que tú dices y yo no entiendo", me decía.

"Tenía que condescender en ir al teatro y bailes con él algunas veces, (más en San Luis). Nunca iba solo.

"Le tenía mucho miedo a la muerte y leyéndole el Kempis a menudo le salía ese capítulo y creía que yo lo hacía de propósito. Dos años antes de su muerte sí sentí que pronto se moría y se lo dije, rogándole que hiciera más por su alma.

"Era un poco celoso. Cuando me enfermaba de gravead, que fueron varias ocasiones, él me asistía de día y de noche, sin querer persona que velara. Todos los domingos iba a la Villa a encomendarse a la Sma. Virgen de Guadalupe.

"Para morir hizo confesión general y su miedo a la muerte se cambió en un perfecto abandono a la divina voluntad. "Según yo, decía, es el momento que más falta hago a mis hijos, pero Dios sabe lo que hace, y yo sólo quiero su voluntad". Desde ese instante me consagré a Dios para ser siempre toda suya, con la frente sobre la frente del que fue tan bueno conmigo". (Autob. Pp. 379-381).

Sola, con mis ocho hijos huérfanos

Los primeros días de su viudez fueron terribles para Conchita. Los médicos creyeron que iba a morir. El pensamiento de su marido la seguía a todas partes. "Lo que más me consuela en el recuerdo del drama pasado, aparte de haber sido la voluntad de Dios, es la conformidad tan grande con que aceptó él la voluntad divina, por más que miraba é humanamente hablando no concluida su misión al dejar tan pequeños a sus hijos. "Estoy indiferente a vivir o a morir, me decía, Dios sabe lo que hace". Y cuando yo le decía que tenía mi corazón atravesado de dolor me contestaba: "Que no piensas en la voluntad de Dios?" (Diario T. 17 p. 223, 27 septiembre 1901).

Otra versión más detallada nos ha conservado el recuerdo conmovedor de las últimas conversaciones íntimas con su marido: "¡Concha! Me decía - ¡me muero!... - "Vas a ver a Dios" (Aut. T. 4, p. 66). Después de haber recibido el viático les dio la bendición a todos sus hijos. "A Pedrito, el más pequeño, mucho me lo encargó; después yo se la pedí rogándole que me perdonara en lo que lo hubiera ofendido; él hizo lo mismo y me la dio. Le dije también: "Yo siempre he procurado darte gusto y si Dios te lleva quiero seguir tu voluntad: ¿qué quieres de mí?" - "Que seas toda para Dios y toda para tus hijos". (Aut. T. 4, p. 60-66).

La muerte de su marido cambió bruscamente su vida dejándola desamparada pero valiente: "Hoy cumple mi hijo mayor dieciséis años. Aún cuando me sobrepongo, tengo ratos muy pesados y mis lágrimas corren muy a menudo sin poder detenerlas. Mi corazón de carne tiene mil tristes recuerdos y sufre y se bebe el dolor a grande tragos. ¡Bendito por todo sea el Señor!

"El llanto de mis hijos que derraman por su padre me traspasa el alma... Mal del cuerpo y ahora estoy resistiendo la fatiga, pues ni de día ni de noche me aparté de mi enfermo, asistiéndolo en todo personalmente hasta su muerte. Tengo enfermo a mis hijos, sobre todo el más pequeño. ¡El Señor me ayude con la Cruz!" (Diario T. 17, pp. 231-232, 28 septiembre 1901).

El 30 de septiembre añade dolorosamente: "Hoy concluye el mes en el cual más he sufrido en mi vida" (Diario T. 17, p. 232).

En su extrema aflicción se vuelve a María: "Acuérdate, Madre, que no se ha oído decir hasta ahora que alguno que recurriese a tu patrocinio haya sido desamparado... En ti espero, en ti confío, a tu protección me acojo. ¡Oh, María, ayúdame con mis ocho huérfanos!" (Diario T. 17, p. 240, 2 octubre 1901).

Encuentro Providencial con el Padre Félix Rougier

En el momento en que Conchita tenía necesidad de un nuevo apoyo espiritual conoció al Padre Félix Rougier. Ambos refieren en su Diario espiritual este encuentro providencial del cual había de nacer la fundación de los "Misioneros del Espíritu Santo", llamados por Dios para ser en la época actual los apóstoles de una renovación del mundo por la Cruz, bajo el impulso del Espíritu Santo.

En México los Misioneros del Espíritu Santo conservan como preciosa reliquia el confesionario en el que tuvo lugar dicho encuentro.

"El día tres (de febrero de 1903) supe que existía en el Colegio de Niñas (nombre que se daba al templo de la Parroquia Francesa), un sacerdote, superior de los Padres Maristas, de muy buen espíritu. Esto lo supe a las cuatro de la tarde y no sé qué ansia me entró de hablarle de la Cruz...

Al día siguiente, cuatro, una fuerza interior me impulsaba a esa iglesia; fui y llamé con botón eléctrico y al bajar un sacerdote desconocido que apenas vi, me acerqué al confesionario y me confesé. Sentí un impulso extraordinario para abrirle mi alma, para hablarle de la Cruz, de los encantos del padecer, de los primores del dolor. Yo veía, yo sentía el repercutir de mis sentimientos en su alma, veía cómo penetraban hasta el fondo mis palabras, que creo que entonces no eran mías, porque yo me oía hablar con un fuego, con una facilidad, con algo muy grande que no era mío, era de la Palomita divina.

"Le hablé de las Obras de la Cruz y lo sentí enamorarse de ellas. Yo vi el fondo de su alma y sus actuales impresiones; desde luego sentí que aquella alma daría mucha gloria a Dios en sus Obras, lo sentí, en fin, herido por la Cruz, herido en lo más hondo de su alma. Lo sentía yo impresionadísimo, santamente tocado en lo más vivo del corazón. Le hablé del Oasis y me preguntó luego si en México se encontraba y que si había para hombres. No hay para hombres, le contesté, pero lo habrá.

"Llegué a casa muy impresionada por aquel encuentro tan raro y que yo veía claro ser para la gloria de Dios; sin embargo, mucho le pedí al Señor que si no era su voluntad no me encontrara ni diera con la casa el Padre; pero preguntando y no sé cómo llegó y nos saludamos sin conocernos; pero en seguida nos pusimos a hablar de Dios y de las Obras. Seguí viendo las impresiones del Espíritu Santo en su alma y sus anhelos de perfección; le propuse que si quería hacer al Señor una entrega total y accediendo, ansioso de su perfección, quedé de escribírsela para el día siguiente. Lo invité a presentarlo en el Oasis al día siguiente a las diez de la mañana y así nos despedimos". (Diario T. 18, pp. 26-30, 4 febrero 1903).

El resultado de este encuentro con el Padre Félix fue que por señales manifiestas llegó a ser director espiritual de Conchita. Así entró en su vida para siempre. Desde luego fue consejero de las Religiosas de la Cruz en una hora difícil y delicada, en la que, a la mano de hierro de su primer director que no admitía ningún otro fuera de él, Dios sustituyó el apoyo de un hombre comprensivo y prudente que mucho le ayudó en su ascensión hacia Dios y en la orientación de las Religiosas de la Cruz. El Padre Félix, perfecto religioso de la Congregación de los Padres Maristas, con toda lealtad dio cuenta a sus superiores de este inesperado encuentro en el que creía descubrir un llamamiento particular de Dios para

él. El Padre General de los Maristas juzgó de distinta manera y lo detuvo en Europa en donde el Padre Félix, con una obediencia heroica y una fe inquebrantable "como la de Abraham", esperó, en silencio, la hora de Dios.

Dios había colocado a un santo cerca de Conchita. Cuando el Padre Félix volvió a encontrarla después de diez años de ausencia, sus primeras palabras fueron sencillamente: "Soy el mismo para las Obras de la Cruz". En el momento en que regresó a México - desembarcaba en Veracruz el 14 de agosto de 1914 - encontró algunos obispos mexicanos desterrados de México por la persecución que iban a tomar el mismo vapor. Conocían al Padre y lo querían; no le ocultaron su sorpresa, pero el Padre les contestó con valor: "El Señor quiere que funde en la agonía de la Nación".

El Padre Félix no era un soñador sino un hombre equilibrado y realista, de sólido buen sentido, inquebrantable como la roca de las montañas de su Auvernia nativa. El alma de un santo. El Reverendísimo Padre Gillet, Maestro General de los dominicos, que había conocido en Paris, en Roma y durante sus viajes a través del mundo eminentes personalidades, atestiguaba en 1938: "De todos los hombres que he encontrado en mi vida nadie me ha producido una impresión tan grande de santidad".

Hasta el ocaso de su vida, el Padre Félix y Conchita trabajaron juntos en la fundación y desarrollo de las Obras de la Cruz, pidiéndose mutuamente consejo; los dos se visitaban para comunicarse sus proyectos y hablar largamente de Dios en una purísima y santa amistad, como la de san Francisco de Sales y Santa Juana Francisca de Chantal.

"Sentí en mi alma el Bisturí Divino"

A través de sufrimientos y alegrías cotidianas, sin llamar la atención en su vida de viuda, llena de sencillez, entregada totalmente a la educación de sus hijos, Dios perseguía en esta alma de elección su obra de purificación y de unión, y preparaba en ella un modelo para los hogares cristianos. La muerte de su marido la había destrozado: "He sentido el bisturí divino en mi alma cortando todo lo que la ataba a la tierra".

Inmediatamente comprendió que debía acercarse más a Dios. Ese es el verdadero sentido de la vida. "Me impulsa la gracia poderosamente a emprender en mi nuevo estado una nueva carrera de perfección, de sacrificios, de soledad, de vida oculta... Entiendo que el Señor quiere purificarme para hacerme más de El" (Diario T. 17, p. 229, 27 septiembre 1901).

"En un abrir y cerrar de ojos ha cambiado la vida para mí, he volteado una hoja en el libro de mi existencia... Ahora palpo cuánto mi corazón estaba pegado a la tierra, cuánto amaba a mi marido, aunque con un amor verdaderamente puro y santo, mas no aquilataba, ni siquiera me imaginaba su intensidad, hasta que lo perdí... En mi vida de hija de familia encuentro muchos lunares, en mi vida de esposa mucho también de qué arrepentirme: no he sabido ser hija ni esposa; a ver si en mi nuevo estado me santifico. A ver si en la viudez sigo la perfección y me hago santa cumpliendo con los sagrados deberes de madre". (Diario T. 17, p. 247, 9 octubre 1901).

Su camino de perfección no es el de una religiosa, sino el de una madre, en todo el sentido de la palabra. Por ahí Dios la elevará rápidamente hasta las más altas cumbres de la santidad.

Favores Divinos

De esta manera avanza hacia Dios. Sus hijos la necesitan en casa. Sin descuidar nunca los deberes de estado encuentra tiempo para continuar su apostolado de la Cruz. Hace oración, escribe su Diario por obediencia al director espiritual. Camina hacia Dios a través de alternativas de luz y oscuridad, de dificultades cotidianas y de alegrías. La gracia divina la invade más y más. Hace esta confidencia a un obispo que fue para ella un padre y un amigo:

"¡Oh, son innumerables los favores que Dios se ha dignado hacerme a pesar de mis ingratitudes!

"Me lleva, me envuelve en su inmensidad, en sus atributos; me descorre como los velos de los misterios, y me hace, no sé cómo, sentir y como palpar, sin necesidad de la fe el misterio de la Santísima Trinidad, de la felicidad de Dios en la comunicación de las tres divinas Personas; de la Generación eterna; del origen altísimo de las virtudes teologales y de la virginidad; de aquel conjunto-unidad de la substancia divina, del Verbo, del Espíritu Santo, de la gracia de la luz, en fin, cosas indecibles, que, si no son de Dios serán del diablo, pero mías no.

"Me da seguido luces de propio conocimiento que no me dejan levantar de mi propia miseria. Su presencia es a veces sensible, sobre todo en la Sagrada Comunión, traspasándome su luz, sus rayos, purificándome. Me dictó así, con su divina voz, aunque yo me resistiera, un tratado de virtudes muy perfectas y de vicios. Me hace escucharlo, aún cuando yo me disimule entenderlo, y después no me deja descanso hasta que escribo.

"Dice que me ha regalado el don de la pureza y de la humildad; dicen mis confesores que esto es cierto, porque ciertamente no entiendo la impureza, ni puedo levantarme, ¡Oh no! por su divina gracia, con lo que es suyo, puramente suyo. Entre tantas obligaciones, de marido antes (pues enviudé hace cuatro años) y de hijos, etc., no me deja el Señor, sino que siempre por medio del sacrificio me empuja a crucificarme, a anhelar el dolor, el martirio, a darle la sangre todos los días por la salvación de las almas, por las Obras de la Cruz que tanta gloria le darán.

"Me han mandado a que examinen mi espíritu varios jesuitas (dos provinciales), el P. Visitador de los Misioneros del Corazón de María y otros varios sacerdotes, a beneplácito de mi confesor, de ciencia y virtud; y después de hacerme volver, y de pedir luz en sus oraciones me han asegurado todos que mi espíritu es de Dios, que las Obras de la Cruz son de El, y que debo confiar y esperar, tomando los medios que están a mi alcance en su favor.

"En los papeles que tengo escritos de cosas tan altas que yo no entiendo, como del Verbo, del Espíritu Santo, efectos espirituales, etc. me han dicho que en nada se apartan de las enseñanzas y doctrina de la Santa Iglesia (a la cual amo más que a mi vida y quiero someterme sin reserva, con todo el corazón), y que debo continuar los impulsos del Señor y la vida de martirio, ese voto de siempre procurarme padecimiento que hace años me pidió el Señor y Él me ayuda a cumplirlo.

"Estos son los favores; pero mis pecados y mis miserias los sobrepujan. No sé cómo el Señor se ha valido de este pobre caño para hacer pasar sus gracias" (Relación hecha a Mons. Leopoldo Ruiz y Flores, 1905).

La "Gracia Central" de su Vida Espiritual

Ha llegado la hora, a los cuarenta y cuatro años, en que las preparaciones divinas van a desembocar en la "gracia central" de su vida espiritual: *la encarnación mística*. Durante largos años el Señor le había hecho presentir esta gracia de las gracias, fuente de multitud de otros carismas y favores divinos, todos ellos orientados hacia la identificación con los sentimientos interiores del alma sacerdotal de Cristo.

Conchita vuelve con frecuencia en sus escritos a referirse a esta gracia insigne, pero el relato principal, el más inmediato al acontecimiento y el más espontáneo nos es dado en su Diario. En él se disciernen claramente tres aspectos sucesivos: su preparación, su realización, sus múltiples consecuencias para su vida personal y su irradiación apostólica.

Preparación

"Prepárate para el día en que la Iglesia celebra la Encarnación del Divino Verbo; en este día bajé a unirme con María tomando carne en su purísimo seno para salvar al mundo. Ese día quiero unirme espiritualmente con tu alma y darte una vida nueva, vida divina e inmortal, en el tiempo y en la eternidad... Prepárate, purifícate, límpiate, porque es muy grande, muy grande, el beneficio que se te prepara" (Diario T. 9, pp. 33-34, febrero 17, 1897).

Después de haber comprendido esto el día 14 de febrero de 1897 sintió un nuevo impulso, una invitación del cielo, una grande sed de perfección y de pureza de alma; comprendió que debía ser santa, y año con año se preparaba para recibir esta promesa.

Conchita entró a Ejercicios el 20 de marzo de 1906, ávida de silencio y de recogimiento, resuelta a convertirse. El predicador era el Padre Mariano Duarte, S.J.

Desde los primeros días el Señor la prepara para esta gracia suprema en la línea más pura de su vocación particular a la Cruz.

"Estoy en retiro... Ya me impulsa el Señor a la práctica de las virtudes, ya siento su presencia que me envuelve, que me absorbe. Habla, Vida mía, a este corazón todo tuyo, en la soledad de tu Oasis, en el ambiente de tu Cruz... Yo sé que me previniste con gracias desde la eternidad..., yo sé que me sacaste de la nada y que desde mi niñez me adheriste al dolor, me enamoraste de tu Cruz, me transformaste en ella". (Diario T. 22, pp. 117-120, 21 de marzo, 1906).

"Óyeme, Señor, que mi grito ahora en este retiro, en este silencio es más poderoso, más puro, mi Jesús, sin ninguna mezcla de amor propio; por eso lo vas a escuchar: "Jesús, Salvador de los hombres, sálvalos, sálvalos, que no perezcan, que no caigan en el infierno, que tu Cruz los detenga y el Espíritu Santo los santifique". (Diario T. 22, pp. 148, 22 de marzo, 1906).

En sus ejercicios, Conchita no piensa en sí misma. Lleva en su alma el celo por la salvación del mundo. Quisiera salvar a todos los hombres, sus hermanos.

"Siento el empuje del cielo para la perfección, para una vida nueva" (Diario T. 22, p. 151, 23 de marzo, 1906).

El llamamiento de Cristo se hace oír con más fuerza que nunca:

El 24 de marzo se siente arrebatada por el misterio de la Encarnación del Verbo que la liturgia debe celebrar al día siguiente: "¡El Verbo se hizo carne! ¡Esta meditación si que me hace estremecer! tengo un pendiente con este mi Verbo, de tiempo atrás". (Diario T. 22, p. 160, 24 de marzo, 1906).

"Quiero que seas mía..., que me pertenezcas enteramente; que todos tus afectos sean para Mí; quiero limpio de todo polvo ese lugar de mi descanso; tu corazón" (Diario T. 22, p. 15, 23 de marzo, 1906).

Realización

Luego, sin énfasis, con una sencillez evangélica. Conchita describe esta gracia divina, anotando cuidadosamente este acontecimiento notable de su vida.

--"25 de marzo: La Encarnación del Señor.

"Me trajiste a estos santos ejercicios contra lo que la prudencia humana aconsejara; me has dado salud; me pediste luego, el primer día, los más grandes sacrificios del corazón, me pediste después que limpiara mi alma de todo polvo y afectos terrenos. Me diste después dolor de mis pecados y ansias vivas por limpiarte cuanto antes mi pobre alma. Todo esto ha pasado. Ayer me confesé de todas las faltas de mi vida; pero esperaba para hoy día, año por año, que me ha hecho temblar, esperando un algo que me había prometido el Señor. Yo me humillaba no más pensando que había sido soberbia mía aquello que hace ocho o nueve años me ofreció o pidió el Señor. A las doce y cuarto me levanté y con la frente en el suelo felicité al misterio sublime de la Encarnación que tanto, no sé por qué, me ha encantado siempre. A las cuatro y diez tomé las rosas (espinas) una hora. Después quise hacer la meditación de la Encarnación y no pude nada, nada. Tocaba hacer en los Ejercicios el de la Huída a Egipto.

Antes de la Misa, postrada ante el Sagrario me humillé cuanto pude, le pedí perdón, le renové mis votos, le ofrecí no llenar mi corazón de tierra como hasta aquí, y así vacía lo recibí en la comunión. Quería decirle muchas cosas en el "Incarnatus" y no supe a qué horas fue. Conque en los primeros mementos de la Misa voy sintiendo a mi Jesús junto de mí y escuchando su divina voz que me dijo:

--"Aquí estoy, quiero encarnar en tu corazón místicamente. Yo cumplo lo que ofrezco; he venido preparándote de mil modos y ha llegado el momento de cumplir mi promesa: Recíbeme".

"Sentí un gozo con vergüenza indecible. Pensé que ya lo había recibido en la comunión, pero como adivinándome continuó:

--"No es así; de otro modo además hoy me has recibido. Tomo posesión de tu corazón; me encarno místicamente en él para no separarme jamás. Sólo el pecado podrá alejarme de ti y te advierto que también toda criatura que lo ocupe mermará mi presencia real, digo, sus efectos, porque Yo no me puedo mermar". Y continuó: "Esta es una gracia muy grande que te viene preparando mi bondad, humíllate y agradécela".

--"Pero Señor, me atreví a decirle, ¿qué lo que me habías ofrecido, lo que me habías pedido, no eran unos desposorios?

--"Esos ya pasaron: esta gracia es infinitamente mayor".

--"¿Es el matrimonio espiritual, mi Jesús? "Es más, porque el matrimonio es una especie de unión más exterior; pero encarnar, vivir y crecer en tu alma, sin salir de ella jamás; poseerte Yo y poseerme tú como en una misma substancia, no dándome sin embargo tú la vida, sino Yo a tu alma, en una compenetración que no puedes entender, esta es la gracia de las gracias. Esta es una unión mística muy grande y elevada, la más grande que puede existir y no es de otro modo la del cielo, salvo que entonces se descorre el velo de la divinidad, pero como la divinidad no se aparta de Mí, la unión, la estrechez de la nada con el todo, es lo mismo".

"Y sentía yo de veras una unión con El viva y palpitante en mi alma, con los efectos que deja la comunión, pero más intensos y le dije sin embargo:

"¡Ah, mi Señor, si será todo imaginación y mentira!"

--"Por los efectos posteriores lo conocerás, me contestó, y prosiguió: qué fidelidad exijo de ti, llevarme siempre con presencia real, efectiva, en tu alma. ¡Oh qué gracia de predilección! Contigo he derrochado mis gracias porque en tu alma he tenido un fin".

"Pero si yo no merezco eso, mi Jesús.

--"Nadie lo merece, ámame, me decía su voz encantadora, imítame, no te apartes de Mí. Esta clase de unión es muy honda, es muy íntima, y si tu alma me es fiel, será eterna. Tú creías que te ibas a morir, y Yo te doy una vida nueva; aspírala, es de pureza, es santa, es la vida de tu Jesús, es El mismo que es la Vida, tu Verbo que desde toda la eternidad te amaba y te preparaba este día".

"Y yo siento el espíritu henchido de fresco, de paz, de una delicia infinita, pero, ¿será cierto? Si de veras yo me venía humillando de año en año con aquella promesa frustrada a mi parecer, que no entendía. Mis lágrimas corrían y me parecía imposible semejante dignación, ¡Oh!, ¿qué hago, qué hago para corresponder? Señor, Señor, y qué haré sino humillarme y pedir a María que te dé gracias por mí e imitarla diciéndole en mi asquerosidad y pequeñez: "he aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra"? (Diario T. 22, pp. 167-176, 25 de marzo, 1906).

Consecuencias

En el itinerario espiritual de Conchita la encarnación mística ocupa un lugar central. De ahí la importancia de comprender todo su significado histórico: no únicamente su preparación y su realización, sino sus consecuencias para el resto de su vida; tocamos aquí uno de los más altos favores que Dios haya otorgado a su Iglesia. Conchita fue, desde luego, la primera beneficiaria; comprendió mejor el sentido pleno de su vocación y de su misión: ser víctima por la Iglesia en unión con Cristo Sacerdote y Hostia. Toda la doctrina de Conchita tiene el sello de este carácter sacerdotal. La encarnación mística realiza de una manera eminente el "sacerdocio regio" de todos los miembros de la familia de Cristo.

--Al encarnar en tu corazón llevo mis fines, transformarte en Mí doloroso. Debes vivir de mi vida y ya sabes que el Verbo encarnó para sufrir, no como Verbo, sino en mi naturaleza humana y en mi santísima alma.

"La madre da la vida a su hijo, comunicándole su substancia y Yo la daré a tu alma, pero dolorosa. Esta unión en su mayor parte será de dolor, asimilándote Conmigo, si te dejas

hacer. Te espera una íntima unión, un campo doloroso; recórrelo sin vacilar, que el Espíritu Santo será tu fortaleza. El ha tenido parte y grande, en esta unión mística, pero real, con tu alma; corresponde y será feliz".

"Pero ¿yo qué hago, mi Jesús?"

"Vivir de mi vida y dócil a mi voluntad. Exijo de ti una suma correspondencia a todas y cada una de mis inspiraciones".

"Me da miedo, Señor.

--"Si me amas todo lo vencerás; si no te empolvas, serás mi descanso; y en la vida oculta, recogida y fiel percibirás mi voz que siempre te alentará". Y yo sentía como nacer en mi una nueva vida, un total abandono, un desprendimiento de lo creado, un amor inmenso!" (Diario T. 22, pp. 192-194, marzo 26, 1906).

Inmediatamente después de la encarnación mística Dios le inspiró la "Cadena de Amor" que debe suscitar una élite espiritual consagrada totalmente a Dios al servicio de la Iglesia.

--"En cierto sentido eres altar y sacerdote al mismo tiempo, pues tienes contigo a la sacrosanta Víctima del Calvario y de la Eucaristía, la cual puedes ofrecer constantemente al Eterno Padre por la salvación del mundo. Este es el fruto más precioso del grande favor que he obrado en ti al encarnar en tu corazón; te he dado lo más grande del cielo de la tierra, a Mí mismo pero con este fin. Por esta causa quise que tú comenzaras la Cadena, porque ponía en tus manos un precio inmenso con que se compra el cielo. Sola ¿qué podías hacer?, pero Conmigo y en mi unión muchos miles de almas con los méritos de este mismo precio pueden continuarla salvando a los hombres. Tú nada tienes de ti misma, pero Conmigo lo tienes todo. ¿Ahora entiendes el por qué de la gracia pasada?"

--"Sí, mi Jesús adorado, ahora veo que para cumplir mi misión de salvar almas, solo teniéndote a Ti, ofreciéndote a Ti, lo conseguiría.

--"Tú eres mi altar y serás también mi víctima; en mi unión ofrécete y ofréceme a cada instante al Eterno Padre con el fin tan noble de salvar a las almas y darle gloria. Olvídate de todo, hasta de ti misma y que ésta sea tu ocupación constante. Tienes una misión sublime, la misión del sacerdote y mira a mi bondad y agrádcela que, sin saberlo te he dado lo que tanto has anhelado y a fin más, el poder ser sacerdote, no teniéndome en tus manos, pero si en tu corazón y sin apartarme jamás.

"Pero cumple con el fin grandioso de esta gracia que como ves no sólo es para ti, sino universal, diré, obligándote a que con toda la pureza que puede existir seas al mismo tiempo altar y víctima la cual consume en el holocausto que le plazca la otra Víctima, Única que puede salvar al mundo.

"También esta gracia es el eco de aquel grito de tu corazón que conmovió mis entrañas, haciendo venir al mundo las Obras de la Cruz, que son Obras de Salvación. Tú me pedías que salvara a los hombres, y Yo he venido de nuevo a salvarlos por medio de estas Obras de tu corazón. Millones de almas se unirán a este nuevo empuje de mi bondad y mi corazón tendrá un consuelo, mi Iglesia una ayuda, mi Padre gloria y el Espíritu Santo, almas" (Diario T. 22, pp. 409-413, junio 21, 1906).

Esta gracia de la encarnación mística, gracia de plenitud desbordante, será para Conchita la señal de luces extraordinarias llamadas a difundirse sobre la Iglesia entera. Cosa

análoga aconteció con las gracias sublimes y los carismas que en la prisión de Toledo recibiera san Juan de la Cruz: después de las terribles noches místicas y de elevación a la unión transformante, salió trocado en un hombre nuevo, un santo, un maestro cuyas irradiaciones espirituales y síntesis doctrinales están llamadas a iluminar a la Iglesia hasta el fin de los tiempos.

Así también el Diario de Conchita en este período que siguió a la gracia de la encarnación mística es de una riqueza incomparable. Sus grandes temas espirituales revelan una amplitud desconocida hasta aquí, abarcando en una síntesis viva y concreta los más vastos horizontes de los misterios de la fe.

Las leyes de la psicología religiosa nos descubren que existe en la vida de los grandes siervos de Dios un punto indivisible que lo aclara todo, que lo armoniza todo:

--En Isaías, la visión inaugural que reveló al profeta la trascendencia de la Santidad de Yahveh;

--en la Madre de Dios, el día de la encarnación del Verbo, en el momento de la Anunciación cuando María se convirtió simultáneamente por su "Fiat" en la Madre de Dios y la Madre de los hombres;

--en San Pablo, al convertirse en el camino de Damasco, Dios Padre le reveló la filiación divina de Jesús, y su identidad con todos los miembros de su Cuerpo místico.

--en Bernardita de Lourdes se produjo un sorprendente fenómeno de mimetismo: por sus actos, expresiones y sentimientos interiores, el cuerpo, la sonrisa y el alma de Bernardita se transforman como en un reflejo de la Inmaculada. Bernardita misma decía: "Deseo vivir como la visión" manifestando así el secreto de su santidad.

Sabemos también por medio de la "Historia de un alma" que en la festividad de la Santísima Trinidad Dios se manifestó a Teresa de Lisieux con un rostro resplandeciente de Amor y de Misericordia, fundamento dogmático de la infancia espiritual que ha inducido a multitud de almas a ofrecerse, como Teresa, al Amor Misericordioso como respuesta total de amor.

La encarnación mística, el 25 de marzo de 1906, fue para Conchita la "gracia central" de su vida, la clave de su doctrina espiritual y de su misión en la Iglesia de Dios.

Podía concluir al finalizar sus "ejercicios espirituales": "Parece que despertó mi alma de un sueño. Parece que al introducirse mi Verbo en mi alma me ha introducido en una nueva morada más secreta y escondida, más íntima y luminosa en donde habita el Amado...

"Vuelvo a mi casa a cumplir mis deberes y a ver criaturas que me roban tu tiempo y a tener cierto contacto indispensable con el mundo. Pero así lo quieres Tú, así lo quiero yo.

"Vine sola y me voy con El..." (Diario T. 22, pp. 254-256, 30 de marzo, 1906).

Viaje a Tierra Santa y Roma

Varios obispos mexicanos, que se daban cuenta de los beneficios del Apostolado de la Cruz y del fervor de las Religiosas de la Cruz, deseaban vivamente una fundación similar de Sacerdotes de la Cruz, de los cuales Conchita era igualmente la inspiradora. Dirigieron una petición a Roma motivada por las necesidades pastorales de México. Después de reflexionar, Roma concedió el permiso solicitado. Pero puesta en guardia por maniobras difamatorias y calumniosas de algunas personas por medio de un telegrama, suspendió la ejecución del rescripto acordado, hasta después del examen de las revelaciones privadas relacionadas con la fundación de la Congregación de hombres.

Por orden de la Congregación de Religiosos, Conchita hubo de enviar a Roma gran parte de sus escritos y ocho volúmenes de su Vida en los que utilizando su Diario Espiritual, y a pesar de sus repugnancias, con toda sencillez y lealtad descubriría todos los secretos de su alma y de su vida a la autoridad suprema de la Iglesia.

El Santo Padre escribió personalmente a Mons. Ramón Ibarra, Arzobispo de Puebla, su director espiritual, como a un hermano y amigo: "He leído tu carta en que te lamentas por haberse diferido la licencia para fundar la Congregación de los Sacerdotes de la Cruz: más te ruego me dispenses lo mismo que a la S. Congregación de Religiosos, si en asunto tan grave hemos creído deber proceder seriamente antes de conceder la aprobación. Por lo demás te hacemos saber que pronto se someterá este asunto al estudio de la S. Congregación y con el favor de Dios se resolverá, obsequiando tus deseos y los de tus Hermanos. Ten buen ánimo, porque una obra agradable a Dios, aún cuando está rodeada de dificultades no será vencida jamás por ninguna oposición. Y en esta esperanza recibe, Venerable Hermano, la Bendición Apostólica que amantísimamente te damos. Día 2 del mes de marzo 1910. Pio X".

Para apresurar esta solución definitiva, Mons. Ramón Ibarra tomó la iniciativa de conducir a Conchita a Roma para un examen personal aprovechando la oportunidad de una peregrinación mexicana a Tierra Santa. Esas fueron las circunstancias de su viaje a Europa y al Oriente. Quiso llevar consigo a dos de sus hijos, encantados por este largo viaje: Ignacio, un fuerte muchacho de veinte años y Lupe, una hermosa jovencita de quince.

En este viaje iba a jugarse el destino de la Congregación de la Cruz y el regreso del Padre Félix a México como su fundador.

El Itinerario

En el pensamiento de Conchita esta travesía constituía ante todo una "peregrinación a Lourdes, Tierra Santa y Roma", como lo indica el título de un opúsculo detallado y lleno de buen humor en el que consigna el relato. Era un bello viaje en perspectiva, con un itinerario inspirado por la devoción, pero también de turismo, cultura y anhelo de una solución por parte de Roma para el futuro de una obra de primera importancia para el apostolado de la Cruz. El viaje debía durar más de seis meses.

La partida de México

"Agosto 26. A las seis y media a.m. salimos de México para Veracruz... Sentí pena al dejar a los míos.

"Agosto 27. Llegaron Pancho y Elisa a despedirnos; comulgué en la Parroquia y a las tres y media de la tarde partió el Vapor con mucha majestad dejando la tierra muy lejos. Sufrí mucho al dejar a mis hijos. Rezaron los Señores Arzobispos Ibarra y Ruiz y el Sr. Obispo Amador con treinta y dos sacerdotes el itinerario y todos cantamos el himno al Espíritu Santo, muy conmovedor.

"Agosto 30. Llegamos a la Habana, yo no me bajé por estar enferma.

"Agosto 31. Hubo una velada al Ilmo. Sr. Ibarra por su santo y concurrió el Capitán". (Diario T. 38, pp. 389-391, agosto, 1913).

En camino hacia Europa

El mar malísimo, terrible, toda la vajilla se rompe. Conchita sufre fuerte mareo. Debe ser uno de los suplicios del infierno, dice ella riendo.

Después de diez días de una penosa travesía avistan Cádiz, hay un panorama espléndido en el paso del estrecho de Gibraltar, en seguida Barcelona. El 22 de septiembre se llenan de admiración ante el santuario de Nuestra Señora de Montserrat. Panorama único. Crisis de apendicitis de su hija. Se reunirán con el grupo en Marsella, en un barco alemán.

Egipto

"Octubre 7. Llegamos a Alejandría y salimos en tren rápido para El Cairo. ¡Egipto!, me decía yo. Estoy en la tierra que pisaron, en la que respiraron y sufrieron los divinos desterrados (de la Sagrada Familia). Embargaba a mi alma la emoción y todo el camino alabé a Dios mirando camellos, palmeras, beduinos, cruzando el Nilo varias veces, pensando en los pasajes tan tiernos de la Sagrada Escritura. Recordaba conmovida a los Patriarcas y Profetas y a los Israelitas, viendo los fértiles campos de sicómoros, naranjas y acacias, en que trabajaban los cautivos. Sentí otro ambiente, otra atmósfera que impregnaba mi corazón de recuerdos, que llevaban mi alma a Dios". (Diario T. 38, pp. 408-409, 7 octubre, 1913).

Visita detallada a El Cairo, a la Universidad musulmana Al-Ahzar con sus cinco mil estudiantes que escudriñan el Corán, a la tumba de los Mamelucos; "recé por ellos". Matarieh y los recuerdos de la Sagrada Familia. Maravillosa puesta de sol sobre el Nilo. Salida del Cairo a Port-Said; un vapor turco los conduce a Jaffa: "Dios mío, ya se acerca la tierra que Tú habitaste; la que regaste con tu doctrina y con tu sangre, que me alcanzó a mi miserable!" (Diario, octubre 13. 1913).

Jerusalén

"Octubre 13. ¡Día feliz y muy grande en mi vida! ¡Dios mío, bendito seas! Tomamos el tren en Jaffa y cruzamos por inmensos parques de naranjos y olivos, viendo muchos rebaños con pastoras turcas. Muchas partidas de camellos. Pasamos por las colinas hebreas y sitios históricos.

"Al divisar la Ciudad Santa caímos de rodillas, yo recé el Te Deum y al parar el tren besó el Sr. Obispo la tierra y con él todos los peregrinos. Llegamos a la Casa Nova y yo en mi cuarto me puse en oración, dando gracias a Dios con toda mi alma.

"A las tres, cantando, en procesión, visitamos el Santo Sepulcro. ¡Qué santas impresiones!

Mis lágrimas corrieron al besarlo. No pude dormir pensando que me cobijaba el cielo que a Jesús y a María, que pisaba la tierra que ellos pisaron, esa tierra regada con la Sangre y lágrimas de Jesús!

"Octubre 14. ¡Conocí el Calvario! ¡Qué impresiones, Dios mío! ¡yo debajo del altar con mi frente en el agujero de la Cruz! Mis lágrimas corrieron en abundancia. Ahí pronunció las siete palabras de caridad infinita, me dio a María por Madre, traspasaron su corazón! Ahí estuvo tres horas clavado el Amado de mi alma. Me estuve ahí lo que pude, no quería arrancarme de aquel lugar bendito. Metí mi brazo en el agujero de la Cruz, mi lengua, mi corazón. Hice que mis lágrimas cayeran ahí dentro. Toqué las grietas de las rocas, vi con mis propios ojos el lugar donde estuvo la Santísima Virgen, la Magdalena al pie de la Cruz. Vi donde desnudaron a Jesús, donde lo clavaron en la Cruz; vi donde sortearon sus vestiduras y en donde estuvo mi Amor esperando que lo crucificaran. Besé muchas veces la piedra de la unción. Las emociones se sucedían y mi corazón era pequeño para abarcarlas.

"Por la tarde fui al monte donde mi Jesús enseñó el Padrenuestro: hay monjas (carmelitas). En treinta y cinco idiomas está escrito en los corredores. Después fuimos al Huerto de los Olivos, a la cueva de la agonía. Fuimos de ahí al sepulcro de la Santísima Virgen que está cerca del Huerto. Lo visitamos henchidos de gozo. De ahí subiría felicísima al cielo nuestra Madre inmaculada".

Estancia en la Ciudad Santa y visita a los otros lugares santos de los alrededores: Belén, donde nació el Salvador del mundo en un pesebre; Ain-Karin con el recuerdo de Juan Bautista y el Magnificat de la Virgen María como respuesta al saludo de su anciana prima Isabel. El 22 de octubre adiós a Jerusalén y partida hacia Jaffa, Nazareth y los otros lugares santos de Galilea; Nazareth lo domina todo: es la ciudad de la Virgen, el lugar en el que se realizó el mayor de los milagros, donde tuvo lugar el acontecimiento más importante de la historia de los hombres y del universo: la Encarnación de un Dios.

Nazareth

"Octubre 25. Muy de marañita me fui a la santa gruta donde se efectuó la Encarnación del Verbo Divino. Lo que ahí sentí no lo podré explicar; hay un altar y debajo una inscripción que dice: "Verbum caro factum est". Estaba yo feliz, oí muchas Misas y las horas que pude me pasé en aquel sitio amadísimo.

--"No al acaso, me dijo, has venido a este sitio. Mi bondad te ha traído para hacerte una nueva gracia. Aquí te consagrarás de una manera especialísima a la Santísima Trinidad. No es mentira lo de la encarnación mística en tu alma, por más que no hayas sabido apreciarla. Es una realidad con fines santos, de que se extienda en el frío mundo, especialmente en los sacerdotes, el amor al Divino Verbo por el Espíritu Santo, honrando al Padre con esto". (Diario T. 38, pp. 443-444, 25 octubre 1913).

La visita de Tierra Santa termina en Damasco y el Líbano. Ahora se dirigen hacia Roma: Beirut, Port-Said, Alejandría e Italia: Brindisi, Nápoles, Pompeya, Capri, Sorrento, nombres célebres que señalaron la historia de la cuenca del Mediterráneo.

Roma

"Hemos llegado por fin a la Ciudad Santa. Después de Jerusalén es lo que me interesa. Aquí van a librarse las luchas y el triunfo o la derrota de las Obras de la Cruz. El decisivo final. Mas, ¿para qué dudar si el Señor ha querido que venga y me ha dicho que pasaré

humillaciones y sufrimientos pero que las Obras tocan a su fin y triunfarán? Fe y confianza. Dios sabe cumplir sus promesas y nunca desampara al que confía en El.

"Llegamos al oscurecer. Fue el I. Sr. Ruiz a la estación y me dio malas noticias respecto a cómo andan por acá las Obras de la Cruz. Paciencia y confianza en Dios. Espero contra toda esperanza, ¡Dios mío! Qué ciudad ésta de tantos recuerdos. Cuántos santos regaron aquí su sangre. La cuna de la religión. Pero todo esto no es más que la consecuencia de Jerusalén. Si no hubiera habido allá un Salvador no habría aquí Iglesia, ni mártires, ni confesores, ni quien amara a Dios. Pienso en Nerón, en los Césares, en la historia pagana y cristiana de este Centro del Catolicismo.

"Qué impresión para mi alma llegar a esta Ciudad Santa. Desde Nápoles me vine haciendo oración y me estremecí al divisar este lugar tan soñado... tan temido... en donde sólo puede la Iglesia dar la aprobación de los Sacerdotes de la Cruz, de las Religiosas, etc. Estoy muy cerca del Papa y me parece mentira. Deseo verlo y tiemblo de sólo pensarlo. ¡Dios mío! aquí me tienes dispuesta hasta el martirio si esta fuera tu voluntad". (Diario T. 38, pp. 472-474, noviembre 1913).

Audiencia con el Papa S. Pío X

"Ayer noche supe que la audiencia privada con el Papa era a las diez y media hoy. Llevé una buena sorpresa. Llegó la hora, me llamaron y me presenté ante el Vicario de Jesucristo en la tierra. No sé qué emoción sentí. Estaba en su escritorio con Mons. Ramón Ibarra enfrente, yo me arrodillé llorando y él me habló. Por fin me repuse y él me dijo que qué le pedía. "Yo le pido a Su Santidad que apruebe las Obras de la Cruz". Esto le decía sin soltarle su mano contra mi cara.

--"Están aprobadas, no temas, y te doy una bendición muy especial para ti, para tu familia y para las Obras".

--"Santísimo Padre, le dije, yo no quiero ser estorbo para las Obras, que me quiten y no me tomen en cuenta.

--"Ya hablé con Monseñor y todo se arreglará este año".

"Me veía los ojos con su mirada penetrante y dulce, y yo sentía como si estuviera a los pies de Nuestro Señor. Varias veces me dijo: "Prega per me", me decía. Me puso su mano en la cabeza. Me atreví a tomarle su pectoral y besárselo. Le besé también su pie; me volvió a bendecir. Yo salí radiante y feliz, dándole gracias a Dios. ¡Oh fecha preciosa, inolvidable! ¡Oh Dios mío, bendito seas!" (Diario T. 38 pp. 478-480, 17 noviembre, 1913).

Entrevista decisiva

Por fin llegó la hora, tan temida por Conchita, de la entrevista con Mons. Donato Sbarreti, Secretario de la Congregación de Religiosos. Interrogó a Conchita sobre su país, su vida. Sobre todo le pidió explicaciones sobre el origen del Apostolado de la Cruz y de las Religiosas contemplativas. Le preguntó también si eran suyos los tomos manuscritos enviados a Roma. Quiso darse cuenta si escribía con facilidad: "Le contesté que sí, aunque no sabía ni gramática: no lo creía". Le hizo precisar el modo de sus visiones del Espíritu Santo, del Corazón de Jesús, de la Cruz del Apostolado. ¿Veía ella todo esto con los ojos de la cara? Le relató lo del monograma, los "dictados" del Señor, el cisma que había dividido a las primeras hermanas de la Cruz. Conchita le aseguró que ella no vivía con las religiosas sino con sus hijos: eso le gustó. "Comprendí que vio la luz en varios

puntos, y le supliqué con toda el alma que me eliminaran de las Obras, que yo no quería ser ni aparecer en ellas. Que obedecería en todo a la Santa Iglesia". (Diario T. 38, 7 diciembre, 1913).

Aún en Roma Conchita escribió a Mons. Sbarreti enviándole, conforme a su deseo, la edición española de su libro "Ante el Altar", suplicándole que le regresara sus manuscritos: "cosas íntimas de su conciencia" que ella deseaba recobrar, acatando sin embargo la decisión de la Santa Sede.

"Le repito, Excelencia, que mi mayor anhelo es ser hija sumisa y adicta a la Santa Iglesia, obedeciéndole en cuanto tenga a bien ordenarme. Nunca he querido engañar, pero tampoco engañarme, estando por tanto dispuesta a seguir la voz de Dios en la Iglesia que no se equivoca, y yo si puedo equivocarme. Gracias a Dios siempre me he guiado por la obediencia...

"Sólo ambiciono ocultamiento y oscuridad... Yo seguiré el camino que la Santa Iglesia me marque... Mucho me encomiendo a sus oraciones, Excelentísimo Señor, que sepa educar cristianamente a mis hijos" (Diario T. 38, pp. 509-513, 9 diciembre, 1913).

Para facilitar las cosas, de acuerdo con ella, Monseñor Ibarra propuso cambiar el nombre de "Sacerdotes de la Cruz" por el de "Misioneros del Espíritu Santo", que Pío X aprobó personalmente.

"Mi alma salta de alegría y me parece un sueño, ¡Dios mío, Dios de mi vida! dieciocho años que lo anunciaste, y cuántas penas, dolores, penitencias, esperanzas deshechas, sangre, oraciones, calumnias, envidias y persecuciones y lágrimas ha costado! Pero todo es poco pensando en que ha sido para depurar tu Obra, para tu mayor gloria". (Diario T. 38, p. 537, 17 diciembre, 1913).

"Estando en San Claudio delante del Santísimo me dijo el Señor: "Dame gracias, todo está concluido". Recé luego el Te Deum". (Diario T. 38, p. 541, 22 diciembre, 1913).

A través de Italia y Francia

¡La finalidad principal del viaje estaba asegurada! Después de diez días de visitar lugares artísticos y religiosos de la Ciudad Eterna, los peregrinos recorren Florencia, la ciudad del mundo más rica en arte. Padua, Venecia y Milán, donde ella admira la catedral. Vía Génova siguen a Francia por Lyon y Paray-Le-Monial, a donde la atrae su ardiente devoción al Corazón de Jesús: "Yo no quería irme de ahí" (Diario T. 38, p. 574, enero 9, 1949). Se dirigen en seguida a Paris a donde llegan de noche y recorren las grandes avenidas: "¡Qué grande ciudad es Paris!" De Paris, Conchita pasa a Lisieux para encomendar a "Teresita" las Obras de la Cruz.

Lisieux

"Enero 19. Fui a Lisieux a visitar el sepulcro de Sor Teresa del Niño Jesús, su convento y su casa natal. Estaba nevando y hacia un frío espantoso. Fui a darle gracias, porque precisamente le tenía encomendadas todas las Obras de la Cruz, y se acaba de conseguir el último triunfo. ¡Teresita de mi alma, gracias, gracias! Visitamos el convento y nos recibió su hermana Paulina, que es ahora la Superiora".

"Enero 20. Dejamos Paris. El Sr. Arzobispo Ibarra se fue por la mañana, los otros peregrinos más tarde, y por último, acompañadas de la Sra. Greville y Paz F. del Castillo,

tomamos el tren para dormir en él y llegar a Lourdes mañana a las once". (Diario T. 38, pp. 584-585, 1914).

Lourdes

"Enero 21. Pasamos muy mala noche en el tren y llegamos a Pau a las ocho y continuamos hacia Lourdes. ¡Qué vistas panorámicas de las montañas todas nevadas! Los Pirineos encantadores. Llegamos a la estación. Ansiosos comimos y luego nos lanzamos por una tupida alfombra de nieve de veinte centímetros. Fuimos a visitar a la Basílica, la Gruta y la Capilla preciosa del Rosario. ¡Qué emociones tan dulces! ahí se siente la sombra de la Santísima Virgen, su estela, su particular protección. En la Gruta no se cansaba uno de estar arrodillado contemplando aquella belleza, aquel sitio que ocupó María en dieciocho ocasiones. Se trasladaba el pensamiento a tiempos pasados y se estremecía el alma al recordar y enumerar los milagros y las gracias ahí derramadas.

"Cuánto recordé a mi madre que fervorosa me leía de niña el libro de Enrique Laserre. Cómo deseaba ella ir al teatro de esos sucesos santos. Toda mi familia ha soñado venir aquí y yo, la más indigna, la más miserable, la que nada merezco, la más fría, estoy contemplando abismada este encantador lugar. Miles de cirios ardían, toda la Gruta está ahumada, hasta la estatua de María que está en el lugar donde fue la aparición. Sólo el rosal que tiene a los pies se conserva fresco, y entre la nieve y el humo, retoñando, ¡Qué maravilla de Dios!

"Rezamos el rosario después de recorrer las rampas. Nos confesamos en la Cripta. Mucho pedí por las Obras, por los míos, por el pobre México. ¡Qué emociones tan dulces! ¡Qué caridad de María! Las campanas cada hora cantan el "Ave" convidando a alabar a María. Esta es una impresión encantadora. Se siente uno tan bien aquí, a la sombra de María, que no se quisiera uno ir". (Diario T. 38, pp. 586-589, 21 enero, 1914).

En España con su hijo Manuel

Los viajeros vuelven a tomar el tren hacia España donde la espera su hijo Manuel. Largas horas de gozo e intimidad. Van a rezar juntos a Loyola. Manuel festeja sus veinticinco años con su madre. Su hermano Ignacio y su hermana Lupe se encuentran aquí también: "Qué bondad de Dios al traerme a pasar con él este día. Hemos dado juntos paseos por el campo en medio de una paz y vistas hermosas. A la orilla del arroyo le he leído mi diario del viaje" (Diario T. 38, p. 603, 28 enero, 1914). Pero en esta tierra todo pasa. Pronto tienen lugar las despedidas. No se volverán a ver hasta el cielo.

El camino de regreso

El grupo de peregrinos se encuentra en el camino de regreso: San Sebastián, Pamplona, Barcelona, Valencia (febrero 11). Málaga, Cádiz, Las Palmas. Las Islas Canarias, Puerto Rico (Marzo 1º), La Habana, Veracruz y México (marzo 14, 1914).

Ya en México, el primer cuidado de Conchita fue ir a abrazar a cada uno de sus hijos, luego corrió al santuario de Nuestra Señora de Guadalupe para agradecer a la Santísima Virgen su poderosa ayuda.

Conchita regresaba de Roma inmensamente agradecida. La Iglesia había hablado. La Cruz había triunfado.

Educadora de sus hijos

El viaje a Tierra Santa y a Roma había asegurado el porvenir de las Obras de la Cruz. Pero Conchita no olvidaba sus deberes de madre. Estos ocuparon siempre el primer lugar en su vida. Un día dirigía a su director, el Padre Bernardo (Monseñor Maximino Ruiz) esta declaración importantísima: "Un punto que casi nunca toco en mis cuentas de conciencia es el de mis hijos, siendo que lleva su cuidado la mayor parte de mi vida. Los tengo muy en el alma, y más sus almas que sus cuerpos. Voy a decirle más o menos la oración que muchas veces al día hago por ellos.

"Señor, Pancho, consérvale en esa rectitud y sano juicio que le has dado; que siempre sea honrado como su padre. Dale suficiente para que se case si le conviene, y si no, desbarata esas relaciones si no fuera ésta tu divina voluntad.

"Señor, ese Ignacio me tiene con cuidado; tan joven y entre tantos peligros. Consérvalo en esa pureza de conciencia que le has dado.

"Señor, Pablo, que sea todo para Ti; fomenta su humildad y su obediencia.

"Señor, Salvador, que emplee esa viveza de carácter.

"Señor, esa Lupe tan viva y tan dispuesta para la virtud; haz que no se tuerza.

"Señor, Manuel y Concha, ese par de almas puras y crucificadas a quienes desde tan temprana edad les diste la mejor parte; dales la perseverancia, sostenlos en la vocación y sírvete de ellos para tu mayor gloria.

"Señor, mis dos ángeles que están en el cielo, Carlos y Pedro, que asistan siempre al pie de tu trono.

"¡Madre del alma! Amparo de los huérfanos, fomenta en Pancho tu devoción, dáselas muy grande a todos mis hijos, que te los entrego por tuyos; cobíjalos con tu manto, consérvalos siempre puros, guárdalos, Madre, dentro del Corazón de tu Hijo; dales buenas inclinaciones y amor a la Cruz. Tú sabes que yo no sé educarlos, no sé ser madre, sólo tú María y abrígalos en tu seno y guárdaselos a Jesús muy puros, sólo para El" (Diario T. 31, pp. 166-168, 30 octubre, 1908).

Su vida de unión con Dios no alejó jamás a Conchita de su familia, al contrario, nunca una madre ha pensado tanto en todos sus hijos como ella.

La muerte de su primer hijo a los seis años, su pequeño Carlos la dejó herida para siempre.

Viuda, la muerte de su niño más pequeño en forma trágica: ahogado en la pileta de agua de su casa, le causó un dolor inconsolable.

El cadáver de Pedrito

"Martes Santo, abril 7, y día terrible para mi corazón. "En la Misa estuve muy inquieta ansiando, sin saber por qué, volver a casa. Después de algunos quehaceres me puse a coser. Estando en esto oí repentinamente una voz que me dijo: "Pedrito está en la fuente".

Sentí que me helé y repetí yo estas mismas palabras maquinalmente: "Pedrito está en la fuente".

"Corrí, volé, los niños que me oyeron me gritaron: "sí, mamá, aquí está"... Yo vi oscuro... no supe unos instantes lo que me pasaba, lo cogí en mis brazos escurriendo de agua, helado, y cadáver!

"Hacía unos momentos que había estado a mi lado y al salirse de la pieza dicen los otros niños que dijo que iba a sacar agua para las palomas. Había tres criadas cerca de la fuente y nadie lo oyó caer. Como loca me sentí, haciéndole cuanta lucha podía para volverlo a la vida, pero su corazón no latía; no tenía pulso y sus ojos, dilatadas las pupilas, y sin vida.

"¡Oh, Dios mío! sentí el alma desgarrada y en mis brazos, lo ofrecí al Señor entre dolor, amargura y remordimientos, pensando sería descuido de mi parte: recordando cuánto al morir su papá me lo encargó... Vinieron de la Comisaría a levantar el acta. Vinieron un médico y un practicante pero todas las luchas fueron en vano.

"Escribí a mi madre, al P. Félix, lo que me pasaba, pero Nuestro Señor me quiso dejar sola, pues mi madre no pudo ir sino cinco horas después. El P. Félix hasta por la noche pues no le habían entregado la carta.

"Me fui a los pies del Crucifijo grande y ahí, llenando sus pies de lágrimas, le ofrecí, inclinada, el sacrificio de mi hijo, pidiéndole que se cumpliera en mí su divina voluntad. Esa noche la pasé en vela frente al cadáver del niño. A las doce de la noche lo coloqué en su cajón y al tomarlo en mis brazos estaba rígido: esto me hizo mucha impresión". (Diario T. 18, p. 59-64, 7 abril, 1903).

La muerte de Pablo

Más tarde fue Pablo el que murió entre los brazos de su madre; hermoso joven de dieciocho años, muy puro, a quien ella quería especialmente.

"Junio 21 y san Luis Gonzaga. Hoy se sacramentó Pablo. Esta mañana quiso le llamara al Padre Pedro Jiménez, S.J., y con mucho gusto hizo confesión general. Cuando acabó me dijo su confesor: 'No le pida usted a Dios la salud de Pablo, no conoce la malicia, es un alma pura, déjelo ir al cielo, es un niño: en unos minutos hizo su confesión general'. A las tres y media recibió con mucho fervor el santo Viático, contestando todo y le di gracias un poco después, para no fatigarlo. Le duele horribilmente la cabeza, parece ser tifo.

"Junio 22. Ya hoy domingo desalojé su cuarto, es tifo y terrible, yo sufro mucho, él muy paciente y resignado. Dos o tres días antes de enfermarse, al volver de cenar, me dijo: 'Muy pronto mamita, vas a tener aquí un muerto'. No sé que sentí y muy temprano lo fui a ver si no había muerto. Este presentimiento lo he tenido hace días y varias veces le he hablado en su cama a ver si está vivo. ¡Dios mío, si es posible, pase de mí este cáliz, pero no se haga mi voluntad sino la tuya!

"Junio 25. Ya me desconoció. Estaba junto a él y me gritó: 'Quiero a mi mamá, llama a mi mamá'. No sé qué sentí, me puse a llorar. Todo su afán es irse y yo siento la muerte. Sus hermosos ojos azules jamás los cierra. Tengo su mirada en mi alma.

"Junio 27. Con mucha fortaleza, ¡cómo no, si no era mía! llegué a ayudarle a bien morir. Lo vi agonizar, expirar, y acto continuo, besándole la frente me puse a rezar. Le puse desde que murió el crucifijo que siempre llevaba sobre mi pecho, lo recogí cuando lo puse en la

caja. Le abrí sus ojos color de cielo, le besé su frente, y me despedí de él, ya no era mío..." (Diario T. 38, pp. 345-362, Junio, 1913).

"¡Oh Madre Dolorosa!, ¡Oh Madre que comprendes a una madre que acaba de perder a un amado hijo! Ofrécele por tus manos, por tu corazón sin mancha, este dolor, a mi hijo mismo, a la Santísima Trinidad para que a mi nombre y con una cosa que Dios, me dio, sea glorificado". (Diario T. 38. p. 367, 30 Junio, 1913).

Manuel, su hijo Jesuita

Causa admiración ver con qué solicitud, con cuanto cariño seguía esta madre vigilante a cada uno de sus hijos en la vida, respetando siempre su personalidad y su libertad. Dos de ellos se orientaron desde sus años mozos hacia la vocación religiosa: Manuel y Concha.

Manuel marchó primero. Conchita había soñado verlo "Sacerdote de la Cruz", mas Dios es el dueño de las vocaciones: su hijo ingresó a los diecisiete años en la Compañía de Jesús, en la que recibió una sólida formación y se gastó valerosamente, hasta la muerte, en servicio de la Iglesia "Para la mayor gloria de Dios".

La madre sostenía el fervor de su hijo y una copiosa correspondencia nos los muestra cada vez más unidos por un afecto a la vez muy humano y del todo divino. Desde que tuvo conocimiento de la decisión definitiva de Manuel le traza el camino de la santidad religiosa: "En todo veo obrar la gracia en tu corazón y no sé cómo agradecer al Señor sus beneficios. ¿Cómo corresponder a tanta bondad? Date pues de veras, con toda tu alma al Señor sin volverte a tomar; olvida las criaturas y sobre todo olvídate de ti mismo; vaciarte de todo lo que no sea Dios o a Él lleve y vive una vida toda de obediencia, de humildad y abnegación. Muere a ti para que Jesús sólo viva y reine en tu alma.

"Yo no puedo figurarme un religioso que no sea santo y a Dios no se le deben dar las cosas a medias; sé pues generoso con Él, que es corta la vida para sacrificarnos por su amor. Vendrán quizás, y no muy tarde, las tentaciones y las luchas a inquietarte, pero estate firme y ama siempre la Cruz en cualquiera forma que se te presente, pues que ella es siempre amable para el corazón que ve en su asperidad aparente envuelta la voluntad santísima de Dios.

"Claro está que mi corazón de madre ha sufrido; pero soy feliz pudiendo ofrecer al Señor un sacrificio en favor de tu alma, mil veces más querida para mí, que tu cuerpo. Sí, ruega siempre, ruega mucho por mí... A toda la familia he dado parte de tu decisión y rogarán por ti. Tus hermanos más tarde te escribirán... También te he puesto bajo el manto de María, ya lo estás desde niño, ella es tu madre, ámala sin límites... Conque tus pies en el suelo, pero tu alma, tu vida y todo tu corazón allá en el cielo" (Carta, diciembre 9, 1906).

Algunos años más tarde, con ocasión de su viaje a Tierra Santa y a Roma, Conchita pasa por España para abrazar a su hijo. Madre e hijo se vuelven a ver con alegría. Ella lo encuentra "muy virtuoso, grande y aprovechado en ciencias. Platicamos, reímos, lloramos, alabando a Dios. Sufrí mucho en la despedida, quizá la última en este mundo. Él lloraba. Por fin nos separamos. Sufrí terriblemente. Ofrecí a Dios nuevamente mi sacrificio por su amor". Algunos días después al dejar la península Ibérica: "¡Adiós España, ahí se queda mi hijo!" (19 febrero, 1914).

En diciembre de 1919 sabe Conchita que van a amputarle una parte del dedo de la mano derecha a Manuel. ¿Podrá ser Sacerdote? Admira la resignación de su hijo que "sufre con la paciencia de un santo". (Marzo 4, 1920). Será sacerdote, mas el joven jesuita, en su ardor misionero ha pedido a sus superiores el permiso de ofrecer un gran sacrificio por Cristo y por las almas. Anuncia a su madre su determinación aprobada por sus superiores: (Carta de junio 1920). "Inolvidable mamacita: Supongo que habrás recibido mi última carta y que estarás tranquila deseando saber lo que en ella te apuntaba, lo mismo que en otras anteriores, para ir preparando el terreno. Ahora que ya está todo arreglado, a ti, la primera de todos fuera de mis Superiores, te la comunico para que me sigas ayudando con tus

fervorosas oraciones y me animes, lejos de reprochármelo, a seguir el camino del sacrificio.

"De tejas abajo, como es muy natural, te va a saber mal y a doler, como a mí me ha dolido y sabido mal, pero no se trata de eso, sino de mirar las cosas como se debe, con ojos espirituales: y así, la noticia que te voy a comunicar va a ser muy de tu gusto, puesto que es un hermoso sacrificio, que a lo que creo, Dios Nuestro Señor me lo ha sugerido, toda vez que la obediencia, después de largos años de prueba, me lo ha bendecido completamente.

"Se trata de que queriendo yo sacrificar a Jesucristo, a quien tantísimo debo, algo que de verdad me costase, para pagarle en algo sus innumerables favores, por inspiración del Señor me fijé en ti, mi familia y mi patria, únicos amores que aquí en la tierra conservo en lo más hondo de mi amante corazón de hijo, hermano y mexicano: y con gusto espiritual, aunque le pese a la pobre naturaleza, se los ofrecí en holocausto, haciéndole el sacrificio de estos tres santos amores.

"Nuestro M.R.P. General, ha aceptado, en nombre de Jesucristo cuyas veces hace para conmigo, mi sacrificio, así es que mis ilusiones de volverte a ver a ti, a mis hermanos y demás familia, y de pisar aquella bendita tierra santificada por la presencia y protección de la Indita del Tepeyac, para mí se han acabado y de no ser por acá, sólo en el cielo espero juntarme con vosotros.

"¡Qué triste noticia! ¿verdad, mamacita? si sólo miramos a lo que piden con imperio la carne y la sangre, pero ¡qué hermosa y digna de mi corazón, que desea amar a Jesús sobre todas las cosas!...

"Sé que vas a llorar con esta carta; tus lágrimas caerán en lo más hondo de mi corazón amante de hijo, pero sé que unidas a las mías, las sabrás poner al pie del Sagrario juntas con las de tu pobre Manuel.

"Tú, mamacita, me enseñaste el camino y por dicha mía desde pequeño escuché de tus labios la salvadora aunque costosa doctrina de la cruz, que ahora pongo en práctica. Dios me conceda llevarla adelante y no parar hasta sacrificar mi propia vida, que es lo que me resta aún, por la gloria de Dios y la salvación de las almas: ¡dichoso de mí si tal consigo!

"Dignos de verdadera lástima son los mundanos que por el dinero o por otras aspiraciones aún más viles se imponen sacrificios semejantes; pero nosotros, que por Jesús y por fines más altos lo hacemos, somos o debemos ser más bien dignos de envidia.

"Tú bien sabes, mamacita, que el amor con la ausencia lejos de disminuir aumenta; imagínate por consiguiente lo que el mío para contigo, para con mis hermanos y demás familia ha aumentado desde que supe la feliz nueva. Somos felices con la felicidad que da la cruz verdadera, y así sólo deseamos no bajar de ella jamás.

"Muy prontito te volveré a escribir, saluda cariñosamente a todos mis hermanos, y tú, mi inolvidable mamacita, manda tu bendición a tu Manuel para que el gozo en su sacrificio sea completo...

Tu amante hijo,
Manuel, S.J."

Conchita copió esta carta en su Diario, y anota enseguida:

"Sí arrancó lágrimas esta carta a mi corazón, pero con la ayuda de Dios acepté y le ofrecí el sacrificio ofreciéndole no volver a verlo en la tierra, aún cuando pudiera ir a España. Renuncié a la dicha de oírle Misa cuando se ordene, a escucharlo cuando predique, a que me dé la comunión, a confesarme con él, a que quizá me ayudara a bien morir dándome la última absolución. El Señor se digne aceptar mi pobre e imperfecto sacrificio que hace sangrar mi alma. No soy digna de tal hijo" (Diario T. 43, p. 81, junio, 1920).

Conchita dirige enseguida a Manuel una respuesta sublime en la que madre e hijo rivalizan en el heroísmo:

"Querido hijo Manuel:

"¿Qué te diré después de haber recibido tu carta con la noticia de lo que ya esperaba, conociéndote?, que le di infinitas gracias a Dios, (aunque mojada en lágrimas) por haberte inspirado y dado fuerzas para ese grande sacrificio. Me fui detrás del Sagrario, puse tu carta ahí, pegadita y le dije que con toda mi alma aceptaba yo esa inmolación de afectos, que tan íntimamente me tocaban. Al día siguiente llevé sobre el pecho tu carta al ir a comulgar para renovar mi aceptación plena.

"Dichoso tú hijo, que pones a Jesús por encima de la carne y de la sangre, y que con mirada de fe te elevas muy lejos de la tierra. Lo poco bueno que al formar tu corazón recibiste de mí, no fue mío, sino de Dios, que con predilección infinita te escogió desde tus más tiernos años para Él, dándote la vocación religiosa.

"No sé si recibirás una carta mía en la que trasluciendo tu sacrificio te decía que en México se necesitan muchos operarios; que hay extensas regiones de indios hasta paganos donde se podía extender el reinado de Cristo con grandes sacrificios y privaciones. Por ejemplo la Tarahumara o los Muzquiz... Te decía en mi carta que si querías, aún viniendo yo no te volvería a ver, que bastaba no más que me lo indicaras. Ahora ya la obediencia sancionó tus deseos, y claro que ésta, sin duda, es la voluntad de Dios que con toda mi alma acato, venero y amo!...

"¡Oh Manuel, hijito de mi corazón! Lo más grande que existe después de Dios, lo único que puede hacer la criatura es amarlo, es darle gloria sacrificándose. El lema de san Ignacio es la fórmula suprema del amor: A.M.D.G. ¡Qué desconocido es este amor en la tierra!, pero dichosos los que han recibido la luz de la Cruz. Para el mundo amar es gozar; cree, en su egoísmo, que el amor consiste sobre todo en recibir consuelos, satisfacciones, cuando el amor se alimenta con dar, con inmolarse, con el santo combustible del dolor.

"Pero basta de sermón y me concreto a felicitarte mil veces porque has encontrado el verdadero camino que conduce al cielo. Sé siempre generoso con Dios, por puro amor y serás siempre feliz en la tierra y en la Patria.

"Tus hermanos se han puesto muy tristes y te irán a ver; pídele a Dios que a mí me encuentres en el cielo, que estoy muy lejos de merecerlo. Concluyo con recuerdos de todos mis hermanos y mi aprobación y mi bendición.

"Te abraza tu madre feliz en el dolor". (Junio 1920).

Dos años después Manuel va a ser ordenado sacerdote. El corazón de Conchita late de gozo y de satisfacción.

"Recibí una carta de Manuel que me ha conmovido. Ansía vivísimamente su ordenación. Me dice entre otras cosas:

"Ni una sola de tus intenciones olvidaré ni a nuestro inolvidable papá q.e.p.d., ni de ninguno de mis hermanos, ese día en que dicen fundadamente que todo lo concede el Señor a su nuevo sacerdote, pues ya sabes que para la comunicación espiritual de las almas entre sí no hay distancia; ese día, te lo prometo formalmente, tú y papá, como es de justicia, os llevaréis las primicias y todo lo mejor de mis intenciones y después todos y cada uno de mis hermanos, para que Nuestro Señor derrame abundantes y a torrentes sus preciosas gracias sobre ese inolvidable rincón de mi alma, que al pasar los años cada vez ama más mi pobre corazón, mi inolvidable familia...

"Me dices: 'Acuérdate hijo mío, que al tener a Jesús en tus manos en la sagrada forma no dirás este es el Cuerpo de Jesús, esta es la Sangre, sino que dirás: este es mi Cuerpo, esta es mi sangre, es decir que debe existir una total transformación, tú perdido en Él: otro Jesús".

"¿No es esto el colmo de la felicidad en la tierra y en el cielo? Así es mamacita y sea que me ordene ahora o después, háblame en tus cartas de esto, enséñame lo que es ser sacerdote, lo que es tener la inmensa dicha de decir Misa, pues me pongo en tus manos ahora como cuando chiquito me echaba a tu regazo para que me enseñaras a balbucear los nombres dulcísimos de Jesús y de María pues para penetrar este misterio de amor y de dignación infinita soy un verdadero bebé que te pido por favor luz, oraciones, sacrificios". (Diario T. 44, p. 56-57, 23 de julio, 1922).

Se aproxima el día de la sublime consagración como sacerdote de Cristo, las efusiones de ternura se multiplican en su correspondencia: '

"...Hay momentos en la vida en los que no digo escribir, ni decir, pero aún sentir debidamente parece que no se puede: éste es uno de ellos para ti y para mí, y así suplan ustedes lo que yo no puedo trasladar al papel... Ese día feliz vosotros y yo, yo y vosotros, tú mamacita en particular y yo, yo y tú, con lazo indisoluble y estrechísimo, incapaz de desunir ni las distancias ni la ausencia ni nada en el mundo, estaremos unidos en santa compañía, la más santa que haya acá abajo y allá arriba, la compañía del mismo Jesús...

"Y con esto termino hasta mandarte por cable ya sacerdote, después de recibir de rodillas la tuya, mi primera bendición. Todo tuyo.

Tu Manuel, S.J."

En la fecha fijada, teniendo en cuenta la diferencia de horas de Europa y México, Conchita se levanta en la noche y, con el espíritu, asiste a la primera Misa de Manuel, y recibe a través del espacio su primera bendición:

"¡Te Deum laudamus!..., ¡Yo, madre de un sacerdote!, ¡Dios mío, si me siento anonadada! Pero ¿cómo debo ser, qué virtudes ejercitar? No sé sino llorar y agradecer, convidando a todo el cielo a dar gracias por mí, que no sé hacerlo, tan miserable, tan manchada y tan vil" (Carta a una amiga, julio 31, 1922).

Una continua correspondencia epistolar los unirá aún durante largos años. Conchita le relatará en sus cartas hasta el mínimo detalle de la vida familiar, de cada uno de sus hermanos y hermanas, de todo lo que es de interés para ambos; los acontecimientos dolorosos de la persecución religiosa en México, su inquebrantable confianza en la

misericordia divina para su patria, heroica en la fe. Son las cartas de una madre, de una amiga, de una confidente y de una santa que derrama su corazón en el de su hijo.

He aquí una de las últimas cartas, posiblemente la última:

"Hoy, día de Cristo Rey, se inauguró la fundación de los Misioneros del espíritu Santo en San Luis Potosí, tu tierra y la mía. ¡Bendito sea Dios! Dale gracias y que todo sea para su mayor gloria". Le habla de las leyes antirreligiosas y de las amenazas del comunismo ateo. "Sólo la Santísima Virgen de Guadalupe puede librarnos. México es suyo y siempre será... Estoy en Morelia y le robé a Nuestro Señor unos minutos para escribirte. De mes mis ejercicios, como cada año. En éste me ha recalcado Monseñor Luis Ma. Martínez, 'la perfecta alegría en el dolor'. Pídele a Dios que me aproveche... pues que quizá sean los últimos ejercicios y que tengo que prepararme para el gran viaje. Lo que Él quiera.

"Esperamos en Dios que se calmen las pasiones y que no se desate una guerra mundial.

"Hazte muy santo, que la vida es corta para andar con treguas. Cualquier camino que tomemos buscando a Dios va siempre a parar a la Cruz; dicen que la cruz con mayúscula es la del Maestro y con minúscula la nuestra: tomémosla pues que es el instrumento capital de nuestra salvación.

"Ya se me llegó la hora de estar con Él, y voy a pedirle mucho por ti; que reine plenamente en tu corazón; que llene todos los vacíos de tu alma, que te transforme en Él haciéndote otro Jesús, por María.

"Bendíceme y recibe la pobre mía con mucho cariño: jamás te olvida tu pobre madre"
(Carta, octubre 25, 1936).

Su hija Concha, Religiosa

Concha, nacida después de tres niños, fue su hija especialmente consentida. Era la sonrisa del hogar. Su padre la adoraba. A los seis años cayó gravemente enferma de tifoidea, de la que se salvó gracias a los cuidados y a la entrega incansable de su madre. Se convirtió en una robusta y bella señorita pero su alma fue siempre para Dios con una inviolable pureza. A los quince años hizo voto de virginidad. Sus encantos personales le atrajeron toda una corte de jóvenes admiradores. Por un momento ella se sintió turbada y declaró a su madre que ya no quería entrar al convento. En su corazón se libraba un drama de amor. Su madre respetaba su libertad pero redobló sus oraciones y penitencias: "Señor, si su belleza es un obstáculo, quítasela".

Al regresar de un día de retiro Conchita entró radiante a su casa: "Mamá: he escogido a Cristo para siempre".

Una intimidad espiritual aún más profunda se desarrolló entre la hija y la madre hasta la muerte de Concha, en religión la hermana Teresa de María Inmaculada. Da testimonio de ello una correspondencia de más de trescientas cartas, sin contar las numerosas visitas. Sus almas vibraban al unísono en la comunión de un mismo ideal de amor a Dios y de sacrificio para la salvación de las almas. Los rasgos espirituales de Conchita se imprimían espontáneamente en el corazón de su hija: ¿No era su madre la inspiradora providencial y la fundadora de las contemplativas de la Cruz?

Su madre no cesaba de orar por ella: "Que sea una perfecta religiosa de la Cruz" (Diario T. 29, p. 451, abril 17, 1908).

"Concédele la perseverancia" (Diario T. 31, p. 79, octubre 5, 1908). Cuando el Noviciado se trasladó de México a Tlalpan la madre acompañó a su hija hasta el tranvía: "La persigné con la 'magnífica' hasta que perdí de vista el carro" (Diario T. 33, p. 127, agosto 16, 1909). Las visitas las llenaban a ambas de alegría: "Vi a Concha... está feliz" (Diario T. 30, p. 10, 3 de mayo, 1908). Así pasaron los primeros años. Conchita estaba orgullosa de su hija y daba gracias a Dios: "Me ha encantado la virtud de Concha, hoy Teresa de María, y me ha dado vergüenza verme a mí, tan vieja y sin virtudes de las que ella es un gigante" (Diario T. 40, p. 7, enero 17, 1915).

El 23 de octubre de 1916 pronuncia sus votos perpetuos: "Día feliz e inolvidable, ¡Teresa de María, mi hija Concha, es ya perpetuamente Esposa del Señor! Desde que comenzó a hablar le enseñé a decir que sería "Esposa de Cristo" y se ha consumado esa unión con el Rey del cielo y de la tierra!"

Entró Teresa de María a la capilla con su vela encendida, pura, modesta, temblando de emoción, radiante de dicha. Pronunció sus votos con voz tranquila y sonora. Tenía una hermosa voz; cuando cantó respondiendo al salmo "Veni Sponsa Christi", nos dice su madre: "yo sentía un gozo inefable, una humillación profundísima, una gratitud sin límites".

Su madre contemplaba admirada a la hermana Teresa de María Inmaculada: "Es un ángel..., será una gran santa" (Diario T. 40, pp. 347-349 octubre 23, 1916).

La joven profesora era encantadora. Fue para sus hermanas, que la amaban mucho, una compañera muy simpática, fiel y sonriente. Fue muy apreciada por las religiosas de Puebla y Monterrey. Su vida se desarrollaba sin historia. Por un momento atravesó por una grave

crisis de vocación pero su amor a Cristo triunfó. Pronto vino a sorprenderla la enfermedad en el clima cálido, y mortal para ella, de Monterrey. Arrojó sangre. Fueron horas muy duras para la madre y para la hija.

Se trasladó a la enferma a México. "La Madre Javiera pidió permiso a la Mitra de que yo pudiera estar al lado de Teresa" (Diario T. 46, p. 133, diciembre 11, 1925). En la fiesta nacional de Nuestra Señora de Guadalupe "le dieron a tomar una hoja de rosa bendita (de las de la Villa) pidiendo a la Sma. Virgen que pudiera recibir el Viático, y volvió a su razón, y se le administraron los sacramentos y de todo se dio cuenta. Yo no sabía cómo darle gracias a Dios. Era para mí lo principal, que recibiera a Jesús, y ¡con qué fervor lo pedía! Me reconoció y me dijo: 'Mamacita encantadora'. ¡Pobrecita! Se me partía el alma, se me despedazaba el corazón de verla sufrir tanto. 'Este es mi cuerpo... esta es mi sangre'. Y la miro, y llorando se la ofrezco al eterno Padre con Él, diciéndole que la tome, que se haga su voluntad" (Diario T. 41, p. 134, diciembre 12, 1925).

"A las dos de la mañana me fui en un auto a buscar oxígeno. ¡Oh Dios mío, Dios mío, que no muera asfixiada! 'No quiero desesperarme', dice, y entra en una angustia indecible y repite: 'Por las almas, por los sacerdotes, por las Obras' ¡Dios mío! (Diario T. 41, p. 138, diciembre 17, 1925).

"Ayer a la una y tres cuartos de la tarde murió Teresa... ¡Dios mío de mi corazón, bendito mil veces seas! Después de veintinueve días de enfermedad y dolores agudísimos en todo el cuerpo murió la hija de mi vida. Fue un ángel, fue una víctima, fue una santa" (Diario T. 41, p. 138, diciembre 20, 1925).

Los cuatro hijos que sobreviven

Tres hijos y una hija de Conchita viven aún: Pancho, Ignacio, Salvador y Lupe.

Pancho es un agradable anciano, recto como una l, que con facilidad toma el avión para los negocios de la firma de máquinas de escribir que él fundó y aún dirige. Es un hombre de negocios, pero sobre todo un caballero y un cristiano. Sus hermanos y hermanas, que le deben mucho, lo aman como a un "segundo padre". Cuando murió su padre contaba él dieciséis años y se puso valientemente a trabajar para ayudar a su mamá en la educación de sus otros siete huérfanos. Pasó por horas difíciles; no se detuvo ante la necesidad de efectuar largas navegaciones a Europa y América: a los Estados Unidos, a Brasil, Argentina, Bolivia, Chile, Perú. Conchita había depositado en él su confianza y contaba mucho con él para la educación de sus otros hijos.

Ignacio, después de haber educado una hermosa familia cristiana con su esposa Chabela, muy amada por Conchita, termina sus días rodeado por el cariño de los suyos en la casa en la que murió su madre, en San Angel. Reza como envuelto por el recuerdo de su madre que lo amaba mucho y que decía de él: "Es el que más se parece a su padre".

Salvador fue el último de los varones. Su madre velaba por él con gran ternura, suplicando al Señor que encontrara una mujer que lo hiciera feliz: "Señor, dale estado a mi querido hijo Salvador" (Diario T. 45, p. 52, mayo 31, 1926). Después de su boda, escribe Conchita en su Diario: "Todo ha concluido para mí... pero la madre goza con la felicidad de los hijos" (T. 53, p. 316, 24 de septiembre, 1926).

Lupe fue una hija con mucha personalidad y encantadora. Salvador y ella fueron los "enfants terribles" de la familia, ambos con un gran corazón.

Concha amaba a todos sus hijos y seguía a cada uno en su vida particular. Jamás escuché de sus labios el menor reproche con respecto a su madre. Ella misma dio de ellos el más hermoso testimonio cuando decía: "No soy digna de los hijos que Dios me ha dado".

Semblanza de una madre por sus hijos

Desde 1954 tuve la oportunidad de dialogar con sus hijos. He aquí el relato vivo de su madre tal como se desprende de los testimonios auténticos que pude recoger, y a los cuales añado las respuestas verbales de un interrogatorio en forma, fielmente taquigrafiado.

Lo que más me impresionó al interrogar a sus hijos fue el constatar la identidad de sus juicios sobre su madre a pesar de la diversidad de temperamento de cada uno de ellos. Todos reconocen el carácter elemental de su primera instrucción que contrasta con la sublimidad de sus escritos: "Su instrucción, en San Luis, fue la de todas las señoritas de sociedad de la época. Entonces no se acostumbraba más que adornos, bordados, tocar el piano, etc. No es como ahora" (Pancho). Su hijo Ignacio me hizo la observación de que su madre era "extraordinariamente inteligente". Está seguro de que con la formación femenina del mundo actual Conchita habría brillado por sus cualidades intelectuales, por su poder de síntesis, que apuntaba recto a lo esencial.

Cristo, su Maestro, le suplirá todo y, bajo su "dictado", su genio místico se desarrollará. "Todo lo que ella escribió fue por inspiración divina", declaraba su hijo mayor.

Su hija Lupe recogió de su madre verdaderas confidencias sobre su vida de intimidad con su marido. Desde los tiempos de su noviazgo ella se sintió atraída hacia él por un gran amor. Ella veía en él un esposo cristiano, de gran rectitud moral, de carácter fuerte que el tiempo se encargó de dulcificar. "Mi madre cumplió siempre con sus obligaciones de estado. Ella se mostraba muy atenta y llena de ternura para con mi padre, siempre sumisa y buscando el modo de darle gusto en todo. Mi padre fue su único amor".

A su vez, mi padre fue para ella un marido excepcional: no se entremetía en sus cosas, le daba completa libertad, no le impedía escribir y la dejaba en paz" (Pancho).

Todos sus hijos dan testimonio de su fidelidad a sus deberes de esposa y de madre: "Ella llevaba sus relaciones conyugales con una gran sencillez. Su vida de matrimonio se desarrolló siempre en paz. Fue una vida verdaderamente cristiana, en una mutua comprensión. Yo he oído decir que no había perdido la inocencia bautismal. Ciertamente ella insistía mucho sobre la pureza en nuestra educación, pero comprendí que juzgaba las cosas humanas sin ver pecado en todas partes. Ella vela todo eso como muy natural. Entendía la vida como algo bueno. Nosotros somos los malos. Más tarde me habló de mis deberes para con mi esposa. Yo me di cuenta cabal entonces que su sentido de la pureza no era ignorancia" (Ignacio). Este testimonio de un padre de ocho hijos merece ser retenido.

"Nada de tapujos entre ellos. Estaban seguros el uno del otro" (Lupe).

Ama de Casa

Igual es el testimonio de sus hijos con respecto a la actitud perfecta de Conchita con los familiares y con las personas del servicio, que había en todas las grandes haciendas de México en esta época. Interrogué a una anciana criada y a otros empleados; todos me hablaron con una gran veneración de la Señora Concepción Cabrera de Armida. Era de una extrema cordialidad para con todos, firme, se enojaba algunas veces, pero jamás lastimaba.

Su modo de vivir

Para verla vivir en medio de sus hijos nada vale tanto como el testimonio directo de cada uno de ellos.

El testigo mayor sigue siendo el primogénito: Pancho. Era una madre de familia "maravillosa". "La adorábamos, pero como a una mamá ordinaria, completamente normal, no como un ser extraordinario. Dios lo permitió, a propósito pienso yo: no hubiera sido muy cómodo vivir con una santa, con una persona a la que hay que rodear de veneración, sin poderla tratar de 'tú a tú', como hacíamos con mamá. En ella todo era normal. Ninguna exageración en su conducta: no, jamás. Por ejemplo cuando asistía a Misa, sí, ciertamente manifestaba una gran devoción, pero como cualquier otra persona. No se imagine que hablaba directamente con el Señor en presencia nuestra. Nosotros no nos enterábamos de nada".

"En sus relaciones sociales encantaba a todo el mundo. Era una persona muy amable y muy agradable. Tenía una vida familiar y social completamente normal, a tal punto que nosotros, que vivíamos en su intimidad no nos dimos cuenta de su santidad".

Madre de familia y educadora

Sus hijos no se cansan de elogiar sus cualidades de esposa, de madre y de educadora. "Fuimos nueve hermanos. Puedo afirmar, como hijo primogénito, que mi madre fue un modelo en todos los aspectos. Como esposa primeramente, pues mi padre era exigente en todo lo que concernía a la vida del hogar. Como madre velaba para darnos a cada uno una formación completa en todos los planos: no solamente religioso, sino profano, cultural y social. Después de la muerte de mi padre no éramos ricos. Su hermano Octaviano nos ayudó. Ella misma se impuso grandes sacrificios para asegurar nuestra educación en los mejores colegios: con los padres Jesuitas para los varones y con las Damas del Sagrado Corazón para las niñas. Como hermano mayor yo le ayudé en esta tarea difícil. Ella misma, la primera, nos daba ejemplo y nos corregía con energía, sin perder jamás la serenidad. A pesar de todo el tiempo que pasaba en sus asuntos espirituales nunca descuidó sus deberes de esposa y de madre en el hogar. Ninguno de sus hijos se desvió" (Pancho).

"Lo más admirable en la vida de mi madre era lo natural y sencillo de su existencia. Sus oraciones y sus comuniones me parecieron siempre normales. No sustraía momentos libres a sus obligaciones para su vida de oración. Nunca constaté fenómenos extraordinarios en su comportamiento cotidiano. Pienso que mis hermanos dirían lo mismo. En sociedad se encontraba a gusto tanto con la gente grande como con los pequeños. No noté nada especial en su alimentación, que comprendía lo que ordinariamente se acostumbraba en las familias mexicanas. Todo en ella era perfectamente normal. Debo confesar que durante toda la existencia de mi madre estuve como envuelto en un velo que me impidió descubrir su santidad. No fue sino después de su muerte cuando nos percatamos de la madre que habíamos tenido".

"No puedo recordar a mi madre sin volverla a ver escribiendo. Escribió libros que se vendieron en gran cantidad. Tenía también una cuantiosa correspondencia".

Al terminar, su hijo mayor tuvo una palabra magnífica, que nos entregaba el secreto de esta vida: "Amaba a Jesucristo por sobre todas las cosas".

Ignacio Armida tiene la misma visión que su hermano, pero conforme a su propio

temperamento: "Tuve la dicha de vivir con ella cuarenta y dos años de mi vida, teniendo cuarenta y cuatro cuando murió. Durante los dos primeros años de mi matrimonio no vivía con ella pero teníamos las casas colindantes y nos veíamos a la hora de las comidas". Es pues un testimonio de valor excepcional el que podemos recoger de él. Conchita se había retirado a su casa, en medio de sus hijos y murió entre sus brazos. "Mamá era una mujer muy activa. Recibía visitas a todas horas. Era de una actividad increíble. Nada de fenómenos extraordinarios en ella. Nada de llamativo o de insólito. Tenía un carácter muy dulce pero firme y enérgico. Cuando había tomado la decisión de caminar por tal línea, no había poder humano que la hiciera retroceder... Con ella había que obedecer. Lo mismo respecto a las obras que emprendía. Ella tenía su plan, su inspiración, su ideal y lo seguía hasta el fin.

"Su vida era la más normal del mundo. Siempre alegre, muy alegre, multiplicaba los rasgos humorísticos, 'los chistes', como decimos en México; y aún los recogía en una libretita y los traía a cuento con mucha gracia y sencillez. Cuando iba a San Luis a visitar a su hermano Octaviano, hombre importante y rico que recibía mucho, mamá era siempre el centro de esas reuniones. Conversaba con los invitados, dirigía hábilmente las conversaciones encaminándolas a Cristo. Los entretenía con mucha gracia. Si se le convidaba dirigirse a una hacienda en un paseo a caballo estaba siempre dispuesta a todo... Siempre con los pobres: cuando alguno de ellos estaba en artículo de muerte, así fuese un ser indeseable, ella estaba allí... para todos los servicios. A sus ojos eso importaba poco... Yo no sé si algún día se la proclamará santa o no, pero sin duda alguna, era un alma de Dios. Siempre la sonrisa. Era una sonrisa que le atraía las simpatías. Y sus ojos azules, color de cielo. ¡Cuando ella le plantaba a uno esos ojos en los suyos, uno se sentía adivinado!. Ella penetraba en el interior, estoy seguro de ello.

"Un equilibrio absolutamente perfecto, ¡Sí, era ella muy equilibrada! En las situaciones difíciles su serenidad lo pacificaba todo. Nadie podrá decir de ella que era desequilibrada, ni que era nerviosa, excesiva, celosa. Muy sensible para compadecerse de las penas de los demás, pero esto me parece más bien una virtud.

"Con ella la vida de familia no era triste, ni dolorosa, ni con lágrimas. Ciertamente ella sufría mucho, pero lo guardaba para sí misma.

"He aquí, Padre, los recuerdos que he conservado de mi madre. Era una mamá como la suya, como todas las mamás".

Salvador, el benjamín, me repitió las mismas cosas a su modo: "Un gran equilibrio en sus juicios. Muchos la consultaban: nunca se equivocaba. Nada de excéntrico en su conducta: la vida más ordinaria, la más normal del mundo. Cuando enviudó salía frecuentemente de la casa, visitaba a las personas, a los otros miembros de la familia, a los amigos. Venían a visitarla a menudo. Era muy afectuosa pero reprendía con firmeza cuando uno se comportaba mal. Amaba mucho a la Santísima Virgen y se dirigía con frecuencia a la Basílica de Nuestra Señora de Guadalupe.

"Viví con ella hasta mi matrimonio a los treinta y tres años. Fui testigo de su carácter alegre, sencillo, equilibrado.

Su caridad con los demás fue realmente admirable. No podía descubrir una pena sin remediarla en la medida de sus posibilidades. "Practicó la caridad con todo el mundo, aún con las personas que la habían ofendido o que se habían opuesto a sus obras. Cuando ella sabía que algunas personas se encontraban distanciadas o peleadas se las arreglaba para reconciliarlas. Con los enfermos de la familia o con los extraños se mostraba de una

ternura extrema, haciendo todo para auxiliarlos en sus enfermedades. Se ofrecía siempre para asistir a los moribundos, yendo a su entierro aún cuando se tratara de personas de su familia que no la estimaban... Se prestaba voluntariamente a todos los oficios propios de una criada. "Todo el mundo la amaba".

Veamos ahora el testimonio de su hija Lupe, siempre franca y espontánea, un testimonio femenino que nos descubre muchos detalles que escapan a las miradas de los varones. Ella también ha conservado de su madre el recuerdo de una mujer como las demás, perfectamente equilibrada. La conocía íntimamente. "Siempre viví a su lado y me acosté con ella después de la muerte de mi papá hasta que me casé. Siempre me pareció la mujer más normal del mundo. Tuvo que hacerme muchas amonestaciones. Jamás la vimos en éxtasis. Modelo de suegra: una vez casada no se entremetió jamás con sus consejos de moral; nos dejaba en plena libertad".

Su hija Lupe recogió un día una confidencia capital de Conchita a su nuera, la esposa de Salvador: "Yo fui muy feliz con mi marido". Sobre todos los puntos las declaraciones de Lupe concuerdan con las de sus hermanos: sobre sus cualidades de esposa, de madre y de ama de casa, su simpatía y sociabilidad; sobre su fuerza de espíritu en medio de las dificultades de la vida; su notable piedad.

"Ella nos pareció a todo lo largo de su vida de una admirable espontaneidad natural. Durante su matrimonio la sumisión a mi padre fue absoluta. Tenía la costumbre de decir: 'Primero lo que quiera Pancho'. Era con él muy atenta y llena de amabilidad. A los sirvientes de la casa les daba siempre lo que era justo. Cuando yo me casé me recomendó hacer otro tanto y aún me indicó por escrito el salario justo que debería dárseles. Manifestaba mucha gratitud por las más pequeñas cosas.

"Todos se sentían amados por ella, aún las personas extrañas que se le acercaban". El único defecto que subrayaba su hija Lupe en su madre era una cierta debilidad por las golosinas: "Le gustaban mucho, tal vez demasiado, los dulces: "Si paso delante de una joyería me da lo mismo, pero cuando paso delante de la dulcería de Celaya se me hace agua la boca", decía.

"Una vida absolutamente normal, como todo el mundo, en familia y en sociedad. Reía, decía chistes, platicaba, tocaba el piano, cantaba y divertía a sus sobrinos más que su propia madre. Pasaba a través de todas las cosas con la sonrisa en los labios, y me daba este consejo: 'Lo que Dios te pida, hazlo con una sonrisa'. Nos repetía: 'Todo pasa, menos el haber sufrido por Dios con amor'".

"Por su parte yo la he sentido siempre presente en todos los momentos de mi vida".

-- ahora, Lupe, ¿la siente usted siempre presente en su vida?

-- Sí, padre, ella nos protege y nos ampara a la sombra de la Cruz.

Testamento de una madre

Conchita estuvo con frecuencia enferma. En una ocasión en que sintió más inminente el peligro dirigió a sus hijos una carta admirable, testamento de una madre y de una santa:

"Si me muero, si ya Dios quiere llevarme, les recomiendo a todos sigan siendo cristianos valerosos y de fe, sin respetos humanos y practicando fidelísimamente las enseñanzas de la Iglesia, orgullosos de pertenecerle.

"Cuidando con cumplir sus preceptos, siendo además generosos con Jesús que tanto nos ama, a quien tanto le deben y que quiere salvarlos. Les encargo que pasen su fe con enseñanzas y ejemplos a sus hijos, no escatimando sacrificios para educarlos cristianamente teniendo especial cuidado en formar sus almas y en que se eduquen en la religión.

"Les recomiendo la unión, la unión, la unión..." (carta junio 28, 1928).

México: una terrible persecución

Existe en la ciudad de México, en Tlaltelolco, una "Plaza de las tres culturas", reveladora de las tres civilizaciones que explican los orígenes, los conflictos y la grandeza de la nación mexicana, heredera de las antiguas civilizaciones indígenas, especialmente la azteca y la maya, enriquecidas por la colonización española que puso en ella la impronta europea, y la promesa también de un gran porvenir a causa del dinamismo creador de su genio moderno.

Es en este contexto en el que hay que situar el film de la vida de Conchita. Es una mujer santa, fuertemente enraizada en su nación, con todas las fibras de su ser; como Cristo, a través de su Persona divina, conservaba los rasgos de un oriental. Como una santa Rosa de Lima, patrona del Perú, Conchita no puede explicarse adecuadamente sino por el medio en que vivió. No pueden comprenderse sus reacciones psicológicas, la expresión y las formas de su piedad o de su penitencia más que en el ambiente y en las costumbres de México.

Cuando ella se encontraba en pleno período de madurez, México atravesaba por una época de mutación decisiva de la que Conchita fue testigo y de la cual encontramos un eco en su "Diario espiritual". En 1914 la revolución social toma un tinte antirreligioso que inquieta su alma de "hija de la Iglesia".

"Agosto 1914. Comenzamos este mes con las zozobras de la guerra y persecución que se nos viene encima, ¡Dios nos ayude! Nada sé de mis hermanos que están en San Luis, Oaxaca y Querétaro.

"Agosto 15. Día angustioso. Querían la Casa de la Cruz para cuartel y alojamiento de oficiales. Hoy entraron veinte mil carrancistas y faltan tres o cuatro veces más. He sentido en mi alma una tristeza mortal, como si hubiera entrado a México Satanás: es una opresión terrible: el azote de Dios. La guerra desenfrenada contra la Iglesia se acentúa, mi director ha tenido que esconderse y los sacerdotes vestirse de seglares. La persecución viene espantosa. Dios ha puesto unos vecinos que son del gobierno, quieren a las Madres y ofrecen salvarlas.

"Agosto 17. Las cosas cada vez peor. Blasfemias horribles. Los atropellos, muertes, allanamiento de moradas y fusilamientos están a la orden del día. Se han arrebatado muchachas, da miedo salir. Se deja venir una hecatombe contra el clero. Se ha expulsado a los religiosos, se confiscarán los bienes de la Iglesia, préstamos forzosos y mil cosas que lamentar".

Persecución contra el Clero

"Las cosas políticas empeorando. Mil abusos y la guerra al Clero en todo su esplendor. ¡Oh Dios mío, Dios de mi corazón! En Ti hemos puesto nuestra esperanza, no seremos confundidos. ¡Pobre México! Está recibiendo el azote de Dios y ojalá nos sepamos aprovechar. (Diario T. 39, pp. 234-235, agosto 27, 1914).

"La prueba pasará"

"Un nuevo mes de zozobras hemos empezado hoy. Puebla en poder de los anticlericales; profanan esa Catedral tan amada de mi corazón, echaron a los clérigos, quemaron los

confesonarios. Viven en el Palacio Episcopal y cometen mil vejaciones con los sacerdotes. Comienzan los cateos y se cometen horrores. Quejándome yo al Señor de lo que pasaba en Puebla, me dijo:

---"La prueba pasará" (Diario T. 39, p. 237-238, septiembre 1º, 1914).

La Iglesia en México perseguida

"La Iglesia mexicana combatida, tiranizada, perseguida. Quieren limitar templos y sacerdotes, las comunidades echadas, los sacerdotes extranjeros corridos, expulsados con salvajismo inconcebible. Los Obispos apenados. Muchos seminarios cerrados. ¡Dios de mi corazón. Verbo divino, ten piedad de México! Virgen de Guadalupe, Madre amorosa y tierna, alcánzanos el perdón" (Diario T. 46, p. 254, marzo 9, 1926).

Vemos cómo en 1926-1927 reaparece el mismo tema en su Diario en el momento en que la persecución alcanzaba su paroxismo.

Los horrores de la persecución continúan

"Hoy fueron a ver si había religiosas en el Mirto. Escondieron a Jesús y no les pasó nada. Vieron la Capilla llena de tierra y dijeron 'Aquí no hay culto'. El infierno desatado contra la Iglesia. Los más días llegan presos sacerdotes que traen de otros Estados para concentrarlos aquí en México. Los Obispos en grande peligro. Revoluciones, combates y muchos jóvenes engañados, traicionados y martirizados. A uno en León que alababa a Dios y animaba a sus compañeros a morir por Él, le cortaron la lengua antes de fusilarlo". (Diario T. 47, pp. 328-329, enero 6, 1927).

Tenemos numerosos mártires

"Ya tenemos muchos mártires en México que están haciendo favores. Bendito sea Dios, y Él sabe su cuento. Hay que adorar sus designios. ¿Para qué andar confiando en este o aquel medio?... Para Dios todos son medios y cuántas veces se complace en hacer las cosas contra todos los medios humanos, para que resplandezca más su gloria. En buena hora que suframos y roguemos, pero también debemos adorar sus tardanzas, amar sus miras y esperar contra toda esperanza el triunfo y la paz que nos dará sin duda. México no perderá la fe mientras tenga a María". (Fragmento de una carta a una amiga, mayo 26, 1927).

Todos los extractos de su Diario o de su correspondencia epistolar en esta época nos permiten constatar que juzgaba todos los acontecimientos, aún los más trágicos, a la sola luz de la fe. En lugar de maldecir a los perseguidores oraba y ofrecía su vida por su conversión, confiándolos a la misericordia divina. Sus más ardientes súplicas se elevaban a Dios particularmente por los sacerdotes:

"Ofrécete Conmigo como víctima por la Iglesia"

"Ofrécete en oblación por mis sacerdotes; únete a mi sacrificio para alcanzarles gracias. Es necesario que unida al Sacerdote Eterno, hagas tu papel de sacerdote, ofreciéndome al Padre y arrancándole gracias y misericordias para la Iglesia y sus miembros. ¿No recuerdas cuántas veces te he pedido que te ofrezcas de víctima, en unión de la Víctima por la Iglesia amada? ¿No ves que eres suya porque eres Mía, y eres Mía porque eres suya? Entonces, por la unión especial que tienes con mi Iglesia tienes derecho a participar de sus amarguras, y tienes deber sagrado de consolarla sacrificándote por sus sacerdotes"

(Diario T. 49, p. 26-27, septiembre 24, 1927).

A menudo esconde valerosamente a sacerdotes, obispos, religiosos y religiosas en su casa.

Ni una palabra de amargura o de recriminación, sino la más pura caridad cristiana para con todos. Desde su fundación la Iglesia de Cristo pasa en todas las naciones por horas de sufrimiento, de persecución, de traición y de martirios. Es Cristo, siempre crucificado en los miembros de su Cuerpo místico, quien continúa salvando al mundo.

La soledad del ocaso

"Al regresar de las exequias de Monseñor Ramón Ibarra, con la frente apoyada contra el Sagrario, el corazón destrozado, me ofrecí a la voluntad divina. Entonces comenzó para mí la gran "soledad" y, con ella, la última etapa de mi vida".

Al morir su director, el 19 de febrero de 1917, el Señor mismo le había anunciado a Conchita: "A ti te queda por recorrer la última etapa de tu vida, imitando a María y alcanzando gracias para las Obras. Vendrán tempestades para ellas como para la Iglesia, pero triunfarán siendo tu corona. Animo y valor que sólo he hecho continuar mi voluntad en ti. Hazte cargo de tu papel, imita las virtudes de María en su soledad, que aumentó su unión Conmigo, su adhesión a mi voluntad y sus ansias por el cielo".

El camino estaba trazado por el Señor, Conchita terminó su existencia sobre la tierra como la Madre de Jesús después de su Ascensión, en la soledad y en el aislamiento del atardecer: veinte años de "soledad" del 2 de febrero de 1917 al 3 de marzo de 1937, día en que murió.

Progresivamente verá disminuir su apostolado exterior. En adelante será apóstol por la oración y la inmolación. Dios la desprenderá de todo. Conocerá, y cada vez más, la soledad del corazón y sobre todo la soledad del alma, por un alejamiento aparente de Dios, como Jesús fue abandonado por su Padre sobre la Cruz.

Sus hijos se fueron casando, uno tras otro, dejándola cada vez más sola. Tal es la ley ineludible de la vida, pero el corazón sensible de Conchita sufrió por ello dolorosamente, a veces hasta el exceso. Sus hijos la rodean de cariño y atenciones pero tienen su trabajo, sus propias responsabilidades en su nuevo hogar y en su lucha por la existencia. Ella se siente cada vez más sola, cuando se acerca la noche.

Todo pasa...

"Estoy en la soledad del alma más completa, pero es la voluntad de Dios y Dios para mí no está sino donde está su voluntad. No me entiendo, soy un caos. Aquella necesidad de comunicar mi espíritu, mis deseos e impresiones, aún cuando fuera al papel, ha desaparecido. Tiendo a ocultar mis impresiones, gustos, y hasta dolores y lágrimas. ¿Qué cambio se ha operado en mí? Como que todo lo quiero tapar con Jesús, todo para Él sólo. Un claro conocimiento de todo lo que pasa, lo que cambia, lo que acaba, lo que no es. En la tierra todo es tierra, todo sombra y vanidad y aún mentira. Lo real, lo verdadero, lo que vale, lo que dura, lo que es, todo está en el cielo. La tierra con todas sus cosas, todas, no son sino un escalón para ir a Él. Todo se pierde en Dios. Los amores, los dolores, las ilusiones, las esperanzas, los deseos, los anhelos, todo, todo se abisma en Él.

"Recorro mi vida, tomo el pulso a mi corazón, veo mis cariños, ¡pasaron!, sus anhelos más ardientes, ¡pasaron!, sus vanidades y hasta pecados y desorden de operaciones y exagerados ardores por tal o cual cosa, ¡pasaron, pasaron! Yo quise mucho a mi marido, ¡pasó! Yo anhelé con viveza ser del Oasis, ahora me es igual ser o no ser, morir ahí o morir en un muladar, en mi casa, sola, acompañada, querida o aborrecida, honrada o despreciada. Sólo anhele que en mí se cumpla la voluntad divina". (Diario T. 42, p. 171-173, noviembre 16, 1917).

Sería inexacto pensar que su corazón de esposa y de madre está desprendido de todos

los afectos legítimos. Por el contrario, cuanto más avanza Conchita en la vida y en la unión divina, más humana la encontramos; todos sus afectos se encuentran ya transfigurados en Cristo. Su corazón es fiel a todos los aniversarios de familia, a las menores fiestas y reuniones de sus hijos, a sus alegrías, a sus pruebas, a sus tristezas. Sigue siendo la mamá de todos y cada uno de ellos. Cuando sus negocios se ven amenazados en mil novecientos treinta y uno por la crisis financiera americana, suplica a Dios que los salve; son honrados, han trabajado toda su vida, luchan con valor contra las consecuencias de la devaluación del dólar: "Enfermedades que no me han dejado, dolores íntimos, penas de familia viendo cada día más cerca la ruina para mis hijos, acompañada de humillaciones. Esto me tortura el alma, aunque acepto la voluntad santísima de Dios. Sin embargo esto no me quita el dolor maternal que abarca un mundo de dolores" (Diario T. 57, p. 54, mayo 22, 1931).

"Penas hondas y como espadas me traspasan el corazón. Vi llorar a un hijo que va a cumplir treinta años de trabajar y que se le viene encima un fracaso en sus negocios, que a todos les toca. Cada hijo, aparte de la vergüenza de una próxima liquidación en su negocio, quedará en la calle y con familia. Señor, sólo dame fortaleza y sostén la fe de mis pobres hijos" (Diario T. 57, p. 56, mayo 28, 1931).

Esta madre admirable de sesenta y nueve años de edad, consumada en santidad, hace subir hacia Dios un grito de angustia y una súplica ardiente.

"Penas al ver a mis hijos sufrir, parece que Dios no quiere que se arreglen sus asuntos y se orillan al desastre. ¡Oh Señor! que se haga tu voluntad que adoro, aunque me crucifique y me triture el corazón. Para mí nada quiero, Jesús mío, a mí échame a la basura, arrimada, viviendo de caridad, sabes que soy toda tuya en cuerpo y alma; pero olvidada de mí, no puedo olvidarme de mis hijos, y lloro al verlos llorar y sufro al verlos sufrir". (Diario T. 57, p. 230, noviembre 11, 1931).

¿Cómo hubiera podido Dios rechazar este grito de una madre? ¿El, que a la súplica de su propia Madre hizo su primer milagro en Caná? El valor de sus hijos volvió a enderezar victoriosamente la situación.

Así transcurrían dolorosamente los últimos años de Conchita. Después del matrimonio de su último hijo, anotaba tristemente en su Diario: "Todo ha concluido para mí. Nueve hijos me dio Dios y nueve me quitó ¡Bendito sea! Religiosos, muertos y casados, pero todos uno por uno arrancados del corazón maternal. Diez camas he quitado con la de mi marido y ya estoy sola, sola! Pero no, lo tengo a El que ni se muere, ni se va, ni me deja jamás.

"Una madre es para los hijos que se casan sólo un suplemento de ternura, pero la madre es feliz renunciándose, y sólo goza con la felicidad de los hijos" (Diario T. 53, p. 318, 24 septiembre, 1929).

Nunca olvidará a su marido. Año con año, el 17 de septiembre, aniversario de su muerte, su Diario da pruebas de su fidelidad a su recuerdo.

"Hace tres años que murió mi marido, que les faltó el padre de la tierra a mis hijos, ¡Qué tristes recuerdos! Hágase Señor tu voluntad, así en la tierra como en el cielo. Mis hijos fueron al sepulcro, yo no pude ir por lo mala del pie. Mi corazón continúa en la lucha. Mis lágrimas riegan el pan que como, de veras, materialmente: el pavimento, el crucifijo. ¡Oh, mi Jesús! lo que Tú quieras eso también lo quiero. Me siento en espantosa soledad... ¡María del alma! ¡ten compasión de mí!" (Diario T. 20, p. 509-510, septiembre 17, 1904).

"Hoy cumpla veinte años de viuda. Señor, ten y acrecienta la gloria de mi esposo en la tierra que tan bueno fue conmigo y que nunca me impidió tu amor. Llena de Ti a este padre de mis hijos, modelo de padres, de caballeros, de honradez, de cristianos" (Diario T. 43, p. 140, septiembre 17, 1921).

"Hace treinta y un años que enviudé, que se llevó mi Jesús al esposo querido que me dio en la tierra. Señor aumentale la gloria y saludalo de mi parte, ¿verdad que sí? cómo no, si eres tan bueno para los encargos. Allá en el cielo están con él cuatro hijos: Carlos, Pedro, Pablo y Concha. ¡Oh, mi Jesús, bendito seas!" (Diario T. 59, p. 148, septiembre 17, 1932).

Conchita pasó por la tierra siempre fiel a su esposo, a sus hijos y a Dios.

La soledad del alma superaba a la soledad del corazón. Esta soledad del alma alcanzó proporciones aterradoras; en el curso de esos últimos veinte años de su vida se fue identificando cada vez más a los sufrimientos íntimos del Corazón de Jesús y a su abandono en la Cruz. Fue entonces:

-- cuando Conchita conoció por revelación divina los méritos inmensos de la "soledad" de la Madre de Dios después de la Ascensión de su Hijo, al servicio de la Iglesia militante (1917),

-- cuando recibió las "Confidencias" de Cristo sobre la grandeza y las debilidades del sacerdote (1927-1929), en fin,

-- cuando recibió las supremas claridades sobre la "consumación" de todo el universo "en la Unidad de la Trinidad".

El Rostro del Crucificado

Al dirigir una mirada retrospectiva sobre el desarrollo del fin de la vida de Conchita, uno se siente maravillado de la unidad de su itinerario espiritual. A través de todos los acontecimientos Dios imprime en ella la imagen del Crucificado: "Siempre marcada mi vida en todas sus épocas, por el sello de la cruz..." (Diario T. 45, p. 261, julio, 1925). Puede seguirse a lo largo de su existencia la progresiva toma de posesión del Crucificado.

"Oh Jesús, que yo muera por Ti desolada, abandonada, desamparada, crucificada" (Diario T. 1, p. 385, 1893).

"El pensamiento del Crucificado, ¡qué ligeras hace todas las penitencias del cuerpo y también los dolores internos!" (Diario T. 2, p. 13, marzo-abril, 1894).

"He encontrado a Dios en la Cruz..." (Diario T. 4, p. 94, agosto 26, 1894).

Desde 1895, cuando Conchita es una señora joven de treinta y tres años, el Señor le traza claramente su programa de vida espiritual: ser un reflejo del Crucificado.

Quiero ser un espejo que refleje al Crucificado

"Me dijo Jesús: 'Como Yo estoy en mi Padre y soy uno con Él, así quiero que tú estés y seas conmigo. Quiero que seas un espejo purísimo en donde se reproduzca la imagen de tu Jesús crucificado; como estoy en la cruz, así me quiero reflejar en ti; sólo préstate para tomar mi imagen, y como estoy Yo, así quiero que estés tú: coronada, azotada, clavada, desolada, traspasada, desamparada... Medita una a una todas estas cosas y sé mi retrato vivo, para que mi Padre se complazca en ti y derrame gracias sobre los pecadores'" (Diario T. 5, p. 109, abril 6, 1895).

Pasan los años. Todas las gracias que Dios le concede sobre todo la encarnación mística, tienden a obrar en ella esa transformación en Cristo Crucificado:

"Debo reproducir en mí a Cristo crucificado" (Diario T. 43, p. 138, 16 septiembre, 1921).

Esto es lo que Dios va a realizar en ella en el curso de los últimos años de su vida y sobre todo en el momento de su muerte. Sufrimientos físicos y morales, enfermedades y angustias interiores, tentaciones contra la fe y la esperanza, horas de abandono, harán de ella una llaga viva, un reflejo del Crucificado. Conchita esta dispuesta a todo. Pide esa identificación total con el Crucificado del Calvario. Comparte todas las condiciones de la vida humana y de la ancianidad, pero su alma resplandece cada vez más divina. "¡Soy de Jesús! Mi cuerpo, mi alma, mi vida, mis dolores, mi tiempo. Que disponga de lo suyo con plena libertad, en favor de los sacerdotes" (Diario T. 53, p. 125, 31 enero, 1929).

Después de los últimos ejercicios espirituales que en Morelia le dirigió su director espiritual, Monseñor Luis M. Martínez, sobre la 'perfecta alegría', Conchita volvió a México y pasó los postreros tres meses de su vida entre su cama y su sillón, con atroces dolores físicos: bronconeumonía, erisipela, uremia, etc. sin contar las penitencias suplementarias que en su ardiente amor a Cristo y a los hombres, imponía a su pobre cuerpo agotado.

En su alma reinaba la desesperanza. Su oración se refugiaba en la oración de Cristo en Gethsemaní. Comulgaba con los sentimientos del Crucificado, abandonado por su Padre.

Para ella, su Jesús tan amado había desaparecido totalmente: "Es como si nunca nos hubiéramos conocido", repetía a sus íntimos.

Dos de sus hijos, Ignacio y Salvador, sostenían cada uno un brazo de su madre para facilitar la respiración. "Hubiérase dicho que era un Cristo en agonía sobre la Cruz". Al grado que en el momento mismo de la muerte se produjo un fenómeno extraño, que atestiguaron firmemente los presentes: sus hijos y el P. José G. Treviño, M.Sp.S., confirmado además por los otros testigos.

Un fenómeno se produjo en la muerte de Conchita, imprimiendo en ella el sello de Dios sobre su vocación y su misión de Iglesia, síntesis concreta y desconcertante de la espiritualidad de la Cruz: se vio cómo se transformaban las facciones de Conchita: ya no era un rostro de mujer, sino el Rostro del Crucificado.

La Escritora Mística

"Lo más admirable en Catalina, más que su misma vida, es su doctrina", declaraba el bienaventurado Raimundo de Papua, confesor de santa Catalina de Siena, quien no sabía ni leer ni escribir. No se conservan de ella sino cuatro cartas autógrafas, escritas hacia el ocaso de su vida y sin embargo es Doctora de la Iglesia: sus palabras, sus enseñanzas y sus ejemplos iluminarán a la Iglesia hasta el final de los tiempos. Podríamos hacer una reflexión semejante en el caso de Conchita.

Su cultura básica fue muy elemental. Nunca recibió instrucción literaria o teológica, aunque escuchó de su tío sacerdote, Luis Arias, hermano de su madre, la traducción de la Historia de la Iglesia de Darrás. Conchita amaba mucho la lectura, no solamente por afán de cultura, sino sobre todo con el deseo de encontrar alimento para su alma. "Toda la vida recuerdo haber visto claro el fondo de mi alma y grande disposición para retener todo lo que concierne al espíritu, como lecturas místicas, sermones; y si no las retengo en la memoria que la tengo malísima, sí como que penetran las verdades en el fondo de mi alma; el sentimiento místico existe en lo más escondido de mi espíritu y vibra como una cuerda al simple contacto de las cosas de Dios... Siempre me ha gustado leer y en los libros místicos he encontrado descanso, luz, recreo" (Diario T. 2, p. 32, 1º abril 1894). Conchita posee un temperamento místico, es éste el rasgo más característico más constitutivo de su ser.

Siempre soñó con escribir; era una verdadera vocación: "Siempre he tenido inclinación a escribir. De dieciséis años escribí una historia de la vida que llevábamos en 'Peregrina', muy llena de Dios; le rompí la mayor parte" (Aut. I, p. 102). Más tarde invocará a santa Teresa de Avila para obtener la gracia de escribir.

Su primer director, el P. Alberto Mir, S.J. le prohibió toda lectura espiritual excepto el Evangelio y la Imitación de Cristo, y releer lo escrito por ella. Conchita obedece fielmente.

Este mandato pone de relieve la intención especial de Dios y las luces del Espíritu Santo, el Maestro interior.

Sus directores espirituales le ordenaron escribir su "Diario". Las circunstancias tan variadas de su existencia la obligaron a escribir numerosas obras, pequeñas y grandes, y una voluminosa correspondencia prolongada hasta la edad de setenta y cuatro años. El Señor mismo, repetidas veces, la presionaba a tomar la pluma: "Escribe, escribe si quieres darme gloria" (Diario T. 14, p. 11, junio 18, 1900).

Los "dictados" del Señor

Reconstruyendo su itinerario espiritual para darlo a conocer a su nuevo y último director, Monseñor Luis M. Martínez. Conchita hace el balance de las gracias y los carismas recibidos del Señor a lo largo de su vida: "Cuánto, cuánto me ha hablado el Señor, dictando los Vicios y las Virtudes. Mucho me ha hablado de la Sma. Trinidad descorriendo ante mí los velos de los Misterios que muchas veces los veo como naturales sin llamarme la atención, como que así debe ser. Voy en el tomo cuarenta y cinco de las "Cuentas de Conciencia" y ahí hay un mundo de enseñanzas, de luces, de consejos, de secretos de Dios. ¡Qué dignación! Lo he oído (pocas veces en su voz natural) otras como dictando y corrigiéndome, otras con voz interior que suspende todo mi ser, indudable. En fin. El puede comunicármese de mil modos. Cuántas gracias para mi pobre alma: método, consejos,

enseñanzas particulares, y su voluntad manifestada de tantos modos" (Diario T. 45, p. 259, julio 3, 1925).

La expresión: "dictados del Señor" debe comprenderse bien: en un sentido amplio y flexible. No se trata del "dictado" palabra por palabra de un profesor a su alumno sino de un régimen de iluminaciones divinas que se adapta al sujeto receptor de acuerdo con su temperamento, su cultura y las circunstancias y modalidades tan variables de la vida. Las dos leyes fundamentales de la adaptación y del progreso, evidentes en el proceso histórico de la Revelación divina a los profetas y demás escritores inspirados se encuentran también, proporcionalmente, en las revelaciones privadas. Dios toma en cuenta la psicología del sujeto. "El nos ha hablado de diversas maneras" (Hb. 1,1). Dios no se comunicó de la misma manera a Isaías y a Amós, a Teresa de Avila, a Angela de Foligno y a Conchita. Un texto muy expresivo del Diario de Conchita nos muestra la flexibilidad de adaptación de la pedagogía divina: "También el modo de comunicárteme lleva en sí el tinte de la unidad, porque en Dios UNO, así son las cosas, simplificadas en todas sus parte. Por ejemplo: Yo de un golpe me reflejo en el espejo de cristal de tu alma; ahí quedaron aquellos rayos divinos que tú, al sentirte herida de ellos, vas viendo, contemplando y entendiendo. Tú luego, con el concurso de tu entendimiento les das forma con las palabras que Yo mismo, sin tú advertirlo, vas adecuando con más o menos propiedad; pero en el golpe de luz primero te dejé la substancia, la esencia, la fotografía de la cosa comunicada y tú la calcas en tu alma, a las facultades intelectuales y de ahí al papel. En este modo de comunicación de Dios con la criatura casi nunca hay yerro, a no ser que vengan a mezclarse las humanas pasiones, que entonces nublan y tuercen y hasta borran los signos de Dios en el alma.

"Este modo de comunicación de Dios, derivado de su unidad, que en un golpe imprime lo que la pobre criatura toma después dándole forma en el lenguaje de la tierra, aunque para esto, repito, necesita también de la cooperación divina, cuando un alma humilde recibe y se presta a estas comunicaciones con la pureza de corazón, (que esto es indispensable), y no mezcla ninguna pasión, es clara, limpia y luminosa la impresión de Dios y no hay temor de equivocarse.

"Ya que por mi bondad y por mis altos fines te he tomado como instrumento y acueducto, no manches jamás el espejo de tu alma, que hoy más que nunca te necesito pura, te necesito limpia y transparente para comunicar el raudal de gracias del Espíritu Santo" (Diario T. 38, p. 257-260, mayo 16, 1913).

Desde las primeras páginas de su Diario Conchita tiene la experiencia de la acción iluminadora de Dios, y es consciente de ello:

-- Es Dios mismo quien se le comunica: "Escucha", me dijo Jesús, y añade ella: "Si, siento que es Él quien me lo ha dicho, no puedo decirlo de otra manera" (Diario 3 de marzo. 189;).

-- Es su voluntad que ella escriba: "Escribe... quiero que escribas. Escribe porque Yo lo quiero, que cuando no lo quiera, aunque tú lo deseas no podrás hacerlo". Y Conchita responde: "Pero permíteme que te diga una cosa: temo desatender mis obligaciones" --"Si Ye lo viera así no te lo mandaría. Date tiempo que bien lo puedes hacer: arregla, y prevee y ordena y haz lo que puedas de tu parte, y luego escribe y ora" (Diario T. 1, p. 275-276, marzo, 1894).

A sus dudas sobre el particular el Señor responde de manera categórica: "Si es mío (lo que tú escribas) será para gloria mía; si es del diablo, se te avisará; y si es tuyo se reirán de ti,

ganando tú con esta humillación" (Diario T. 7, p. 277, marzo, 1894).

Solamente el Señor es el dueño de los tiempos, del lugar y de los modos de su comunicación. Cuando Él lo desea, pasa largos meses sin decir nada; luego surge de pronto y Conchita debe escribir, y escribir. Ella misma se encuentra a menudo envuelta en sus deberes familiares y en sus obligaciones sociales o en una impotencia interior para hacer oración, sufriendo arideces y sequedades terribles. En otros momentos, al contrario, lee en la Trinidad "como en un libro abierto" (Diario T. 23, p. 93, julio 18, 1906) o bien se ve iluminada por una sola mirada de Jesús, que lo dice todo. (Diario 18 de julio, 1906).

Hay momentos en los que se siente fastidiada y lo dice francamente: "Quisiera no escribir, olvidarlo todo, voltear hoja, cambiar de vida. Tal es la situación actual de mi espíritu, lleno de tentaciones y dolor". Pero añade luego generosamente: "Me venzo con la gracia de Dios, me piso sin compasión y prosigo adelante, aunque muera en la lucha" (Diario T. 9, p. 175, 26 marzo, 1897).

El Señor sabe que puede contar con su fiel sierva. Su heroica existencia le pertenece sin reserva para servicio de la Iglesia. No duda en llamarla a la entrega total de su persona por todo el tiempo que Él quiera, conforme a los designios del Padre: "Pídeme vida larga para mucho sufrir y para mucho escribir, ésta es tu misión en la tierra. Tú estás destinada a la santificación de las almas, muy especialmente a la de los sacerdotes; por tu conducto muchos se incendiarán en el amor y en el dolor: haz amar la Cruz, por medio del reinado del Espíritu Santo. Vendrá una pléyade de sacerdotes santos los cuales especialmente incendiarán al mundo con el fuego de la Cruz; ellos se formarán en una singular perfección con la doctrina que te he dado. Yo cumplo mi palabra: tú serás madre de muchos hijos espirituales, pero te costarán mil martirios del corazón... Sentía yo un gran fuego en mi alma y le dije: No importa, Jesús, quiero ser madre, dámelos, yo los recibo con tal que te den mucha gloria" (Diario T. 18, p. 221-222, junio 29, 1903).

Conchita era entonces una joven viuda de cuarenta años. Aceptaba gozosamente dejarse crucificar por medio de su pluma y sufrir de mil maneras por la gloria de su Maestro, hasta la edad de los sesenta y cuatro años. Una larga vida de escritora, larga vida de martirio, sobre todo. No encontramos el menor rastro de vanidad literaria en su obra escrita, que es enorme. Si se hubiera atendido a sus deseos no existiría ya ni una sola página de su Diario. Con toda la sinceridad de su alma suplicaba a su primer director espiritual que lo destruyera en el momento de su muerte: "Voy a pedirle un favor de rodillas y en cruz, y por nuestro Jesús que nada me puede negar, ¿verdad que sí?: es que nadie en el mundo después de usted mire estos papeles; que ya que Jesús, este Jesús, no quiere que hoy los despedace, cuando me muera, en el mismo instante, si puede, los haga ceniza y polvo como su dueña. ¿Me lo promete? Dígame que sí para que no me corte la libertad de vaciar aquí mi conciencia y todo lo demás" (Diario T. 1, p. 300, 1894).

Sus demás directores tuvieron la prudencia de prohibirle quemar sus escritos. Monseñor Luis M. Martínez, quien la dirigió durante los doce últimos años de su vida, y él mismo, escritor espiritual de gran celebridad en América Latina, le escribía el 4 de abril de 1929: "Ni usted ni yo ni nadie conoce los tesoros que hay en las Cuentas; se van a necesitar muchos hombres y muchos años para explicar estos tesoros". Y el 23 de abril: "Creo que ni usted misma se da exacta cuenta de los tesoros que están en las Cuentas... Ya sabe que en tanto yo sea su director no le dejaré quitar una sola letra de las Cuentas" (abril 26, 1929).

El conjunto de sus escritos es una obra vastísima. Se han entregado más de doscientos volúmenes para ser examinados en el Proceso de Canonización. Conchita es la mística de

la Iglesia que más ha escrito. Su diario espiritual: la "Cuenta de conciencia", con sus sesenta y seis libretas, que es un conjunto más extenso que la Suma Teológica de Santo Tomás de Aquino, constituye la obra principal y como la síntesis de todo. Es un tesoro para la Iglesia entera. Dios se ha valido de una mujer casada, madre de nueve hijos y simple seglar, para recordar al mundo actual el Evangelio de la Cruz y el sentido profundo de los principales misterios cristianos.

El Evangelio de la Cruz

Todas estas corrientes creadoras de la espiritualidad cristiana han surgido de un "retorno a las fuentes del Evangelio". Así aparecieron, a lo largo de la historia de la Iglesia, la espiritualidad monástica, la de las Ordenes Mendicantes, y todas las formas modernas de la espiritualidad apostólica. La espiritualidad dominicana, por ejemplo, es una expresión, a la vez evangélica y original, con el fin de continuar la misión confiada por Jesús a sus Apóstoles: "Id, enseñad a todos los pueblos". Todos los valores de espiritualidad y de organización de la Orden de Predicadores se ordenan a la evangelización del mundo, conforme al texto de las Constituciones primitivas, dictadas por el propio Fundador: "Que los hermanos se comporten dondequiera como hombres que buscan su salvación y la de su prójimo, con toda perfección y espíritu religioso. Como hombres de Evangelio sigan los pasos del Salvador, no hablando sino de Dios o con Dios" (Constitución fundamental). Lo mismo sucede en todas las familias religiosas y en los grandes maestros espirituales. La ascesis totalitaria de un san Juan de la Cruz: "nada, nada, nada y sobre el monte: nada" es una forma eminente del renunciamento evangélico dominado por la primacía del amor. La "Subida al Monte Carmelo" y las "Noches" no adquieren toda la profundidad de su sentido sino a la luz del "Cántico espiritual" y sobre todo de la "Llama de amor viva" que da a toda su obra el aliento vivificador del Espíritu Santo.

Asimismo, la doctrina espiritual de Conchita, inspiradora de las Obras de la Cruz, está centrada en el amor: "Amor y dolor". El mensaje de la Cruz, que tiene la misión de recordar al mundo, no presenta la menor huella de dolorismo, sino una auténtica mística del amor que se inmola a imitación del Crucificado para gloria del Padre en la salvación de los hombres. No es una devoción individualista sino una verdadera "visión de universo", expresión nueva del Evangelio de la Cruz.

Optica fundamental: "Jesús y Jesús Crucificado en sus dolores internos como Sacerdote y Víctima"

Todos los cristianos están predestinados, cada uno de acuerdo con su vocación y misión personal en la Iglesia, a expresar uno de los aspectos del misterio de Cristo. Dios Padre decía un día a santa Catalina de Siena: "Tuve dos hijos, el uno por naturaleza: mi hijo Unico, el Verbo eterno; el otro por gracia: tu padre Domingo". El recibió como misión el oficio del Verbo. Como los Apóstoles de Cristo, los hermanos Predicadores deben ser los hombres de la Palabra de Dios. Cada familia religiosa imita a Cristo, de acuerdo con su gracia propia, específica: el cuidado de los enfermos, la confianza de la juventud, la promoción cristiana y social, las mil formas de la vida activa o contemplativa.

¿Cuál fue la manera peculiar de imitar a Cristo propia de Conchita? Los documentos de su Diario nos descubren cómo le fueron revelados uno tras otro los rasgos del Hijo que el Padre deseaba mostrar en ella, bajo la acción del Espíritu Santo. Podemos ver cómo se dibuja poco a poco el juego de esta pedagogía divina que tiende a formar en ella la imagen de Cristo.

Desde su niñez, se siente atraída por Jesús; más tarde por *Jesús Crucificado*, pero de una manera original, inédita: por los *dolores internos* de Cristo, *Sacerdote y Hostia*, Sacerdote y Víctima en sus menores acciones, a partir de su "Ecce venio" hasta su "Consumatum est" sobre la Cruz. Invitación a todos los hombres a ofrecer continuamente a Cristo a su Padre y a ofrecerse juntamente con El para los mismos fines glorificadores y salvadores. Estas fueron las etapas progresivas de la identificación con Cristo: ser otro Jesús, Jesús Crucificado, sobre todo en los dolores internos de su Corazón, Víctima por los pecados del mundo. Sacerdote y Hostia siempre presente en medio de su Iglesia por la Eucaristía, asociando libremente a todos los miembros de su Cuerpo místico, para continuar en cada uno de ellos, por la encarnación mística, su misión de glorificador del Padre y salvador de los hombres.

Jesús

A partir de san Pablo todos los santos han soñado esta identificación con Cristo, cada uno según su lugar y su misión en la Iglesia. Para Conchita, como para Teresa de Avila o Teresa de Lisieux, la vida espiritual es ALGUIEN, es Jesús. Esta joven casada, rebotante de amor a su marido y a sus hijos es atraída irresistiblemente por Cristo, Maestro de su corazón y norma suprema de todos sus amores: "Jesús, con tal que te ame, en donde quiera seré feliz si me concedes la muerte mil veces, primero que un pecado venial deliberado. Hacer siempre lo más perfecto y sólo por complacerte: este es el sol que calienta todos mis actos, la luz que me ilumina, la fuerza que me impulsa, la idea fija en mi pensamiento. Y el tema de mi oración y de mis aspiraciones casi continuadas hoy, de día y de noche y siempre, es sólo este pensamiento, sentido con todas las fuerzas de mi alma: 'Mi vivir es Cristo' ". (Diario T. 1, p. 190, 1894). "De hoy más, mi exterior será Jesucristo..., y mi interior Jesucristo" (Diario T. 1. p. 189, 1894).

Este Cristo Jesús no es para Conchita un "Jesusito" de vestido rojo al cual puede cambiársele el color de la túnica de acuerdo con los tiempos litúrgicos.

A la luz de la fe, Conchita descubre en Jesús al Verbo eterno, al Hijo único del Padre, a la Cabeza de la Iglesia, al Sacerdote eterno. Contempla con amor las riquezas infinitas del Verbo Encarnado, verdadero Dios y verdadero hombre. Adora en El a la segunda Persona de la Trinidad. Se siente deslumbrada por la generación del Verbo y por el papel que tiene el Verbo en la espiración del Amor eterno. Lo encuentra todo en Jesucristo. Gime de dolor ante el pensamiento de un Dios que ha muerto de amor por todos los hombres, quienes se olvidan de El. Su Diario está lleno lo mismo que su alma de esta presencia soberana y teologal de Jesús: "El alma que experimenta esta vida de unión con Jesús, ya no puede vivir sola" (Diario T. 1, p. 8, octubre, 1893).

"Jesús y Jesús Crucificado"

Entre los misterios de Cristo, sobre todo el misterio de su Pasión y de su muerte ocupa su atención. Su mirada permanece fija sobre el Crucificado para reproducirlo en su vida: "*Contemplar para reproducir*".

"Jesús es luz, pero la luz refleja todos los colores.
"¿Cuál es el color que debe dominar en mí?"

"Es este: 'No saber otra cosa que a Jesús, y éste Crucificado', subraya ella... "Debo reproducir a Jesús en mí, por medio de las virtudes transformativas, es decir, por medio de la Cruz, que es la que más asimila a El. Quiere Jesús de mí no un Cristo en las pobrezas de Belén... No un Cristo en el ocultamiento de Nazareth, no un Cristo en el ciclo de su vida pública, sino un Cristo en las ignominias, abandonos y crucifixiones del Calvario y de la Eucaristía. Debo pues reproducir en mí a Cristo Crucificado" (Diario T. 43, p. 138, septiembre 16, 1921).

Queda claro: "Sí, yo siento que nací para servir al Señor crucificada con El. Me dijo hoy que este es el fin de la unión que pretende el Verbo; asemejarme a El por la Cruz" (Diario T. 9, p. 78. febrero 26, 1897).

En sus dolores internos

Los textos sobre este tema podrían multiplicarse al infinito. Sin duda que todas las formas de la espiritualidad cristiana se encuentran marcadas con el sello de la Cruz, pero Dios vino a revelarle el modo propio bajo el cual ella debe imitar a Cristo: sobre todo en los sufrimientos íntimos de su alma, es decir, en su crucifixión interior. Es éste un aspecto nuevo que va a marcar con un sello especial toda la espiritualidad de la Cruz: "Quiero que se honren particularmente los dolores internos de mi Corazón, que comenzaron en mi Encarnación hasta la Cruz y prosiguen místicamente en mi Eucaristía. Desconocidos son estos dolores al mundo, pero te digo que desde el primer instante de mi Encarnación ya la Cruz estaba plantada en mi Corazón, me oprimía y las espinas lo penetraban; la lanzada hubiera sido un desahogo para abrir aquel volcán de amor y dolor, pero no lo consentí hasta después de mi muerte. Siempre ha habido, hay y habrá ingratitudes y por tanto siempre mi tierno y amoroso Corazón sentirá las espinas y la Cruz. En el cielo no podía sufrir como Dios y para buscar esta cruz que allí no existía, bajé al mundo y me hice hombre y como Dios-hombre podía en grado infinito padecer para comprar la salvación a tantas almas. No ansí en mi vida otra cosa más que cruz y más cruz, queriendo enseñar al mundo que esta es la única riqueza y felicidad en la tierra, la moneda con que se compra una eternidad feliz.

Por el Apostolado de la Cruz se honrarán los dolores internos de mi Corazón representados por las insignias de la cruz, espinas y lanzada, atrayendo los corazones a la

cruz. Pero en el Oasis las Cruces atraerán a mi Corazón y éste será honrado en el mar de dolores internos que pocas almas conocen hoy día. Ahí arrancarán mis espinas clavándolas en sus corazones y aliviarán el peso de la cruz que atraviesa mi Corazón, haciéndose cruces vivas. Esta vida recogida dentro de la cruz de mi Corazón, es decir, honrando y aliviando y haciendo propios los dolores internos que durante treinta y tres años ni un momento me abandonaron, será un fin de la Religiosa de la Cruz.

"En la Cruz del Calvario sólo estuve tres horas clavado; pero en la de mi Corazón lo estuve toda la vida; ambas serán honradas en el Oasis pero particularmente lo será la interna que representa las penas y sufrimientos internos, incomprensibles, que constantemente tenían como prensada mi alma y eran ocultos estos dolores aún en mi vida oculta y Yo sonreía y trabajaba, y sólo mi Madre vislumbraba aquel martirio que trituraba a mi Corazón amante. Mi pasión externa duró unas horas, y fue como el rocío, el alivio de la otra pasión que cruelísimamente llevaba siempre mi alma!" (Diario T. 4, p. 197-199, septiembre 25, 1804).

Santo Tomás de Aquino enseñaba la misma doctrina: los sufrimientos internos y redentores del alma de Cristo fueron incomparablemente más dolorosos que el dolor físico del Crucificado del Gólgota. La intensidad de los sufrimientos internos y secretos del alma de Cristo, en vista a la expiación de todos los pecados de los hombres tenía la medida de su amor infinito (3, q 46, 6 ad 4). No en balde una Teresa de Avila, igual que Conchita, profesaba una devoción excepcional a la agonía de Cristo en Gethsemaní: "Mi alma está triste hasta la muerte" (Mc. 14, 34). Fue en el alma de Cristo en donde se jugó nuestro destino.

Cristo Víctima de los pecadores

Pronto se le reveló Cristo como la Víctima que se ofreció por la expiación de todos los pecados del mundo. Con esto la iba preparando para su propio ofrecimiento con los mismos fines redentores. Este aspecto de Hostia y de Víctima expiatoria va a mostrarsele como uno de los rasgos característicos del Crucificado. Encontramos la formulación explícita desde el primer tomo de su Diario: "Tú víctima y Yo Víctima antes que tú y por ti y por todo el mundo y constantemente". (Diario T. 1, p. 491, 1893-1894).

"Quiero que seas "uno" conmigo. Quiero que seas como un espejo purísimo en donde se reproduzca la imagen de tu Jesús crucificado; como estoy en la Cruz así me quiero reflejar en ti; sólo préstate para tomar mi imagen, y como Yo estoy así quiero que tú estés: coronada, azotada, clavada, desolada, traspasada, desamparada. Medita una a una todas estas cosas y sé mi retrato vivo para que mi Padre se complazca en ti y derrame gracias sobre los pecadores" (Diario T. 5, p. 109, abril 6, 1895). Hermoso texto que ya habíamos presentado a propósito de su itinerario de transformación en Cristo Crucificado, pero que nos parece también adecuado en este lugar.

Cristo: Sacerdote y Hostia

"La iglesia es una, con un solo Altar y una sola Víctima..., a esta gran Víctima deben unirse todas las almas víctimas para que tenga valor su sacrificio" (Diario T. 10, p. 220. junio 20, 1898). Mediante estas nociones de "Víctima" y de "Hostia" Dios conducirá a Conchita hacia la prerrogativa suprema de Cristo Crucificado: su Sacerdocio, que constituye como la piedra angular de la doctrina de la Cruz. Esta revelación resplandecerá en el momento de la "gracia central" de la encarnación mística. En ese día se manifestará claramente a Conchita su vocación en toda su integridad.

De esta manera la espiritualidad de la Cruz ha redescubierto y puesto de relieve el

"sacerdocio regio" del Pueblo de Dios, cincuenta años antes del Concilio Vaticano II: "Ese es el verdadero sacerdocio: ser víctima con la Víctima" (Diario T. 23, p. 91, julio 17, 1906). Esta espiritualidad lleva en lo más íntimo de sí un carácter esencialmente sacerdotal, insertándose en la vocación más profunda del Pueblo de la Alianza: "pueblo de sacerdotes y de reyes" (Ex. 19, 6).

El Señor había dicho a Conchita pocos días después de la encarnación mística: "Eres altar y sacerdote al mismo tiempo, pues tienes contigo la sacrosanta Víctima del Calvario y de la Eucaristía, la cual puedes ofrecer constantemente al Eterno Padre por la salvación del mundo. Este es el fruto más precioso del grande favor que he obrado en ti al encarnar en tu corazón... Tú eres mi altar y serás también mi víctima: en mi unión ofréctete y ofrécteme a cada instante al Eterno Padre con el fin tan noble de salvar a las almas, y darle gloria. Olvídate de todo, hasta de ti misma, y que ésta sea tu ocupación constante. Tienes una misión sublime: la misión del sacerdote y mira a mi bondad y agradécela, que sin saberlo tú te ha dado lo que tanto has anhelado y aún más, el poder ser sacerdote, no teniéndome en tus manos, pero sí en tu corazón y sin apartarme jamás. Pero cumple con el fin grandioso de esta gracia que como ves no sólo es para ti, sino universal, obligándote a que con toda la pureza que puede existir seas al mismo tiempo altar y víctima, la cual consume en el holocausto que le plazca la otra Víctima, Unica que puede salvar al mundo" (Diario T. 22, pp. 409-410, junio 21, 1906).

A partir de la encarnación mística Conchita tuvo plena conciencia de este carácter sacerdotal de su vocación personal y de su misión en la Iglesia. "Para mí, vivir es Cristo". En la medida de nuestra unión con Cristo participamos de su vida y Cristo crece en nosotros a medida que nosotros desaparecemos.

Debemos tomar a Cristo como Modelo, pero cada alma, cada santo, reproduce a Cristo en diferentes aspectos; el secreto de los directores espirituales está en descubrir cómo debe cada cristiano imitar a Cristo.

"La unión con Cristo como Modelo es la de vivir de su vida, tomando su parecido. Unas almas tienen que modelarse con Cristo Niño, otras con Cristo eucarístico, otras con Cristo crucificado... Yo debo modelarme con Cristo bajo los dos aspectos que son la misma cosa: Cristo *sacerdote* --subraya ella-- y Cristo crucificado. En todas partes Él es sacerdote con relación a la Cruz. El aspecto más grandioso de Cristo es su Sacerdocio que tiene por centro la Cruz. La Eucaristía y la Cruz es un mismo misterio. La primera unión es vivir la vida de Cristo por la gracia, y la segunda por la imitación. Yo, repito, el aspecto que debo imitar por la encarnación mística es su sacerdocio que gira en torno de la Cruz. Los Oasis (monasterios de la Cruz) no son sino una Misa grandiosa" (Diario T. 44. p. 149A-149B, 28 diciembre, 1923).

El Cristo Eucarístico

Esta identificación "de la Eucaristía y de la Cruz en un mismo misterio" nos revela el último rasgo característico de la fisonomía de Cristo a los ojos de Conchita. Su Cristo Crucificado: es el Cristo Sacerdote y Hostia, inmolado en la Cruz, de la cual la eucaristía perpetúa el estado de víctima hasta el fin de los siglos para la gloria del Padre y la salvación del mundo. La devoción eucarística no es en ella algo accidental, es el "centro" mismo de su vida. Como para la Iglesia, la forma suprema de su devoción al Crucificado es el sacrificio eucarístico, que no es nuevo símbolo sino el memorial eficaz que hace presente al mismo Crucificado en medio de su Iglesia peregrinante y militante, en la verdad de su ser y en la realidad de su substancia: con su Cuerpo, su Sangre, su Alma y su Divinidad. Con la Persona del Verbo, inseparable de la Trinidad, el Crucificado del Gólgota se mantiene día y

noche, elevado por encima de la tierra, entre Dios y los hombres para la gloria de la Trinidad y la salvación del mundo.

Cristo glorioso, siempre presente ante el rostro del Padre en el seno de su Iglesia triunfante, es el mismo Cristo que otrora caminaba por los caminos de Samaria, de Judea y de Galilea, el mismo Cristo nacido de la Virgen María; el verdadero Cristo de la historia: el único Cristo siempre presente aquí en medio de nosotros. Oculto bajo las apariencias de la Hostia, es la presencia de la más alta realidad divina, la presencia auténtica del Verbo Eterno y Encarnado, uniendo la tierra y el cielo, el cosmos y la Trinidad. Consciente de esta presencia, Conchita vivía, aún en su hogar, muy cerca de su Cristo, su Salvador y su Dios, su supremo amor.

¿Por qué sorprenderse de que los textos que tratan los problemas más difíciles y más profundos sobre el misterio de la Eucaristía se multiplican en su Diario? Ella comenta las palabras de la Consagración: "Este es mi Cuerpo; esta es mi Sangre" con la maestría de un teólogo de oficio. Su doctrina eucarística, de una impecable ortodoxia, se cuenta entre las páginas más sublimes de su Diario, escritas bajo el "dictado" del Señor.

Dios Padre ha revelado pues poco a poco a Conchita los rasgos característicos de la verdadera fisonomía de su Hijo Jesús, Verbo Encarnado y Crucificado, quien, por sus dolores internos más aún que por su pasión exterior, nos ha salvado por la Cruz como Sacerdote y Hostia, dejando a su Iglesia un memorial eficaz de su presencia real y de su acción incesante sobre cada uno de nosotros hasta el fin de los siglos; hasta la "consumación" de los hombres en la unidad del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. La Trinidad es el principio y el fin de esta economía de salvación, pero Cristo-Mediador, con su "sacerdocio regio" participado a los suyos, constituye la clave de bóveda de su misión de glorificador del Padre y Salvador de los hombres.

En las grandes síntesis del pensamiento, profano o religioso, se descubre siempre un centro de perceptiva, un ángulo de visión que reúne en la unidad de una misma mirada todos los aspectos particulares hasta el mínimo detalle. La óptica fundamental de la Doctrina de la Cruz es incontestablemente: "Jesús y Jesús Crucificado". En esta visión de síntesis del misterio de Cristo, su sacerdocio lo domina todo.

La Primacía del Espíritu Santo

Antes de separarse de sus Apóstoles el Señor les había prometido de parte de su Padre no dejarlos huérfanos, sino enviarles otro Paráclito: el Espíritu Santo, para conducirlos a la plenitud de la verdad y para sostenerlos en los combates por medio de su fuerza invencible. Los Hechos de los Apóstoles hacen resplandecer esta asistencia milagrosa del Espíritu Santo en la Iglesia primitiva, de tal manera que san Juan Crisóstomo llama a los Hechos: el Evangelio del Espíritu Santo. Continuando la tradición patristica los grandes teólogos de la Edad Media reservaron al Espíritu Santo un lugar eminente en sus sistemas doctrinales. En la Suma contra los Gentiles (IV, 20, 21, 22) santo Tomás de Aquino nos ha dejado el resumen de esta enseñanza en tres capítulos célebres. Después de los dos siglos de puro deísmo, el Vaticano II ha llevado a cabo un viraje hacia la "Iglesia de la Trinidad", en la cual el papel primordial del Espíritu Santo se ha reafirmado con gran realce. Debido al lugar preeminente del Espíritu Santo en la espiritualidad de la Cruz, este contexto conciliar constituye la mejor introducción para señalar, conforme a las directrices actuales del magisterio, la primacía del Espíritu Santo en la vida de la Iglesia.

"Consumada pues la obra que el Padre confió al Hijo en la tierra (cfr. Jn. 17,4), fue enviado el Espíritu Santo en el día de Pentecostés para que indeficientemente santificara a la Iglesia, y de esta forma los que creen en Cristo pudieran acercarse al Padre en un mismo Espíritu (cfr. Ef. 2,18). El es el Espíritu de la vida o la fuente de agua que salta hasta la vida eterna (cfr. Jn. 4,14; 7,38-39), por quien vivifica el Padre a todos los muertos por el pecado hasta que resucite en Cristo sus cuerpos mortales (cfr. Rm. 8, 10-11). El Espíritu habita en la Iglesia y en los corazones de los fieles como en un templo (I Cor. 3,16; 6,19) y en ellos ora y da testimonio de la adopción de hijos (cfr. Gal. 4,6; Rm. 8,15-16.26). Con diversos dones jerárquicos y carismáticos dirige y enriquece con todos sus frutos a la Iglesia (cfr. Ef. 4,11-12; 1 Cor. 12,4; Gal. 5,22), a la que guía hacia toda verdad (cfr. Jn. 16,13) y unifica en comunión y ministerio. Hace rejuvenecer a la Iglesia, la renueva constantemente y la conduce a la unión consumada con su Esposo. Pues el Espíritu y la Esposa dicen al Señor Jesús: ¡Ven! (Ap. 22,17).

"Así se manifiesta toda la Iglesia como 'una muchedumbre unida por la unidad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo'. (L.G. No. 4).

El Espíritu Santo preside la Cruz

Si la Cruz está en el centro de la doctrina espiritual de Conchita, el Espíritu Santo está en la cumbre. El domina la Cruz y la ilumina desde las alturas: "Este Espíritu Santo es quien rige al mundo, a la Iglesia desde que Yo me fui y lo envié después de mi Ascensión: y ¿vieras qué poco honrado y conocido es? Apenas hay templos en su honor; no se le estima en lo que vale y ni siquiera se piensa en El. No se da la gloria que merece, a esta Divina Persona. Yo me escondo dentro de esa Cruz del Apostolado para que ella reine, y se le rindan adoraciones. Se levantarán Templos por el Apostolado de la Cruz en el mundo, pero en ellos se dará culto y la preferencia a este Espíritu Santo: sin El se desmoronaría esta obra y con su soplo divino impulsará el espíritu de la Cruz. Dile todo esto a tu director para que lo medite: y que la primera jaculatoria en el Apostolado sea una invocación al Espíritu Santo: El cobijará con sus alas este Apostolado de la Cruz, y su influencia divina es de la mayor importancia" (Diario T. 2, p. 5, marzo, 1894).

Un tesoro escondido e inexplorado

Para muchos cristianos el Espíritu Santo es un desconocido. El Señor revela a Conchita su identidad personal en el seno de la Trinidad donde Él es el Amor, y su misión en la tierra: conducir a las almas al hogar del Amor; de aquí la necesidad del reinado del Espíritu Santo y la urgencia de una renovación de su culto. La frase capital nos recuerda que "su misión en el cielo, su Vida, su Ser: es el Amor". Tocamos aquí la raíz de todo, su función propia dentro, "ad intra". Su misión "ad extra", hacia afuera del misterio trinitario refleja las propiedades del amor.

"Existe un tesoro escondido, una riqueza que no ha sido explotada ni se aprecia en su verdadero valor, siendo que es lo más grande del cielo y de la tierra: el Espíritu Santo. No, ni el mundo de las almas lo conoce debidamente. El es la luz de las inteligencias y el fuego de los corazones; y si hay tibieza, y si hay frío y debilidad, y tantos males que aquejan al mundo espiritual, es porque no se acude al Espíritu Santo.

"Su misión en el cielo, su vida, su Ser, es el Amor; y en la tierra, llevar a las almas a ese centro del amor que es Dios. Con El se tiene cuanto se puede apetecer, y si hay tristeza es porque no se acude al divino Consolador, que es el gozo completo del espíritu; si hay flaqueza es porque no se acude a la fortaleza invencible; si hay errores es porque se desprecia al que es la luz; si se extingue la fe es porque falta el Espíritu Santo.

"No, no se le da el culto que se le debiera dar en cada corazón, en la Iglesia entera, al Espíritu Santo; y la mayor parte de los males por los que se llora en la Iglesia y en el campo de las almas es porque no se le da toda la primacía que Yo le di a este Santo Espíritu, a esa tercera Persona de la Trinidad, que tuvo parte tan activa en la Encarnación del Verbo y en el establecimiento de la Iglesia. Se le ama con tibieza, se le invoca sin fervor y en muchos corazones, aún de los Míos, ni siquiera se le recuerda y esto lastima muy hondamente a mi Corazón.

Es tiempo ya de que el Espíritu Santo reine, decía el Señor como conmovido, y no allá lejos, como una cosa altísima, aunque lo es; y no hay cosa más grande que El, porque es Dios, conjunto y consubstancial con el Padre y con el Verbo, sino acá cerca, en cada alma y corazón, en todas las arterias de mi Iglesia. El día que circule por cada Pastor, por cada sacerdote, como sangre, así de íntimo, el Espíritu Santo, se renovarán las virtudes teologales, que languidecen aún en los que sirven a mi Iglesia, por la falta del Espíritu Santo. Entonces cambiará el mundo, pues todos los males que en él se lamentan hoy tienen por causa el alejamiento del Espíritu Santo, su remedio único.

"Que reaccionen mis ministros en la Iglesia por medio del Espíritu Santo y todo el mundo de las almas será divinizado. Él es el eje en donde todas las virtudes giran, y no hay virtud verdadera sin el Espíritu Santo.

"El impulso celestial para levantar a mi Iglesia de cierta postración en que yace está en que se active el culto del Espíritu Santo, en que se le dé su lugar, es decir, el primer lugar en las inteligencias y en las voluntades. Nadie será pobre con esta riqueza celestial, y el Padre y el Verbo que soy Yo deseamos la renovación palpitante, vivificante de su reinado en la Iglesia.

"--Señor, pero si en la Iglesia sí reina el Espíritu Santo, ¿por qué te quejas?

"¡Ay de ella si no fuera así! Él es el alma de esa Iglesia tan amada. Pero de lo que me quejo es de que no se dan cuenta muchos de ese favor celestial, no le dan toda la importancia que se debe, lo hacen rutina; y languideciendo su devoción en los corazones es muy tibia, es secundaria, y esto trae males sin cuento, tanto a la Iglesia como a las

almas en general. Por esto las Obras de la Cruz vienen a renovar su devoción y a extenderla por toda la tierra. Que impere en las almas este Santo Espíritu y el Verbo será conocido y honrado, tomando la Cruz un impulso nuevo en las almas, espiritualizadas por el divino amor.

"A medida que el Espíritu Santo reine se irá destruyendo el sensualismo que hoy inunda la tierra, y nunca enraizará la Cruz si antes no prepara el terreno el Espíritu Santo. Por esto se apareció Él primero a tu vista que la Cruz: por esto preside en la Cruz del Apostolado.

"Uno de los principales frutos de la encarnación mística es el reinado del Espíritu Santo que debe consumir el materialismo". (Diario T. 35, p. 66-71, febrero 19, 1911).

Acción del Espíritu Santo en las almas y en la Iglesia

La acción del Espíritu Santo se hace sentir primeramente en las almas, pero se extiende también a toda la Iglesia.

"Mi Espíritu es vida, es la fuente de la divina gracia y nunca está ocioso, de día y de noche trabaja en las almas que se me entregan, y estas almas crecen constantemente en las virtudes. Mas cuando se resisten y no se dejan hacer entonces me retiro, porque mis gracias son riquísimas para desperdiciarlas. Es muy fino el trabajo del Espíritu Santo en las almas y muy culpable el alma que lo desdeña. Cuando no corresponde a mis inspiraciones, a lo que exijo de ella, entonces me retiro, hay almas que necesitan empuje a cada paso, otras que corren y vuelan, mas a medida de su correspondencia avanzan, subiendo siempre hasta los grados que les tengo destinados. Vigila y escucha mi voz, mas ya sabes que para entenderme necesitas unos oídos dispuestos, un total vacío de ti misma y el espíritu constante de sacrificio.

"Sacrificate por mi Iglesia, repite mucho el Señor. En diferentes ocasiones me ha dado a entender la relación tan íntima que tiene la Iglesia con la Cruz. Dice que en la Cruz nació la Iglesia, viniendo después el Espíritu Santo a confirmar su doctrina y a darle vida. Dice el Espíritu Santo que la Iglesia es la depositaria de todas sus gracias, que ahí ha fijado su morada y que la ama con entrañable amor; que sólo por ahí se entra al cielo. Que su Santo Espíritu sella todas sus ceremonias y que faltando este sello divino no habría nada cabal, ni posible salvación". (Carta al Excmo. Sr. Dn. Leopoldo Ruiz y Flores, junio 23, 1904).

El Espíritu Santo está muy cerca de las almas

El Espíritu Santo habita en lo mas profundo de las almas: "El Espíritu de verdad morará en vosotros y estará en vosotros" (Jn. 14,17). En realidad toda la Trinidad habita en nosotros: "Al que me ama mi Padre le amará y vendremos a él y haremos morada en él" (Jn. 14,23). Todos los bautizados, todos los que poseen la gracia son "templos del Espíritu Santo" (I Cor. 6,19).

"Creen las almas muy lejos al Espíritu Santo, muy elevado y por encima, y es, por decirlo así, la Persona divina más asistente con la criatura. La sigue a todas partes, la impregna de sí mismo, la llama, la cuida, la cobija, la hace su templo vivo, la defiende, la ayuda, la ampara del enemigo, y más cerca está que ella misma. Todo lo bueno que el alma ejecuta es por su inspiración, por su luz, por su gracia y auxilio, ¡Y no se le invoca y no se le nombra ni se le agradece la acción tan profunda e inmediata con cada alma!

"Si llamas al Padre, si lo amas, es por el Espíritu Santo. Si te enamoras de Mí, si me conoces, si me sirves, si me copias, si te unes a mis quereres y a mi Corazón es por el

Espíritu Santo.

"Se le considera intangible, y lo es, pero no hay sin embargo cosa más sensitiva, más cerca y al alcance de la criatura en su miseria que la altura más grande, que el Espíritu santísimo que se refleja y es una misma santidad y poder con el Padre y con el Hijo.

"Y los siglos han pasado siendo Él siempre el principio de todas las cosas, el sello sagrado de las almas, el carácter del sacerdote, la luz de la fe, el que infunde todas las virtudes, el riego que fecundiza el campo de la Iglesia, y sin embargo ni se le estima, ni se le conoce, ni se le agradece su influencia siempre santificadora. Si hay ingratitud para Mí en el mundo más la hay para con el Espíritu Santo. Por esto, al acabarse los tiempos quiero que se extienda su gloria. Uno de los dolores más crueles para mi corazón fue el de la ingratitud en todos los tiempos; el de la idolatría, entonces adorando ídolos, y hoy adorándose los hombres a sí mismos, es decir, el alejamiento del Espíritu Santo.

"En estos últimos tiempos ha puesto su trono la sensualidad en el mundo, esa vida de los sentidos que ofusca y apaga la luz de la fe en las almas. Y por eso más que nunca se necesita que el Espíritu Santo venga a destruir y a aniquilar a Satanás que en esta forma se va introduciendo hasta en la Iglesia" (Diario T. 40, p. 186-18, enero 26, 1915).

El alma de Cristo bajo la moción del Espíritu Santo

Cristo es la obra maestra del Espíritu Santo. Como Verbo Él es con el Padre su Principio eterno. El Espíritu Santo recibe todo del Hijo: su Ser y sus perfecciones infinitas. Él es el Amor en Persona que procede indivisiblemente del Padre y del Hijo en la Unidad de la Trinidad. Pero, en cuanto hombre, Jesús ha recibido todo del Espíritu Santo: su encarnación, su ser, su vida, su acción sobre todos los miembros de su Cuerpo místico.

"Todos los movimientos de mi alma en cuanto hombre fueron inspirados y movidos por el Espíritu Santo. Él movía mis potencias, sentidos y voluntad poseyéndolos para glorificar al Padre, a quien Yo todo lo refería.

"El Espíritu Santo ama a mi humanidad con predilección incomparable. Si tú supieras con cuanta delicadeza, ternura y esplendidez adornó mi alma, mis facultades, mis sentimientos, mi cuerpo y mi Corazón el Espíritu Santo. Más que una madre toda amor. Empleó su poder y todas sus riquezas en formarme en el seno de María, como un perfecto modelo de todo lo bello, puro y santo. Todas las riquezas y tesoros que adornan a mi Corazón se le deben al Espíritu, y no me gusta que se tome la devoción a mi Corazón de carne como fin, sino como medio para subir a mi divinidad, como escalón para ir al Espíritu Santo, quien lo creó, quien lo formó y enriqueció, quien puso en él todos los encantos de su amor y también todos los dolores internos, y el modo y la manera de sufrir la universal expiación para el perdón de la humanidad culpable. El corazón del hombre y su cuerpo habían pecado y necesitaban otro cuerpo y otro corazón con la potencia de un Dios que desagraciara a Dios, siendo Él mismo Dios también. Esta idea, acción y fin saludable de gloria para mi humanidad, y de salvación para el mundo, se le debe al Espíritu Santo" (Diario T. 40, p. 197-203, enero 29, 1915).

El Espíritu Santo ocupa en la Iglesia el primer lugar

Así, en una vista panorámica grandiosa, el Señor descubría a Conchita el lugar único, primordial, del Espíritu Santo en las obras de Dios. El Espíritu Santo estaba allí, antes que la creación, en el designio de la Trinidad, orientando con el Padre y el Hijo el destino del mundo. Él Espíritu estaba allí, preparando la venida del Hijo y realizándola en el momento

de la Encarnación del Verbo, siempre presente y actuando en su Iglesia hasta el final de los tiempos. "Al formar eternamente el plan de la Redención, el Espíritu Santo tuvo parte activísima, obrando a su tiempo la Encarnación, después de haber iluminado a los profetas anunciándolo. Durante mi vida me sostenía en cuanto hombre, ofreciendo al Padre mi expiación infinita, tocando y atrayendo las almas a la Verdad que soy Yo. Ofrecí enviarlo y lo hice, teniendo en mi Iglesia el primer puesto en todos sus actos, sacramentos y acción infalible" (Diario T. 40, p. 191-192, enero 28, 1915).

La Intuición Clave

Del Amor al Amor por el Amor Crucificado

Los grandes genios, a menudo después de largos años de reflexión, descubren repentinamente un pensamiento central que reviste la forma de una intuición creadora y pasan todo el resto de su existencia profundizándolo para integrarlo en su vida y hacer brotar de él todo un mundo de aplicaciones prácticas para servicio de otros hombres.

El mismo fenómeno se presenta en la vida de los santos. Una Teresa de Lisieux ha pasado su vida entre nosotros en la búsqueda de un "camino nuevo" de santidad. "En la Iglesia, yo seré el amor, y así lo seré todo".

Encontramos algo parecido en Conchita. A los cuarenta años, apenas iniciada su viudez, su mirada se vuelve cada vez más hacia el Crucificado. Refine en las páginas de su Diario en enero de 1903 todas "las luces sobre el amor que le ha "dictado" Cristo su Maestro: "De repente, estando oyendo leer, sentí un golpe de luz en el entendimiento, haciendo sensibles al corazón sus santos efectos". Como Teresa de Avila cuya vida se vio radicalmente cambiada hacia los cuarenta años, Conchita recibió de improviso por luz directa del Espíritu Santo las intuiciones directrices que serán las nervaduras principales de la espiritualidad de la Cruz:

- en la cumbre: Dios es Amor,
- en el centro: Cristo Crucificado,
- y, de parte suya, en su propia vida, la respuesta de amor en una entrega total al amor.

He aquí, aún en estado de germen, la intuición global de la doctrina espiritual que le inspira el Espíritu Santo y la experiencia de su amor al Crucificado. Esta nueva visión de universo, sintética y original, le descubre en una mirada de profunda sabiduría, los dos polos del plan de la Redención: el Amor infinito que la llama a unirse al Amor y a identificarse con Él por medio de la Cruz. La formulación de esta intuición central podría ser la siguiente: del Amor al Amor, por Cristo Crucificado por amor.

Dios es Amor

Nuestra vida espiritual está vinculada a nuestro concepto de Dios. Como la metafísica es el fundamento de la moral, el dogma es la base en la mística. El misterio de la Trinidad y la Encarnación del Verbo animan la espiritualidad cristiana. Toda la doctrina de la Cruz depende de la visión de un Dios crucificado por amor.

El Dios de san Agustín es el Bien supremo que atrae todo hacia sí. El Dios de santo Tomás de Aquino es el Dios del Sinaí: "Yo soy El que es". El Dios de Teresa de Lisieux es el Amor misericordioso. El Dios de Conchita es el Amor Crucificado que nos conduce hacia el Amor infinito: "Entendí no sé cómo la esencia de Dios: que todo es Amor: esto, mil veces lo he dicho y oído, pero no, fue una cosa sobrenatural, un movimiento que hizo estremecer a mi alma, una luz que con la brillantez de un relámpago iluminó lo más secreto e interno de mi espíritu, ¡Vi cómo Dios ES AMOR: no sólo tiene amor sino que Él mismo es el amor eterno, el amor increado, el amor infinito!

El Dios de Conchita es el Dios del Evangelio, tal como nos lo presenta san Juan: "Dios es Amor" (1 Jn. 4,16). Este es el fundamento supremo de su doctrina espiritual. Su Dios

Crucificado es ante todo un Dios de Amor.

De este Dios trascendente, pero que es todo Amor, ella ve derivarse por vía de participación todas las riquezas creadas del universo visible e invisible: todo el bien que existe en él, el mundo de las almas, todo amor legítimo y todos los vastos horizontes de la fe: los misterios de la creación, de la Encarnación, de la Redención, de la muerte de Jesús en la Cruz, del sufrimiento mismo y de la cruz: "¡Oh! yo sentí como todo lo bueno desciende de El, y como las almas y la naturaleza llevan impreso su sello divino.

"Vi como todo amor legítimo y santo que llena el corazón del hombre es una gota de aquel océano insondable, un rayo luminoso de aquella inmensa luz. Sentí cómo el amor se desprende o sale de aquel foco de caridad infinita que eres Tú, y cómo te complaces en poner en el corazón del hombre esa sed de amar, insaciable y que no puede satisfacerse con lo caduco y finito, sino con lo imperecedero e infinito. Sentí cómo las almas son como una parte de Dios, un soplo de su esencia, un aliento producido por su santo Espíritu.

"¡Oh, qué grande es un alma y cuán inmenso su valor! Las almas nacen para el amor y tienen que vivir eternamente en clamor, para eso son creadas. Son el fruto de la Santísima Trinidad y por tanto, inmortales; son hijas del cielo, engendradas por el amor, substancia del mismo Dios, y por esto imprescindiblemente tienden a lo infinito, a lo puro, a lo santo, grande y divino.

"Esta envoltura del cuerpo es para luchar y merecer, pero el alma, este ser inmortal, ¡oh qué primor!, no puede satisfacerse en lo humano, por más que luche, con el amor a las criaturas, en borrar la imagen divina que lleva esculpida en su mismo ser, imposible!, otro orden de cosas la arrastra. Un más allá la llama constantemente, una voz interna le grita mil y mil veces: 'no es aquí tu destino, arriba, más arriba'. Esta sed de lo divino arranca el corazón de la tierra purificando los afectos terrenos, aún los más santos, lanzándolos en aquel abismo, en aquel caos, en aquel mar sin fondo ni riberas en donde nació... Yo siento cómo el amor a mi marido, madre, hijos, familia, y a todo lo material, se ha concretado en uno solo: en Dios.

"¡Oh!, yo no sé lo que siento al vislumbrar aquel eterno fuego que hizo producir la creación, efectuar la redención, que fundó la Iglesia y la sostiene, y que inflama a todos los corazones. Y el qué es el amor, quién es sino el espíritu Santo, término del amor? El inspiró la creación, la Redención, la Encarnación, la muerte de cruz, el reinado del dolor, el Apostolado de la Cruz".

La Cruz

Abordemos ahora la segunda fase de este tríptico: la Cruz. Su Dios es un Dios Crucificado: es el punto central de su intuición. No lo analizará conceptualmente. Como todos los místicos, Conchita habla con el corazón. Para ella, la Cruz es el signo supremo del Amor. No diserta sobre la Cruz y sobre el Amor: vive de ellos. Es un vaivén constante de su pensamiento entre el Amor y la Cruz, inseparables el uno de la otra. Ve que las almas huyen de la Cruz para desgracia suya, ya que de esa manera huyen del Amor: "Muéstrales la Cruz. Muéstrales el Amor". A sus ojos es una misma cosa. Ella quisiera recorrer la tierra "levantando muy alto el estandarte de la Cruz" porque la Cruz es el único "camino del amor". Surgió entonces el hombre mágico: Jesús. El Amor es Él, y Él está clavado en una Cruz. En la base de su intuición directriz y en la hondura de su vida; para ella Jesús es el Amor Crucificado.

"El que es el Amor quiere hacernos felices por medio de la Cruz, escala única que después

del pecado nos conduce, nos aprieta, une e identifica con el mismo Amor.

"¿Por qué, ¡ay!, el lamentable engaño de que las almas huyan de la Cruz y, por tanto, del amor, haciéndose desgraciadas?

"Yo he sentido en el alma lo que un alma vale y con razón el corazón divino se desgarrar y sufre al verlas perderse sin remedio, siendo suyas por mil títulos de amor!

"Yo veo ahora, como con la vista iluminada, en todas las cosas creadas la huella del amor. La estela de Dios, las pruebas patentes de su infinita caridad que no se cansa de desbordarse en favor del hombre vil y miserable que nada merece, ¡Oh, y cuánta es la grandeza de ese Dios, abismo insondable de perfecciones! ¿Por qué no le damos todo entero el corazón y vivimos absorbidos por El, confundidos en El?

"¡Amor, Amor! me grita cuanto me rodea y cuando veo a las criaturas engolfarse en las vanidades de la tierra, en el vicio, y en todo lo que no es El siento una pena inmensa que me traspasa y una sacudida del corazón me grita: ¡Sálvalas..., muéstrales la Cruz... sacrificate por ellas en el silencio y la oscuridad... Y crece en mi pobre pecho el amor de celo y quisiera correr y gritar y mostrarles el Amor, y decirles que cuanto el alma siente es sólo un destello, una ráfaga, un hilo que debe volverse a su centro, confundiendo en El para hacernos felices. Quisiera levantar muy alto el estandarte de la Cruz y recorrer el mundo enseñando que ahí está el camino para llegar al Amor, que sólo por el Dolor, por las espinas y la sangre y el sufrimiento se sube a la unión con el Espíritu Santo. Que El, y sólo El, es la fuente de todo bien, y la que puede únicamente saciar las infinitas aspiraciones del alma.

"Dolor, Cruz, escalera divina, única por donde el alma sube al tálamo de los divinos amores, que aleja de la tierra y acerca al cielo del corazón divino, ¡Ven, ven a mis brazos, clávame en ti, remáchame contigo, que quiero sufrir, porque el Amor mismo inspiró a Jesús el padecer para enseñarme cómo se amaba! Van desde entonces tan unidos el amor y el dolor, que el que sufre ama y el que ama se goza en el sufrimiento. Jesús amó y sufrió. Yo no quiero, pues, amor sin sufrimiento: porque no es puro, ni verdadero, ni durable, el solo amor sin el sacrificio. Si grande es el dolor, grande tiene que ser el amor, si inmenso es el amor, inmenso también, ¡oh sí! tiene que ser el dolor. Pues venga, sí, sí, lo repito, la inmolación, el aniquilamiento completo, para que venga el amor a llenar lo que la tierra, la escoria de los vicios y las criaturas dejan manchado".

Una respuesta de amor

"No se corresponde al Amor sino por el amor", decía Teresa de Lisieux. En Conchita aparece el mismo ardor heroico por entregarse continuamente al Amor. Su vida es una incesante ofrenda al Amor, pero sobre la Cruz. Lanza este grito sublime: "Si pudiera a tu Ser algo robarte, sólo amor te robara, para amarte".

"Quiero vivir del amor, ¡oh sí! pero crucificándome. Continúa mi alma entre el abismo del amor, viéndolo todo bajo ese prisma. Mi espíritu se siente como absorbido dentro de su Dios y Señor, como viviendo de El, aspirando y respirando a solo El. Me siento como endiosada, en una atmósfera pura y divina, con ansias vivas de sacrificarme en aras del amor, por el Amor mismo.

"¡Oh qué cosa tan agradable es el amor! Quisiera sólo hablar de ese amor, y que todo lo que me rodee, todo lo creado, repitiera millones de veces: ¡Amor, Amor!...

"Iba yo en un tranvía cuando de repente oí la voz del Señor y dijo: 'Tú incendiarás a muchos corazones con el fuego del Espíritu Santo, y las herirás con el santo leño de la Cruz'. Me quedé confundida y avergonzada, pero sentí que todo eso lo haría el Señor, y que solamente sería yo su pobre y mohoso instrumento.

"¡Dios!... ¡Dios!..., ¡Dios!..., yo en estas palabras encuentro abismos de amor, de purísima y ardiente caridad. Yo siento, siento muy en el alma cómo la Cruz se deriva del amor!

"¡Ama!, ¡Ama! me gritan todas las cosas, y una voz interior que sale de la substancia misma del alma me impulsa al sufrimiento, a la humillación, al constante padecer, ¡qué filiación tan admirable tienen el amor y el dolor! Yo como que experimento remordimiento de haberme elevado a esas regiones de caridad divina, y busco la cruz, me quiero clavar en ella, y confiarme en sus queridos brazos; pero ¡cosa más extraña! yo cogida de la cruz y de mi propia miseria me siento arrebatada con miserias y cruz, arrojada dentro de aquel mar insondable de perfecciones.

"¡Ah, Señor, Señor! no tengo de mi parte sino podredumbre, lodazal y miseria! Permíteme poner mi frente en la tierra y clamar desde el profundo abismo de mis iniquidades: ¡misericordia, misericordia!

Las cruces son pedazos de amor que nos atraen hacia Dios, haciéndonos merecer.

"Un único suplicio tiene el amor, el cual consiste en no padecer lo bastante por el Amado, pero este es el gran secreto de la Cruz, que sólo se descubre a las almas que voluntaria y amorosamente se sacrifican en ella, sin descender jamás...

"¿Qué deberé hacer nadando en este abismo de luz y fuego? ¿Cómo deberé, pobre de mí, corresponder a ese Dios, Caridad por esencia, y que tan grande la ha tenido para conmigo? ¡Ah, Dios mío, Dios mío!, yo me muero de ver que nada soy y que te amo... "Si pudiera a tu Ser algo robarte, sólo amor te robara para amarte"...

"¡Oh, sí, sí!, tengo hambre de amor, sed de amor, anhelo de amor, y es muy poco mi corazón para hartarlo de esa inmensidad de amor que se desborda dentro de mí y fuera de mí.

"Es imposible hacer caber el amor de Dios en mi pobre alma y lo que hago es arrojarme yo dentro de ese mar sin riberas, dentro de esa inmensa hoguera, en el fondo sin fondo de la infinita esencia de Dios. No sé hacer otra cosa sino perderme en un pequeño punto, en el inmenso espacio de la posesión de Dios".

Los dos polos

Este tríptico que se despliega ante su mirada contemplativa como un inmenso fresco, se completa en una visión grandiosa y dramática, que le descubre el plan del Universo de la Redención en torno a dos polos: Dios y el hombre, el Amor infinito de Dios por el hombre y el rechazo al amor de una multitud de seres humanos invitados a amar. Entre ambos se yergue Cristo, clavado en la Cruz, entre los hombres y Dios.

"Se me ha aclarado el plan de la Redención, lo veo con lentes de aumento, diré, y con una luz asombrosa. De este mismo campo iluminado se desprende el inmenso, el incomparable amor de Dios para con el hombre, y del hombre para con Dios: son dos polos que se juntan en el abismo de su grandeza...

"Me da miedo ver esto porque me parece que Dios me tomará estrecha cuenta si no las aprovecho amándolo y agradeciéndole.

"Veo maravillada su paciencia eterna y la inconcebible dureza del corazón humano: me parece mentira contemplar a los hombres correr afanosos tras las vanidades de la tierra y el amor de las criaturas y que no se paren a considerar la tremenda deuda que tienen contraída de amor y de dolor, o sea de sangre.

"¿Cómo es posible lo que veo? ¿De qué substancia tan insensible estamos formados? ¡Oh, no! lo que insensibiliza el alma es la vida de los sentidos, esa sensualidad que no busca satisfacerse sino en la molicie y comodidad, encadenando al espíritu y cortándole su vuelo.

"La ausencia de la cruz es la causa de todos los males. ¿Y qué hacemos los que amamos? ¿Por qué no correr y sacudir a las almas y despertarlas incendiándolas con el santo leño de la Cruz? ¡Ah, Dios mío! me siento tan impotente a satisfacer estos frenéticos deseos de mi corazón, que al ver que no puedo volar ni hacer resonar mi voz en las almas como una enorme trompeta, siento hambre de ensañarme contra mi misma y despedazarme y hartarme de cruz para siquiera satisfacer en lo posible conmigo misma, aunque nada valgo, esa necesidad de dar gloria a Dios, que consume a mi pobre y miserable alma.

"¡Amor!, me siento en los umbrales del amor y sin embargo éste me lleva tras sí el corazón, el alma y la vida.

"Veo con aclaramientos de luz, con repentinos destellos, ya lo vano y lo caduco de la tierra, ya lo grande, divino y santo de los atributos de Dios, conociendo como sus detalles, diré, sus movimientos, como agrandándose su bondad. Lo primero que creo que me pasa es que se digna el Señor recorrer ciertos velos, y con esto, claro está que percibo más luz, más calor, más fuego".

Se levanta el telón

Conchita podía concluir: "Siento a Jesús detrás de las puertas de mi entendimiento. Yo experimento hoy su calor, sus rayos, su luz, sus fulgores, como en la comprensión de sus misterios, viéndolos tan claros, tan necesarios y como tan naturales, diré, o en el orden, que sentía mi pecho la necesidad de la Iglesia, la victoria obrada por medio de la Redención, pero como de golpe, como quien alza el telón y toma todos los detalles de la escena" (Diario T. 18, p. 5 ss. enero 25, 1903).

Cristo presente en su inteligencia por su Espíritu de Amor, es quien le ha revelado esta visión del mundo. No es una visión completa: le falta el sacerdocio de Cristo, el papel de María, de la Eucaristía, de la encarnación mística, de la consumación de todo en la unidad de la Trinidad. No es más que un esbozo y como una intuición creadora aún inacabada. Conchita entrevé ya otros horizontes: el misterio de la Iglesia y la victoria definitiva de Dios por medio de la obra de la Redención. Es ya, sin embargo, un bellissimo panorama de Dios y del universo. Como en el teatro la escena aparece repentinamente en plena luz, el Verbo había iluminado el alma de Conchita descubriéndole como en un relámpago, en el centro del mundo, su Cruz redentora en la irradiación del Amor infinito.

El destino del hombre

--"Si tamaña distancia nos separa, Jesús mío... si entre esta nada y tu inmensidad hay un abismo, un caos, ¿cómo es posible la unión de estos dos polos?"

--"Entre estos dos polos, Dios y tú, estoy Yo hecho hombre. Sólo tu Jesús puede unirlos estrechísimamente. Sin pasar por Mí nadie llega a la inmensidad de Dios ni vislumbra su divinidad; como tampoco sin Mí nadie baja ni tiene luz para conocer la profundidad de su nada. Soy Yo el centro, la puerta, el camino, la luz que ilumina al conocimiento propio y a la contemplación divina. Soy el punto de unión, el Redentor, la Luz, la Vida, el foco de eterna perfección. Estudia este libro, a tu Jesús, y serás santa imitándolo.

"Me dijo cómo El tenía un brazo en la Cruz en un polo, y otro en el otro y que la unión o donde estos se juntaban era en su Corazón". (Diario T. 6, p. 160, agosto 25, 1895).

La visión de universo de Conchita, al igual que la de los místicos, no está orientada a un conocimiento científico de los seres creados, como la del filósofo o la del sabio, sino que desemboca en un itinerario espiritual que conduce al hombre hasta Dios. Es la "ciencia de los santos". Ella pertenece a la raza de los grandes espirituales como una Teresa de Avila, un san Juan de la Cruz, una Teresa de Lisieux, quienes escribieron, respectivamente, un "camino de perfección", un "sendero de la nada" que dirige a las almas hacia la cumbre del Monte Carmelo, o una Teresa de Lisieux, que revela un "caminito" enteramente nuevo, de confianza y de amor, para llegar a Dios. Conchita conduce a las almas hacia Dios por la Cruz. Para ella, la Cruz es el único "camino del Amor"

Una Catalina de Siena dirá que Cristo es el "puente" que nos permite llegar a Dios. Bajo imágenes diversas todos ellos profesan su fe en Cristo, "el único Mediador entre Dios y los hombres", como enseña la carta a los Hebreos. (cfr. Heb 9,15; 10,12.21). ¿Cómo no ver que el Crucificado se halla en el "centro" de esta doctrina de la Cruz?

Después de haber captado, cómo la óptica fundamental de esta espiritualidad es "Jesús y Jesús Crucificado" vislumbrado con la luz superior del Espíritu Santo, nos quedan por analizar los aspectos múltiples y las diversas etapas de este itinerario espiritual: el hombre pecador se aleja del mal por la expiación y la penitencia hasta alcanzar la muerte de su propio "yo", tiende positivamente hacia Dios por medio de la práctica de las virtudes cristianas y de los dones del Espíritu Santo, que encamina a las almas hacia las más elevadas cumbres de la vida espiritual: la encarnación mística, cuyo acto principal y actitud fundamental consistirá en la oblación continua del Verbo encarnado a su Padre, y en la ofrenda total de la propia vida por El, con El, y en El, para la gloria del Padre y la salvación del mundo. Es ésta una presentación nueva del Evangelio de la Cruz.

Si se quiere comprender la espiritualidad de la Cruz es indispensable comprender que el hombre, sujeto de la vida espiritual, es un ser esencialmente pecador. El pensamiento moderno, centrado totalmente en el hombre, nos presenta al hombre marxista, al sabio, al hombre ávido de libertad personal ilimitada, al hombre independiente de Dios y dueño de su propio destino en un universo construido por él y para él. Visión equívoca pero difundida en casi todas partes del mundo por las múltiples formas de humanismo ateo. El Concilio Vaticano II ha replicado a ello mediante la presentación, a la luz de la fe, de la vocación integral del hombre, imagen de Dios, llamado a asemejarse a Cristo, verdadero Dios y verdadero hombre: tanto más hombre cuanto más se parezca a Cristo y entre en comunión con su misterio pascual. Esta visión cristiana del hombre es la que nos revelan los escritos

de Conchita.

El hombre solamente en Dios tiene explicación. Tiene su origen en la Trinidad. Pasa por la tierra imitando a Cristo y realiza su destino supremo en su "consumación en la unidad de la Trinidad". Visión sublime, realizadora de las más elevadas aspiraciones de la personalidad humana.

"Dios ha creado al hombre, feliz de formarlo "a su imagen" para atraerlo hacia el cielo" (Diario T. 23, p. 166, 23 de julio, 1906).

"¡Oh!, si el hombre comprendiera el endiosamiento en que vive no pecaría. El es el templo del Espíritu Santo y trasunto de la Trinidad en su alma; es de origen divino, es decir, inmortal y participa de ese Dios en cada acto y respiración; vive por El, y entonces, ¿cómo no vive de El? Aquí está el desorden en la criatura que quiere con el pecado sustraerse a Dios, cosa imposible, porque no podría vivir fuera de Dios, ni borrar de su alma a Dios, por más que manche y oscurezca con sus pecados el reflejo de ese Dios" (Diario T. 38, p. 162, abril 23, 1913).

"Dios creó al hombre sólo para gozar pero el pecado mató estos planes, porque lo manchado no podía ser inmortalmente feliz, necesitaba blanquearse, y para blanquear las almas es precisamente el dolor, que unido a la expiación divina del Verbo hecho carne abrió el cielo volviendo a hacer que el hombre pudiera gozar eternamente" (Diario T. 38, p. 128, abril 18, 1913).

"Inmortal es el alma que lleva en si la imagen de la Trinidad, el germen de la unidad y la tendencia a lo infinito, a lo divino, y por eso en la tierra no encuentra satisfacción completa" (Diario T. 38, p. 115, abril 15, 1913).

"Soy Yo hombre y si Yo no hubiera existido, el hombre tampoco hubiera existido. Ama Dios al alma como reflejo de la Trinidad y ama sólo al cuerpo por ser reflejo mío, hombre perfectísimo, tipo y modelo de todo hombre". (Diario T. 23, p. 249, julio 27, 1906).

A través de estos textos, espigados un poco al azar en el Diario de Conchita, encontramos los elementos de una antropología cristiana que nos presenta una solución al problema actual del hombre; a la luz de la fe de su bautismo, el hombre se le presenta como "una imagen de la Trinidad". Así se une a la corriente de los demás grandes maestros del pensamiento cristiano. San Agustín nos presenta el corazón del hombre insatisfecho mientras no descansa en Dios, porque ha sido creado para "gozar de la Trinidad". Siguiendo a San Agustín, Santo Tomás precisa: "La visión de la Trinidad en la Unidad es el fin y el fruto de toda nuestra vida". "Cognitio Trinitatis in Unitate est finis et fructus totius vitae nostrae" (III Sent. 29,8,1).

Como el Concilio Vaticano II, para comprender al hombre el diario espiritual de Conchita nos invita a mirar a Cristo. Cuanto mayor sea el parecido con El, tanto más se es plenamente hombre. (Cfr. G.S. No. 41).

Ascesis y Penitencia

La visión cristiana de la vida es realista. La fe nos descubre una humanidad pecadora. Todos los libros de la Biblia, desde el Génesis hasta el Apocalipsis, hablan del pecado, sin pesimismo desesperado pero con la conciencia de que el hecho central de la Revelación divina es el dogma de la Redención: "Cristo murió por nuestros pecados" (I Cor. 15,3). La predicación evangélica de Jesús y de los Apóstoles, al igual que la de los Profetas del Antiguo Testamento, es una incesante exhortación al arrepentimiento y a la penitencia. Por este motivo la espiritualidad cristiana se encuentra totalmente penetrada del espíritu de la Cruz y se expresa por medio de una antítesis vigorosa, base de todo el cristianismo y formulada por San Pablo: muerte y vida. La vida cristiana es una muerte al pecado y una vida en Dios, en comunión con el misterio pascual. Mientras más se muere al pecado más se resucita con Cristo, para la gloria del Padre.

La lucha contra el pecado está en el corazón de la doctrina de la Cruz como del Evangelio. El Señor lo ha recordado con vigor a Conchita: "Es la penitencia una gran virtud y el espíritu de penitencia es don gratuito que Dios da a quien le place". Su influencia es universal, no solamente para liberar al hombre del pecado sino para facilitarle la práctica de todas las virtudes: "A ti desde muy niña te fue dado. La penitencia es la muralla que protege la castidad. La penitencia desarma la justicia de Dios y la convierte en gracias: ella purifica a las almas, apaga el fuego del Purgatorio y en el cielo tiene un premio muy subido. La penitencia redime los pecados propios y ajenos. La penitencia es hermana de la mortificación y ambas caminan siempre unidas y de la mano. La penitencia ayuda al alma a elevarse de la tierra. La penitencia es la cooperación a la redención del mundo. La penitencia humilla al hombre y le infiltra el sentimiento íntimo de su bajeza y miseria. La penitencia lo eleva de la tierra haciéndole gustar delicias desconocidas y puras. Pero esta penitencia debe ser hija de la obediencia y existir en el alma, oculta a todas las miradas humanas" (Diario T. 6, p. 201-202, septiembre 24, 1895).

Todos los maestros de espiritualidad recuerdan la necesidad de un combate espiritual contra sí mismo y contra las tendencias que permanecen en cada uno de nosotros, aún después de una sincera conversión. Es preciso luchar hasta la muerte: "Tengo que trabajar para derribar a ese "yo" poderoso que se levanta a cada instante dentro de mí queriendo reinar. Gracias a la gracia lo siento ya débil y fácil para rendirse, pero yo quisiera matarlo y enterrarlo muy profundamente.

"De veras que es el peor enemigo nuestro para la perfección ese "yo" en su amor propio, gustos y comodidades: rendido él es nuestra plaza y entonces también será todo nuestro ese Jesús, que no entra donde hay otros huéspedes. Entonces será nuestro el Espíritu Santo que no forma sus nidos sino en la soledad de un alma pura. Entonces las miradas del Padre descansarán en la morada quieta y tranquila donde vea reflejarse su divina imagen, ¡Oh delicioso vacío, completo vacío el cual envuelve a todo un Dios! ¡Oh soledad y dichosa quietud, bendita entrega total de la criatura al Creador! ¡Oh verdadera pobreza espiritual perfecta en la cual el alma nada tiene de sí y lo que del Señor encierra no se lo apropia sino que humillada y agradecida lo vuelve al Dueño eterno de todas las cosas! Bienaventurados los pobres de espíritu porque con esta pobreza posee el cielo desde la tierra, puesto que se posee al mismo Dios". (Diario T. 10, p. 7-8, septiembre 5, 1897).

Pueden notarse dos cosas en este texto: siempre se presenta la doctrina de la Cruz con referencia al Espíritu Santo y en el espíritu de las bienaventuranzas.

En el hombre pecador la purificación de todo el ser humano prepara la unión divina. Los Padres del desierto formaban a sus neófitos en la pureza total para encaminarlos hacia la contemplación divina. Así toma todo su sentido la "pureza espiritual perfecta".

"Es la pureza espiritual perfecta no sólo la limpieza de cuerpo y mente, sino el depuramiento de todo afecto y efecto menos puro. Este es el grado más sublime de esta virtud divina: es lo que más acerca a la pureza angélica, es decir, a la semejanza de Dios. La pureza es el reflejo de Dios. La pureza en Dios es innata porque Dios es Pureza. Dios es un cristal sin mancha y nada menos que en esta transparencia divina (comprendo esto sin poder explicarlo) se ve reflejada la imagen de la Trinidad Santísima.

"Dios es luz... Dios es claridad... Dios es limpieza. La esencia de Dios es, repito la Pureza, porque la pureza es la esencia de la luz, de la claridad, de la limpieza. En donde hay pureza ahí está el reflejo de Dios, es decir, la santidad. De este foco de eterna pureza, Dios, brota la luz, la claridad, la limpieza angélica; y no brota la pureza de la luz, sino la luz de la Pureza: por esto en las almas puras se encuentra la luz del Espíritu Santo". (Diario T. 8, p. 162-163, diciembre 19, 1896).

Virtudes Cristianas y Dones del Espíritu Santo

El santo avanza hacia Dios "con pasos de amor", "gressibus amoris", dice san Gregorio. Cuando la Iglesia desea colocar a una persona sobre los altares a fin de que sea modelo para todos los demás miembros del Cuerpo místico, procede, a lo largo del proceso de canonización, al minucioso examen de la heroicidad de sus virtudes. El Señor mismo nos ha recordado esta ley fundamental: "Si alguno me ama, guardará mis mandamientos" (Jn. 14,15). Los libros del Antiguo y del Nuevo Testamento no cesan de recomendar al "justo" la práctica de todas las virtudes, no solamente de la fe, de la esperanza y de la caridad, sino de una multitud de otras virtudes: la paciencia, la longanimidad, la oración, la adoración, el respeto a las personas y a los bienes del prójimo. Yahveh, había promulgado el decálogo como código de la Alianza, el Sermón de la Montaña, carta magna de la perfección evangélica, animada por el Espíritu Santo, habla de los preceptos que hay que observar y de los vicios que deben evitarse. El eje de la santidad pasa por el ejercicio de las virtudes cristianas y de los dones del Espíritu Santo en el espíritu de las bienaventuranzas.

Es significativo señalar que el Señor tuvo gran cuidado en "dictar" a Conchita todo un tratado de Virtudes y de Vicios, acompañado de una exposición de las bienaventuranzas y de los dones del Espíritu Santo.

Ese tratado le fue "dictado" durante la tifoidea de su hija Concha: "Por aquellos meses de la enfermedad tan larga de Concha dictó el Señor aquellas virtudes que años atrás me había ofrecido, ¡Cuántas noches, velando a mi enfermita, frente a la Iglesia de la Encarnación y entre comuniones espirituales y actos de amor me hacía el Señor coger la pluma vaciándose El por su pobre criatura!" (Aut. I, 146-147).

De esta manera le dictó el Señor la descripción de noventa y tres virtudes y de ciento diez vicios, de las bienaventuranzas evangélicas y, un poco más tarde, de los dones del Espíritu Santo. El conjunto constituye una obra maestra práctica de espiritualidad.

No es posible aquí citar sino unos cuantos ejemplos espigados un poco al caso entre las virtudes teologales.

"Hoy, quiero hablarte de la fe"

"Hoy quiero hablarte de la fe". Entonces me vi envuelta y encantada entre una luz, pero en el entendimiento, más bien intelectual y en aquel recogimiento interno comencé a entender sobre la fe cosas divinas e inexplicables. Diré como pueda, así de feo, lo que entendí tan hermoso.

"La fe es el fundamento de la santidad; es una luz especial del cielo con que el alma ve a Dios en este mundo; es un rayo de luz que hiriendo el rostro de Dios lo hace visible al alma; es la vida, la fortaleza del espíritu; es el sol que lo calienta, lo ilumina, haciéndolo crecer siempre en perfección y santidad.

"Ama Dios tanto esta virtud, emanación directa de su misma divinidad, que el alma que la posee dispone, por decirlo así, de la voluntad de Dios, inclinándola a concederle lo que desea. Es una virtud a la que Dios no puede resistir, a la que tiene dado su poder, pero a

la fe, se entiende, del alma humilde.

"La fe es una antorcha que ilumina con su luz la oscuridad del espíritu; solo con esta luz camina el alma firme por en medio de las espinas de la vida de perfección. De manera que la fe espiritual perfecta es indispensable y el punto capital del alma que se entrega a la vida interior. Consiste esta fe espiritual perfecta en un traspasamiento de todo lo creado e increado, de todo lo natural y sobrenatural del alma, fijando su mirada firme en un solo punto: Dios, y jamás separándose de El en ninguna circunstancia de la vida y de la muerte. Y si esta fe en otras almas derrama su luz e influencia divina, en las almas espirituales como que la afirma más y lleva todos los actos y movimientos mas allá de la tierra, a esas regiones oscuras en donde ella se sustenta, haciéndola adquirir grandes méritos.

"La fe, aunque es luz, vive en la oscuridad, se envuelve en las sombras y pocas veces la mira el alma; irradia dentro de ella haciéndola conocer o vislumbrar los tesoros y las riquezas del espíritu, pero muy pocas veces se exterioriza. Esta vida de oscuridad que purifica y da luz a las almas es la que hace adquirir el hermoso título de mártires de la fe; porque, verás, la vida del espíritu es vida de martirios, es decir, vida de Cruz, aunque en el ejercicio de las virtudes.

"La fe rasga el velo de los Misterios y el alma que posee esta virtud toca, siente y a veces mira mi presencia real en la Eucaristía. Este es el Misterio de fe por excelencia, el Misterio del amor. El alma pura se ve arrastrada por este Misterio de fe y si no contempla en él la visión cara a cara, sí la deslumbra su esplendor, la consume su mismo ardor, y con la viveza de la fe se anonada ante el amor de un Dios que tan cerca contempla" (Diario T. 6, p. 236-239, octubre 31, 1895).

La virtud de la esperanza

"La virtud de la esperanza no es la que desea y pide ningún bien de la tierra, ni nombre, ni riquezas, ni honores: tiende su vuelo más alto y espera la posesión del mismo Dios, no por los méritos propios del alma, sino por los míos copiosísimos. El alma que posee esta santa esperanza se goza en ella, pero no por el bien propio que le resultará eternamente, sino que traspasando su bienestar justo y permitido pasa más allá y se regocija no en su gloria, sino en la gloria que por su pobre medio recibirá el mismo Dios.

"La virtud de la esperanza espiritual y perfecta consiste pues en suspirar constantemente por la posesión del Amado (no por el bien propio, sino por la gloria de Dios) trabajando prácticamente para dársela tomando y abrazando el Camino de la Cruz. Porque a este propósito me dijo Jesús: 'Como Yo soy tu Esperanza, también soy tu Camino. El que me sigue no anda en tinieblas, pero el Camino que Yo represento es la Cruz y el que quiera venir en pos de Mí, que se niegue a sí mismo, que tome su Cruz y que me siga, poniendo sus pies en mis huellas ensangrentadas'. Dice que esa Cruz es el edificio de la perfección: que ahí están los Misterios todos, los dones y los frutos del Espíritu Santo". (Diario T. 6, p. 250-251, noviembre 3, 1895).

Primacía del Amor

"El amor, dice, es la vida de toda oración y buena obra. Son muertas las obras del hombre y sus oraciones si no las acompaña el amor. El amor es fuego que todo lo inflama, fuego ardentísimo de Caridad divina que cuanto toca purifica. Cuando este amor santo se posesiona de un alma aviva en ella la fe y la esperanza, impulsándola a la práctica de todas las virtudes morales. El alma que me ama corre por los caminos de la perfección sin importarle las espinas que va pisando; llega pues a volar sin que para esto le impidan los

mil obstáculos que se le interponen; ella los traspasa con el ardor interno de la viva fe y de la santa esperanza.

Las virtudes teologales tienen su asiento y su desarrollo en el amor, la Caridad les da vida y las impulsa hasta el cielo. No tiene el mundo idea de la grandeza de estas tres virtudes teologales que se fundan en el amor divino. Las almas no me aman y por eso se pierden; y de las almas que me aman o se llaman mías, ¡qué pocas son las que me dan todo su corazón!, siempre, casi, recibo parte de él, pero entero, ¡cuán pocas veces! Y sin embargo, quiero que se me ame con todo el corazón, con toda el alma y con todas las fuerzas. El corazón humano se reparte con las criaturas, con el mundo y consigo mismo; el amor propio se lleva la mayor parte, vive de él y respira por él. Exijo Yo el amor sobre todas las cosas; lo he impuesto como mandamiento para hacer feliz al hombre y salvarlo, y a pesar de esto, aún pocas, repito, son las almas que llevan a cabo mi soberana voluntad. Yo quiero su bien y ellas lo resisten; Yo les presento un tesoro y ellas lo desdeñan; Yo les doy la vida y ellas corren a la muerte. Amar y sacrificarse: ésta es la única felicidad del hombre sobre la tierra. Amar y gozar, la eterna dicha del cielo.

"Para arrancar los vicios y practicar las virtudes es necesario sacrificarse, pero sacrificarse amando; el alma que esto hace me ama con todo el corazón y Yo seré su eterna recompensa. Dame amor de esta clase, dame almas que me amen en el dolor, que se gocen en la Cruz; de este amor está sediento mi corazón; quiero amor puro, amor expiatorio, amor desinteresado, amor sólido el cual casi no existe en la tierra, y sin embargo es el verdadero, el que salva, el que purifica y el que Yo exijo en mis mandamientos. A Mí no me satisfacen otros amores de oropel; todos ellos vanos, ficticios y aún culpables; sólo los que te dejo explicados.

"Amame como Yo te amé, en la Cruz interna desde el primer instante de mi Encarnación; ámame en el dolor y en el sacrificio amoroso; ámame por ser Dios y únicamente por complacerme; este amor anhelo y deseo. Feliz del alma que esto haga, Yo le prometo que desde la tierra comenzará a gustar las delicias del cielo" (Diario T. 15, p. 378, septiembre 11, 1900).

Voluntad divina y abandono total

Su cuadro de virtudes y de vicios contiene no solamente virtudes específicamente definidas, introduce también virtudes sintéticas que son como la armonía de varias virtudes. Así por ejemplo, incluye la voluntad de Dios y el abandono total.

La voluntad de Dios

"La voluntad divina es el broche de oro que encierra y lleva en su seno a todas las virtudes ordinarias y a las espirituales perfectas. Ella las diviniza y hace que brillen con más esplendor ante la presencia de Dios. Aquilata el valor de cada una en las balanzas eternas y baña a las acciones del alma pura con un tinte especial en que el Espíritu Santo se complace.

"Es la más grande de las virtudes que un alma puede llevar consigo esta sujeción total y perfecta a la voluntad santísima de su Dios y Señor. Implica esta virtud sublime la completa práctica de todas las otras virtudes. Ahí concluye la escala de las virtudes morales, y el espíritu raya en la perfección al tocar este punto culminante en la vida del espíritu.

"Añadió el Señor: 'No fue otra mi comida y bebida espiritual desde el primer instante de mi Encarnación, que esta voluntad divina, por la cual y dentro de la cual ardía mi Corazón

anhelando a todas horas su más perfecto cumplimiento. Por ella vine al mundo, por ella subí a la Cruz hasta concluir mi vida en el martirio más cruel. Ella endulzaba mi agonía y fue el único recreo de mi vida en mi paso por la tierra. Mil veces hubiera padecido por cumplirla. El amor activo y divino que en mi pecho ardía, su objeto principal elevaba a cumplir la voluntad divina en favor del hombre. La Redención no fue otra cosa más que el fiel cumplimiento de la voluntad divina. Su eco repercutía constantemente en el fondo de mi corazón amantísimo haciéndolo vibrar en favor de las almas y en glorificación hacia mi Padre.

"Hay un grado más alto en esta voluntad divina y consiste en el abandono completo dentro de esta misma voluntad de Dios. Este abandono llega totalmente a la cumbre más elevada de la perfección: es el peldaño más alto de toda virtud" (Diario T. 13, p. 377-379, junio 6, 1900).

El método es claro, fruto de una sabiduría divina comunicada por la experiencia de las cosas de Dios, bajo la moción personal de los dones del Espíritu. En un breve y sabroso tratado de los siete dones, los analiza uno por uno de esta misma manera igual que al presentar las Bienaventuranzas evangélicas.

El Amor es todo

No hay rastros de dolorismo en esta espiritualidad de la Cruz en la que el sufrimiento es la expresión suprema del amor.

Todo empieza y se consume en el amor por la presencia vivificante y continua del Espíritu Santo. El largo tratado de virtudes y de vicios, de los dones del Espíritu Santo y de las Bienaventuranzas, se concluye con la afirmación rotunda del valor único del amor. Lo cual es muy significativo y entronca con la corriente del más puro Evangelio.

Cuando el Señor terminó sus "dictados", Conchita escribió en su Diario, subrayando su convicción personal: "El amor es el que da vida a todas las virtudes y obras buenas: **EL AMOR ES TODO**". (Diario, T. 15, p. 395, 19 de septiembre de 1900).

La Encarnación Mística

Al subrayar el valor único del amor, Conchita apunta a lo más esencial del Evangelio: "amarás a Dios con toda la mente, toda la voluntad y todas las fuerzas" es el primer mandamiento al cual todo se orienta: la Ley y los profetas. Los maestros espirituales han descrito las tres etapas clásicas de esta ascensión a Dios por medio del amor.

Santo Tomás de Aquino, siempre cuidadoso de explicar las cosas por sus causas, ha sabido enlazar estas tres fases con otros tantos efectos del amor.

--en los principiantes el esfuerzo primordial es desechar el pecado y las imperfecciones, purificarse de las faltas pasadas y librarse de ellas en adelante: el primer efecto del amor es luchar contra los obstáculos;

--en los proficientes el amor se dedica ante todo al ejercicio de las virtudes, medios indispensables para nuestra unión con Dios.

--en los perfectos el amor descansa en su término: el gozo de las tres Personas divinas y la consumación en la unidad de la Trinidad (Cf. III Sent. 29, 8, 1).

Los grandes místicos han descrito extensamente estas etapas superiores de la vida espiritual. Así los dos maestros incomparables del Carmelo: san Juan de la Cruz y Teresa de Avila. En forma no menos genial santa Teresa de Lisieux ha simplificado todo en el amor. Si, no son solamente dos los grandes doctores que el Carmelo ha entregado a la Iglesia, sino tres y de primera magnitud.

La unión transformante no es uniforme. Hay mil formas o más bien una infinidad de realizaciones posibles, de acuerdo con la libertad creadora del Espíritu de Dios y las diversas necesidades, siempre cambiantes, en las diversas épocas del Cuerpo místico de Cristo.

Conchita nos presenta un nuevo tipo de unión transformante. También ella experimentó la nostalgia de Dios y de las cumbres. Adolescente aún, subió rápidamente los primeros peldaños de la vida espiritual. A los diecinueve años, después de la muerte de su hermano Manuel, se estabiliza, primero en su vida de jovencita, después como recién casada, en la firme y resuelta exclusión de todo pecado y en la ascensión hacia Dios cada vez más heroica. En 1894, a los treinta y un años, después de haber grabado el monograma de Jesús en su pecho, tuvieron lugar los desposorios espirituales (23 de enero de 1894) y tres años más tarde (9 de febrero de 1897) el matrimonio espiritual, sobrepasado más tarde por la encarnación mística (25 de marzo de 1906), la cual "más allá" del matrimonio espiritual, es una forma superior de "unión transformante", ya que existe una infinidad de grados posibles de unión entre la criatura y Dios.

Los especialistas de la vida mística deberán examinar minuciosamente este punto que abre nuevos horizontes a las ciencias de la vida espiritual.

La encarnación mística, a pesar de ser tan poco frecuente, es una gracia de transformación en Cristo recibida en germen en el bautismo.

En 1913, cuando Conchita fue examinada en Roma, el Señor, le manifestó el sentido profundo de la encarnación mística:

La encarnación mística es una gracia de transformación en el Crucificado.

"La encarnación mística es una gracia transformativa en el sentido de asimilar a la criatura con su modelo Jesús, que soy Yo. Es gracia transformante unitiva que no repugna en nada con las infinitas misericordias mías. El Verbo hecho carne toma posesión íntima del corazón de la criatura como tomando vida en él por cuanto a la unión transformativa, aunque siempre dándole Él la vida, esa Vida de la gracia, asimilante por medio de la inmolación principalmente. Encarna, nace, crece y vive en el alma Jesús, no en el sentido material, se entiende, sino por la gracia unitiva y transformante. Es muy especial este favor y el alma que lo recibe siente más o menos periódicamente los pasos de la vida de su Jesús en ella. Se marcan estas etapas de vida siempre envueltas en dolor, en calumnias y humillaciones, en sacrificio o expiación, que esa fue la vida de tu Jesús en la tierra".

"Cuando el Espíritu Santo toma un alma de este modo, le va imprimiendo poco a poco la fisonomía de Jesús, en ese sentido que te dejo dicho. De suerte que al decir encarnación mística debe considerarse que el alma entra en un período de gracias transformativas que la llevarán, si corresponde, a la identificación de su voluntad con la mía, a simplificarla, para que la unión con Dios sea la más asimilable posible.

Este es el fin que la encarnación mística con que el Espíritu Santo regala a ciertas almas.

"En concreto, la encarnación mística no es más que una gracia potentísima transformativa que simplifica y un, por medio de la pureza y de la inmolación con Jesús haciendo al alma, a toda la criatura, en lo posible, semejante a El. Con este parecido del alma con el Verbo hecho carne, el Padre eterno se complace; y el papel de Sacerdote y Víctima que tuvo Jesús en la tierra se le comunica a esta alma para alcanzar las gracias del cielo sobre el mundo. Porque mientras más un alma se asemeja a Mí más el Padre eterno la escucha y no por lo que ella vale, sino por el parecido y unión Conmigo y con mis méritos, que es lo que vale para alcanzar gracias" (Diario T. 38, p. 591-592, diciembre 11, 1913).

La encarnación mística, en resumen, es una gracia de identificación con Cristo, Sacerdote y Hostia, por la cual quiere continuar en los miembros de su Cuerpo místico su misión de glorificador del Padre y de Salvador de los hombres; es una gracia especial de transformación en el alma sacerdotal de Cristo.

Este es el tipo de unión transformante descrito por *la doctrina de la Cruz*.

La ofrenda de amor

El acto principal de la encarnación mística es una oblación realizada no en los actos sino en un mismo impulso indivisible: la oblación de Cristo a su Padre y en unión con El, por El y en El la ofrenda total de nuestra propia vida para la salvación del mundo y la mayor gloria de la Trinidad; el movimiento principal consiste en la oblación del Verbo a su Padre, acompañada de la ofrenda personal e inseparable de nosotros mismos, oblación sin reserva, constantemente renovada, de todo nuestro ser a lo largo de todas las etapas de nuestra vida espiritual, en unión con Cristo.

En muchas ocasiones el Señor explicó claramente a Conchita este doble aspecto de la única ofrenda de amor de Cristo con su Iglesia. Esta ofrenda de amor, quintaesencia de la espiritualidad de la Cruz es una oblación indivisible del Verbo encarnado y de todos los miembros de su Cuerpo místico. En la Cruz Jesús estaba solo en la ofrenda a su Padre en expiación por todos los pecados del mundo; ahora El se ofrece con toda la Iglesia,

consciente de la unidad de esta oblación de amor del Cristo total. "El Verbo sólo se encarnó y se encarna místicamente en las almas para ser sacrificado. Es el fin de todas las encarnaciones místicas... Tu Verbo acaba de encarnar místicamente en tu corazón... para ser sacrificado constantemente en un altar, no de piedra, sino en un templo vivo del Espíritu Santo, por un sacerdote y por una víctima que por gracia inconcebible ha recibido el amor de participación del Padre. Quiere el Padre que Yo, unido con tu alma de víctima, haga que me sacrifiques e inmoles con ese su mismo amor en favor de un mundo que necesita una conmoción y una gracia de esa naturaleza para volver en sí, abrazarse de la Cruz y salvarse" (Diario T. 28, p. 129-131, octubre 22, 1907).

El alma así crucificada está llamada a vivir, no en las perspectivas estrechas de sus preocupaciones cotidianas, sino en unión con Cristo y la mirada abierta a los amplios horizontes de la redención del mundo. Su vida recibe un valor proyectado a lo infinito; aún cuando sea tan poca cosa en sí misma ella posee un valor infinito de glorificación de Dios y de salvación de todos los hombres a causa de su unión con la Persona misma del Verbo encarnado, Sacerdote y Víctima. De aquí brota el incalculable valor apostólico de esa vida. Es el secreto de la fecundidad sin límites de la comunión de los santos. La existencia oscura y silenciosa de la Madre de Dios en el atardecer de su vida, en beneficio de la Iglesia naciente, revestía un inmenso valor corredentor en la aplicación de los méritos de Cristo, incomparablemente superior a todos los trabajos de los apóstoles y a los sufrimientos de todos los mártires.

"La encarnación mística lleva por fin el que me ofrezcas en tu corazón como víctima expiatoria, a cada instante, deteniendo la justicia divina y alcanzando gracia del cielo". (Diario T. 35, p. 25, febrero 2, 1911). Cristo y la Iglesia son uno solo en la misma Obra de Redención y de glorificación.

Conchita lo había comprendido perfectamente y había hecho de este ofrecimiento del Verbo para la gloria del Padre y del ofrecimiento constante de sí misma por amor, el todo de su vida.

"Este es mi Cuerpo"

"Volví a ofrecerme a la voluntad de Dios y le dije:

"Señor: acepto esa gracia de la encarnación mística con todas sus derivaciones de gozos y penas porque Tú así lo quieres, no porque soy digna.

"Insistiendo en que El me indicara el modo de usar de esa gracia me dijo: "El fin principal de esta gracia es la transformación, uniendo tus querer a los míos, tu voluntad a la mía, tu inmolación a la mía. Debes, toda pura y sacrificada en tu cuerpo y en tu alma, ofrecerte y ofrecerme al Padre celestial a cada instante, a cada respiración a ser posible, en favor primeramente de mis sacerdotes y de mi Iglesia, de las Obras de la Cruz, del mundo entero, de los buenos y de los malos. Debes transformarte en caridad, es decir en Mí, que soy todo caridad, matando al hombre viejo y teniendo conmigo un solo corazón y sentir.

"Este es mi Cuerpo, esta es mi Sangre, le repito Yo a cada momento en los altares al Eterno Padre: pues hazte digna en lo posible de ofrecer tu cuerpo y tu sangre y tu alma y cuanto eres, como alguna vez te dije, en esa inmolación continua en favor del mundo. Reproduce mi vida en ti, pero con el tinte del sacrificio, siendo un vivo holocausto para mi gloria. Sola nada vales pero en mi unión cumplirás tu misión en la tierra salvando almas en el secreto holocausto que sólo Dios ve.

"El fin de la encarnación mística es fundir mi vida en ti, en todos los pasos de la tierra. Déjate hacer, te dije un día y ahora te lo repito. Déjame vaciarme en ti, identificarte conmigo, transformarte por medio de mi vida divina en tu corazón, poseerte, simplificarte en Dios, en esa Unidad sin partes, por medio del Espíritu Santo. Todo eso quiero de ti por mis altos fines. Mira: si correspondes serás el canal de muchas gracias para el mundo, porque no serás tú sola quien pidas y te inmoles, sino Yo en ti atrayendo los dones y los carismas para las almas. Tú debes salvar muchas almas, llevarlas a la perfección, atraer vocaciones, alcanzar muchos celestiales favores a los sacerdotes, pero por este medio que te he dado, es decir por medio del Verbo con el Espíritu Santo" (Diario T. 39, p. 166-169, junio 30, 1914).

Esta ofrenda de amor es la quintaesencia de la espiritualidad de la Cruz.

"Quiero que seas mi hostia y que tengas intención renovada muchas veces de noche y de día de ofrecerte en mi unión, en todas las patenas de la tierra: que transformada en Mí por el dolor, por el amor y por las virtudes, se levante al cielo este grito de tu alma en mi unión: 'Este es mi Cuerpo, esta es mi Sangre'. Así, unificada por el amor y por el dolor con el Verbo hecho carne, y con sus mismas miras de caridad alcanzarás gracias para el mundo ofreciéndome y ofreciéndote por el Espíritu Santo y con María al Eterno Padre.

"Mira, este es el fin, la esencia de mis Obras de la Cruz: un conjunto de víctimas, unidas a la gran víctima, Yo, toda pura y sin levadura de concupiscencias, todas reflejando en sí mismas mi pasión, para que se levante al cielo un grito unánime que diga: 'Este es mi Cuerpo, esta es mi Sangre'. Es decir, transformarse en sacerdotes en unión del Sacerdote eterno, ofreciendo al cielo por la Iglesia y los sacerdotes sus hermanos, unos cuerpos crucificados, formando un solo cuerpo con el Mío, una sola sangre expiatoria e impetratoria con la mía, como miembros que son del que es la Cabeza, Cristo tu Redentor... Una hostia, una víctima, un sacerdote que se inmole y me inmole en tu corazón en favor del mundo. El Padre recibirá esta ofrenda que le presente el Espíritu Santo con agrado y lloverán las gracias del cielo en la tierra".

"Este es el núcleo, el globo, el conjunto concreto y esencia de la perfección en mis Obras de la Cruz. Claro está que mi inmolación basta y sobra para aplacar a la divina justicia de Dios, pero el cristianismo neto, la flor del Evangelio, ¿qué otra cosa es o a qué tiende sino a unir las víctimas en UNA, los dolores y las virtudes y los méritos en ese UNO que soy Yo para que tengan valor y alcancen gracias?; ¿qué otra cosa pretende el Espíritu Santo en mi Iglesia sino esa unificación conmigo de voluntades, de sufrimientos, de corazones en un mismo corazón que es el Mío? ¿A qué otra cosa tendió toda mi vida sino a formar ese UNO conmigo por la caridad, por el amor? ¿A qué bajó al mundo el Verbo sino a formar con su carne inmaculada y con su sangre purísima una Sangre que expiara y alcanzara gracias? ¿Qué otro objeto tiene la Eucaristía sino unificar los cuerpos y las almas conmigo transformándolos y divinizándolos?"

"Y no tan sólo en los altares de piedra sino en los corazones, templos vivos del Espíritu Santo debe ofrecerse al cielo esta Víctima asimilándose, siendo las almas también hostias, siendo también víctimas... y Dios se conmoverá". (Diario T. 40. p. 289-295, junio 6, 1916).

En definitiva: la ofrenda de amor es el ejercicio continuo del "sacerdocio regio" del Pueblo de Dios.

Si releemos atentamente los textos bíblicos y los pasajes clásicos de san Pedro y de san Pablo sobre el "sacerdocio de los fieles" veremos que esta doctrina es la esencia misma del cristianismo.

San Pedro recuerda a los primeros cristianos su "sacerdocio santo", en vista de ofrecer sacrificios espirituales agradables a Dios por Jesucristo (I P 2, 5). "Vosotros sois una raza elegida, sacerdocio regio, nación santa, pueblo adquirido, para anunciar las alabanzas de Aquel que os ha llamado de las tinieblas a su luz admirable, vosotros, que antes no erais pueblo, sois ahora el Pueblo de Dios" (I P 2. 9-10).

San Pablo, por su parte, exhorta a los discípulos de Cristo "a ofrecer sus personas como hostia viva, santa, agradable a Dios" (Rm. 12, 1). Mejor todavía: "Sed, pues, imitadores de Dios como hijos amados y andad en el amor como también Cristo nos amó y se entregó a sí mismo por nosotros, ofrenda y sacrificio a Dios en olor fragante" (Ef. 5, 12).

Esta doctrina del "sacerdocio regio" de todo el Pueblo de Dios fue uno de los puntos culminantes del Concilio Vaticano II. Es impresionante la identidad de algunas de las expresiones conciliares con los textos mismos de Conchita. La concordancia, aún verbal, es notable.

"Es pues la celebración eucarística el centro de la congregación de los fieles que preside el presbítero. Enseñen los presbíteros a los fieles a ofrecer al Padre en el santo sacrificio de la misa la víctima divina y a ofrecer la propia vida juntamente con ella" (P. O. No. 5).

Nos sentimos aquí en el corazón mismo del cristianismo, y cómo un mismo Espíritu anima la fe de todos.

+ + +

"Mi doctrina es siempre universal", declaraba el Señor poco tiempo después de la encarnación mística. Conchita era consciente de esta catolicidad de la doctrina de la Cruz. En el prólogo de su opúsculo sobre las virtudes perfectas (Arco Iris) destinado a la formación de las contemplativas de la Cruz apuntaba que sus páginas estaban también destinadas a todas las demás religiosas porque el "espíritu de la Cruz: es el Evangelio". Juicio que será ratificado por Jesús mismo más tarde, como lo hizo con santo Tomás de Aquino hacia el final de su vida.

"La doctrina de la Cruz es salvadora y santificadora: su fecundidad asombrosa, porque es divina. En ella está el germen de muchas vocaciones, de grandes santidades, pero está inexplorada. No fue dada esta doctrina de la Cruz para que esté oculta, oprimida, sino para que se extienda, enfervorice y salve... Tesoros ocultos ha puesto ahí mi bondad: pero ¿acaso para que quede esa luz bajo el celemin? No, que esa doctrina santa de la Cruz, que es mi Evangelio, debe esparcir su fecunda semilla y Yo te prometo que germinará y que dará frutos para el cielo... Esta preciosa mística, salida de mi corazón, deshará muchos errores espirituales y aclarará muchos puntos oscuros, llenándolos de brillante luz". (Diario T. 54, p. 8-11, noviembre 18, 1929).

Es, pues, el mismo Cristo quien vino a marcar esta doctrina con el sello supremo de la Verdad: "La Doctrina de la Cruz: es mi Evangelio".

Su Horizonte Mariano

Intuición genial, o más bien inspiración divina la del Concilio Vaticano II al haber hecho pasar el misterio de María del plano puramente devocional al plano dogmático de la historia de la salvación, indisociable del misterio de Cristo y de su Iglesia. El papel central de la Madre de Jesús en la Obra de la Redención se destaca claramente en el Calvario, cuando Cristo pronunció estas palabras creadoras: "He aquí a tu Madre". Todas las generaciones cristianas y todos los pueblos la han reconocido como su madre.

México, particularmente, desde las célebres y milagrosas apariciones de la Madre de Dios al pobre indio Juan Diego, la venera con un fervor excepcional como Madre de la Nación. Para comprender la devoción filial, extraordinaria hacia la Virgen de la colina del Tepeyac, Nuestra Señora de Guadalupe, es preciso haber estado en su Basílica. Cuántos peregrinos llegan allí rendidos por la fatiga. Acuden de toda América. En los momentos difíciles de su vida cada mexicano toma como dichas para sí las palabras de María al pobre indio, su hijo: "¿No estoy yo aquí que soy tu Madre?"

Conchita, Hija de México, espiritualmente formada en el ambiente mariano característico de su patria; nos muestra a la Sma. Virgen de Guadalupe siempre presente en su vida.

Acudía a menudo, sola o con su marido y sus hijos, al santuario mariano para "vaciar allí su corazón", como una hija con su madre. (Diario, marzo 24, 1894).

Su Diario nos la presenta recurriendo constantemente a María en sus penas y en sus alegrías hasta el fin de sus días. La devoción filial a la Madre de Dios tiene raíces profundas, en lo más íntimo del corazón mexicano.

Las Obras de la Cruz nacieron bajo la protección maternal de Nuestra Señora de Guadalupe. Su imagen estuvo en la pobre y humilde capilla del primer Oasis de las Contemplativas de la Cruz; los Misioneros del Espíritu Santo fueron fundados en la Capilla de las Rosas, en el lugar de la última aparición de la Madre de Dios; y el mismo día de la Coronación Pontificia de Nuestra Madre de Guadalupe se erigió en la cumbre del Tepeyac el símbolo de las Obras de la Cruz, la Cruz del Apostolado, que desde entonces domina toda la ciudad de México.

Toda la vida espiritual de Conchita está envuelta en el amor a la Madre de Dios. Recordando sus primeros años escribe: "Sentimientos muy tiernos me los dio el Señor para con la Sma. Virgen. En los caminos guardaba yo silencio encantándome repetir, pensando en lo que decía, oraciones y plegarias a esta Virgen benditísima: fue una devoción que me infundió mi buena madre en sus rodillas" (Aut. I, 30).

La verdadera devoción a María es:

-consagración y entrega: desde las primeras páginas de su Diario escribe: "María, mi Madre querida y tierna me consagro a ti de una manera especial para servirte siempre"...

--es sobre todo imitación de sus virtudes: "Jesús me dijo: la criatura más santa y perfecta que en el mundo ha existido fue María; ¿y sabes por qué? Porque correspondió desde el primer instante de su ser a las inspiraciones del Espíritu Santo... María es la mejor maestra de la vida espiritual (Diario T. 6, p. 192-193, septiembre 22, 1895).

Su horizonte Mariano

La piedad de Conchita es esencialmente dogmática. Gusta de contemplar a la Madre de Jesús dentro del plan eterno de Dios y en su desarrollo histórico a través de los principales misterios de la salvación. Su mirada de fe la descubre ya en su preexistencia eterna en el pensamiento de la Trinidad. El Señor le explica así este misterio: "Para ti hay existencia, para Dios todo es preexistente: en El no hay tiempo. Ya María era desde toda la eternidad, porque la había forjado en su entendimiento la Trinidad misma: ya era su delicia: un ideal realizado al concebirlo, porque así son las cosas en Dios, que al preconcebir las son realizadas. Ya María era la Reina de los cielos..."

"Era bella con la belleza de un Dios . . . virgen con la fecunda virginidad de la Trinidad... criatura sin mancha y perfectísima... alma preservada ya en el seno del Padre, que jamás sería contaminada, ¡qué digo!, ni tocada con sombra de pecado. Era ya ahí, desde aquella eternidad, Hija, Esposa y Madre, recreándose las tres divinas Personas en aquella obra perfectísima, que maravillaría al cielo y a la tierra en todos los siglos..."

"¡Qué grande es María en sus múltiples perfecciones y sobre todo en la Encarnación virginal del Verbo, que desde la eternidad la preparó! Enamorada la Trinidad de esa criatura incomparable, por eso, el Verbo se hizo carne... Él la preparó con todas las gracias y primores del Espíritu Santo, con la abundancia de un Dios, para hacerla su templo vivo". (Diario T. 23, p. 175-176, julio 23, 1906).

El misterio de la Encarnación del Verbo y de la maternidad divina es el centro de la reflexión mariana de Conchita.

Después de la Encarnación, el misterio del Gólgota es el que ocupa preferentemente su pensamiento. El Señor se lo ha explicado claramente: "Ella, al pie de la Cruz, vio nacer mi Iglesia y aceptó en san Juan a todos los sacerdotes, en su corazón, en lugar Mío, y además a la humanidad entera, como su Madre" (Diario T. 51, p. 310, abril 8, 1928).

Uno de los temas más familiares de su contemplación es el de la participación de María en nuestra redención, por la Cruz: "Hoy volví a entender las penas indecibles del corazón purísimo de María, la única que leía y comprendía los padecimientos internos, los sufrimientos de su Hijo divinísimo... cómo sólo Ella sabía medir sus penas, entender su pureza, su inocencia, sentir también el peso infinito de la ingratitud humana que llevaba sobre sí."

"María vivió una vida de dolor inocente, que en unión de su santísimo Jesús alcanzaba gracias para los culpables... María, desde que aceptó la divina Encarnación, no se separó de su mente el plan divino y, lacerado su purísimo corazón de Madre, contempló, resignada al martirio, al Mártir inocente y divino."

"La vida de esta Virgen Madre fue la vida más crucificada después de la de Jesús... la meditación constante del futuro siempre tenía lacerada a su alma en aquella casita de Nazareth. ¡Quién hubiera visto a aquellos purísimos Corazones viviendo al parecer una vida común y llevando en sí el martirio más cruel por la salud del género humano!, ¡oh María tuvo inmensa parte de la redención del hombre!, ¡qué grande es María y cuánto le debemos!" (Diario T. 10, p 274-275, septiembre 1º, 1898).

"María, impregnada de todos los misterios toma parte muy activa en el concurso de la Iglesia, en implorar perdones y derramar gracias" (Diario T. 49, p. 93, octubre 6, 1927).

Conchita admira en María a la criatura "que está más cerca de Dios porque es la más pura criatura que ha existido y existirá... Vi, cómo ni un pequeño polvo manchó su purísima alma... cómo prevenida con la gracia jamás desperdició una sola, cooperando siempre sobre todo con la humillación y el dolor". (Diario T. 10, p. 169, agosto 29, 1898).

El Concilio Vaticano II se empeñó en ponderar el lugar de María en el plan divino, en el interior de la Iglesia, pero en la cumbre: "aventaja con creces a todas las otras criaturas, celestiales y terrenas" (L. G. N° 53), "después de Cristo ocupa en la santa Iglesia el lugar más alto y a la vez el más próximo a nosotros" (L. G. N° 54). El Señor se complacía en descubrir a Conchita la grandeza divina de su Madre: "María es después de la Trinidad y de mi gloriosa Humanidad la más grande criatura que existe y que podrá existir en el cielo, porque Dios con ser Dios no podrá hacer cosa más digna, más perfecta, ni más hermosa, pues que lleva en su ser el reflejo de todas las perfecciones de Dios comunicadas. Por esto la gloria que en el cielo tiene María excede a toda la de los ángeles y santos". (Diario T. 24, p. 42, agosto, 1906).

"Ella también perteneció a la Iglesia militante..., es ahora la depositaria de los tesoros de la Iglesia, como en la tierra lo fue del Verbo hecho carne, en donde se reúnen y de donde brotan todos esos tesoros" (Diario T. 41, p. 102, febrero 27, 1927).

Así el panorama mariano de Conchita coincide con los horizontes del Vaticano II. Contempla a María en el desarrollo del plan divino. Pablo VI hacía notar, con razón, que jamás la Iglesia había contemplado a María en el interior del misterio eclesial en una síntesis tan vasta y poderosa (Discurso de clausura, noviembre 21, 1964). Esta mirada de sabiduría ordena todo su misterio desde las cumbres como un faro luminoso que dirigirá todos los progresos de la doctrina mariana del futuro.

La Virgen de la Cruz

En todos los santos la intimidad con María reviste la actitud y la forma de su gracia personal. Teresa de Lisieux dirá de María: "Ella es más Madre que Reina". Bernardita venerará en Ella a la Inmaculada. Conchita, desde su "óptica característica", contempló a María en el misterio de su asociación íntima a la Cruz de su Hijo para la gloria del Padre en la salvación del mundo. Para Conchita, la Virgen María es ante todo la Virgen de la Cruz.

Ya desde el principio de su Diario se nota este atractivo de gracia: "Mucho me impresionaron los sermones sobre los dolores de la Sma. Virgen... La Pasión de Jesús fue la Pasión de María, sólo Ella comprendió aquel grito de Jesús en su abandono. La medida del dolor es la del amor y la medida del amor es la de la gracia y María está llena de gracia, de amor y de dolor. Yo me enamoré anoche de la Virgen Dolorosa" (Diario T. 1, p. 347-348, marzo 17, 1894).

La gracia central de la vida de Conchita: la encarnación mística le hizo descubrir los sentimientos más íntimos de la Madre de Dios. Consagrada totalmente a la persona y obra de su Hijo, sirviendo al misterio de la redención con El y bajo El, cooperando a la salvación de los hombres con fe y obediencia libres.

La Virgen de la Encarnación es la Madre de Jesús Sacerdote que al entrar a este mundo dice: "He aquí que vengo a hacer tu voluntad" (Heb. 10,5.7). La misión propia de María en la salvación es tan inseparable de su maternidad divina como la función redentora de Cristo es inseparable de su Encarnación.

"María fue la escogida entre todas las mujeres para que en su virginal seno se obrara la Encarnación del Divino Verbo y desde aquel instante Ella, la sin mancha, la Madre Virgen, la que aceptó con el amor y la sumisión más grande que ha existido en la tierra hacia mi Padre, no cesó de ofrecermelo a El cómo víctima que venía del cielo para salvar al mundo, pero crucificando su corazón de Madre a la divina voluntad de ese Padre amado.

"Y me alimentó para ser víctima consumando la inmolación de su alma al entregarme para ser crucificado. Y un mismo sacrificio era el Mío en la Cruz, como el que se obraba en su corazón..."

"Siempre María me ofreció al Padre, siempre hizo oficio de sacerdote; siempre inmoló su Corazón inocente y puro en mi unión para atraer las gracias de la Iglesia" (Diario T. 59, p. 282-283, abril 6, 1928).

Su Misterio preferido: La Presentación de Jesús al Templo

Nada es más revelador del secreto interior de un místico como el adentrarse en su experiencia espiritual y colocarse en su perspectiva personal. Su gracia propia se manifiesta en su diversa actitud ante los misterios de la vida de Cristo y de María.

A primera vista, ya que la "encarnación mística" es la gracia central de Conchita, pudiera pensarse que el misterio de la Encarnación fuera el centro de su contemplación mariana, sin embargo su misterio preferido es la Presentación de Jesús al Templo.

Encontraba en este misterio privilegiado la actitud fundamental de la encarnación mística y de la ofrenda de amor, quintaesencia de la doctrina de la Cruz: la oblación del Verbo a su Padre y la ofrenda total de sí misma por amor en unión con Cristo, pero por las manos de María.

El 2 de febrero de 1907 el Señor decía a Conchita: "El misterio que se celebra hoy concreta tu misión, la cual es ofrecer constantemente la Víctima en tu corazón, para que sea inmolada en favor del mundo. El dolor que esto produce es un dolor santo, sublime, especial y purísimo, porque no entra en él la criatura buscándose a sí, sino que sufre sólo por mi sufrir y esta es la perfección del dolor y del amor.

"Yo debo ser ofrecido por ti, a cada instante, como víctima en favor de los demás; unificándote tú a la gran Víctima con todas sus propiedades; Como fue el de María con sus mismas virtudes y cualidades. Imítala, estúdiala y modela tu corazón con esta bella imagen" (Diario T. 25, p. 124-128, febrero 2, 1907).

A lo largo de su Diario encontramos el recuerdo de este misterio: "Febrero 2. La Purificación. Misterio tierno y lleno de enseñanzas para mi alma. Ese, me ha dicho el Señor que es mi papel, que purificada lo ofrezca al Eterno Padre constantemente, en favor de la salvación del mundo" (Diario T. 38. p. 19).

"Febrero 2, 1922. La Presentación. Es mi día, cuántas veces, hasta en los misterios del rosario, cuando toca éste, he llorado de dolor y de amor" (Diario T. 44, p. 24 A)

Es interesante observar que la gran reforma litúrgica prescrita por el Vaticano II, al substituir la fiesta de la Purificación de María y la Candelaria, por la Presentación de Jesús al Templo, le ha restituido su verdadero sentido. No es ésta solamente la Fiesta de la Luz, simbolizada en los cirios encendidos, en recuerdo de Cristo, "Luz de las naciones": es ante todo el cirio que se consume ante Dios, simbolizando la oblación del Verbo encarnado ofreciéndose al Padre para su gloria y para la salvación de los hombres. Este año el Papa Pablo VI ha querido celebrar este rito él mismo, subrayando la significación profunda y nueva de esta ceremonia litúrgica: la oblación del Verbo, y con El, la de su Cuerpo místico, por las manos de María, Madre de la Iglesia y de todo el Pueblo de Dios.

Soledad de la Madre de Dios

El aspecto más original de Conchita en la contemplación de María fue el de penetrar bajo la luz del Espíritu Santo en la profundidad de su asociación a la Obra Redentora de su Hijo durante los últimos años de su vida terrestre.

El Vaticano II afirma que "la Tradición Apostólica va creciendo en la Iglesia con la ayuda del Espíritu Santo, es decir, crece la comprensión de las palabras e instituciones transmitidas cuando los fieles las contemplan y estudian repasándolas en su corazón (cfr. Lc. 2,19.51), cuando comprenden internamente los misterios que viven" (Const. "Del Verbum" No. 8). La experiencia mística de los espirituales es un camino a la explicación de la fe.

El aspecto nuevo de la doctrina mariana según la espiritualidad de la Cruz está en la imitación de la soledad de la Madre de Dios, en los últimos años de su existencia sobre la tierra, cuando su vida espiritual había alcanzado el grado máximo de amor que le permitió obtener por medio de su martirio interior, hasta ahora insospechado, la aplicación a la Iglesia de todas las gracias merecidas por Cristo, necesarias a la Iglesia como institución y a cada uno de sus miembros hasta el final de los tiempos.

La palabra "soledad" es intraducible; significa a la vez "soledad", "aislamiento" y martirio silencioso en la pura fe, en la ausencia aparente de Dios y de su Hijo que ha partido al cielo, en una suma inconmensurable de sufrimientos que se miden por la plenitud siempre creciente de su amor inmenso.

"Debo imitar a María en su soledad"

A partir de 1917, en el transcurso de los últimos veinte años de su vida, por inspiración divina, se vio desarrollarse en Conchita una forma nueva de devoción mariana: la imitación de la "soledad" de la Madre de Dios, en el atardecer de su existencia terrena en el momento en que la vida de amor de la Madre de Dios alcanzaba el máximo de su plenitud, en beneficio de la Iglesia naciente y de todos los combates de la Iglesia peregrinante y militante hasta el fin de los siglos.

"Dios me quiere sola, mi papel ahora es el de la soledad. Debo acompañar a María, imitar a María en su soledad, en la última parte de su vida" (Diario T. 41, p. 45, febrero 14, 1917).

"Que María sea tu modelo"

En mi vida espiritual para con las almas, nunca mi Madre se aparta de Mí; es decir, tiene que ser simultánea la imitación de nuestras vidas en la tierra, aunque la suya estuvo fundida en la Mía. Y así como Yo fui Redentor, Ella fue la corredentora y las almas que más la aman y que más a Ella se asemejan son las que con más perfección toman mi parecido.

"Tú tienes que imitarla en las virtudes, te he dicho siempre sobre todo en la humildad y pureza de corazón. Estudia las que practicó en su soledad y en la última etapa de su vida, siempre con su mirada y toda su alma puestas en el cielo, dándome, en su ocultamiento, gloria en la tierra".

"Con su pasión de cielo, es decir, con su pasión de amor anhelando el cielo, alcanzaba las

gracias del cielo para la naciente Iglesia" (Diario T. 41, p. 62-63, febrero 18, 1917).

"Ha comenzado una nueva etapa de tu vida"

"Cada vez que María, mi Santísima Madre sentía el dolor de mi ausencia en cualquier forma (que era continuamente) luego lo ofrecía al Padre por la salvación del mundo y de la naciente Iglesia. Ese apostolado del dolor (que es el de la cruz) en Ella, en el tiempo de su soledad, fue el más fecundo e hizo al cielo derramarse en gracias".

"Así tú: has comenzado en esta nueva etapa de tu vida un reflejo de la de María, y te toca imitarla sin desperdiciar tus penas, que en su unión y la Mía, tendrán valor. Así en esta forma sobrenaturaliza tus dolores de Soledad, para que fecundicen en favor de tus otros hijos" (Diario T. 41, p. 135-136, marzo 21, 1917).

La Soledad es la participación de la Pasión íntima del Corazón de Cristo y es la consecuencia de la encarnación mística.

"Yo he dado a algunas almas la gracia de asimilármese con estigmas exteriores de mis llagas pero a mi Madre le di mi semejanza absoluta en su interior, después de mi Pasión, con todos mis dolores, llagas y penas que sufrió mi Corazón".

"En esto la imitarás tú: se imprimirá mi imagen en tu alma, pero dolorosa, que este es el paso que sigue o llega en la encarnación mística y en el cual estás. Gustarás de las amarguras de María, no sólo acompañándola o siendo compañera de su soledad sino sintiendo en tu corazón el eco de sus dolores, el reflejo de sus lágrimas y con el mismo redentor y glorificador fin: la salvación de las almas" (Diario T. 41, p. 217-218, junio 11, 1917).

El 29 de junio recibe una grande iluminación. María está en el corazón de la Iglesia y lleva a toda la Iglesia en su Corazón. Al pie de la Cruz fue constituida Madre espiritual de los hombres y la efusión del Espíritu Santo el día de Pentecostés causa en Ella una nueva plenitud de gracia para cumplir su misión maternal.

Toda su fe, su entrega incondicional a los designios de Dios, su amor ardiente, su obediencia humilde, la impulsan a continuar la Obra de su Hijo "completando lo que falta a los sufrimientos de Cristo en favor de su Cuerpo que es la Iglesia" (Col. 1,24).

María, Madre de la Iglesia, engendra con sus dolores, que proceden de su amor, a todos sus hijos, para Dios. Pero esto es un secreto de María.

"Su Corazón se representa con rosas, pero debajo están las espinas. Rosas que significan las gracias para sus hijos, pero compradas con dolores como infinitos. Y es que una Madre y más María, las espinas, y los dolores los esconde para ella y las rosas y las caricias y no los sacrificios, es lo que enseña a sus amados hijos" (Diario T. 41, p. 285, junio 30, 1917).

Los últimos años de María fueron los más fecundos

"Para estos últimos tiempos destinados al reinado del Espíritu Santo y triunfo final de la Iglesia estaba reservado el honrar los martirios de soledad de María, su Esposa amadísima, Martirios que sólo la virtud y la fortaleza de este Divino Espíritu pudo sostenerla con vida.

"Vivió como milagrosamente María, y sólo para comprar las gracias que su maternidad

exigía para la humanidad.

"Vivió para dar testimonio de Mí, en mi Humanidad, como el Espíritu Santo la dio de mi Divinidad.

"Vivió para ser el instrumento material del Espíritu Santo en la naciente Iglesia, como Él era el divino y espiritual.

"Vivió para dar el primer alimento a esa Iglesia única verdadera y merecer en el cielo los títulos de Consoladora, Amparo, Refugio de sus hijos.

"Esa etapa de la vida de María es casi ignorada, siendo para su corazón el manantial de la amargura, la quintaesencia del martirio, el depuramiento de su amor. Y para el mundo fuente inagotable de las gracias y la vida de las misericordias.

"Al pie de la cruz nacieron sus hijos: mi muerte les dio la vida en el Corazón de María, pero Ella, antes de morir debía en la tierra manifestar esa maternidad comprando con los crueles dolores de mi ausencia las infinitas gracias presentes y futuras para sus hijos.

"La aureola especial de Madre de la humanidad la conquistó María con sus martirios de soledad después de mi muerte: "y acaso el mundo conoce, aprecia y agradece esto? Pero ha llegado el tiempo de que los hijos sean hijos y estimen ese corazón destrozado con los martirios más finos y sensibles, para hacerlos felices. Ahí entonces compró María los millones y millones de gracias para todos y cada uno de los hombres y es tiempo de que se lo agradezcan" (Diario T. 41, p. 286-288, junio 30, 1917).

Una de las fuentes del dolor de la Soledad de María es la ausencia de su Hijo. No es un dolor egoísta que se encierre sobre sí mismo, sino un dolor purísimo que brota de la caridad encendida que tiende a la posesión de Dios.

San Juan de la Cruz habla de este amor en la "Llama de amor viva" (cfr. Coment. 1a. estrofa). Si esto se verifica en los pobres pecadores que han sido transformados por la caridad divina, ¿qué decir de la caridad de la Inmaculada Madre de Dios?

Esta etapa culminante de la vida de María es la perfecta realización de su existencia siempre abandonada a la voluntad de Dios como la "humilde sierva del Señor"

Las virtudes y los sufrimientos de María han permanecido ocultos

"Como las virtudes de María fueron ocultas por su humildad, por ejemplo en la Purificación, pues nunca Ella los externó, así sus dolores fueron también ocultos, sin queja, sin reproche, aceptándolos todos, abrazándolos todos sin perder uno solo, y hasta amándolos, adorando en ellos la voluntad de Dios que era su vida. Esa adhesión a mi voluntad adorable que te dije ejercitó María después de mi Ascensión fue especialísimamente íntima, en su vida de dolor sin nombre, en sus martirios de ausencia y en sus tormentos de soledad.

"Adhesión, simplificación, unificación altísima y estrecha de voluntades, de mis querer con sus martirios (que tenían vida) que subyugaba Ella y unificaba a mi deseo y designios de sacrificarla, ese fue el matiz más vivo de María, esta fue su adhesión sublime, santísima y divina que la absorbía en mi voluntad humillándola, torturándola, quebrantando su corazón con afinamientos increíbles de dolor, en el amor mismo.

"No se valoriza el título de Reina de los Mártires en María porque está muy lejos el hombre de entender su amor.

"Tú, como un reflejo de su vida y de sus dolores debes asimilártele en esta adhesión a mi voluntad que tritura tu corazón y lo traspasa" (Diario, T. 41 p. 291-292, julio 2, 1917).

A medida que Conchita va progresando en la imitación vivida de la Soledad de María, su mirada contemplativa irá penetrando en la profundidad de este misterio.

La maternidad de María es una maternidad comprometida: María se une en la fe y en el amor a la intención profunda del Verbo que se hace hombre para glorificar a su Padre en la salvación de los hombres. La asociación de María a la Redención del mundo no es un privilegio nuevo que viniera a agregarse a su Maternidad divina, sino simplemente un aspecto que integra la totalidad de la misma en su realización existencial. María es corredentora, Madre de la Redención, porque es la Madre de Jesús, Madre de "Yahveh que salva".

La "Soledad" de María es la asociación más profunda al acto redentor de Cristo. El drama de nuestra salvación se decide en el momento mismo en que Jesús abandonado misteriosamente por su Padre, se abandona a su vez con confianza y amor en sus manos. Es el "sí" del hombre en la suprema angustia.

"Tú te habías hecho cargo de la primera soledad de María, es decir, de la exterior, pero no habías pensado en la interior, la más cruel y amarga, la desgarradora en la que el espíritu agoniza presa del desamparo.

"El martirio de María después de la Ascensión no fue tan sólo por la falta de mi presencia material, sino que sufrió los crisoles más tremendos del desamparo cómo el mío de la cruz y uniéndolo el Eterno Padre al Mío que compró tantas gracias.

"Como corredentora que fue María sintió en su alma purísima el eco de todas mis agonías, humillaciones, injurias y suplicios, el peso de los pecados del mundo que hicieron sangrar su corazón y el vibrante dolor del abandono del cielo que compra gracias.

"Tú tienes que ser un eco fiel de esa Madre dolorosa, te faltaba el martirio del puro abandono, del abandono Mío, de ese desamparo que purificando compra gracias.

"Cierto es que María no tuvo nada que purificar en sí misma, pero sí en la humanidad, es decir en sus hijos, conquistando con ese dolor una nueva corona de Madre Mártir. Así se desmembraba por sus hijos, así daba la vida sobrenatural, así les compraba el cielo" (Diario T. 42, p. 281-283, junio 22, 1918).

María es verdadera Madre de los hombres, su maternidad espiritual es una maternidad comprometida. Ella, la Inmaculada, sufre por los pecados de sus hijos.

"El Corazón de María compró estas gracias en el martirio de su Soledad desamparada, no de los hombres porque tenía a san Juan, a los Apóstoles y a muchas almas que la amaban intensamente; no de mi presencia material, que Ella se consolaba con la Eucaristía, siendo su fe muy viva y perfectísima, sino con el desamparo espiritual, desamparo divino de la Trinidad que se le escondía...

"María sufrió más que todas las almas desamparadas, porque sufrió el reflejo del desamparo Mío de la Cruz que no tiene comparación ni lenguaje humano para expresarlo.

No es honrado este desamparo de María, este vivo y palpitante martirio de su soledad, el martirio desolador del divino desamparo, que padeció con heroico esfuerzo, con resignación amorosa y sublime abandono a mi voluntad.

"Imítala en tu pequeñez y corto alcance: procura imitarla con todas las fuerzas de tu corazón que tienes que hacerlo para comprar las gracias y purificarte. Grande honra es cuando escojo a las almas para secundar la redención y corredención en mi unión y en la de María, este Apostolado de la Cruz, es decir el del dolor inocente, del dolor amoroso y puro, del dolor expiatorio y salvador en favor del culpable mundo" (Diario T. 42, p. 284-288, junio 23, 1918).

Cercana ya a la consumación de su existencia, escribirá en su Diario: "Madre Dolorosa a quien tanto amo, enséñame a sufrir como tú sufriste y a amar a Jesús como tú lo amaste en tu terrible Soledad" (Diario T. 65, p. 327-328, octubre 13, 1936). "Lo prometo con todo el corazón: abandonarme en el Dios que me abandona" (Diario T. 65, p. 204, octubre 6, 1936). "Virgen María, sé tú mi fortaleza enséñame la Perfecta alegría del Calvario, de tu Soledad espantosa en todos los momentos que me restan de vida. Alcánzame más y más vivas en mí las virtudes teologales y el no morir sin haber cumplido en la tierra los designios de Dios. Sólo por Él, por ser quien es, por la gloria de su Padre Amado" (Diario T. 65, p. 397-398, octubre 20, 1936).

La imitación de la "soledad de María" fue la consumación de la vida espiritual de Conchita durante los últimos veinte años de vida.

Este aspecto nuevo de la doctrina mariana según la espiritualidad de la Cruz es de una profundidad teológica incomparable.

Todo el misterio de María se desarrolla en el tiempo. Su asociación a la obra redentora de Cristo no se reduce tan solo a su presencia al pie de la Cruz en donde "sufrió profundamente con su Unigénito y asociándose con entrañas de madre a su sacrificio, consintiendo amorosamente en la inmolación de la víctima que ella misma había engendrado" (L.G. No. 58). Continuó y creció a la medida de su amor hasta el fin de su fase terrestre hasta llegar a la consumación de la plenitud de gracia que es en María la disposición última según el designio de Dios para su glorificación y su Asunción a los cielos.

La "Soledad" de la Madre de Dios es la configuración suprema con Cristo Crucificado, el sentido profundo de su maternidad espiritual por el sufrimiento salvífico que nace del amor y de la caridad consumada y que produce la perfecta alegría, el gozo que nace de la Cruz de Cristo y que es fruto del Espíritu Santo.

Riqueza pastoral de esta nueva devoción

Señalemos tres aspectos principales:

1. La "Soledad" de la Madre de Dios ilumina la participación de la Iglesia en el misterio de la Cruz de Cristo.

En la asociación de María a Cristo en la obra de nuestra salvación se deben distinguir dos aspectos:

- la fase de adquisición, y
- la fase de aplicación.

La primera se manifiesta desde el momento de la concepción virginal de Cristo y culmina "junto a la Cruz donde no sin designio divino se mantuvo erguida" (L.G. No. 5, cfr. Jn. 19,25).

Este aspecto es *propio, único, personal* de María porque se basa en su maternidad divina y en su maternidad espiritual de todos los hombres.

La glorificación de Cristo inicia la fase de aplicación y la efusión del Espíritu Santo el día de Pentecostés realiza en María una nueva plenitud de amor en vista a su misión como "Madre de la Iglesia". María simboliza a la Iglesia en la misteriosa Mujer del Apocalipsis que da a luz en el dolor (cfr. Ap. 12,2).

La Iglesia peregrina en el tiempo existe ante todo para continuar la obra de la Redención que Cristo realizó en la Cruz una vez por todas. He aquí el gran misterio de la Corredención. La Iglesia, a imitación de María, continuará la pasión de su Señor en sus mártires, en sus santos, en sus miembros todos aún en los más imperfectos cuando aman a Cristo de verdad.

La Corredención es algo capital en la vivencia cristiana. No se puede amar a Jesús sin desear participar en la salvación del mundo.

2. La "Soledad" de la Madre de Dios muestra el *valor salvífico* del sufrimiento humano cuando se une al sufrimiento de Cristo.

El dolor en sí no tiene valor alguno, es consecuencia y fruto amargo del pecado, pero el amor realiza el prodigio de convertirlo en valor de redención, el apostolado más fecundo es el "Apostolado de la Cruz".

Más aún: la participación en la Cruz de Cristo no es sólo purificación y expiación personal, es ante todo llamamiento a colaborar en la salvación del mundo. A medida que el sufrimiento es más inocente y más puro es más salvador para los hombres y más glorificador de Dios.

Sólo los santos que han pasado por las Noches Oscuras de la purificación y que han llegado a la unión transformante participan plenamente, a semejanza de María en su Soledad corredentora y apostólica, en el misterio de la Cruz.

3. María en su Soledad es un modelo para las existencias humanas aparentemente

inútiles, que encontrarán su plenitud de realización cristiana al imitarla.

En una época en la cual la vejez plantea a la Iglesia un nuevo problema de pastoral, esta modalidad nueva de la devoción a María proporciona una solución a la aparente inutilidad y al desaliento de tantas existencias humanas de las cuales los seres más jóvenes o en plena fuerza y madurez ya no se preocupan: devolver ánimo y valor a tantos esforzados cristianos, cuya vida, que se acerca a su consumación, debe ser una ascensión, siempre más cercana a Dios y a los hombres.

Existe igualmente el problema análogo y enorme de todos los hombres y de todas las mujeres a quienes las condiciones de vida privan en apariencia de una actividad apostólica exterior. A todos ellos la vida de "Soledad" de la Madre de Dios les recuerda la ley profunda de la comunión de los santos.

El puro amor es de mayor fecundidad apostólica que las obras más deslumbrantes realizadas con menor amor. Fue en el atardecer de su vida, en el silencio y en el aislamiento, en la plegaria y en el sacrificio, cuando la Madre de Dios alcanzó su cumbre en el amor y su plenitud de fecundidad apostólica al servicio de la Iglesia, así como Cristo salvó al mundo no en el esplendor de su Palabra y de sus milagros, sino sobre la Cruz.

"Y no creas, decía el Señor a Conchita, que va a ser triste para la humanidad esta manifestación de María en su Soledad, en sus martirios de ausencia y acerbos dolores para la Madre. Quedará lo que se ve en las rosas, los frutos conquistados con sus lágrimas; pero se avivará la gratitud y saldrán del olvido tantos martirios cuantas coronas tienen sus hijos en el cielo" (Diario T. 41, p. 307-308, julio 4, 1917).

La devoción a la "Soledad" de María es la devoción a la Virgen de Pentecostés, a María, Madre de la Iglesia.

Perspectiva Sintética Inicial

La Iglesia, sacramento universal de salvación, es la realización del designio salvífico del amor del Padre, que ha querido congrega a todos los hombres en su Hijo en virtud de su sacrificio consumado una vez para siempre. Cristo amó a su Iglesia y se entregó a Sí mismo por ella para darnos su Espíritu.

En la doctrina espiritual de Conchita sobre la Iglesia hay un desarrollo progresivo que culmina en su mensaje de santidad sacerdotal para la renovación de todo el Pueblo de Dios por medio de un "nuevo Pentecostés".

En una época en la cual la piedad era predominantemente individualista, en la que no se tenía conciencia reflejada de la dimensión *Iglesia*, es admirable constatar cómo Dios manifiesta a Conchita este aspecto esencial y constitutivo del misterio eclesial y ya desde el principio de su vida espiritual le abre horizontes sin límites.

"Tu misión será salvar almas"

"Los primeros ejercicios que yo oí predicar fueron unos que dio el Padre Antonio Plancarte el año 1889.

"Yo iba de entrar y salir pues no podía dejar mis niños.

"Un día, como bajado del cielo, preparándome con toda mi alma a lo que el Señor pidiera de mí, escuché claro en el fondo de mi alma sin poder dudarlo: "Tu misión es la de salvar almas" (Aut. I, 51).

Esta primera palabra del Señor nos da la clave para comprender el sentido de la vida de Conchita: será totalmente para la Iglesia.

"Jesús, Salvador de los hombres, sálvalos"

Hay momentos decisivos que transforman definitivamente una vida. El monograma que Conchita se grabó el 14 de enero de 1894 la orientó hacia la salvación del mundo por la Cruz. Pero la importancia de este hecho no radica en el acto heroico que una mujer realizó como signo de su amor a Cristo, sino en lo que Dios hizo en ella como respuesta: el cambio de su amor, infundiéndole un nuevo Amor, participación de su mismo Amor salvífico que trae consigo el germen de las Obras de la Cruz.

"Una fuerza sobrenatural me derribó por tierra, escribe, y olvidándome del gozo de que estaba poseída, solo pensaba en la salvación de los hombres. Ardía mi alma en el celo por la salvación de las almas y con un fuego que no era mío repetía: ¡Jesús, Salvador de los hombres, sálvalos, sálvalos!, y no podía decir más" (Aut. II, 33. Cartas 10, 1886).

Toda la Obra y la doctrina de la Cruz nace de esta experiencia viva de la realidad más íntima y constitutiva del misterio de la Iglesia: la asociación a la Redención de los hombres realizada por Cristo.

PERSPECTIVA SINTÉTICA INICIAL

Conchita descubrió la Iglesia a través de la Cruz:

"En diferentes ocasiones me ha dado el Señor a entender la relación tan íntima que tiene la Iglesia con la Cruz, tanto, que sin la Cruz no habría Iglesia... Dice que en la Cruz nació la Iglesia, viniendo el Espíritu Santo después a confirmar su doctrina y a darle vida" (Diario T. 10, p. 193, mayo 28, 1898).

La primera revelación del misterio de la Iglesia es la de la Iglesia del Crucificado, y esto trae consigo el llamamiento a un compromiso.

"Sacrifícate por la Iglesia", me ha dicho el Señor varias veces.

"Mi Iglesia es lo que más amo y es la que más me ha hecho sufrir..., verdaderamente vivo crucificado en ella... (entendía que se refería a los malos sacerdotes y otros ministros de ella que no buscan el interés de Jesucristo, sino el propio, con mil debilidades y culpables proceder).

--"Quiero que seas, me dijo hoy, víctima por la Iglesia; no sabes lo que esto vale, déjate hacer, que es un regalo que te obsequio, las almas víctimas, sacrificadas por la Iglesia, tienen un premio especial". (Diario 10, 194-106, mayo 28, 1898).

"Las almas víctimas en favor de la Iglesia deberán unirse a mi Corazón, la Víctima por excelencia, para presentarse al Padre eterno en favor de esta Iglesia tan querida, con el fin de expiar los pecados. Me es tan amada mi Iglesia, que busco víctimas que en unión de mi Corazón se santifiquen para cambiar la justa ira que le amenaza, en lluvia de gracias...

"Quiero más que martirio exterior el martirio íntimo de los corazones: por esto pido se unan al Mío tan destrozado como ningún otro... quiero dar esta gloria a mi Padre y el Espíritu Santo bendecirá a las almas víctimas que se unan a Mí con este santo fin" (Diario T. 10, p. 212, junio 14, 1898).

La expresión "víctima", almas víctimas, en el lenguaje de Conchita carece por completo de sentido dolorista, de cierta carga emotiva egocéntrica que falsearía su contenido y llegaría incluso a reducirla a una auténtica caricatura, a una deformación psicológica de tipo narcista.

Toda la doctrina de la Cruz se funda en una espiritualidad de entrega, de donación que hace salir de sí mismo: imitar y asemejarse a Cristo que "vino a dar su vida como rescate por muchos" (Mt. 20,28). Orientada por las exigencias del designio redentor, se abre a una perspectiva Trinitaria que se manifiesta de pronto, como inesperadamente.

"La Iglesia de la Trinidad"

"La Iglesia es la depositaria de todas las gracias del Espíritu Santo, ahí ha fijado su morada, y la ama con entrañable amor; sólo por ahí se entra al cielo. Él sella todas sus ceremonias y faltando este sello divino no habría nada cabal, ni posible salvación. En la Iglesia es donde se da constante alabanza a la Trinidad Santísima; ahí tiene el Padre Eterno sentadas sus miradas; el Hijo su sacratísima Humanidad junto con la Divinidad y su sacrificio constante en la Eucaristía.

"¡Qué bello se presenta este conjunto-unidad, esta Trinidad beatísima en su divina comunicación con la Iglesia. Ahí veo yo ahora su inmenso amor que despliega un Dios para con sus criaturas de una manera tan admirable!

"¡Ah! yo confieso que jamás había entendido esto con tan clara luz, ni tampoco agradecido esa cadena no interrumpida de beneficios que desde el bautismo hasta el sepulcro nos proporciona la Iglesia santa... Qué cuenta tendremos que dar al Señor por tantas gracias y tantos medios de santificación que su eterna bondad nos ha puesto en su Iglesia" (Diario T. 10, p. 193-194, mayo 28, 1898).

Esta perspectiva Trinitaria, lejos de ser una visión horizontal de la Iglesia, sus estructuras y sus múltiples actividades en medio de los hombres, por ser una mirada desde la cumbre, contiene una muy alta visión de sabiduría enfocada sobre la Iglesia a la luz de la Trinidad. La percepción inicial de conjunto puede expresarse de esta manera: la Iglesia, al mismo tiempo que es la Iglesia de la Cruz es la Iglesia de la Trinidad.

La Iglesia del Verbo Encarnado

"La Iglesia brotó de mi Corazón en la Cruz; ahí nació la Iglesia pura y bella, de mi costado, como Eva del costado de Adán para que fuera Madre de todos los cristianos, de las almas todas, para salvarlas por mis infinitos méritos que en su seno inmaculado deposité" (Diario T. 51, p. 161-162, marzo 14, 1928).

Este tema clásico y fundamental de la eclesiología es contemplado por Conchita desde la "óptica característica" de su propia gracia. La expresión "*cruz*" tiene para ella una resonancia eminentemente "*personalista*", Cruz significa para ella ante todo: Cristo Crucificado, Cristo Sacerdote y Víctima que por amor se ofrece al Padre por nuestra salvación. Cruz designa también al cristiano que quiere configurarse a Cristo en la identificación de sus sentimientos más íntimos y con frecuencia afirmará que el cristiano auténtico debe ser una "cruz viva".

Mas aún, la cruz, origen de la Iglesia, no es tan sólo la cruz externa, visible, que se levantó en el Calvario, sino la cruz interior, íntima del Corazón de Cristo que comenzó en su Encarnación y que se consumó cuando entregó su Espíritu en manos de su Padre.

"En la cruz exterior que todos ven fui víctima agradable a mi Padre en el derramamiento de mi sangre, pero por la cruz interna principalmente se obró la Redención" (Diario T. 7, p. 333, septiembre 7, 1896).

Hemos visto que la "cruz íntima" es tema central de la doctrina de la Cruz que nos lleva al corazón y a lo esencial del misterio de la salvación.

La cruz interna es el dolor purísimo nacido y alimentado de sólo amor: "Amaba a mi Padre y quería glorificarlo pagando la deuda de la humanidad culpable, amaba a los hombres con amor infinito y humano y quería hacerlos felices y salvarlos" (Diario T. 50, p. 276, enero 23, 1928).

Estos dos amores en uno solo, en el Espíritu Santo, forman el corazón de la Redención.

La Cruz se perpetúa en la Eucaristía

--"Si la Redención basta a tu justicia para borrar el pecado; si con ella quedaba salvada la distancia entre el hombre y la Divinidad, ¿por qué perpetuarse ese mismo sacrificio de la Cruz en tus altares?"

--"Sólo por el Amor, hija: sólo por un fin de caridad. Me quedé en los altares por una sed sublime que consume al Verbo hecho carne, gozándose en la inmolación por el hombre..."

"Me quedé para completar a las almas, con mi vida de Víctima en los altares, lo que a ellas les falte de sacrificio..."

"Me quedé para seguir expiando las ingratitudes del hombre con sacrificio perpetuo..."

"Me quedé por ser la única Víctima pura..."

"Sin Mí toda inmolación sería nula y de esta manera perpetuándose mi sacrificio, se perpetúa también el perdón, tomando valor, en mi unión, los sacrificios del hombre."

"Me quedé para atraer a las almas con mi ejemplo a enamorarse del dolor en todas sus formas...

"Me quedé por el placer que causa al Verbo hecho carne, la cercanía con la criatura" (Diario T. 23, p. 222-223, julio 25, 1906).

"En la Misa se perpetúa la misma inmolación de la misma Víctima, Yo, en el Calvario; no es como la prolongación o repetición de mi sacrificio sino el mismo sacrificio, aunque incruento, en las Misas, pero es la misma crucifixión viviente con la misma y única voluntad amorosa del Padre en crucificarme, en dar a su propio y único Hijo para salvación del mundo". (Diario T. 61, p. 113, agosto 2, 1933).

Toda la Iglesia es sacerdotal

Cristo, Único Sacerdote ha suscitado una Iglesia, pueblo todo él sacerdote, sacramento de salvación para el mundo.

"Vosotros sois una nación elegida, una residencia real, una comunidad sacerdotal, una nación santa, un pueblo que Dios ha adquirido" (1 P. 2,9).

Esta visión de la Iglesia toda sacerdotal es un dato esencial de la doctrina espiritual de Conchita cincuenta años antes del Vaticano II.

"Hay almas consagradas con la unción sacerdotal y también en el mundo hay almas sacerdotales que, aunque sin la dignidad o consagración del sacerdote, tienen una misión sacerdotal: se ofrecen en mi unión al Padre para la inmolación que a Él le plazca. Estas almas ayudan poderosamente a la Iglesia en el campo espiritual.

"Los sacerdotes imprescindiblemente tienen que ser víctimas, tienen que convertirse en don, renunciándose y ofreciéndose puros a mi Padre en mi unión y entregándose también en donación a las almas, como Yo" (Diario T. 50, p. 189, enero 8, 1928).

Sacerdocio espiritual

Pero si el sacerdocio de Cristo es único, la participación es diversificada. El sacerdocio espiritual es carácter y carisma de toda la comunidad eclesial.

El sacerdocio ministerial perpetúa la oblación de Cristo al realizar la Eucaristía "in persona Christi" y de esta manera hace posible que toda la Iglesia ejercite el sacerdocio espiritual al ofrecer a Cristo realmente presente en medio de su Pueblo y al ofrecerse juntamente con Él.

"Cuando dije: "Haced esto en memoria Mía" claro está que no me dirigí tan solo a los sacerdotes. Ciertamente que ellos solos, por las palabras de la Consagración, tienen poder para cambiar la substancia de pan en mi Cuerpo santísimo y la substancia de vino en mi Sangre. Pero el unir todas las inmolaciones en una, es para todos los cristianos; el asimilarse por la fe y por las obras a la Víctima del altar, el ofrecerse al Eterno Padre como pararrayo de la divina justicia, como hostia de propiciación, esto les toca a todos los cristianos, miembros de un mismo cuerpo" (Diario T. 40. p. 301-302. junio 7, 1916).

Esta doble participación del Sacerdocio de Cristo forma *la estructura de la Iglesia de la Cruz*, de la Iglesia de Cristo Sacerdote y Víctima.

"Yo no puedo separarme de esta fibra santa y celestial pues que constituyó mi venida al mundo: mi sacerdocio universal que no es otra cosa que una caridad infinita, para salvarlo. No encontró el Padre, diré, una forma más adecuada para la salvación del mundo que el sacerdocio que forma el cuerpo de la Iglesia cuyo centro o corazón es la Trinidad misma: y por esto el Verbo se hizo carne, para ser sacerdote muy principalmente y esparcir su sacerdocio en las almas.

"Pues de esa derivación viene el Sacerdocio espiritual y místico: los religiosos y los laicos en el mundo forman parte del sacerdocio místico, por sus manos o menos grados de unión Conmigo" (Diario T. 53, p. 86, noviembre 29, 1928).

El Sacerdocio Ministerial, eje de la Iglesia

"El Sacerdocio Ministerial configura a "Cristo como Cabeza de la Iglesia".

"Mi eterna mirada sobre mis sacerdotes, mirada purísima de un amor de elección, los concibió eternamente y abarcó no sólo a su alma predilecta, sino a miles de almas también, pues cada sacerdote es cabeza de otras muchas almas.

"Yo al mirar eternamente a un Sacerdote, vi en él a un escuadrón de almas por él engendradas con la fecundación del Padre, por él redimidas en unión de mis méritos, por él formadas, santificadas y salvadas, que me darán eternamente gloria" (Diario T. 49, p. 338-339, noviembre 14, 1927).

"No creas que la vida de un Sacerdote es una o sola, no; en la vida de un Sacerdote Yo veo muchas vidas en el sentido espiritual y santo, muchos corazones que me darán eternamente gloria" (Diario T. 49, p. 339, noviembre 14, 1927).

El Sacerdote es otro Jesús

En la presente crisis de pérdida de la identidad sacerdotal el mensaje de Conchita es de una actualidad palpitante. "Al tomar la naturaleza humana, tomé el amor al hombre, por llevar la sangre del hombre, la fraternidad con el hombre y conjuntas las dos naturalezas, la divina y la humana, diviniqué con el contacto del Verbo al hombre, elevándolo de lo terreno para que aspirara al cielo.

"Pero entre todos los hombres distinguí a los que deberían ser Míos, "otros Yo", que continuaran la misión que me trajo a la tierra, y que fue llevar a mi Padre lo que de El salió: almas que lo glorificaran eternamente" (Diario T. 50, p. 199-200, enero 11, 1928).

"Nunca acabaría de decir lo que son los Sacerdotes para Mí: mis manos, mis obreros, mi mismo Corazón y el centro de innumerables almas. En el Sacerdote veo Yo el reflejo de mi Padre... me veo a Mí mismo y al Espíritu Santo. En el Sacerdote contemplo los misterios: el de la Unidad por su ser íntimo con la Santísima Trinidad. Veo el misterio de la Encarnación que el Sacerdote perpetúa en cada misa. Veo el de la Eucaristía que no se produciría sin su concurso. Veo a los Sacramentos en fin y a mi Iglesia amada, y a miles de almas engendradas en la suya para gloria de Dios. Me veo a Mí a cada paso en mis Sacerdotes. Pero debería verme en ellos como Yo soy, Santo entre los Santos y no desfigurado por sus pecados" (Diario T. 54, p. 36-28, noviembre 20, 1929).

La Iglesia debe continuar la Pasión

"Yo soy la Cabeza y el alma de la Iglesia y todos los míos son miembros de ese mismo Cuerpo y deben continuar en mi unión la expiación y el sacrificio hasta el fin de los siglos" (Diario T. 23, p. 195, julio 24, 1906).

"Concluyó mi pasión en el Calvario... pero los que forman mi Iglesia deben continuar en ellos la pasión... ofreciéndose en reparación propia y ajena a la Trinidad, en unión mía, siendo víctimas con la Víctima, pero con las mismas cualidades de las Víctimas" (Diario T. 23, p. 196-197, julio 24, 1906).

"Esta es la ley del amor, la que rige a mi Iglesia, toda amor, expiación y unión" (Diario T. 23, p. 198, julio 24, 1906).

"Yo no necesito de nadie para salvar al mundo: pero todos los cristianos deben sufrir en mi unión cooperando a esa misma Redención para la gloria de Dios y glorificación propia" (Diario T. 27, p. 175, mayo 16, 1907).

Una oración de la "Liturgia de las Horas" expresa esta espiritualidad: "Dios omnipotente y eterno, que quisiste que tu Hijo sufriese por la salvación de todos; haz que inflamados en tu amor, sepamos ofrecernos a ti como víctimas vivas" (Oración Vísperas IV).

María Madre de la Iglesia

La Iglesia sacerdotal del Verbo Encarnado tiene como Madre a María, Madre del Eterno Sacerdote.

"María fue la escogida entre todas las mujeres para que en su virginal seno se obrara la Encarnación del Divino Verbo y desde aquel instante Ella, la sin mancha, la Madre Virgen, la que aceptó con el amor y la sumisión más grande que ha existido en la tierra hacia mi Padre, no cesó de ofrecerme a Él como víctima que venía del cielo a salvar al mundo, pero sacrificando su corazón de Madre a la divina voluntad de ese Padre amado.

"Y me alimentó para ser víctima consumando la inmolación de su alma al entregarme para ser crucificado. Y un mismo sacrificio era el Mío en la Cruz como el que se obraba en su corazón: continuando después en el martirio de su Soledad, ofreciendo sus dolores al Eterno Padre en mi unión.

"Al dejar Yo el mundo, al alejarme de mis discípulos les dejé a María, representándome en sus virtudes, en sus ternuras, en su corazón, eco fidelísimo del Mío y elemento necesario para el fundamento de mi Iglesia, a la vez que para sostén espiritual de mis Apóstoles y primeros discípulos.

"En María se apoyaba la naciente Iglesia y María la sostenía con sus dolores y sus virtudes y sus oraciones y su amor.

"Y por eso, al enviar al Espíritu Santo a mis Apóstoles, no excluí a María, aún cuando Ella estaba plena de gracia, llena de mi Espíritu. Fue con el fin de que la Iglesia la tuviera por Reina, de que los Sacerdotes la consideraran indispensable, de que a ellos y a los fieles no les faltara el calor y la protección de una Madre" (Diario T. 51, p. 281-283, 286-287, abril 6, 1928).

La Iglesia del Espíritu Santo

El Verbo Encarnado por su muerte y resurrección ha congregado a los hombres para constituirlos místicamente en su Cuerpo, comunicándolas su Espíritu. El Espíritu Santo es uno solo en la Cabeza y en los miembros y de tal manera vivifica todo el Cuerpo, lo une y lo mueve que viene a ser en él, principio de vida: alma del Cuerpo Místico (cfr. L.G. N° 7-8).

"El Espíritu Santo es quien rige a la Iglesia, desde que Yo me fui y lo envié después de mi Ascensión" (Diario T. 2, p. 4, marzo, 1894).

"Al Espíritu Santo que obró la Encarnación debía pertenecer el fruto de ella que es mi Iglesia. A El pertenecía iluminar, dar sentido, inflamar, fortalecer y dar la vida de la gracia" (Diario T. 40, p. 204, enero 29, 1915).

De la riqueza doctrinal de Conchita sobre la Iglesia del Espíritu Santo solamente indicaremos tres aspectos:

- a) el Espíritu Santo es el *Alma* de las "estructuras",
- b) El realiza la "*Santidad*" de la Iglesia y
- c) es el principio de "*Unidad*" y conduce a la Iglesia a la consumación en la Unidad de la Trinidad.

La Iglesia está fundada en el amor

En la presente crisis en la que se pretende oponer la Iglesia jerárquica a la Iglesia pneumática; la Iglesia de la Autoridad a la Iglesia de la Caridad, Conchita nos recuerda el principio que resuelve el falso problema: no puede haber oposición entre estructura y carisma, porque la Iglesia de la Encarnación y la Iglesia del Espíritu es la misma.

El Espíritu es el principio que anima y vivifica las "estructuras".

"Yo necesité sólo una cosa para establecer mi Iglesia en la tierra sobre un fundamento indestructible, ¿y sabes cuál fue?: el Amor, sólo el amor, porque mi Iglesia debía fundarse, crecer y desarrollarse en el amor, y por el amor, y por el amor que es su corazón, sus arterias, su alma y su vida; el Amor, es decir, el Espíritu Santo, todo amor. Y por eso hice aquellas preguntas memorables, que se recordarán en todos los siglos, al que iba a ser Jefe Supremo de mi Iglesia amada, y que repercuten aún en el corazón de todos los Papas: ¿Me amas más que éstos? Y, asegurado mi Corazón de Dios-hombre de ese amor, entregué al amor mis amores, es decir a las almas y eso solamente necesita tener el Papa, y eso sólo le pido Yo, porque el amor lo hace Padre y el Padre no puede hacer más que amar porque aún en sus rigores es amor, sólo amor!

"Mira la ternura de mi Corazón para con las almas todas; pero ahora cómo esa pregunta tiernísima que hice a san Pedro de si me amaba para entregarle el mundo redimido, no se dirigía tan sólo al primer Jefe de las almas, sino muy especialmente también a todos mis Sacerdotes. Le entregaba la Iglesia Conmigo mismo, y en Mi a todos los sacerdotes que la componen desde el primero hasta el último. Y el Papa delega sus facultades envueltas en amor paternal a sus ovejas predilectas, y amadas, a sus sacerdotes, que forman Conmigo

y con él un solo Jesús Salvador de las almas. El Papa es el primero en su transformación en Mí, en la unidad de la Trinidad, a quien mi Padre ha dado lo más exquisito de su fecundación; a quien el Verbo, Yo, se la ha entregado para que me represente en la Iglesia, en la más perfecta transformación en Mí. Y el Espíritu Santo lo cobija, lo penetra, lo impregna, lo transforma, lo ilumina, lo deifica, lo fortalece, lo sostiene, le comunica sus dones y lo asiste en sus decisiones, dando a sus palabras el sello santo de la verdad infalible que no puede engañarse.

"Pero todo esto sólo exigió una condición: ¡el amor, el amor, el amor! Tres veces me aseguré de ese amor, sólo un alma amor es digna de representarme, de llevar la fecundación del Padre amor; el parecido y la personificación del Verbo hecho carne, amor y de mi Espíritu Amor. Y todo este conjunto de amor une, en la unidad de la Trinidad, infaliblemente, a la Cabeza de mi Iglesia; y en él a todos sus delegados. Y todos ellos, sólo son Yo, en distintas escalas y jerarquías. Porque mi Padre, en el Papa me ve a Mí; y en la unidad de la Iglesia a todos los sacerdotes en Mí: un solo Jesús, un solo Pastor, un solo Sacerdote, un único Salvador.

"Es hermoso y divino este encadenamiento íntimo y único en el mundo de mi Iglesia amada. Y, por lo divino de Ella, nada ni nadie es capaz de conmovérla, de bambolearla, ni de manchar su estructura, ni de romper su unidad. Es divino su origen, divina su fecundación; y el Hombre-Dios que habita en ella, la defiende, la ampara, la sostiene y la glorifica. Mientras sostenga a la Iglesia el amor, en su Cabeza y en sus miembros; mientras su Pastor sea amor (que lo será siempre por la asistencia íntima del Espíritu Santo), pasará por todas las tempestades y perfidias y cismas y guerra del infierno, pero bogará sobre todos los mares de rectos y falsos principios y maldades, sin conmovirse, sin hundirse.

"Yo soy su Piloto, y con esto, pasarán los siglos y llegará tan pura, tan santa, tan Madre, tan toda amor y caridad mi Iglesia, como salió de mis manos, hasta tocar las playas del cielo. No importan las traiciones y persecuciones hasta de los suyos (que son las que más duelen), Ella proseguirá majestuosamente su marcha entre mil tormentas que sólo han servido, sirven y servirán siempre para darle más brillo y glorificarla. ¿Quién contra Dios? Las generaciones pasan; las persecuciones se derrumban, los cismas caen, y sólo mi Iglesia hermosa y pura, santa e inmovible, llegará al fin tan santa y perfecta e inmovible como salió de mis manos, apoyada en el amor que no se muda porque es divino, por el ser de unidad que lleva consigo, impregnada de amor, y sólo esparciendo amor.

"Pero ha llegado el tiempo de exaltar en el mundo al Espíritu Santo, alma de esa Iglesia tan amada, en donde esa Persona Divina se derrama en todos sus actos con profusión. Esta íntima etapa del mundo quiero que se le consagre muy especialmente a este Santo Espíritu, que no obra sino por el amor. Comenzó a regir a la Iglesia en su principio, por tres actos de humilde amor en san Pedro; y quiero que en estos últimos tiempos se acentúe este amor santo en todos los corazones, pero especialmente en el corazón del Papa y de mis sacerdotes. Es su turno, su época, es el final amoroso en mi Iglesia para todo el universo. Por eso vuelvo a pedir que el mundo se consagre al Espíritu Santo muy especialmente, comenzando por todos los miembros de la Iglesia, a ese Espíritu que me anima, a esa Tercera Persona de la Trinidad que enlaza y une a la Trinidad misma, que hace a Dios ser Dios, porque Dios es amor, y el Espíritu Santo es la Persona del amor, el mismo Amor Personificado en Ella. Por eso el Espíritu Santo es el alma, el gran motor divino de la Iglesia; su energía, su corazón, su latido, porque es el Amor". (Diario T. 51, p. 75-83; marzo 2, 1928).

Santidad de la Iglesia

La Iglesia es indefectiblemente santa, pues Cristo amó a la Iglesia como a su esposa, entregándose a Sí mismo por ella para santificarla (cfr. Ef. 5,25-26). La unió a Sí como su propio cuerpo y la enriqueció con el don del Espíritu Santo para gloria de Dios (L.G. N° 39).

Todo en la Iglesia se ordena a la santidad porque es el fin del designio salvífico del Padre. La Iglesia Apostólica, una y católica debe realizar la Iglesia Santa.

Una de las joyas del Vaticano II es el capítulo V de la Lumen Gentium en el que se nos recuerda nuestra vocación universal a la santidad.

En febrero de 1911 escribía Conchita: "Todos los hombres nacen para ser santos. Si las almas fuesen interiores, si se dieran al Espíritu Santo, cuántas más vida mística, cuántos más conductos celestiales tendrá mi Iglesia. Que se den al Espíritu Santo los corazones y El los poseerá, mis santos se multiplicarán: la Iglesia tendrá vasos de elección y la faz del mundo cambiará" (Diario T. 35, p. 96-97, febrero 24, 1911).

Pero el destino del Pueblo de Dios depende ante todo de la santidad de sus Pastores: "Dios que es solo Santo y santificador quiso tomar a los hombres como compañeros y ayudadores que le sirvieran humildemente en la obra de la santificación" (P.N. No. 5).

El sacerdote participa de la autoridad con que Cristo mismo edifica, santifica y gobierna su cuerpo" (P.O. N° 2). Cristo mismo construye a su Iglesia en colaboración con sus ministros.

Conchita, mujer seglar, fue escogida por Dios para comunicar a la Iglesia un mensaje de importancia: un llamado a la *santidad sacerdotal*, que es la única solución a la actual crisis de la Iglesia.

Más de mil páginas de su Diario están llenas de las confidencias del Señor, las cuales nos descubren a la vez que la sublime grandeza, la fragilidad del sacerdote. Se encuentran ahí páginas sin precedente en la historia de la literatura cristiana.

Este llamado apremiante a la santidad sacerdotal escrito treinta años antes del Concilio es el punto culminante de la "*misión profética*" de Conchita en la Iglesia.

El Vaticano II nos ha recordado que todo cristiano participa de la misión profética, sacerdotal y regia de Cristo. Es una ley constante en la Historia de la salvación: Dios escoge gratuitamente lo que hay de más pequeño, de más humilde para realizar sus obras admirables.

Conchita es una "palabra de Dios para la Iglesia de hoy".

"Los sacerdotes tienen la culpa"

"Los sacerdotes tienen la culpa de que la vida interior se extinga, de que las puertas de las comunicaciones divinas, por medio de la vida mística, se cierren. ¿Y por qué? Por su apatía en mi servicio, por la disipación de la vida, por su inmortificación, por la reclusión de estudios de esta clase, por el poco trato interno y concienzudo con las almas, por la carencia de espíritu de sacrificio, porque no me aman lo suficiente.

"Esos son los motivos, y ¿cuál es la causa o causas que provocan y sostienen esos

motivos?

"La falta de oración, de vida interior, de pureza de alma, de relaciones íntimas Conmigo, de su falta de amor y devoción al Espíritu Santo, de unión con Dios. El mundo abre ahora mucha brecha en el corazón de los sacerdotes y ya sabes cuantos son los vicios que acompañan a enemigo tan formidable.

"El demasiado trato con las criaturas los enfría y la falta de recogimiento externo e interno los hiela. En donde entra el mundo sale el Espíritu Santo del corazón del Sacerdote, es su ruina, porque si alguien tiene, no sólo necesidad, sino obligación crecidísima de vivir y respirar dentro de este Espíritu Santo es el Sacerdote; y a medida que El se aleja, la materia entra y viceversa; pero ¡ay del sacerdote que vive de material!, puede contarse como perdido. ¡Y es tan fácil esto en un alma disipada, en un corazón que no ora ni se mortifica!

"Satanás por su odio infernal hacia mi Iglesia, a este punto de capital trascendencia para tantas almas y para el sacerdote mismo, dirige sus más envenenadas flechas. Y el trabajo es que encuentre alguna rendija por donde meter al mundo en el corazón del sacerdote, en cualquier forma; que después desliza a esa desgraciada alma por suavísimas pendientes hasta el pecado" (Diario T. 25, p. 280-282, febrero 14, 1907).

"Mis ministros duermen"

"Te haré una íntima confidencia. Las gracias se ciernen sobre mi Iglesia, los tesoros, las riquezas, los manantiales fecundísimos de los méritos del Verbo hecho carne, y cada día, como que los hombres y los mismos que se llaman míos cierran las puertas al Espíritu Santo.

"Mina Satanás a la Iglesia por la debilidad y la disipación de los que debieran guardar el Santuario: las almas languidecen por falta de Directores poseídos del Espíritu Santo. Mi Iglesia tan hermosa y rica tiene que guardar sus tesoros porque no encuentra en donde derramarlos. Y es muy triste que estos tesoros infinitos de gracias que Yo he comprado con mi Sangre estén inactivos en mi Iglesia por falta de obreros santos.

"Entienden muchos a su modo la vida espiritual y faltan estudios profundos sobre esta materia, y por ignorancia y flojedad dejan trancos los designios de Dios en muchas almas.

"Mi corazón se contrista en este punto en el que mis ministros duermen. Son los primeros en muchas ocasiones que se conforman con una piedad superficial, pero ni inculcan a las almas la Cruz, ni menos enseñan al Espíritu Santo.

"La rutina, te repito, aquí íntimamente, ha entrado muy hondamente en el Santuario, y ese culto en Espíritu y en verdad casi se ha extinguido por completo en muchas comunidades.

"Que reaccionen mis Ministros por el Espíritu Santo, que hagan mucho aprecio de la vida interior, que la posean y que la comuniquen por ese Santo Espíritu y la Iglesia florecerá en su primitivo vigor.

"Le falta a mi Iglesia la savia del Espíritu Santo; le falta a los Seminarios y clérigos y de ahí viene que le falte a las almas que viven y alientan de este jugo vital, que debe darles la vida de la gracia.

--"Señor de mi alma, mi divino Jesús, ¿pero yo qué hago?"

"¡Oh Dios mío! pues que venga cuanto antes ese Santo Espíritu a prender el fuego en los corazones. Yo quisiera ser misionero, mi Jesús, valer por mil y cien mil, para poder recorrer el mundo y dar todas esas veces mi sangre en favor de la causa de la Iglesia que amo cada día más con celo devorador, con fuego desconocido, ¡Oh Jesús, Jesús, Jesús!... (Diario T. 35, p. 97-100, febrero 21, 1911).

Llamamiento a la santidad

"Quiero amor en mis sacerdotes, quiero vida interior, intimidad Conmigo en esas almas consagradas.

"Quiero desterrar la apatía de sus corazones, y hacerlos arder en celo de mi gloria. Quiero activar la vida divina en tantas almas de los Míos que desfallecen. Quiero destruir la indiferencia que paraliza la acción de Dios y aleja de los sacerdotes mis gracias.

"Es necesario volver a encender el fuego y esto sólo se hará por el Espíritu Santo, por el divino medio del Verbo, ofreciéndolo al Padre clamando misericordia" (Diario T. 49, p. 15-18, septiembre 23, 1927).

Sólo el Espíritu Santo santifica

"Quiero una reacción viva, palpitante, patente y poderosa del clero por el Espíritu Santo.

"Un sacerdote ya no se pertenece, es otro Yo y tiene que ser todo para todos, pero santificándose primero, que nadie da lo que no tiene y sólo el santificado santifica. Por tanto si quiere ser santo, como es su deber ineludible: debe estar poseído, impregnado del Espíritu Santo porque si el Espíritu Santo es indispensable para la vida de cualquier alma, para las almas de los sacerdotes debe ser El su mismo aliento y vida.

"Si son Jesús los sacerdotes, ¿cómo no han de tener el Espíritu de Jesús?, y, ¿cuál es éste sino el Espíritu Santo?" (Diario T. 49, p. 111-112, octubre 9, 1927).

Actualidad apremiante

"Yo acudo siempre a tiempo y oportunísimamente en las épocas del mundo en favor de mi Iglesia militante; y ahora en los momentos presentes necesitan esta reacción divina mis sacerdotes para resistir a los embates del enemigo para rechazar el mundo que se ha introducido hasta el Santuario; para prevenir futuros males, para consolar a mi corazón y dar gloria a mi Padre, purificando y santificando más y más los elementos de mi Iglesia amada.

"Como te dije, vendrán épocas peores para mi Iglesia y esta necesidad de sacerdotes y ministros santos que la hagan triunfar de sus enemigos con el Evangelio de paz, de perdón y de caridad; con mi doctrina de amor que vencerá al mundo.

"Pero necesito un ejército de santos sacerdotes transformados en Mí, que respiren virtudes y que atraigan a las almas con el suave olor de Jesucristo. Necesito otros Yo en la tierra formando un solo Yo en mi Iglesia por su unidad de miras, de intenciones y de ideales, formando un solo Cuerpo místico Conmigo, un solo querer con la voluntad de mi Padre, una sola alma con el Espíritu Santo: una unidad en la Trinidad, por deber, por justicia, por amor" (Diario T. 50. p. 101-102, diciembre 29, 1927).

La Transformación en Cristo Sacerdote

Este llamamiento a la santidad sacerdotal tiene como meta la realización de su vocación personal, la Transformación en Cristo Sacerdote.

"Mi fin en los sacerdotes es realizar la transformación en Mí, quitando los elementos que la impiden y unificarlos en la Unidad de la Trinidad para la que fueron engendrados en el seno del Padre, creados y ordenados para mi servicio con la unción y la acción divina del Espíritu Santo" (Diario T. 50, p. 100. diciembre 29, 1927).

"Pido esta reacción en mis sacerdotes, que no puede haberla en las almas si ellos primero no tienen mi mismo Espíritu, si ellos antes no se transforman en Mí" (Diario T. 50. p. 383, febrero 13, 1928).

No se trata solamente de copiar algunos rasgos de Cristo o de imitar algunas de sus virtudes, la transformación que realiza la santidad sacerdotal es la identificación plena con Cristo Sacerdote.

"La transformación del sacerdote en Mí que se opera en la Misa, debe continuarla él en su vida ordinaria, para que sea esta vida interior, espiritual y divina.

"Cuando un sacerdote no está transformado en Mí, o en vía de transformarse por sus esfuerzos continuados por lograrlo, estará en la Iglesia, pero, en cierto sentido, separado de la intimidad de la Iglesia, separado en su Espíritu del núcleo transformante de mi Iglesia.

"¡Y cuántos sacerdotes hay que ni piensan en esto, ni lo procuran, ni ponen de su parte un solo ápice para adquirirla! Toman la dignidad incomparable del sacerdocio como una profesión material cualquiera; y ese no es el sublime fin y santo del sacerdocio que consiste en la transformación perfecta en Mí por el amor y por las virtudes.

"Mi Padre quiere ver al sacerdote transformado en Mí, no tan sólo en la hora de la Misa, sino a todas horas; de tal manera que en cualquier sitio, y a cualquier hora pueda el sacerdote decir con verdad en el interior de su alma estas bendita, palabras realizadas constantemente en él por su transformación en Mí: "Esto es mi Cuerpo, esta es mi Sangre" (Diario T. 50. p. 122-123. diciembre 31, 1927).

En otras palabras: el sacerdote en la Misa está transformado en Cristo en virtud de la acción del Espíritu Santo, en cuanto que es "instrumento" y realiza la acción sagrada en virtud del poder participado de Cristo Cabeza. Esto pide, exige la unión por el amor para ser instrumento "vivo" y entrar en la comunión perfecta con Cristo. La falta de caridad no invalida el sacramento pero constituye la realidad más absurda y abominable.

La transformación pedida por Cristo es "realizar en la vida" lo que Cristo realiza en la Eucaristía.

"Aquí está el fondo de la procedencia de todos los males que lamento en mi Iglesia, la falta de transformación en Mí de sus sacerdotes: que sí esto fuera qué distintos se hallarían pueblos y naciones y almas que resienten materializadas la falta de influjo divino que debieran comunicarles los sacerdotes y que se hunden y se despeñan por la sensualidad y la falta de fe en abismos insondables de males.

"Si el demonio ha ganado terreno en mi Viña es por falla de obreros santos, en esa viña;

por sacerdotes tibios, disipados, mundaneados y aseglarados que se han dejado llevar por la corriente y el ambiente actual, sin oponer resistencia, sin hacerse violencia a sí mismos y sin preocuparse en lo principal que debiera preocuparles: en su perfecta transformación en Mí" (Diario T. 50. p. 129-130, diciembre 31, 1927).

Transformación en Cristo Víctima

"Una de las cosas que faltan en muchos de mis sacerdotes es el Espíritu de mortificación, clamor a la cruz, el conocimiento de las riquezas que encierra el dolor.

"Muchos predicán la Cruz y no la practican; aconsejan la abnegación y el propio renunciamiento y ni sueñan para sí mismos esas virtudes tan necesarias en los sacerdotes, porque el sacrificio es uno de los puntos culminantes y como el cimiento para la transformación en Mí que fui Víctima desde el instante de mi Encarnación hasta mi muerte.

"Una víctima para ser acepta a mi Padre debe ser pura y sacrificada. Mi vida entera se redujo a esta hermosa palabra que sintetiza el ser de cristiano y más el de sacerdote: ¡inmolación! Fui inmolado voluntariamente en la tierra y continuó esa vida de inmolación en los altares.

"Yo vine al mundo a santificar el dolor y a quitarle su amargura: vine para hacer amar la Cruz, y la transformación más perfecta en Mí tiene que operarse por el dolor amoroso, por el amor doloroso.

"Por tanto, un sacerdote que quiera asimilarse a Mí, como es su deber, debe ser amante del sacrificio, debe tender a la voluntaria inmolación abnegándose, negándose a sí mismo y sacrificándose constantemente en favor de las almas.

"Sacerdote quiere decir que se ofrece y que ofrece; que se inmola e inmola.

"Los sacerdotes deben amar la cruz y enamorarse de Mí crucificado. Soy su modelo" (Diario T. 50, p. 138-143, enero 1°, 1928).

Esta vida de inmolación es la vida que exige el ministerio, el servicio de las almas. El sacerdote es como Jesús el Buen Pastor que debe dar su vida por sus ovejas.

"El amor que tengo a mis sacerdotes es infinito, pido correspondencia y si su vocación en mi Iglesia es para salvar almas, deben amarme, deben poseer mi Espíritu, impregnarse de mi Espíritu, vivir de mi Espíritu que es vivir de amor.

"Pero amarme no consiste sólo en hacer actos de amor sino en entregarse al amor, sin condiciones, para todas las inmolaciones que exige el amor de Dios y el amor a las almas.

"Yo no engaño. La transformación implica dolor, vencimiento, sacrificio, muerte. Pero el amor es más fuerte que la muerte, que esa muerte que da la vida. El Espíritu Santo me inclinó a la Cruz y desde que la abracé voluntariamente, la Cruz se convirtió en amor" (Diario T. 51, p. 93-97, marzo 4, 1928).

"El Espíritu Santo me inspiró la muerte de cruz que fue obra de infinito amor hacia mi Padre y hacia las almas, pero con el noble fin de asociar muy especialmente a mi cruz, a una vida de sacrificio, a todos mis sacerdotes futuros que siendo otros Yo, unos en Mí perpetuaran mi sacrificio en sí mismos y en los altares y todo para honrar a mi Padre

ofreciéndome y ofreciéndose transformados en Mí como una sola víctima santa y pura que lo glorificara" (Diario T. 57, p. 255-256, diciembre 12, 1931).

La transformación en Cristo exige ser con El al mismo tiempo sacerdote y víctima. La grandeza del sacerdote es por esencia una grandeza eucarística.

Una oración, del Misal Romano expresa admirablemente esta espiritualidad:

"Recibe Señor estos dones que te ofrecemos y al mirar a tu Cristo, Sacerdote y Víctima, concédeme a mí que participo de su sacerdocio la gracia de ofrecerme cada día como víctima agradable en tu presencia" (Oración sobre las ofrendas por el propio sacerdote B).

Sólo el Espíritu Santo transforma en Cristo

"Sólo el Espíritu Santo hace santos a los sacerdotes; sólo ese Divino Espíritu los eleva de lo terreno a lo divino, sólo El es capaz, con su soplo de impulsar a las almas sacerdotales a lo heroico, a lo sublime de su vocación. El es el eterno lazo deleitable y candidísimo que une eternamente a la Trinidad; y el lazo también, la cadena dulce y amorosa que debe unir suavemente, como todo lo de El, a los sacerdotes en Mí para llenar ese infinito deseo de mi Padre, la Unidad en la Trinidad, por este perfecto medio, el Espíritu Santo.

"Cuánto ansío el perfecto reinado del Espíritu Santo en el corazón de los míos. Ese reinado interior en las almas de mis sacerdotes en donde tenga su asiento y su nido. Y si son otros Yo deben mis sacerdotes tener el mismo Espíritu que Yo, el Espíritu Santo" (Diario T. 50, p. 210-212, enero 12, 1928).

En la Unidad del Espíritu Santo

El designio salvífico del Padre al enviar a su Hijo es unir a todos sus hijos que estaban dispersos (cfr. Jn. 11,52) y constituir un reino sacerdotal con los hombres de cada raza, lengua, pueblo y nación (cfr. Ap. 5,9).

"Vine al mundo sólo con el fin de unir a todos en la Unidad de la Trinidad, por el Espíritu Santo, es decir, por el Amor" (Diario T. 50, p. 95, diciembre 28, 1927).

"Mi Padre al fundar la Iglesia sólo tuvo un fin, fin de unidad, porque El, ni en Sí mismo, ni en sus concepciones eternas, ni en su fecundidad asombrosa, ni en sus deseos, ni en sus obras puede tener pensamientos e intenciones fuera de su unidad. Pues bien, al fundar su Iglesia, su ideal fue no hacer sacerdotes que se disgregan saliéndose de su unidad, sino un solo Sacerdote en Mí, un solo santo en Mí, por el Divino Espíritu" (Diario T. 50, p. 397, febrero 13, 1928).

En un texto de una densidad doctrinal extraordinaria san Pablo pone de relieve la Unidad de la Iglesia: "Un solo Cuerpo y un solo Espíritu, como habéis sido llamados a una sola esperanza de vuestra vocación. Un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo. Un solo Dios y Padre de todos que está sobre todos, por todos y en todos" (Ef. 4, 4-6). La Unidad es el rasgo más divino de la Iglesia. No es pues de extrañar que el poder del mal dedique todo su esfuerzo a destruirla.

"El demonio tiende a desunir porque rompe la fuerza: el Espíritu Santo tiende a unir, a estrechar los brazos paternos, filiales, fraternales de cuyo desmembramiento vienen tantos males a mi Iglesia. Si Yo soy la Unidad en la Trinidad, ¿por qué mis pastores y sacerdotes entre sí no tienen una sola alma, un solo parecer por mi gloria, un solo corazón

en mi corazón?

"Yo me ofrecí de Víctima por ellos muy especialmente, y sólo les pedí que perseveraran en mi amor, y mi amor es unitivo; y quiero que los hombres se amen los unos a los otros, ¿cómo no querer ante todo que los sacerdotes se amen entre sí, y que entre ese grupo escogido de elección no tenga Yo que lamentar odios, disturbios, apartamientos, lejanías de pareceres y de afectos, todas esas miserias que enfrían, que entibian, que separan los corazones?

"Y si este es tremendo mal para mi Iglesia, que puede llegar hasta el cisma, es para mi corazón lo más doloroso, lo que más lamento, puesto que se aparta de mi gran mandamiento, de aquel amaos los unos a los otros, porque Yo al pronunciar esas palabras, quise que fueran particularmente por mis sacerdotes, que son humanos y no están exentos de las pasiones humanas.

"Y si dije que conocerían que eran míos si se amaban los unos a los otros, cuando las almas puedan ver esos enfriamientos de afectos, esa falta de calor entre sí, el mundo se escandalizará y no los tendrá por míos.

"Yo insisto, e insistiré siempre en esa unidad de la Trinidad; en esa unidad de la caridad, que es el amor, que es la estrechez por medio del Espíritu Santo.

"Es muy humano el que haya que lamentar Yo, que lamentar la Iglesia, esa división entre los suyos, que llegan a muy grandes, a muy hondos males, que Yo sólo sé medir en su extensión. Esto es descender al mundo, y mis sacerdotes no son del mundo, no deben ser del mundo, no pueden seguir las máximas del mundo, no deben contaminarse con el mundo. Y del mundo son tantas cosas, tanta tierra y pasiones y vicios, de los que mis sacerdotes debieran estar ajenos.

"Y mundo son las divisiones, las desavenencias, los respetos humanos, las envidias, el buscarse a sí mismos, y el alejamiento de corazón a corazón.

"El Papa, los Cardenales, Pastores y sacerdotes, toda la jerarquía eclesiástica forma un solo bloque divino, una piedra en Pedro, una roca en donde las olas del mundo y los enemigos se estrellarán. Pero ese bloque debe ser uno, no debe desmembrarse, y de ahí su fuerza divina contra todo el infierno. Y es que está resguardada por la unidad de conjunto, por la unidad de la Trinidad" (Diario T. 51, p. 337-340, abril 22, 1928).

"Insiste en esa unidad de querer y de pareceres en Mí. Ciertamente por diversas vías los arroyos van al mar, y que de diversos manantiales toman vida esos arroyos: pero quiero en mi Iglesia que esos arroyos sean uno solo en unión de caridad, es decir, que mis Obispos y sacerdotes formen un solo caudal que desemboque en el mar que soy Yo. Quiero que mi Iglesia en sus derivaciones forme una sola derivación en querer y pareceres.

"La unidad, la unidad de juicio, la unidad de voluntades en la Mía, es lo que trae la paz a la Iglesia y a los corazones.

"Cuántos Obispos lamentan esta falta de unidad en su clero, no tan sólo para con ellos, sino aún los miembros entre sí, divergiendo en opiniones que acarrearán consiguientemente faltas de caridad y murmuraciones de trascendencia, apuñalando mi Corazón, toda obediencia y caridad.

"Y mira: si el sacerdote tiene tan alto origen, nada menos que en el amoroso seno de la Trinidad, tiene el deber ineludible de asimilarse a la Trinidad muy principalmente en su

unidad. Y como la Iglesia ha sido creada para El, por la Trinidad, en ella debe aspirar y beber la unidad, simplificándose en mi voluntad manifestada por los superiores, es decir, por el Papa y los Obispos de quienes el sacerdote depende.

"Esa unidad falta en el mundo, y por esto tantos males que asolan la tierra. Se desvían las almas de su Centro, y de ahí todas las desgracias que llora la humanidad caída. Este es el punto central y capital de su ruina, el vivir apartado de la unidad, en doctrinas erróneas, en el orgullo de las opiniones, en la multiplicidad de las sectas, en la bruma y obscuridad de los compuestos. El día que el mundo vuelva a su centro, de la unidad de la Trinidad y en su Iglesia, será salvo.

"Pero lo más triste y lo que más lastima mi Corazón es que en los míos existe esa desigualdad que los aparta de su centro, en la unidad de la Trinidad y en su Iglesia, será santísima y plenísima, en las tres Divinas Personas". (Diario T. 49, p. 374-378, noviembre 28, 127).

La unidad no puede ser realizada por las solas fuerzas humanas: es un don que viene de lo alto, por eso Cristo en el momento culminante de su vida elevó su oración al Padre para alcanzar para su Iglesia la Unidad.

"En aquella plegaria tiernísima a mi Padre en la última Cena, plegaria salida de lo más hondo de mi alma ---en la que quise expresar a mis Apóstoles y en ellos a mis sacerdotes futuros toda la sublime ternura, la quintaesencia de mi alma hacia ellos-- pedí lo más grande, lo más bello que podía solicitar de mi Padre, que fuéramos uno, consumados en la Unidad de la Trinidad.

"Aquella plegaria de la consumación de la Unidad en mi Padre y en Mí, no quedó estéril, sino que vinieron sus frutos a la tierra especialmente sobre mis sacerdotes y por eso son ellos otros Yo; y por eso, sólo por esa les di a mi misma Esposa, la Iglesia, pero con los mismos deberes de fidelidad y de purísimo amor hacia ella; con el deber de servirla, de consolarla, de darle hijos espirituales y santos, de extender su reinado, de respetar sus jerarquías, de constituir aún en la tierra aquella unidad que es eco de esa unidad santa, fecunda, y purísima, de la unidad de los sacerdotes en Mí, de la única Unidad en la Trinidad.

"Todo lo que salga de esta unidad es diabólico: todo lo que no tienda a esa unidad es falso; todo lo que se aparte de esa unidad será nulo para el cielo" (Diario, T. 51, p. 160. 162. 168, marzo 14, 1928.

Conchita experimentará siempre hacia los sacerdotes un profundo respeto y un amor de predilección; ella no los critica, ofrece su vida en expiación por sus debilidades y para obtenerles la gracia de una eminente santidad. Mira, sufre, calla. Se inmola constantemente como víctima por la Iglesia y sobre todo por los sacerdotes.

Ofrécete en mi unión como víctima por la Iglesia

"Ofrécete en oblación por mis sacerdotes, únete a mi sacrificio para alcanzarles gracias. Es necesario que unida al Sacerdote Eterno hagas tu papel de sacerdote, ofreciéndome al Padre, y arrancándole gracias y misericordias para la Iglesia y sus miembros. ¿No recuerdas cuántas veces te he pedido que te ofrezcas de víctima en unión de la Víctima, por la Iglesia amada? ¿No ves que eres suya porque eres Mía, y que eres Mía porque eres suya? Entonces, por la unión especial que tienes con mi Iglesia tienes derecho a participar de sus amarguras y tienes deber sagrado de consolarla sacrificándote por sus sacerdotes"

(Diario T. 49, p. 26, septiembre 24, 1927).

Sólo el Espíritu unifica

"Mas para realizar este ideal de unidad de mi amado Padre, el que tiene de mis sacerdotes, se necesita como indispensable y poderoso motor para este fin al Espíritu Santo. Sólo El, únicamente El puede renovar la faz de la tierra, y unir los corazones con el Verbo, porque es el inefable lazo de amor entre el Padre y el Hijo: es el que unifica a la Iglesia, porque unifica a la Trinidad en el amor: es el que simplifica, porque es la unidad por esencia, y es unidad, porque es amor.

"El amor es el único que une, que simplifica, que santifica, que reconcilia, que abraza, que estrecha los vínculos y los corazones.

"El amor es el motor de la Iglesia y de los sacramentos: es el amor el que engendró en el Padre a los sacerdotes, porque toda la Trinidad es una sola esencia y voluntad sin principio; el amor forma a los sacerdotes, que si fueron engendrados desde la eternidad en el entendimiento del Padre, nacieron, a impulso de los latidos amorosos y dolorosos de mi corazón en la Cruz y consumados en su principio y en su fin por el amor.

"Pues bien, ¿ves la unidad en una sola esencia en la Trinidad?, la Iglesia es su reflejo, es como una parte de la Trinidad misma y toda su economía se sintetiza en la tierra en la unidad de un solo rebaño y un solo Pastor.

"Es la unidad lo más bello para Dios; porque la unidad lo retrata, porque la única unidad es El; porque Dios es simplísimo en su Ser y su mayor deleite y su mayor felicidad, su única felicidad consiste en amarse a Sí mismo, en ser tres Personas en una sola substancia y esencia de amor, aunque el Amor se personificó en el Espíritu Santo; en recrearse en un solo punto infinito, que lo llena todo, que lo absorbe todo, que lo produce todo: almas, mundos, extensiones infinitas de amor, de amor purísimo asombrando al cielo, y haciendo prorrumpir a los seres creados que lo componen en aquel Santo, Santo, Santo, extasiándolos en las infinitas perfecciones que asombran, conmueven, deifican y unifican en Dios todas las cosas.

"¿Y por qué te hablo hoy de esa unidad santísima, altísima, perfectísima, que embelesa al mismo Dios eterno e infinito en sus perfecciones?

"Porque esa unidad producida por el amor que mi Iglesia refleja, que debe ser una, con la unidad de la Trinidad, no existe en muchos de mis Obispos y sacerdotes, y esto quiero mostrarte, esta pena que lastima mi corazón de Dios-hombre; el doloroso cuadro de la desunión en los pareceres de muchos miembros de mi Iglesia.

"¿De qué sirve que por fuera, o exteriormente estén unidos los pareceres por respetos humanos, si interiormente hay desacuerdos, murmuraciones y cosas e intrigas que sólo Yo veo y que a veces aún dan escándalo? Este punto me lastima; y por este punto vienen muchos males que Yo lamento y que se hacen sentir en mi Iglesia, perjudicándola de muchos modos.

"Deben trabajar por la unión, por la unidad en criterios y disposiciones, pero reales, no ficticias o de cumplimientos. Deben imitar a la Trinidad procurando tener todo el Episcopado un solo corazón y una sola alma formando una sola familia en Mí, por el Espíritu Santo, un solo querer en mi voluntad, no sólo exteriormente, repito, sino uniformemente también en el interior que Yo veo.

"Y los sacerdotes también deben uniformar sus pareceres con sus Obispos, respetando sus disposiciones, sin disensiones; que ellos más que nadie deben evitar que haya falta de caridad en este punto más importante de lo que parece.

"Pero insisto para todo esto (que pido que se remedie, que se prevea y aún para que no exista) que se recurra al Espíritu Santo, conciliador y unificador de entendimientos y de voluntades, El refleja la unidad en las almas, porque forma parte intrínseca de la unidad por esencia. El Espíritu Santo, alma de la Iglesia, es el portaestandarte de la unidad, su principio, su centro y su fin, por ser el amor.

"Que acudan los Obispos y los sacerdotes con más y más asiduidad y amor al Espíritu Santo, y El será su luz, su norte, su guía, para llevarlos a la unidad.

"Un solo apostolado quiero en mi Iglesia, una sola fe, una sola Verdad, un solo fin. Un martirio si todos se martirizan; un gozo si todos gozan; un triunfo si todos triunfan; un calvario si todos sufren; es decir, un lazo de caridad que estreche y unifique, el mismo lazo que forma la unidad por el amor, el Espíritu Santo. Un solo, Jesús, Dios-hombre que los caliente y un fin, mi Padre, yendo a El por el Espíritu Santo y por María" (Diario T. 49, p. 362-373, noviembre 23, 1927).

La Consumación en la Unidad de la Trinidad

La "Consumación en la Unidad" se realiza cuando el cristiano y particularmente el sacerdote ama con el Espíritu Santo, es decir cuando su caridad ya no es ejercitada de un modo humano bajo la dirección de la prudencia infusa sino ejercitada de un modo suprahumano bajo el impulso de la moción del Espíritu Santo; la "caridad perfeccionada por los dones" es amar con el Espíritu Santo.

"La Iglesia es amor, es caridad por tener su origen y su ser y su vida en el amor fecundo del Padre. Los cristianos deben ser amor, todo amor, elevados a la cumbre de la unidad por el amor. Y ¿quién es el Amor sino el Espíritu Santo? Ese Espíritu fue mi Espíritu y con El amé a mi Padre, y así quiero que mis sacerdotes y todos los cristianos amen a mi Padre como Yo lo amo, con el mismo Espíritu Santo que ésta es la perfección del amor.

"Ese amor es el que unifica con la Trinidad, el que simplifica en la santidad, el que une, el que fecunda lo santo y el que transforma en Mí y hace lo que mi amor pretende, lo que mi Padre anhela: un solo Sacerdote en Mí de todos los sacerdotes, un solo Jesús en donde ponga su mirada amorosa, en donde El se complazca.

"¿No ves que al fundar su Iglesia ese fue su ideal? Yo en el Papa como Cabeza y todos los sacerdotes en Mí formando un mismo Cuerpo y un solo querer con el de mi Padre amado. Y después de los sacerdotes, mis predilectos, todos los cristianos deben unificarse en Mí consumados en la Unidad" (Diario T. 55, p. 288-289, julio 5, 1930).

Un Nuevo Pentecostés

"Al enviar al mundo un como segundo Pentecostés quiero que arda, quiero que se limpie, ilumine e incendie y purifique con la luz y el fuego del Espíritu Santo. La última etapa del mundo debe señalarse muy especialmente por la efusión de este Santo Espíritu. Quiere reinar en los corazones y en el mundo entero; más que para su gloria, para hacer amar al Padre y dar testimonio de Mí, aunque su gloria es la de toda la Trinidad" (Diario T. 40, p. 180, enero 26, 1916).

"Dile al Papa que es mi voluntad que en todo el mundo cristiano se clame al Espíritu Santo implorando la paz y su reinado en los corazones. Sólo este Santo Espíritu puede renovar la faz de la tierra y traerá la luz, la unión y la claridad a los corazones.

"El mundo se hunde porque se ha alejado del Espíritu Santo y todos los males que le aquejan tienen su origen en esto. Ahí está el remedio porque El es el Consolador, el autor de toda gracia, el lazo de unión entre el Padre y el Hijo y el Conciliador por excelencia porque es caridad, es el Amor increado y eterno.

"Que a ese Santo Espíritu acuda todo el mundo pues ha llegado el tiempo de su reinado y esta última etapa del mundo a El le pertenece muy especialmente para ser honrado y exaltado. Que la Iglesia lo pregone, que las almas lo amen, que el mundo entero se le consagre y vendrá la paz, juntamente con una reacción moral y espiritual más grande que el mal que a la tierra aqueja.

"Que a la mayor brevedad se proceda a llamar con oraciones, penitencias, y lágrimas a este Santo Espíritu, suspirando por su venida. Y vendrá, Yo lo enviaré otra vez de una manera patente en sus efectos, que asombrará e impulsará a la Iglesia a grandes triunfos" (Diario T. 42, p. 156-158, septiembre 27, 1918).

"Pide esta reacción, este "nuevo Pentecostés", que mi Iglesia necesita: sacerdotes santos por el Espíritu Santo. El mundo se hunde porque fallan sacerdotes de fe que lo saquen del abismo en que se encuentra; sacerdotes de luz para iluminar los caminos del bien: sacerdotes puros para sacar del fango a tantos corazones: sacerdotes de fuego que llenen de amor divino al universo entero.

"Pide, clama al cielo, ofrece al Verbo para que todas las cosas se restauren en Mí por el Espíritu Santo". (Diario T. 49. p. 250-251, noviembre 1º , 1927).

"Quiero volver al mundo en mis sacerdotes: quiero renovar al mundo de las almas manifestándome Yo mismo en mis sacerdotes: quiero dar un poderoso impulso a mi Iglesia infundiéndole como un "nuevo Pentecostés", el Espíritu Santo en mis sacerdotes" (Diario T. 50, p. 165, enero 5, 1928).

"Para alcanzar lo que pido deben todos los sacerdotes hacer una consagración al Espíritu Santo, pidiéndole, por intercesión de María, que venga a ellos como en un "nuevo Pentecostés", y que los purifique, los enamore, los posea, los unifique, los santifique y los transforme en Mí" (Diario T. 50, p. 296, enero 25, 1928).

"Algún día, y no lejano, en el centro de mi Iglesia, en san Pedro, se llegará a hacer la consagración del mundo al Espíritu Santo, y las gracias especiales de este divino Espíritu se derramarán en el Papa feliz que esto haga.

"Hace mucho tiempo que vengo indicando este mi deseo de que se consagre el universo al Divino Espíritu para que se derrame en la tierra como un "segundo Pentecostés" (Diario T. 51, p. 135, marzo 11, 1928).

"Tengo una gran devoción a la Santísima Trinidad"

Uno de los aspectos más admirables y profundos de la espiritualidad de Conchita es el matiz trinitario de toda su vida y de toda su doctrina.

La eclosión de su bautismo y el desarrollo progresivo de su gracia personal, bajo la acción del Espíritu Santo, se encaminan a la identificación, a la transformación en Cristo Sacerdote y Víctima para continuar su oblación de amor para gloria del Padre en favor de los hombres. Toda la vida espiritual de Conchita se despliega bajo el signo de la Trinidad.

Desde las primeras páginas de su Diario aparece un atractivo de gracia que la impulsa a las profundidades de la vida íntima de Dios. A medida que progresa en su vida espiritual recibe luces especiales y ya en plena vida de unión, la acción de los dones de inteligencia y de sabiduría la sumerge en los abismos de la Trinidad.

Las páginas que Conchita escribió sobre la Trinidad son las más sublimes de su Diario y llenarían un volumen entero. Nos hemos visto obligados, con pesar a escoger algunos textos del tesoro de su doctrina.

Tengo una gran devoción a la Santísima Trinidad

Debemos señalar una constante línea ascendente en su relación vital con las Divinas Personas.

Desde el principio de su vida espiritual el Señor la impulsa de una manera muy consciente y práctica a orientar su vida a la gloria de la Trinidad: "Vive de hora en hora, sin pensar en la siguiente como si fuera la última para ti; llénala, abandonada a mi voluntad y sólo con el fin de agradarme a Mí. Di aquello: "Hágase tu voluntad, Padre, Hijo y Espíritu Santo. Gloria a Ti, Santísima Trinidad" (Diario T. 1, p. 40, 1893).

La visión de la Cruz del Apostolado --símbolo de la espiritualidad y de la doctrina de la Cruz-- está toda ella envuelta en un profundo sentido trinitario, que Conchita entrevé y dirigiéndose a Jesús, escribe: "el Padre con su aprobación, Tú, escondido dentro de la Cruz y el Espíritu Santo como Protector, toda la Trinidad Santísima va a dirigir esta obra" (Diario T. 2, p. 4, marzo, 1894).

El efecto de esta acción santificadora de Dios se manifiesta en Conchita, que poco después escribe:

"Estoy muy empapada, diré, de Dios... Le tengo gran devoción a la Santísima Trinidad y estos tres días se los dedico con toda el alma. Ayer al Padre... hoy a este Jesús y mañana a mi Palomita queridísima. La he sentido varias veces sobre mí, entre rayos de luz, haciéndome experimentar una sensación inefable que adormece, encanta y llena de una especie de unción arrobadora" (Diario T. 3, p. 170, mayo 19, 1894).

Toda la Trinidad es amor

Desde el centro de perspectiva de su gracia personal: el misterio de la Cruz, Conchita contempla a la luz del Espíritu Santo el misterio de Dios-vuelto-hacia-nosotros. Es un texto

capital porque nos da desde el principio la clave de interpretación de toda la doctrina de la Cruz.

"La substancia del Padre es amor. La substancia del Hijo, es amor, y tan grande para con el Padre y el hombre que se dio a sí mismo al dolor para salvarlo y dar honra al Padre; y la substancia mía, que soy la tercera Persona, es el amor, concurriendo con el Padre y el Hijo a la gloria de la Trinidad, tomando parte en el Misterio de la Encarnación, prosiguiendo durante la vida de Jesús, atestiguando su Divinidad y sellando la Obra de la Redención, amparando a la Iglesia mi Esposa inmaculada.

"La substancia del Padre es el amor y el Poder. La substancia mía es el amor y la Vida; la substancia del Hijo es el amor y el dolor. La substancia de las tres Personas de la Trinidad es la Caridad, es decir, el amor más puro de comunicación, que por esto se llama caridad, porque se comunica y es el más perfecto amor de caridad.

"El dolor, o sea la Cruz divinizada por el Hijo, es el solo y único escalón para subir al amor de caridad. ¿Entiendes ahora el valor de la Cruz? Por esto verás que los más crucificados son los que más aman, porque el dolor, insignia de Jesús, arrastra en pos de sí a las tres Divinas Personas y en aquella alma habitamos y Yo formo mi Nido" (Diario T. 6, p. 122, julio 9, 1895).

Trinidad y Encarnación

El misterio de la Encarnación conduce a Conchita hacia las profundidades de Dios.

"Me llevó después el Señor el pensamiento al punto de la Encarnación del Verbo y me hizo entender unas cosas muy profundas relacionadas con la Santísima Trinidad cuya segunda Persona es.

"El Padre era, me dijo, desde toda la eternidad. Él produjo de Sí mismo, de su misma substancia y de su misma esencia al Verbo. También desde toda la eternidad, porque en el principio ya era el Verbo Dios, y el Padre Dios, siendo Dos Personas en una misma substancia divina. Pero nunca, ni un instante estas Personas Padre e Hijo, estuvieron solas o fueron solamente dos, sino que en la misma eternidad, aunque producido por el Padre y el Hijo era también el Espíritu Santo, reflejo y substancia y esencia del Padre y el Hijo, y también Persona. Es el Espíritu Santo reflejo divino de la misma Divinidad, es el reflejo del amor, en el Amor mismo, el reflejo de la luz en la misma Luz, el reflejo de la Vida en la misma Vida y así en todas las infinitas perfecciones en la eterna perfección.

"Esta comunicación de la misma substancia, de la misma esencia, de la misma vida y perfecciones que forman y es una sola esencia, substancia, vida y perfección, constituyen la felicidad eterna del mismo Dios y las complacencias sin término de la augusta Trinidad.

Al comprender esto exclama llena de admiración:

"Oh qué grande, qué grande es Dios y qué arcanos ininteligibles para el hombre y aún para el ángel encierra en Sí mismo.

"Me contemplo ante esa grandeza en la última expresión del átomo, pero al sentir mi alma infinita, recibiendo un pequeño reflejo de aquella misma grandeza, se ensancha gozosa al ver la felicidad, la eternidad, la incomprensibilidad de la inmensidad de su Dios.

"Y, ¿ahí está el Verbo?, me digo emocionada y ¿desde aquel trono descenderá al vil

átomo de la tierra? ¡Oh mi eterno Dios! ¿Cómo aceptar semejante dignación?

"Prosiguió Jesús: el Verbo, que es la segunda Persona de la Santísima Trinidad descendió al seno purísimo de María y por obra del Espíritu Santo, que es el que fecundiza, tomó carne y se hizo hombre... profundísima humillación que sólo el amor divino podía realizar...!

"Entendía yo unas cosas tan hondas en este sublime y maravilloso misterio que sólo son para mi alma y no puedo explicar porque no encuentro palabras" (Diario, febrero 25, 1897).

Es importante subrayar que las luces que recibe no producen en Conchita un conocimiento puramente abstracto. No se trata de una especulación sobre Dios sino de una experiencia de amor que percibe, en la hondura de la vida íntima de Dios, la razón de ser de su amor para los hombres llevado hasta la "locura de la Cruz".

Las primeras experiencias

La vida de la gracia es un progreso incesante. Al principio no aparece aún con claridad el aspecto característico y personal de Conchita en sus relaciones con las Divinas Personas. He aquí cómo describe sus primeras experiencias.

"He tenido en algunas oraciones puntos inexplicables de conocimiento de Dios (no sé cómo decir) en la Santísima Trinidad... de sentir cómo es (no de entenderlo) digo como un trasunto de su esencia purísima en aquel conjunto-unidad... en su generación eterna... en sus atributos e inmensidad... bondad... justicia... pero todo esto en un punto, punto de luz interior con suavidad inexplicable, no suavidad de otras oraciones, sino más elevadas y puras que saca el alma o la suspende pero con un claro conocimiento de aquella en que se ve envuelta, olvidada de todo, hasta de sí misma.

"Sufro al ver ciertas pinturas que representan a la Santísima Trinidad, ¡Oh que no es eso lo que yo siento! Dios es luz, es pureza, es aroma divino, conjunto de hermosura, el foco de toda la perfección, la paz; es candor, es amor, amor, amor, felicidad incomparable, eternidad sin tiempo, un punto que todo lo abarca y absorbe, deslumbrador, majestuoso y suavísimo que todo lo atrae y siempre se da... sin gastarse lo más mínimo.

"Oh, esa eternidad sin tiempo la tengo en el corazón muy grabada; ese Dios, Dios tres veces santo, santo, santo, que no lo comprendo pero que lo siento... ¿quién será capaz de decir lo que es si ni en el cielo hay lenguaje para explicarlo?

"A mí me da miedo sentir esto, pero me veo envuelta de repente en este océano de primores, en esa eternidad de hermosura y felicidad propia. Yo veo, diré, comunicarse las tres Divinas Personas, aquella complacencia eterna que se produce siempre (diré para explicarme) y en cada instante al contemplarse en sí mismas... Siento o veo con el alma (no sé cómo decir) un abismo eterno de eternas perfecciones, siempre vivas, en que se gozan las tres Personas divinas. Las tres tienen, me dice el Señor, la felicidad purísima de la comunicación. Son tres Personas pero una sola substancia divina, iguales en poder, sabiduría, bondad y demás atributos!...

"¡Oh, qué grande es Dios!, ¡qué bueno!, ¡qué santo!, ¡qué purísimo! Es todo amor y aquí se compendia cuánto pueda decir" (Diario T. 10, p. 153-156, mayo 14, 1898).

Hacia la unión

Como preparación inmediata a la plena vida de unión Conchita recibe luces notables sobre la Trinidad.

Un solo Dios en tres Personas

"No son dos ni tres Dioses, sino uno solo, en tres Personas divinas. (Y yo sentía muy claro, como que lo veía que así debía ser, y en ello una razón de ser admirable... no sé si explico lo que quiero decir).

"Continuó el Señor: "No son tres luces, sino una Luz, eterna e igual en las tres Divinas Personas... Dios de Dios quiere decir que no puede darse más altura, y también quiere indicar el mismo Ser comunicado al Verbo; y en el reflejo de aquel foco eterno de grandeza, de luz y de perfecciones infinitas producido por el Espíritu Santo, término, es decir, como conclusión de este divino misterio; pero sin nada menos que el Padre y el Hijo, sin mengua la más mínima, sino todas tres Personas iguales... con una sola esencia divina... formando un solo foco... un solo Señor... sin principio ni fin... ninguna antes ni primero que otra... siendo ya en el principio eternas, eternas, y en una comunicación sublime y admirable que constituye la felicidad de Dios!...

"Esto lo explico con rudas palabras porque no hallo lenguaje, ni tengo, ni creo existe uno con qué explicar lo que es inexplicable"... (Diario T. G, p. 6-7, febrero 2, 1897).

La infinita Pureza de la Trinidad

"Hoy en la Iglesia no me dejó rezar el Señor ni abrir el libro: luego que le recibí en la Sagrada Comunión me puso en un grande recogimiento, levantando a mi alma a otra atmósfera, bien lejos de la tierra.

"Entendí, no sé cómo, algo de la Pureza infinita de Dios: cómo en la Generación eterna del Verbo le comunicó el eterno Padre su misma substancia y esencia, siendo la esencia del Padre la Pureza misma.

"Más por esta palabra, Pureza, o sentido de la limpidez de Dios, entendí una claridad, una blancura, una luz que no encuentro palabras para explicarlo, porque la luz es oscuridad junto a aquella claridad divina, lo blanco es negro, el mismo sol es un borrón. ¡Oh Dios mío!, ¡oh esplendor eterno!, ¿cómo explicar lo que es inexplicable en el lenguaje humano? ¡Belleza sin tacha, siempre antigua y siempre nueva, resplandor inefable cuya luz no la soportarían los sentidos del cuerpo! Yo veía o sentía todo esto, pero allá en lo muy hondo del alma.

"Veía yo, diré, al Eterno Padre gozándose eternamente en Sí mismo, en sus perfecciones infinitas, en una complacencia indecible, y de este mismo gozo purísimo reproducirse, con la intensidad de aquella limpidez, en la segunda Persona divina que es el Verbo.

"Veía yo a este Verbo como el reflejo completo y exacto del Padre, y ante aquel arrebató eterno de santísimo amor divino entre el Padre y el Hijo producirse el Lazo de luz y amor entre el Padre y el Hijo, el Espíritu Santo, inseparable del Padre y del Hijo, aunque Persona distinta pero realmente "Término de amor" (si puede llamarse término a lo que es infinito) pero, digo término porque en la comunicación de las divinas Personas recorría diré, su

órbita, haciéndose todas tres felicísimas. No sé cómo explicar esto, y yo lo entendía todo en un punto, sin tiempo ni división y, sin embargo, distintas a estas Personas de la adorable y Santísima Trinidad...

"¡Oh Trinidad Beatísima! ¡quién será capaz de comprenderte, si con un rolo rayo de tu limpidez dejas absorta al alma!... ¿qué serás?, ¿qué serás?..." (Diario, agosto 28, 1898).

La intimidad con el Dios vivo, con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo es característica de la vida de unión. Conchita ha recibido gracias eminentes de este orden y por eso el centro de su vida es la Santísima Trinidad.

La Trinidad: centro de mi vida

"¡Esto me parece el colmo de la soberbia! Pero en el abismo de mi bajeza y contra mi voluntad, rompe este espíritu las ataduras con que lo aprieto a la tierra de mi nada, y se me escapa, y se lanza hasta el trono divino de la Santísima Trinidad, como si ahí estuviera su centro y su vida, ahí dentro diré, de la misma Vida, ¿Qué debo hacer si no quiere quietarse en los charquitos que le presento, sino que busca el mar sin fondo ni riberas, a su Dios y Señor? Lo hundo a este espíritu en el pozo estrecho de su propio conocimiento, pero en este hundimiento parece que toma vuelo y se lanza hasta aquella inmensidad de su Dios, única con que se satisface y respira.

"¿Por qué siendo yo tan mezquina y tan pequeña y tan muladar tiene mi alma miserable esos vuelos, esa sed, ese sofocamiento, en todo lo que no es grande, en todo lo que no es Dios? ¿Si no soy capaz de contener una gota, por qué anhelo contener un mar?... ¿Si no soy más que un punto en el espacio, cómo es posible y me cabe en el juicio abarcar la inmensidad eterna?

"Lo que pasa, ¡oh Dios mío! ya lo comprendo ahora, es que la gota se pierde entre el mar y la nada en el infinito... es decir, no entra Dios tan solo en mí, aún cuando entre y tome posesión de mi alma, sino que yo entro en Él, o más bien, yo no soy digna de entrar y me detengo, pero Él me coge y me introduce en esas regiones desconocidas de la materia... Oh y con qué rapidez el alma recorre sin embargo esas distancias y conoce y ve y entiende sin conocer, ni ver, ni entender, sino como engolfada en un punto, pero punto infinito, punto de eternidad, punto de amor increado; ahí y sólo ahí respira vida y satisfacción y dicha sin tiempo..." (Diario T. 11, p. 32-34, mayo 31, 1899).

Trinidad y Encarnación Mística

La doctrina de los místicos está en íntima relación con su vida, y su experiencia de Dios es la realización de la misión que el Espíritu Santo les ha asignado.

Si Conchita recibe grandes luces no es directamente en orden a una enseñanza que comunicar o un magisterio que ejercer, sino para que pueda vivir en profundidad su propia gracia, para llegar a la santidad a la que Dios la llama, para bien espiritual de muchas almas.

La gracia eminente de la encarnación mística va a matizar su intimidad con las Divinas Personas. Esta gracia, hemos dicho, es una gracia de transformación en el Verbo Encarnado glorificador del Padre y Redentor de los hombres, en Cristo sacerdote y víctima. Gracia que realiza lo más íntimo y constitutivo de la existencia cristiana, ya que el Padre "nos ha predestinado a reproducir la imagen de su Hijo (Rm. 8, 29) y de esa manera poder ofrecer nuestros cuerpos como una víctima viva, santa, agradable a Dios, un culto espiritual (cfr. Rm. 12,1). Bajo el signo del Hijo toda la Iglesia entra en comunión con la vida íntima de la Trinidad.

La "gracia central" de Conchita supone, por su misma naturaleza, relaciones personales con cada una de las Divinas Personas. Es una gracia eminentemente trinitaria.

"En las encarnaciones místicas del Verbo no creas que estoy solo sino que estamos toda la Trinidad de Personas Divinas, pero operando cada persona en orden a sus propiedades: el Padre, como Padre, engendrando; el Verbo como Hijo naciendo; y el Espíritu Santo fecundando esta divina acción en el alma" (Diario T. 49, p. 5-6, septiembre 22, 1927).

De esta acción de la Trinidad que configura a Cristo Sacerdote y Víctima surge la necesidad de vivir en perfecta identificación con sus sentimientos íntimos en una constante ofrenda de amor. Ofrecer a Cristo y ofrecerse con Él al Padre bajo el impulso del Espíritu Santo para la salvación de los hombres, es el acto propio y característico de la encarnación mística.

Para que Conchita pueda vivir conscientemente y plenamente su gracia central el Señor le manifiesta la manera concreta y práctica de vivir en la intimidad de las divinas Personas.

"La Cadena de Amor"

"Yo desde que encarné en el seno purísimo de María compraba gracias y quiero que tú, transformada en Mí, viviendo de mi vida no hagas ya otra cosa. Debes olvidarte de ti y de día y de noche ofrecerlo todo por la salvación y perfección de las almas.

"Mira, vas a hacer una Cadena; cada hora de tu vida será un eslabón de oro, ofreciéndola con esa intención; quiero que no se corte hasta tu muerte.

"Esa Cadena comenzó en Mí, la cadena de expiación en la tierra se cambiará en gracias. Yo comencé esa cadena en mi Encarnación y como un reflejo de ella y en tu corazón he querido asociarte a ti por mi pura bondad".

"La Cadena es "vivir en Cristo Jesús" con sus mismas intenciones de salvación. El principio que anima todo es el Amor.

"Todas las virtudes que no vayan envueltas con el amor no se engastarán en mi cadena. Sí, mía: Cadena de Amor que ató al Verbo en la tierra y que las ingratitudes no han podido romper. ¿Y quién crees que la envió a la tierra? El Espíritu Santo en el día de la Encarnación en María". (Diario T. 22, p. 399-400, junio 4, 1906).

"Eres altar y sacerdote al mismo tiempo, pues tienes contigo a la sacrosanta Víctima del Calvario y de la Eucaristía, la cual puedes ofrecer constantemente al Eterno Padre por la salvación del mundo" (Diario T. 22, p. 409, junio 21, 1906).

A la oblación de Cristo al Padre debe unir su propia oblación.

"Debes hacer el oficio de sacerdote pero sacrificándote al mismo tiempo. Ese es el verdadero sacerdocio, ser víctima con la Víctima". (Diario A. 23, p. 90, julio 17, 1906).

La Cadena de Amor comienza con la inserción personal y consciente en la vida íntima de Dios comunicada al hombre desde el bautismo, gracia de adopción filial que exige la identificación progresiva con Cristo Sacerdote, centro de todo el designio salvífico del Padre. Lo que impresiona cuando se reflexiona como teólogo sobre la espiritualidad de la Cruz es el hecho de que brota de la esencia misma del cristianismo.

La vida íntima de Dios que es Padre, Hijo y Espíritu Santo se manifiesta en su actitud hacia nosotros. Dios es Amor que se difunde y se desborda libre y gratuitamente para salvar lo que había perecido; para superar el obstáculo que la libertad había levantado a la expansión del Bien divino.

El Padre por amor nos da a su Hijo. El Hijo por amor nos da su vida. El Espíritu Santo es al mismo tiempo el principio en Dios y el fruto en nosotros del designio salvífico. La Cruz gloriosa es la suprema epifanía del misterio del Dios vivo.

Esta revelación es Palabra dirigida al hombre que por su propia naturaleza es interpelación, llamamiento, exigencia amorosa de respuesta. Cuando el hombre, bajo la iniciativa de Dios se abre a su acción, surgen en él relaciones vitales de diálogo que corresponden al movimiento del Amor descendente.

"La caridad ha sido difundida en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado" (Rm 5,5) nos impulsa a identificarnos con Cristo en su actitud de entrega y oblación en favor de todos los hombres para glorificar al Padre de quien todo bien procede y de esta manera se restablece el flujo y reflejo del bien divino comunicado al hombre. Es una cadena que nos ata con Dios, no es una cadena de esclavitud o de pura dependencia de criatura, es una "Cadena de Amor".

He aquí en síntesis la vivencia fundamental de la existencia redimida de los miembros del Cuerpo Místico de Cristo, experiencia vivida de la encarnación mística, que se consumara en la Unidad de la Trinidad.

La Cadena de Amor es también el ejercicio del sacerdocio espiritual por el cual "todas las obras, preces y proyectos apostólicos, la vida conyugal y familiar, el trabajo cotidiano, el descanso del alma y del cuerpo, si se realizan perfectamente en el Espíritu, mas aún las molestias de la vida si se soportan pacientemente, se convierten en hostias espirituales aceptables a Dios por Jesucristo" (L.G. No. 34; cfr. I P 2,5).

Este sacerdocio espiritual encuentra su culminación en la celebración de la Eucaristía

"participando del sacrificio eucarístico, fuente y cumbre de toda la vida cristiana (los fieles) ofrecen a Dios la Víctima Divina y se ofrecen a sí mismos juntamente con ella" (L.G. No. 11).

Es evidente que en la medida en que la vida cristiana se intensifica, el sacerdocio espiritual se reactualiza con mayor calidad y perfección hasta llegar a ser un contacto vivo y continuo con las Divinas Personas.

"Tú tienes que vivir en un comercio continuo con la Trinidad"

"Tú tienes que vivir en un comercio continuo con la Trinidad, unida a las tres Divinas Personas, por la gracia de la encarnación mística:

- con el Padre, ofreciéndole a su Verbo,
- con el Hijo, agradando al Padre, y,
- con el Espíritu Santo haciendo de Él tu espíritu, tus sentimientos y cuanto eres, transformándote por medio de su posesión.

"Entre estas Divinas Personas debes vivir, respirar y obrar. Ellas deben formar tu atmósfera, tu aliento, tu existir: así se santificará tu vida y cuanto eres, endiosando todo tu ser y tu camino para el cielo.

"Debes de hoy más vivir en esa intimidad de la Trinidad y de ella tomar luz, tino, fortaleza, gracia y cuanto necesites para llevar a cabo tu misión en la tierra.

"No debes dejar en su trono y allá lejos, como quien dice, esta Trinidad de Personas, sino vivir, respirar y ser en su seno, bajo su fecunda influencia, al calor de su Divinidad, a la sombra de su gracia.

"Si eres propiedad del Espíritu Santo y Él te posee no puedes separártele y antes bien tienes que estar unida intrínsecamente con el Padre y el Verbo.

"Si en tu alma se ha obrado la encarnación mística, ahí, atraídos por el Verbo se encuentran el Padre y el Espíritu Santo y si de esta manera tan íntima el Espíritu Santo, el Verbo te endiosan y absorben todo tu ser, el Padre tiene por derecho que presidir estas operaciones, uniéndote a Él, de quien es toda fecundidad y poder, atrayéndote con filiación especial y absorbiéndote en su eternidad de perfecciones.

"¡Oh, y cuánto debes a la Trinidad tú, pobre criaturita de la tierra! Vive una vida toda divina, no dejando a tu alma empolvase y pasando por el mundo dejando una estela de virtudes y buenas obras, tras de ti. Si de esta manera divinizas tu vida, las gracias que alcances para las almas serán copiosas y me darás mucha gloria" (Diario T. 35, p. 442-445, junio 11, 1911).

"Contemplo los abismos de la Trinidad"

El contacto continuo, la vida de intimidad con las Divinas Personas trae consigo el aumento de los principios dinámicos de la vida espiritual. El Espíritu Santo por su acción santificadora e iluminante perfecciona las virtudes teologales y por la connaturalidad del amor da una cuasiexperiencia de Dios vivo.

"Con esas luces que me ponen el alma absorta en un instante, contemplo los abismos, los primores de esa Trinidad benditísima, de una manera especial, honda, inexplicable; ya en

su unidad, ya en su esencia, ya en su eternidad, ya en su generación eterna, ya en el plan de la Redención, ya en sus atributos, en su felicidad, en sus perfecciones infinitas...

"La miro, toda una sola esencia de perfección en las múltiples perfecciones mismas...

"A veces la veo como un prisma, un cristal en el que se reflejan todos los colores de la luz, sólo que en Ella, esa Trinidad Santísima, no es reflejo, sino la Luz misma...

"¡Oh!, qué cosas tan bonitas siente el alma en estas honduras de luz o alturas diré, al comprender un átomo de lo incomprensible.

"Otras veces la veo como un inmenso mar de gracias, con mil ríos que salen de él, y vuelven a perderse en él... sólo que Ella es la gracia misma, de donde salen todas las gracias...

"La contemplo también como una lindísima fuente con mil cambiantes y preciosos juegos de agua que después de encantar a la misma Fuente y a todos cuantos puedan verlos, vuelven a perderse, a confundirse en el agua de la misma Fuente...

"Asimismo contemplo las perfecciones en la Santísima Trinidad, sus lindezas, sus bellezas, sus primores que salen de Ella sin salir, y vuelven a Ella sin volver, enamorándola con sus mismos primores...

"Y por fin, ni es fuente, ni es prisma, ni es mar: es todo esto y todas las cosas juntas, sin pasado ni futuro. Ella vive y se mueve y es feliz en su misma Vida, Ser y dicha eterna...

"¡Oh, y qué grande es la Santísima Trinidad! qué bella en su Unidad de substancia! Me hace el Señor ver como son tres Personas, pero divinas, siendo su esencia, su substancia una sola Divinidad, porque dice que no hay muchas divinidades sino una Divinidad que la forma la substancia eterna de perfecciones" (Diario T. 23, p. 104-107, julio 19, 1906).

De la unión a la unidad

No debemos pensar en la transformación en Cristo como en una realidad estática. La vida divina participada al hombre en su fase terrestre es una vida que debe siempre progresar.

Ya desde el inicio de toda vida cristiana en el nuevo nacimiento por el agua y el Espíritu hay una transformación en Cristo pero es solamente una transformación inicial, es un germen que debe desarrollarse.

En las cumbres de la vida espiritual el proceso vital sigue su marcha. La vida de unión pide la unidad, unidad no ciertamente en el orden del ser, sino en el orden intencional del conocimiento y del amor.

"Mira. Hay muchos grados progresivos de transformación pero el último en la tierra es aquel en el que la criatura no sólo se transforma pensando y obrando a lo divino, sino en cierto sentido desaparece y se aniquila para dar lugar a Mí.

"Este grado lo opera el Espíritu Santo, quien se constituye alma de esa alma y vida de ese cuerpo.

"Este es el punto que lleva no sólo a la unión, sino más aún a la unidad que es el punto de perfección que más acerca a la Trinidad.

"La criatura por si sola sería incapaz de alcanzar este grado sin el concurso poderoso del que es la Fuente inagotable de las gracias, el Espíritu Santo, y la encarnación mística es la atracción que haciendo bajar al Espíritu Santo con ese imán poderoso y divino del Verbo poseyendo al alma, lo hace operar esta transformación en la parte más íntima y la más noble del ser de la criatura" (Diario T. 37, p. 67-71, agosto 6, 1912).

Luces sobre la Unidad de la Trinidad

"Abril 9. Hoy en mi oración me dio el Señor luces claras de la unidad de la Trinidad Santísima. ¡Qué abismo de perfecciones, qué encantos hay en Dios, infinitos! ¿Qué será el cielo, Dios mío?

"Abril 11. Hoy me envolvió el Señor el alma en esas profundidades de luz increada: me asomé a aquellos abismos iluminados de las perfecciones de la Santísima Trinidad y me dijo:

- "Mira y atiende. Todas las perfecciones de Dios son infinitas pero como que se absorben en una, en la unidad. Esa unidad encierra todas las riquezas eternas. Y la perfección más alta de las almas consiste en simplificarse, en destruir la multiplicidad de objetos y de cosas en su corazón, acercándose así a esa Unidad por esencia, fecunda en su eternidad y que se multiplica en su inmutabilidad en un punto eterno...

"Son tres las Personas divinas, pero es una su esencia, una substancia, una y eterna su unidad en todo. Y precisamente en esa unidad está el secreto de su fecundidad: y las almas que más se unifican en ella, por la unión esas almas son las más fecundas, porque a medida de su acercamiento con la Santísima Trinidad, es la fecundidad de luz, de gracia y de dones que de Ella reciben.

"En esa hermosa y divina unidad se gozan las divinas Personas y los bienaventurados; es una unidad en donde están encerrados todos los bienes del cielo y de la tierra, todas las gracias y las creaciones hechas y por hacer; es el foco eterno de todo movimiento y ser. En esa unidad está la vida, y ella es el amor, es Dios.

"Simplifica tu espíritu y quita y cercena de él todo compuesto de criaturas y cosas. Ámame en la unidad, y vive y respira y muévete y haz que todas las virtudes y cosas y todos los despojos de ti misma tiendan a esa unidad. Debes vivir absorta en ese uno en esencia, en ese Dios único, resumiendo, concretando tu vida espiritual en un solo amor con Él, en una sola voluntad con la de Él, que en ese punto capital de la unidad de voluntades esta la perfección de esta unidad.

"Esto me dijo el Señor en la Misa, y en mi oración siguió diciéndome lo que sigue:

"El fin de toda criatura es esa unidad en Dios y ahí se encuentra la paz y la felicidad perdurable. Las almas que se identifiquen más por esa unidad, es decir, que se hacen una cosa con el Verbo hecho carne, tipo de perfección de la Criatura, y que se divinizan por Él en el Espíritu Santo y en el Padre, esas son las más santas, porque la santidad está en relación con el amor, y mientras más amor, más similitud con Dios, más unidad con El, más perfección y santidad.

"Mira. Uno de los secretos del Espíritu Santo para activar la vida divina en las almas, y por tanto la unión es simplificarlas en la unidad, es decir endiosarlas por el amor que es la esencia de la unidad en el cielo y en la tierra. El matrimonio espiritual tiende a esa unidad por el Espíritu Santo. La encarnación mística tiende a esa misma unidad por el Verbo, y se consuma en el cielo por el Padre, causa motriz del matrimonio espiritual y encarnación mística en el orden de su eterna fecundidad de Padre. Toda la economía y planes redentores en las almas, y todos los medios de la vida mística, del papel que ejerce el Verbo hecho carne enamorando a las almas, y del Espíritu Santo perfeccionándolas para honrar con ellas al Padre, tiende a esa unidad de que te estoy hablando, unidad por amor, siempre por amor, que simplifica, que eleva de lo terreno a lo divino y que une e identifica al alma con la Divinidad.

"Toda la vida cristiana, toda la vida mística tiende a llegar al punto culminante, al fin decretado para toda alma que quiere salvarse y santificarse: a la Unidad" (Diario T. 38, p. 78-84, abril 9-11, 1913).

Con la mística de la Cruz llegamos hasta las más altas cumbres de la transformación: es el Espíritu Santo quien une con el Verbo y por Él al Padre.

El camino más corto para llegar a esa Unidad

"¿Y cuál es el camino más corto para llegar a esta unidad? El Espíritu Santo que une con el Verbo, que da testimonio de Él y que lleva hacia el Padre (misión que le complace en sumo grado). Él, como Santificador, santifica, y al santificar, simplifica a las almas y las lleva al Padre, enamorándolas de la Trinidad.

"Dios es uno (me decía como complaciéndose) y en esa unidad se reproducen sus perfecciones infinitamente. Dios es uno pero no queda en singular, sino tres Personas en Uno y ese Uno nunca está ocioso ni puede estarlo, por la abundancia de la fecundidad de su Ser.

"Es Uno, pero en esa unidad precisamente tiene su fuerza de acción, de creación, de

fecundación, produciéndose en cada acto, diré para que me entiendas a tu modo de decir. Pero mira este abismo de luz, asómate a él, y sabe que Dios no tiene estos sucesivos, sino que obra eternamente en un solo acto de su voluntad, abarcando tiempos y eternidades y creaciones y cosas en un solo instante, en el instante eterno de su amistad, en donde se refleja y está presente el pasado y el futuro. Y todo esto en un punto, pero punto infinito y por eso caben en él eternidades sin fin.

Tu mides el tiempo en la secuencia de tus actos, pero en Dios no hay tiempo y todos sus actos y creaciones de naturaleza y gracia, las tiene como en un espejo en su purísima mente, reproduciendo y sacando de su seno e inmensidad, mundos y premios y coronas y seres que lo alaben sin moverse siquiera, en un solo acto de su infinito Poder.

"Dios se multiplica siendo uno e inamovible, inmutable, eterno, gozándose en el punto infinito de su unidad, de su Ser, y de sus perfecciones sin nombre.

"Las almas que están más cerca de Él en el cielo son las que en la tierra más se unificaron, dejando las cosas que les impedían, rompiendo los hilos de malas pasiones y cosas por medio de las virtudes; las que desnudándose de sí mismas y con desasimientos y despojos constantes se unieron a su voluntad sin condiciones.

"Y yo veía unos abismos de luz en esa Trinidad amadísima. ¡Qué honduras o más bien qué alturas de perfecciones y de primores!

- "Señor, le dije: Dime, ¿cómo puedo yo simplificarme?"

- "Muriendo a tu voluntad y unificándola con la Mía" (Diario T. 38, p. 85-88, abril 11, 1913).

Y el Señor continúa mostrando el camino práctico para llegar a la unidad.

"Quiero insistir en que simplifiques tus actos en un solo fin sobrenaturalizándolos en Dios: simplifica tus amores en un solo amor, en el de Dios, derivándose de ahí el amor al prójimo dentro de la Unidad de ese Dios. Enséñate a tener una sola mirada, una sola tendencia y afecto y voluntad en Dios: concreta tu vida en amar simplísimamente a ese Dios, sin rodeos, sin compuestos, sin buscar otros caminos o rumbos que te lleven a Él, sino esa unidad por esencia en la cual debes sumergirte.

"Las mismas virtudes que practiques, ponlas o dirélgelas a ese Centro de amor, a ese Único Ser, de donde se produce toda gracia y santidad, a esa unidad que es Dios. El Espíritu Santo conjunto con el Padre y el Hijo te llevará sus alas al corazón de esa Unidad, a que entiendas, te muevas, alientes y vivas dentro de ella. Ese divino Espíritu hará que espiritualizándote, es decir, unificándote, te internes en lo que es espíritu, es decir, en la divinidad por esencia, pasando antes por Jesucristo en tu transformación en Él por las virtudes y por el amor.

"Esto es alto pero no imposible para la criatura: y no es una perfección ideal la que te pido, sino muy práctica por el ejercicio de las virtudes, que implican el renunciarse, el concretarse, el simplificarse para unirse mis íntimamente con la Simplicidad misma que es Dios, uno en la espiritualidad de su substancia, con ese Único en tres y tres en Uno, indivisibles y perfectísimos.

"Todo lo que vayas haciendo y practicando arrójalo con toda la frecuencia que te sea posible dentro de aquella unidad que debe arrebatarte con la perfección infinita de sus bellezas siempre nuevas y de su amor infinito. Tus penas, tus sufrimientos, tus alegrías,

tus vencimientos, deseos y esperanzas, tus necesidades y tus afectos, todo, todo échalo dentro de esa Unidad, que con su roce irás simplificándote en tu vida, la esencia de tu vida, hasta parecerle en ser una con aquella unidad en la multiplicidad de las virtudes" (Diario T. 38, p. 111-113, abril 15, 1913).

El secreto para llegar a la unidad es dejarse conducir por el Espíritu Santo ya que Él consume la Unidad en Dios Mismo.

"Amar es la perfección y amar con el amor del Padre al Verbo, es decir, por el Espíritu Santo, es la más alta perfección.

"Al obrarse la transformación del alma en Jesús viene también a ser el Espíritu Santo, el espíritu de la criatura en más o menos grados según la intensidad y escala de la transformación, la cual depende en mucho de la correspondencia del alma en las virtudes.

"Absorbiendo pues el Espíritu Santo al espíritu de la criatura en la transformación la llena de ese Amor purísimo que es Él y entonces con ese Amor mismo ama la criatura al Divino Verbo, es decir con el amor mismo con que ama al Padre, con la perfección del amor.

"Amar con el Espíritu Santo es la gracia de las gracias, la fusión de los carismas de Dios, es el mismo cielo puesto a la disposición de la pobre criatura, la cual ya no obra, sino que obra y late y quiere y vive en ella y ama con ella el Espíritu Santo, poseyéndola por entero", (Diario T. 38, p. 92-96, abril 17, 1913).

Al vislumbrar las alturas de esta vida espiritual pudiera uno preguntarse si este ideal está reservado a unos cuantos privilegiados o si pertenece al desarrollo normal de la vida de la gracia.

El Señor nos da la respuesta: "Yo no escogí a los santos para decirles 'sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto', sino que me dirigí a todos los hombres, a los buenos y a los malos y todos sin excepción están obligados a santificarse" (Diario T. 38, p. 117, abril 15, 1913).

Dios no tiene más que un solo deseo: hacer entrar a las almas en su Unidad

"Infundirse en las almas es el deseo de Dios, la necesidad de Dios por su Ser de caridad que tiende a comunicar lo que es, amor infinito. Quiere poseer las almas no sólo con su presencia ordinaria, que no puede dejar de envolverlas, sino con la voluntad de la criatura, para hacerla dichosa, que es la única ambición de Dios, el transformarla en la unidad" (Diario T. 38, p. 163, abril 23, 1913).

Cuando el cristiano ha llegado a la Unidad - en cuanto esto es posible aquí en la tierra - participa de los bienes de Dios, llega a la intimidad de la Trinidad.

El Espíritu que todo lo sondea ilumina la mirada contemplativa de Conchita que se pierde en las profundidades de Dios.

"El Padre no procede de nadie, Él no fue concebido ni engendrado sino que es por Sí mismo, y siempre lo fue. No tuvo principio.

"Eternamente y antes de todos los tiempos ya era Dios, eterno y sin principio. Él no se produjo a Sí mismo, porque ya era Dios y siempre ha sido y siempre será Dios. Y con no tener Él principio, Él es el principio de todas las cosas creadas y por crear, por su Ser

fecundo, que produce todas las cosas: el cielo, la tierra, las criaturas, las almas, lo natural y lo sobrenatural, porque su potencia creadora es eterna e inagotable.

"Produce en Sí mismo toda la felicidad en la que vive impregnado, la felicidad de todo un Dios que produce la dicha, y Él es a la vez la dicha misma: Él no sale de Sí mismo para ser feliz, porque es la misma felicidad, hermosura y santidad por esencia. Su gozo está en Sí mismo y todo lo demás son emanaciones de su mismo Ser. Él es el amor, y se ama extasiándose eternamente en ese amor sin principio.

Y Conchita, siguiendo su carisma, se explaya transmitiendo con fervor y delicadeza lo que Jesús le descubre en el seno de la Trinidad, especialmente la generación eterna del Verbo. Describe admirablemente la generosidad del Padre, su felicidad, su infinita complacencia en el Hijo, y añade: "Me gozo, me dijo Jesús, no en recordar estas cosas, porque para Mí son presentes; Yo no tengo recuerdos sino realidades presentes, pero me gozo, digo en comunicarte un rayito del Sol mismo que soy Yo, para que aprecies la santa fecundación del Padre sin salir de Sí mismo". (Diario, 24 de enero de 1931).

Más tarde esta contemplación continúa, después de muchos meses - maravillosa continuidad - pero ya enfocada a la procesión del Espíritu Santo que procede del Padre y del Hijo, no como un fruto que se desprende o un destello que se aleja de su fuente de luz, sino como exigencia del mismo Ser del Padre y del Hijo, quienes son amor, puesto que son el mismo Dios, y no podrán existir sin el Espíritu Santo que es el Amor infinito en Persona. "La procesión del Espíritu Santo la obró el Amor entre el Padre y el Hijo, y el mismo Espíritu Santo es quien enlaza y unifica y es Vida entre el Padre y el Hijo.

"Dios tiene un gozo especial en sus misterios sólo comprensibles para Él, en la unidad de la Trinidad; y sólo le da al hombre un rayito de su luz, una chispita de su inteligencia. Pero le dio a su Verbo, y con su Verbo hecho carne le dio todo porque se dio Él mismo como don. Y la Iglesia es el asiento de la Trinidad en la tierra, la única puerta para entrar en la posesión eterna de Dios" (Diario, 9 de septiembre 1931).

Estas experiencias, sublimes y divinas son vividas por Conchita de la manera más sencilla, en la realidad cotidiana, en el fiel cumplimiento de todas sus obligaciones familiares. Entre los que la rodeaban, nadie pudo sospechar lo que Dios realizaba en ella. En Conchita todo es interior.

Su director espiritual, el arzobispo Luis María Martínez le decía: "Maestra, modelo e intercesora de esta vida es María, mírela, cópiela y entréguese en sus brazos maternos" (Diario, 48, 386; septiembre 17 de 1927), y Conchita escribe:

Debo vivir dentro de María

"Debo vivir dentro de María, imitando sus virtudes y su amor a la Santísima Trinidad.

"La encarnación mística pone al alma en contacto íntimo con las tres Personas Divinas. En ellas y en María debo fundir mi vida, no tan sólo mi vida espiritual, sino la material también, fundiéndola además en el ofrecimiento del Verbo al Padre.

"Debo, dentro del mismo ofrecimiento comer, dormir, alegrarme, sufrir, etc., toda mi vida simplificada en ese ofrecimiento constante que glorifica a toda la Santísima Trinidad. Toda mi vida, en unión con María, sin salir de María, imitándola en su amor a Jesús, en su total sumisión al Padre, y moviéndose sólo por el Espíritu Santo". (Diario T. 46, p. 93-94, octubre 27, 1925).

La vida espiritual de Conchita estuvo siempre guiada por la perfecta obediencia a sus directores y a medida que avanza en la perfección que Dios quiere de ella su docilidad es más perfecta.

"Quiero realizar, escribe, los consejos de mi Director, sobrenaturalizándolo todo, personas y cosas, idealizando mi vida práctica con el tinte espléndido de la luz del cielo viendo en todas las criaturas y acontecimientos el amor de Dios, la estela de Dios, a Dios mismo.

"Entraré pues de lleno a la Divinidad como Jesús lo quiere. No cerraré los ojos ante los arcanos insondables de la Santísima Trinidad que Él me enseña. Penetraré hasta donde Él quiera en los misterios divinos, en la felicidad de Dios, en la generación eterna, en el Amor del Espíritu Santo, en aquel flujo y reflujo de misericordia y bondades, en las íntimas comunicaciones de las Personas Divinas, en sus atributos, en la Unidad perfectísima, en el interno santuario de la Trinidad, cuando Él quiera y hasta donde quiera Él.

"¡Oh, qué unión tan Única! ¡Qué estrechamiento tan singular, qué unidad en las Tres Personas, qué un solo Dios infinito en esa Unidad de la Trinidad" (Diario T. 59, p. 284, marzo 11, 1933).

La Unidad de la Trinidad

"La unidad es el centro de la Divinidad, es el misterio más consentido de Dios, es Dios mismo, porque Dios es unidad por esencia.

"En ese misterio que unifica las Divinas Personas, en esa similitud de substancia y esencia, se goza la Trinidad. Todas tres tienen no tan sólo un solo querer, un solo poder, sino que se funden, diré, en una sola Divinidad, en la substancia misma de esa Divinidad sin partes, en un fondo infinito, en una inmensidad sin límites de perfecciones, sin salir de su unidad.

"Y esa unidad la forma el amor, porque el amor unifica los seres y las voluntades; de ese centro infinito, forma el amor su unidad; y en las Tres Divinas Personas el amor las une, el amor las hace fecundas en la plenitud de su Ser, el amor las simplifica, y Dios es amor, es simplicidad, es unidad.

"Ninguna Persona Divina ama más que otra, ni tiene más que otra, ni quiere, ni desea más que otra. Hay entre Ellas una consonancia deleitable que las embelesa, las embriaga y que forma todas sus delicias, por la unidad que las envuelve, que las penetra, que es su mismo Ser.

"En las Divinas Personas nada disuena, todas vibran con un sólo sonido íntimo, suavísimo, fecundo y de cuya armonía se forma el cielo.

"Y esa eterna armonía no sólo vibra entre las tres Divinas Personas sino que tiene resonancia en toda la Creación, unificando todo cuanto existe.

"Lo que sale de la Trinidad reviste el sello mismo de la Trinidad, e imprime el carácter propio de la unidad; pero, aunque digo que sale de Dios, no sale, porque todo lo que fecunda Dios se queda dentro del mismo Dios, y no puede ser de otro modo, por la unidad de Dios.

"Es un misterio que se produce, primero en la eterna generación de las Divinas Personas,

y después en todas las cosas que llevan la fecundación de la Trinidad en su unidad.

"Es un misterio de unidad, multiplicándose infinita y eternamente dentro de la Trinidad. Es misterio de unidad, el más fecundo por el amor, porque toda fecundidad procede del amor infinito.

"El amor engendró al Verbo en el mismo Seno del Padre. Del infinito amor entre el Padre y el Hijo, con una sola Divinidad, procedió el Espíritu Santo; y la intensidad infinita de ese amor lo Personificó, no haciéndolo otro Dios sino otra Persona Divina en Dios; es decir, asimilándolo a las otras Divinas Personas y siendo una sola Divinidad, una sola y eterna e indivisible unidad.

"¿Y por qué? Porque en Dios no hay tres substancias, tres esencias, tres vidas, tres amores, sino una sola esencia, substancia, amor y vida en una sola unidad, en una única Divinidad" (Diario T. 60, p. 375-382, abril 3, 1933).

Trinidad y misterio Cristiano

El misterio de la Trinidad es el misterio fundamental del cristianismo, el alma del Evangelio, la substancia del Nuevo Testamento. Misterio primordial, raíz y cumbre de todos los misterios cristianos.

Conchita contempla a la luz de la Trinidad todos los misterios de la fe en su maravillosa conexión y admirable armonía.

La Trinidad es el misterio de un Dios que es Amor.

El misterio de Dios

Dios es Amor es por esencia donación, comunicación "dentro de Sí mismo". Es el misterio de la vida íntima de Dios que es Padre, Hijo y Espíritu Santo.

"Dios no podía ser singular, aunque lo es, y Único, no podía, digo, quedarse en una sola Persona divina, por razón de ser Dios, es decir, infinito y no limitado. En virtud de su potencia infinita, en orden a su caridad, tuvo que comunicarse con todas sus perfecciones y por ser tal y tan intenso e infinito su amor, no puede caber, diré en toda una Persona divina también infinita, en el Padre mismo y necesitó producir al Verbo y como si creciera esta potencia de Amor en las dos Personas divinas, tuvo que personificarse el Amor mismo en el Espíritu Santo, produciéndose ese Ser de Caridad, ese Fuego del mismo Fuego devorador entre el Padre y el Hijo, formando el lazo de unión que los recrea, que los deleita, que los complace, que los unifica y refleja en toda la plenitud de sus perfecciones.

"Todas las tres Personas Divinas se comunican sus atributos y perfecciones que son los mismos, formando la Unidad que es Dios y con esta palabra Dios, se dice todo" (Diario T. 38, p. 149-151, abril 22, 1913).

Creación - Alianza

Dios Amor es donación y comunicación gratuita "fuera de sí mismo". Es el misterio de la creación y de la participación de su vida divina a las criaturas.

"También de esa potencia fecunda e infinita de Dios que hace reflejarse y unirse entre sí a las Personas divinas, en aquellos efluvios eternos de amor, también de esa Eterna Caridad se deriva su amor al hombre y haberle dado su Verbo para salvarlo.

"Como que no le bastaba a Dios vaciarse, diré, dentro de sí mismo, como que no quería ser feliz sin el hombre, en razón a que llevaba éste impresa la imagen divina, esto lo arrastraba poderosamente desde ab aeterno, porque la creación, la redención, todo era presente para Él en su entendimiento. Su mismo ser de caridad fecundísima, lo impelió a buscar en donde más derramar su amor para ser amado. Por esto creó el cielo y la tierra y millones de ángeles y siempre está difundiendo y dándose sin mermarse.

"Decía que derrama su amor para ser amado; y esta es una propiedad del amor, el hacer amar, el de atraer al objeto en el que se produce ese amor" (Diario T. 38. p. 105-167, abril 24, 1913).

Encarnación redentora

Dios Amor vuelve a crear el universo destruido por el pecado enviando a su Hijo. Es el misterio del Verbo Encarnado y Redentor" concebido por el Espíritu Santo y nacido de María".

"Y el Verbo se hizo carne, ¿Y para qué?

"Para unificar con Dios a la humanidad culpable, purificando su carne en Él mismo al hacerse hombre, y lavar a las almas con su mérito y con su Sangre.

"Este fue el fin de la encarnación del Verbo, el fin de la redención, y de toda la vida de ejemplos y humillaciones: el unir la tierra con el cielo.

"Esto prediqué siempre, la ley del amor; y todos los actos de mi vida hasta mi muerte en la cruz, tendieron a la unificación de las almas en Dios.

"Siempre a mi paso por la tierra relacionaba mis potencias y mis enseñanzas con el Padre y con el Espíritu Santo en quien unificado vivía. Nada hacía independiente de ellos, todo el Antiguo y el Nuevo Testamento tendieron a hacer de todas las almas una en la caridad y unificación con Dios" (Diario T. 38, p. 179-181, abril 26, 1913).

"¿No comprendes algo del amor de Dios al hombre, de la locura de amor del Verbo al encarnarse en María para tomar tu sangre, para asemejarse a ti, para lavar tus pecados, para servir de Mediador y llevarte al cielo?

"¿Entiendes ahora más la sublimidad de ese amor que irradiando en la creación se consumó en la redención, en la Eucaristía y en la unión de cada alma por el Espíritu Santo, con la esplendidez de un Dios?

"¿Comprendes algo de la grandeza del sacrificio de la Cruz y el infinito ardor de mi Corazón al enseñarlo al mundo en estos últimos tiempos clavado en ella?

"¿Ves ahora el valor de las almas y lo que me cuesta cada una, y el imán que atrajo del cielo a la tierra a todo un Dios a hacerse hombre, sólo por llevar en sí misma la imagen de la Trinidad?

"¿Ves a un Dios satisfaciendo la ofensa del mismo Dios con cuerpo humano para poder padecer y expiar el crimen del pecado y poder borrar el decreto de condenación con el sacrificio, con la Sangre en la Cruz?

"¿Ves claro ahora el plan de Dios, campeando siempre su infinito amor y toda esta serie de bondades realizadas en favor del mundo ingrato, sólo por atraerlo a la unidad?" (Diario T. 38, p. 178-179, mayo 4, 1913).

"La Redención fue misterio del amor más puro, de la condescendencia más tierna y amorosa, de una explosión eterna de amor entre el Hijo anhelándola y entre el Padre condescendiendo, interviniendo en ello en su principio, en su medio y en su fin altísimo el Espíritu Santo, todo amor y sólo amor" (Diario T. 61, p. 276, agosto 19, 1934).

"El Verbo se ofreció inmaculado al Padre porque quiso su caridad expiar los pecados de una carne que quería purificar y salvar para premiar y eternamente remunerar.

"¿No contemplas la elevación del hombre y sólo debido al contacto del Verbo de Dios con

la carne humana, abajamiento incomparable e incomprensible, aún en la pureza de un seno inmaculado de mujer?

"Se hizo carne para que la carne se endiosara con Él, se elevara con Él, se purificara en Él. Se abajó, se anonadó hasta el hombre para que el hombre se hiciera, en cierto sentido, Dios, consumiéndose en su Unidad" (Diario T. 52, p. 150.152, junio 24, 1928).

María en el designio de amor de la Trinidad

"María fue la criatura indispensable a la Trinidad para realizar sus planes; y en esa Inmaculada Virgen vinculó secretos y misterios para la realización de sus ideales respecto de la humanidad perdida.

"Ella correspondió desde el primer instante de su ser, creciendo siempre en gracia, poseída por la Trinidad. Y llegó la Encarnación y fue Madre Virgen por medio del Espíritu Santo, con la fecundación purísima del Padre, y llenó su papel de Madre con la perfección más grande que la de todas las madres, identificándose con su Hijo divino. Ni un solo pensamiento, ni un solo deseo tuvo María que no fuera enderezado a ejecutar la voluntad del Padre en Mi. Y aún en los actos naturales de una madre para con su hijo fue María sobrenatural y perfecta porque sabía muy bien que su Hijo era Dios.

"Y Ella al pie de la Cruz vio nacer a mi Iglesia y aceptó en Juan a todos los sacerdotes en su Corazón en lugar Mío y además a la humanidad entera como su Madre.

"Y Ella, con sus martirios de Soledad compró en unión e mis méritos todas las gracias para sus nuevos hijos que tenían que pasar por el Corazón de mi Madre.

"Y ¿por qué? Porque Ella fue la Corredentora, la primera que continuó mi Pasión en la tierra, la que fundó con mis Apóstoles la Iglesia, la Protectora y Madre de los Sacerdotes, la Reina de todos los santos.

"María es la que más conoce, la que más se ha acercado a la contemplación de esa Trinidad Santísima por la afinidad y parentesco que la liga con las tres Divinas Personas. Ella se goza y tiene sus delicias en esa unidad de esencia y simplicidad de substancia, porque a Ella más que a ninguna criatura creada le llegan tan luminosas y profundas esas claridades divinas que penetran y que la envuelven. Nadie ha entrado al santuario de la Divinidad como Ella y contemplado los ideales divinos de la Trinidad, en su Iglesia y en sus sacerdotes.

"Por eso María, Hija, Madre y Esposa de la Trinidad es directamente encargada de armonizar esa Iglesia, unificando a los sacerdotes y consumiéndolos en la Unidad de la Trinidad" (Diario T. 51, p. 307-314, abril 7, 1928).

La Iglesia del Amor

Dios Amor envía a su Espíritu Santificador para que sea Alma de la Iglesia, Cuerpo Místico de Cristo "pueblo reunido en virtud de la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu".

"El Espíritu Santo es mi promesa, la impetración mía al Padre en favor de mi Iglesia y de la humanidad entera, la Condescendencia del Padre, es decir, del Amor, dando al Amor mismo.

"Es el Espíritu Santo para el hombre el fruto de mi oración, de mi ardiente plegaria; es

decir, el grito inefable del amor de mi Corazón de Dios-hombre, la mayor de mis ternuras en favor del mundo.

"Sin el Espíritu Santo no podría existir la Iglesia, pero como eternamente estaba concebida y realizada en la mente de la Trinidad, eternamente también ya el Espíritu Santo era el señalado por el Padre para regirla.

"¿Qué haría la Iglesia sin el Espíritu Santo? No existiría; pero el infinito amor de Dios para con el hombre ya cernía sobre el mundo de las almas ese Espíritu vivificador y transformador.

"Si mi Padre engendró en su Seno a la Iglesia amada, el Espíritu Santo, tomando en Mí a lo que era suyo, formó y asentó la Iglesia en la tierra sobre las bases redentoras. Por eso la Iglesia es amor, y sus leyes y todas sus enseñanzas son de amor, de puro amor.

"Vino el Espíritu Santo no por un día, no por un tiempo fijo, no sólo por siglos y más siglos, sino para quedarse en la Iglesia eternamente" (Diario T. 52 - 213 - 226, agosto 29, 1928).

Como cuando salen las estrellas en el cielo...

Conchita nota los efectos que en ella producen estas luces de Dios en la noche de su "soledad".

"Al estar recibiendo esas cosas altas de la Trinidad siento que como cuando salen las estrellas en el cielo, van brotando en mi alma, en mi entendimiento, en no sé donde, misterios y luces y primores de esa eterna Trinidad, abismándome en sus profundidades y deslumbrándome sus resplandores" (Diario T. 50, p. 79, diciembre 27, 1927).

"¿Por qué será que al tocar algo de la Santísima Trinidad me invade Dios de una luz clarísima? Lo que alcanzo a decir con el impulso de Él es como sombra, pero el piélago se me queda dentro" (Diario T. 64. p. 11, octubre 15, 1935).

La vida espiritual es una espiral ascendente de luces y de sombras. Conchita experimenta este admirable contraste y escribe:

"Siento en mi alma como con mucha claridad los misterios, sobre todo el de la Santísima Trinidad; como si alzarán un velo ante mi vista, como si un foco vivísimo de luz me iluminara de repente unos arcanos insondables, en donde contemplo muy claro, muy hondamente, muy por menudo, diré, el abismo de perfecciones en Dios.

"Esto por un lado, y por otro penas desoladoras y dolores íntimos. Amo a Dios pero con amor de lágrimas. ¿Pero cómo puede ser esto si lo siento tan cerca y debía estar feliz?" (Diario T. 55, p. 28-129, mayo 20, 1929).

"¿Por qué tengo al mismo tiempo dolor en medio de la luz?"

Y el Señor le da la clave del misterio:

"*Porque así lo tuve Yo en la tierra, luz y dolor, amor y dolor, gozo y dolor*" (Diario T. 55, p. 195, mayo 27, 1930).

No hay que pensar que la intimidad con la Trinidad en esta vida se consuma en una felicidad sin sombras, preludio del cielo.

La santidad auténtica es la configuración con Jesús que siendo Uno con el Padre consuma su vida en el abandono y desamparo de la Cruz. El Amor es oblación, inmolación, servicio, donación de la vida para redención de muchos.

La consumación de la vida espiritual se encuentra en la "*perfecta alegría*" de la donación plena al misterio de la Redención del mundo por la Cruz.

La más alta santidad accesible a todos

Al concluir estas páginas en que hemos intentado presentar, aunque de manera incompleta e imperfecta, la figura y la doctrina de Conchita se impone una visión sintética, una visión de conjunto.

Un teólogo ante todo debe preguntarse: ¿qué ha querido Dios realizar en esta humilde sierva suya para bien de toda su Iglesia?

La más alta santidad accesible a todos

"Ser esposa y madre no fue nunca un obstáculo para mi vida espiritual", afirmaba ella. Hablando como mujer declaraba a una de sus nueras: "Fui muy feliz con mi marido".

En la última conversación con su marido gravemente enfermo le preguntó: ¿Cuál es tu última voluntad para mí? --"Que seas toda de Dios y toda de mis hijos".

El Señor mismo le dijo un día: "Te casaste para mis altos fines, para tu propia santificación y para ser un *ejemplo* para muchas almas que creen *incompatible* el matrimonio con la santidad".

Las más grandes gracias místicas descritas por los maestros espirituales no son el privilegio de los consagrados a Dios en la vida sacerdotal o religiosa sino que son ofrecidas a todos los cristianos cualquiera que sea su condición.

Nos parece que Dios ha querido darnos una demostración viva, histórica, de esta verdad, en Conchita.

El Concilio Vaticano II lo ha afirmado con toda claridad y fuerza (cfr. Cha. V, en particular el No. 40, de la L.G.). "Es pues completamente claro que todos los fieles de cualquier estado o condición están llamados a la plenitud de la vida cristiana, y a la perfección de la caridad". No hay cristianos de segunda categoría. Todos estamos obligados a tender a la más alta santidad.

Conchita recibió las gracias eminentes del desposorio y del matrimonio espiritual descritos por los grandes místicos en su condición de "pobre casada", como se decía a sí misma.

Como instrumento de Dios, Conchita, como se le llamaba familiarmente, tiene una misión profética para el mundo de hoy:

El Señor mismo le había anunciado que sería:

-un modelo de esposa y de madre de familia,
-pero que su misión se extendería más allá para hacer resplandecer el poder santificador de Cristo y del Espíritu Santo "en todos los estados de vida".

-Sí, es un modelo de esposa, de madre, de educadora... pero es también una de las más grandes místicas de la Iglesia que conduce a las almas hasta la consumación en la Unidad de la Trinidad.

Su mensaje llama al laicado entero, hombres y mujeres casados, a la más alta santidad.

Un nuevo estilo de santidad

No es un tipo de santidad que aleje del Evangelio, sino que por el contrario, es un retomo a él mediante una nueva aplicación del mismo.

Alejarse del espíritu del Evangelio y de la doctrina de la Cruz sería negar a Cristo; más bien nos referimos al sentido en el que Teresa de Lisieux hablaba de "un caminito nuevo". Nos encontramos, indudablemente, en una nueva edad de la espiritualidad.

Lo que contiene de nuevo este mensaje espiritual es:

1. Un llamamiento a *todos*, también a los laicos, a los casados, a todos, a *la más alta santidad*.
2. Por la *transfiguración de la vida cotidiana*, la consagración de lo profano, la divinización por la fe, por el amor y por el espíritu de sacrificio, *de la vida ordinaria*.
3. *La más alta santidad*. Trascendencia del mensaje de la Cruz. Aún las acciones más sencillas adquieren un valor infinito por la ofrenda de amor en unión con Cristo, imitando los últimos años pasados sobre la tierra por la Madre de Dios en el atardecer de su vida al servicio de la Iglesia naciente.

En el ocaso de su vida el Señor pidió a Conchita que iniciase una nueva obra en favor de la santidad de los hogares. "Te voy a pedir una cosa. Una Cruzada de almas víctimas en favor de la gloria de mi Padre, siguiendo el espíritu de la Cruz.

"Quiero muchos actos de expiación por los divorcios que tanto daño traen a los hogares, a los esposos, hijos, sociedad.

"Quiero expiación por tantos pecados ocultos y por tantas faltas de omisión en la formación cristiana de los hijos.

"Quiero una 'Cruzada de almas víctimas por la santificación de los hogares' " (31 de octubre, 1935).

¿Quién no ve la oportunidad providencial de esta obra?

Eres de mi Iglesia

"Cada alma trae su misión a la tierra y la tuya, por mi bondad es la misión sublime de ofrecerte como víctima por mi Iglesia, seguir tu vida de sacrificio amoroso en favor de la Iglesia y especialmente por sus Pastores".

La misión personal por excelencia de Conchita es ofrecerse por la Iglesia, por la santidad de los sacerdotes.

"Tú ya no te perteneces, eres de la Iglesia, y el Verbo te utilizará en su favor; sola nada vales pero en mi unión, Dios hará grandes cosas por tu medio. Repite a menudo: ¡He aquí la esclava del Señor!" (5 de febrero, 1911).

Desde los albores de su entrega a Dios sintió una atracción particular de la gracia para orar y sacrificarse en favor de los sacerdotes, pero a medida que su vida espiritual se desarrollaba la voluntad del Señor se manifestaba cada vez más clara.

"¿No quieres salvar al mundo y no me lo pediste desde antes de las Obras con toda tu sangre? ¿A qué vinieron al mundo estas obras? Pues si quieres salvar almas, hemos llegado al poderoso y único medio, *los sacerdotes santos*.

"¡Oh, sí!, este es el coronamiento de las Obras de la Cruz, este será el verdadero consuelo de mi Corazón, el de darme sacerdotes santos: dime que sí aceptas, que pertenecerás conmigo a los sacerdotes para siempre, porque en el cielo seguirá tu misión en su favor.

"Pero mira otro martirio: lo que los sacerdotes hagan en contra de Mí, tú lo sentirás, porque en esto consiste en su fondo el *asociarte* al sacerdocio mío en ellos: en que sientas y en que te duelan sus infidelidades y miserias.

"De esta manera das *gloria a la Trinidad*. Tendremos las mismas causas de padecer" (Noviembre 29, 1928, T. 53, p. 38).

La gracia central de la encarnación mística tiene como finalidad cumplir esta misión.

Conchita se ofrece como víctima, pero el valor de esa oblación no proviene de ella, sino de Cristo que vive en su alma.

La Cadena de Amor es fuente de gracias para la Iglesia.

En los últimos años de su vida el Señor le confía el extenso mensaje y apremiante llamamiento a la santidad sacerdotal que el Señor mismo llamó "Confidencias" porque son los secretos íntimos de su Corazón y contienen una doctrina sacerdotal de extrema actualidad.

Pienso como varios obispos mexicanos y algunos teólogos que cuando el mundo entero conozca estos escritos quedará sorprendido y maravillado y dirá: "*Esto no viene de una mujer sino de una inspirada por Dios, de un doctor de la Iglesia*". Aquí mismo en México fue examinada por la autoridad de la Iglesia en diversas ocasiones, por teólogos y por hombres de gran valor. Todos concluyeron que el Espíritu de Dios era quien la inspiraba. En Roma en 1913 con mayor fuerza aún opinaron: "*En lo extraordinario, extraordinaria*".

Actualmente la Iglesia romana examina sus virtudes y sus escritos. Sólo la Iglesia es juez. De antemano nos adherimos con fe y de todo corazón a su decisión. *El juicio de la Iglesia será para nosotros el juicio de Dios.* Pero tengamos la firme esperanza, según la magnífica expresión del Eminentísimo Cardenal Miguel Darío Miranda: "Que la Iglesia descubrirá en la Señora Concepción Cabrera de Armida *"un nuevo astro"* en el firmamento de la Iglesia y la comunión de los santos".

Pero esta misión tan personal de Conchita es también un mensaje para todos los cristianos, porque manifiesta el aspecto más íntimo del misterio de la Iglesia que es *"comunión"* así como las relaciones íntimas entre las diversas participaciones del único Sacerdocio de Cristo.

La misión de Conchita respecto a la Iglesia y en especial con relación al sacerdocio ministerial manifiesta la realidad más íntima de todo cristiano.

Ciertamente el laico se santifica en su *"secularidad"* que es su campo específico pero el valor más profundo del ser cristiano es ser miembro vivo de Cristo por la gracia de la filiación divina; por encima de la santificación y de la ordenación de lo temporal está el misterio de gracia y santidad.

Él es *hermano* y sostén espiritual del sacerdote ministerial (cfr. L.G. No. 32; P.O. No. 9) y este a su vez es servidor del pueblo de Dios, servicio que debe realizar en el amor y santidad de vida.

Lo "nuevo" en lo "antiguo" de la misión de Conchita es poner de relieve la acción fundamental del laicado en el designio salvífico.

Todo cristiano participa del Sacerdocio de Cristo y tiene la misión de colaborar en la salvación del mundo.

Que Conchita sea modelo de madre, de esposa y de educadora de sus hijos es por *"añadidura"*. Ella nos dice ante todo que una existencia cristiana sólo es digna de vivirse cuando no se vive *"para sí misma"*, sino *para la Iglesia*.

Este me parece uno de los aspectos más "originales" de su vocación, particularmente elocuente en el momento presente.

Conchita nos enseña *cómo amar a la Iglesia*.

Amar a la Iglesia no es criticarla, no es destruirla, no es intentar cambiar sus estructuras esenciales, no es reducirla a un humanismo, a un horizontalismo y a una finalidad de liberación naturalista.

Amar a la Iglesia es colaborar a la obra de la Redención por la Cruz y de esa manera hacer que el Espíritu Santo venga a renovar la faz de esta pobre tierra y lleve a su consumación el designio del inmenso amor del Padre.

Conchita, mujer seglar, lejos de criticar a los sacerdotes, *da su vida por ellos*.

En una sublime elevación a la Trinidad exclama: "Te hago una entrega absoluta, total, sin condiciones, de mi misma en favor de los sacerdotes.

"Quiero llevar en mi corazón al Santo Padre con todo el peso de la Iglesia amada: a los

Cardenales, Arzobispos, Obispos, Párrocos, Sacerdotes y aún a los Seminaristas con sus vacilantes y combatidas vocaciones.

"Soy nada pero te tengo a Ti y te ruego que me utilices en bien de tu Iglesia amada y de todas las jerarquías que amo y respeto con todo mi ser".

En seguida, como Teresa de Lisieux que profetizaba: "Quiero pasar mi cielo haciendo bien en la tierra", Conchita terminaba su oración diciendo a Cristo, después de haber ofrecido su vida, hasta su postrer agonía, por los sacerdotes:

"Seré víctima por ellos en la tierra y convertiré mi cielo *en su servicio por tu amor*" (Diario T. 53, p. 49-52, noviembre 30, 1928).

El Evangelio de la Cruz

Como Teresa de Lisieux o Juan XXIII, Conchita es una gracia de Dios para nuestro tiempo.

Del estudio objetivo de los documentos se impone al teólogo esta conclusión: Conchita es "una palabra de Dios a nuestro tiempo".

La Providencia ha confiado a una mujer seglar un mensaje profético para el mundo de hoy. Su misión en la Iglesia es la de anunciar "un nuevo Pentecostés": el reinado del Espíritu Santo en nuestra época desacralizada; y de recordar a los hombres, para salvarlos, el Evangelio de la Cruz.

Cuando el Señor comenzó la realización de su obra en Conchita, le manifestó en una visión sintética la doctrina o más bien el Evangelio de la Cruz, en el símbolo de una cruz coronada e iluminada por el Espíritu Santo. Una cruz grande, muy grande, escribe, y en su centro el Corazón de Cristo traspasado por la lanza.

¿Qué significa esa cruz misteriosa?

Significa:

Que la Cruz ha cambiado de significado, que el dolor y la muerte ya no son maldición y condenación. Que el sufrimiento humano tiene un valor positivo, valor de salvación, que la Cruz constituye "el comienzo primicial" de la liberación definitiva del hombre y del universo.

El símbolo de la espiritualidad, del mensaje y de la misión de Conchita es la "Cruz del Apostolado".

Una Cruz grande, muy grande; en el centro: el Corazón de Jesús: el Amor del Verbo Encarnado.

Y todo bajo las alas de luz y de fuego del Espíritu Santo: el Amor personal de Dios.

El mensaje tiene dimensión universal. Jamás el hombre ha sufrido como en el mundo presente. Jamás como ahora todo este sufrimiento es inútil.

El mundo actual está bajo el imperio de la cruz pero, desgraciadamente, no es la Cruz de Jesús, porque es una cruz sin amor.

Todos los hombres sufren, pero cuán pocos son los que saben sufrir. El dolor humano debe ser transfigurado por el amor: en ese momento se convierte en una fuerza dinámica, constructora del Nuevo Universo. La Cruz transfigurada por el amor es una Cruz iluminada por la esperanza que es certeza nuestra plena liberación; Cruz que conduce a la gloria de la Resurrección.

El mensaje de Conchita es un llamamiento a vivir la Cruz de Jesús, cruz transfigurada por el Espíritu Santo, cruz que es la gloria perfecta del Padre.

El símbolo de la Cruz del Apostolado nos da la clave para comprender la espiritualidad de la Cruz, que es recordar el Evangelio.

- la espiritualidad de la Cruz exige la santidad,
- una santidad "apostólica" al servicio de los demás, no replegada sobre sí mismo, sobre sus estados de ánimo y sobre las operaciones de Dios en las almas purificadas,
- una santidad con horizontes de *Iglesia* y de catolicidad en vista a colaborar a su razón de ser y su finalidad: la salvación, la santificación de los hombres y, por tanto,
- una santidad encaminada a una entrega y oblación total de sí mismo en favor de la *santidad sacerdotal*,
- una santidad realizada en la fidelidad de la propia vida, santidad accesible a todos, ya sea en el hogar, ya en la vida familiar y en el trabajo profesional. Santidad a través del "*terrible cotidiano*" en la primacía del amor, pero bajo el sello de la cruz y del espíritu de sacrificio.

Este sentido de la Cruz se encuentra en el trasfondo del Evangelio: toda santidad se consume en la Cruz. Pero cada uno, de acuerdo con su lugar y su misión en la Iglesia, tiene su cruz personal, marcada como filigrana en la trama de una existencia humana vivida con sencillez evangélica y total docilidad al Espíritu Santo.

Sólo el Espíritu Santo da sentido a la Cruz de Jesús, nos introduce en su misterio? nos revela su valor salvífico y lo ilumina y transfigura con esplendor de gloria.

La historia del mundo tiene su centro en el Gólgota donde se levanta siempre la Cruz de Cristo entre *dos humanidades* crucificadas, una en el odio y la otra en el amor.

Cristo invita a todas las generaciones humanas a participar de *su Cruz*.

En la respuesta personal a este llamado del Crucificado se juega el destino de cada hombre.

La espiritualidad de la Cruz no es un dolorismo, ni una pasividad, es una colaboración activa a la salvación, cooperación a la construcción del "mundo nuevo".

Pero lo más admirable de la doctrina que el Señor manifestó a Conchita no está en el sentido de la Cruz como

- sufrimiento *expiatorio* (*reparación* de la culpa por una compensadora ofrenda de amor para devolver a Dios Padre toda la gloria en cambio de la ofensa del pecado),
- ni solamente como *satisfacción*,
- o como purificación del hombre culpable, sino en su profundo significado de redención por el amor, de santificación, transfiguración y configuración con Cristo que "nos amó hasta el exceso".

Es en pocas palabras, el redescubrimiento de la Cruz de Cristo, de su valor salvífico: es entrar en la profundidad del misterio de la Redención, es un llamado a comprender, a honrar, a participar de la Cruz íntima del Corazón de Cristo, y, por tanto, a comprometerse personalmente en la corredención de los hombres para la gloria de Dios:

"Es un grande honor de predilección el de asociar almas a mi redentor sacrificio, más para

que sea perfecta la donación de estas almas, necesito transformarlas en Mí para que así, completando mi Cuerpo Místico perfecto, sean una sola cosa Conmigo para la gloria del Padre" (Diario T. 64, p. 155 A, noviembre 10, 1935).

Y porque es la "*Cruz de Jesús*" trae como fruto la *efusión del Espíritu Santo*.

Un nuevo Pentecostés

Nuestro mundo secularizado y desacralizado muere por la ausencia de Dios. Se ha sumergido en el espíritu de confort y de goces. Hay un solo remedio: el Espíritu de Dios, el Espíritu Santo. Sólo Él podrá "*revitalizar*" a la Iglesia y "*revivificarla*" por un "nuevo Pentecostés".

Juan XXIII, Vicario de Jesucristo, lo proclamó con fuerza: la Iglesia necesita un "nuevo Pentecostés".

Cincuenta años antes del Concilio, Conchita no cesaba de repetirlo en sus escritos: "la Iglesia y el mundo tienen necesidad de un nuevo Pentecostés, un segundo Pentecostés, un Pentecostés sacerdotal, un Pentecostés interior.

La Sierva de Dios, que tenía una ardiente devoción a la Virgen María nos lo ha asegurado: "el Espíritu Santo y María salvarán a la Iglesia".

Si, la misión profética de Conchita es recordar al mundo moderno y materializado, ávido de libertad, que "sólo será salvado por 'UN NUEVO PENTECOSTES' " y por el EVANGELIO DE LA CRUZ.

Este "nuevo Pentecostés", esta acción santificadora del Espíritu debe iniciarse en los sacerdotes y extenderse por todo el Pueblo de Dios. Como en el primer Pentecostés el Espíritu Santo descendió sobre los Apóstoles y sobre la Comunidad reunida en el Cenáculo.

"Quiero volver al mundo en mis sacerdotes, quiero renovar el mundo de las almas manifestándome primero en mis sacerdotes. Quiero dar un poderoso impulso a mi Iglesia infundiendo como en un nuevo Pentecostés al Espíritu Santo."

Pero el Espíritu Santo sólo puede venir al mundo por la Cruz de Cristo, porque las dos misiones: la del Hijo y la del Espíritu son inseparables.

"Reinará el Espíritu Santo el día que reine el dolor, el sacrificio, o sea la Cruz en los corazones y mientras no reine la Cruz en las almas no reinará, no, el Espíritu Santo". (Diario T. 16, p. 257-277, mayo 26, 1901).

María, Madre de Jesús, y Madre de la Iglesia hará por su intercesión y su plegaria que se renueve el prodigio de Pentecostés, para que toda la Iglesia, ese "pueblo reunido en virtud de la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo" realice el designio de amor fontal del Padre y sea verdaderamente la *Iglesia Santa*.

Fechas principales de Concepción Cabrera de Armida

Diciembre 8	1862	Nacimiento
Diciembre 10	1862	Bautizo
Diciembre 8	1872	Primera Comunión
Septiembre 16	1881	Deseo de perfección
Noviembre 8	1884	Matrimonio
	1889	Primer retiro espiritual
Enero 14	1894	Inscripción del Santo Nombre de Jesús. Nacimiento de las Obras de la Cruz
Enero 23	1894	"Entrega total". Desposorios espirituales
Mayo 3	1894	Erección de la primera Cruz del Apostolado. Nacimiento del Apostolado de la Cruz, primera de las cinco Obras de la Cruz, que agrupa al pueblo de Dios en diferentes secciones; finalidad: unir los propios sufrimientos y trabajos a los de Cristo para continuar su obra de salvación del mundo
Febrero 9	1897	Matrimonio espiritual
Mayo 3	1897	Fundación de las Religiosas de la Cruz del Sagrado Corazón de Jesús, segunda obra de la Cruz: Contemplativas de adoración perpetua que ofrecen su vida por la Iglesia, especialmente por los sacerdotes
Septiembre 17	1901	Muerte de su marido
Febrero 14	1903	Encuentro con el R.P. Félix Rougier
Marzo 25	1906	Gracia de la encarnación mística
Noviembre 30	1909	Fundación de la Alianza de Amor con el Sagrado Corazón de Jesús, tercera obra de la Cruz para las personas que en su propio estado de vida se comprometan a buscar la perfección según la espiritualidad de la Cruz
Enero 19	1912	Fundación de la Fraternidad Cristo Sacerdote, cuarta obra de la Cruz, para los obispos y los sacerdotes que desean vivir conforme a esta espiritualidad y ayudar a las obras de la Cruz
Agosto-Diciembre	1913	Peregrinación a Tierra Santa y a Roma
Noviembre 17	1913	Audiencia con San Pío X
Abril 10	1914	Fundación de la Comunión Dominical en favor de los sacerdotes
Diciembre 25	1914	Fundación de los Misioneros del Espíritu Santo, quinta obra de la Cruz: congregación religiosa clerical especialmente consagrada a las obras sacerdotales y a la dirección espiritual de las almas

Febrero 2	1917	Ultima etapa de su vida: profundiza en la "soledad" de María durante su soledad personal
Octubre 31	1935	Fundación de la Cruzada de almas víctimas en favor de los hogares: en su propio estado de vida se ofrecen, conforme a la espiritualidad de la Cruz, por la gloria del Padre y para expiar los pecados del matrimonio y de la sociedad
Marzo 3	1937	Santa muerte
Septiembre 29	1959	Apertura canónica del proceso de beatificación en Roma
Diciembre 20	1999	Declarada Venerable por Juan Pablo II

Sus directores espirituales

1. Primer director espiritual: el **R.P. Alberto Mir S.J.** (13 dic. 1892 - 22 dic. 1916). La dirigió durante diez años a partir de principios del año 1893. Profundo conocedor de las vías espirituales la cimentó sólidamente en la vida ascética, en las virtudes de obediencia y de humildad.
2. El **R.P. Félix Rougier, S.M.** (17 dic. 1859 - 10 ene. 1938) la fundamentó en un profundo amor a la Iglesia y a sus representantes, en la obediencia más sencilla y heroica, de la cual él mismo fue un ejemplo viviente. Su dirección, comenzada el 10 de junio de 1903, se vio interrumpida el 25 de agosto de 1904 por su viaje a Europa para promover la Fundación de los Misioneros del Espíritu Santo. Sus superiores religiosos lo retuvieron allí diez años. El 25 de diciembre de 1914 fundó al fin la Congregación. Su causa de beatificación está introducida en Roma.
3. El **Señor Canónigo don Emeterio Valverde y Téllez** (1ro. marzo 1864 - 26 dic. 1948), nombrado después Obispo para la Diócesis de León; la dirigió a partir del 22 de septiembre de 1904 hasta el mes de mayo de 1905. Era un hombre muy culto.
4. Esta dirección es entonces continuada por el **Padre Maximino Ruiz** (19 agosto, 1875 - 11 mayo 1959) desde el mes de junio de 1905 hasta el de septiembre de 1912. Era un gran teólogo y jurista notable en su tiempo. Fue preconizado Obispo de Chiapas y después Obispo Auxiliar de México.
5. **Excmo. Sr. Dr. Don Ramón Ibarra y González** (22 oct. 1853 - 1 feb. 1917) primeramente obispo de Chilapa y luego de Puebla, de donde después fue nombrado primer Arzobispo. Brillante estudiante en las Universidades romanas en las que conquistó los títulos de Doctor en Teología, en Derecho Eclesiástico, en Derecho civil y en Filosofía. Personalmente estimado por S.S. León XIII. Su dirección comenzada en octubre de 1912 se terminó el día 1ro. de febrero de 1917, fecha de su santa muerte. Su causa de beatificación está introducida en Roma.
6. Nuevamente **Mons. Emeterio Valverde y Téllez** desde el año de 1917 hasta el de 1925.
7. Su último director espiritual fue el **Excmo. Sr. Don Luis María Martínez** (9 jun. 1881 - feb. 1956). Arzobispo Primado de México y Encargado de los Asuntos de la Santa Sede en una época especialmente difícil en el país. Primeramente había sido Obispo Auxiliar de Morelia. Renombrado escritor espiritual y místico experimental, la dirigió a partir del 7 de julio de 1925 hasta el día de su santa muerte el 3 de marzo de 1937, en la época más madura de su vida espiritual. Explicará luego como teólogo la Doctrina de la Cruz.